MALENKA RAMOS
LOS CRÍMENES DE HAMLET
CONTRALUZ

MALENKA RAMOS

Los crímenes de Hamlet

CONTRALUZ

Y el poeta nos dice que en la noche estrellada
vienes a recoger las flores que cortaste,
y que ha visto en el agua, recostada en sus velos,
a la cándida Ofelia flotar, como un gran lis.

Ofelia, de Arthur Rimbaud (1863-1869)

PRIMERA PARTE

Mi padre siempre dijo que la moral va unida a la farsa como dos grandes amigas que pasean cogidas de la mano. Cuando era muy pequeña no comprendía esa frase, pero con el paso del tiempo entendí, con mucha claridad, qué era lo que quería decir. No puedo dejar de preguntarme si hubiese sido capaz de cambiar. Nadie me explicó que la vida a veces te da una bofetada en la cara con tanta fuerza que te resulta insoportable volver a mirar hacia adelante, caminar, respirar. Yo me encuentro en ese punto: arrodillada en un suelo imaginario, plagado de hojas muertas y escarcha, inclinada hacia adelante con la palma de la mano apoyada en la mejilla, y ese ardor... Y lo veo todo, lo recuerdo todo. No hay nada de ese momento que pueda escaparse de mi cabeza. Perdurará para siempre; me acompañará en mi vida y en mi muerte, como esas dos grandes amigas que pasean cogidas de la mano. Porque te veo a ti, sonriéndome al cruzarte conmigo. Veo tu forma de moverte detrás de mí y te veo otra vez en mitad de toda aquella oscuridad sobre mi rostro. Puedo sentir tu aliento susurrándome algo en el oído mientras yo solo quiero gritar y llorar.

Tictac, tictac...

Es un reloj de pulsera. Siento su ritmo constante muy cerca de mí. Son ese tipo de cosas que se aferran a los recuerdos, detalles que, en otro momento, pasarían inadvertidos, hasta que te encierran en algún lugar oscuro y solo puedes percibir, sentir, sufrir. Yo he estado en ese lugar. Sigo en él. Con su tictac repiqueteando en mi oído. El olor a humedad alojado en lo más profundo de mi garganta y todo ese dolor...

Quise gritar. Quise defenderme de ti, pero era demasiado delgada, demasiado frágil, con la intención, si cabe, de hacer algo para librarme de tu maldad. Estaba tan asustada...

Tictac, tictac...

Recuerdo el bosque. Recuerdo la forma de los árboles recortándose en la oscuridad. Recuerdo el miedo como jamás lo había experimentado, porque en aquel instante comprendí, por un momento, que no iba a salir viva de allí. Supe con

total certeza, mientras huía de ti, qué era lo que sentían todas esas mujeres en sus últimos momentos. Hasta entonces eran meras noticias de gente que jamás iba a conocer, tragedias que les ocurrían a otras personas, en otros lugares del mundo. ¿Quién piensa que pasará por eso? Yo no. Uno ve el dolor de los demás como una película breve, lejana, que sale en su televisor y que se va disolviendo con las horas, quizá con los minutos. Contemplas esas noticias con indignación desde la seguridad que te da tu hogar, tu familia, y piensas: «Eso no me va a pasar a mí». Pero pasa.

Allí no estaba mi hogar, no estaba mi familia, solo tú. Me hiciste mucho daño para tu única y exclusiva satisfacción. Lo vi en tus ojos antes de que me devorase la oscuridad. Lo sentí en tu forma de mirarme y en la sonrisa mordaz.

Tenía diecisiete años, una vida por delante, una familia que me amaba y todo un mundo de nuevas experiencias a mis pies. Pero tú eso ya lo sabías, ¿verdad?

Por eso me escogiste.

Por eso me destruiste.

[1]

1

La anciana atravesó el pequeño vestíbulo y abrió la puerta de la casa. Los mosquitos zumbaban haciendo círculos sobre la destartalada lámpara del porche. Descendió uno a uno los tres peldaños mientras se aferraba a la barandilla para no caer. Llevaba el bastón bajo el brazo, la chaqueta de algodón apolillada sobre los hombros y la vista fija en el bosque.

Durante una fracción de segundo avistó de nuevo la sombra que se alzaba bajo uno de los árboles; la misma que había divisado desde su habitación minutos antes. La sombra se movió muy despacio. Y después la otra figura, la que estaba un poco más a la derecha. No podía ver sus caras con claridad. No hasta que se acercó un poco más, renqueando, y percibió su boca y la forma de mover muy rápido aquellos labios mortecinos, como si le estuviese murmurando algo demasiado deprisa que le impedía entender aquel torrente de frases. Primero una, después la otra. Los rostros ocultos por la negrura de la noche, las bocas parlantes repitiendo las palabras una y otra vez, rápido, apresuradamente; todas a la vez. Sintió un miedo irracional cuando se situó un poco más cerca de ellas y se dio cuenta de que había más. Muchas más.

Trató de desterrar aquella profunda sensación de desamparo y temor. Las figuras apenas se movían, si no fuera por sus bocas. ¿Qué decían? No entendía nada. Algo pasó muy cerca de sus zapatillas correteando ágilmente y dio un paso atrás. Desvió la vista hacia el sonido. Cuando volvió a mirar hacia los árboles, el corazón le dio un vuelco del susto. Una de las figuras estaba muy cerca de ella y la miraba con unos ojos de rata, rasgados y maliciosos, con una boca locuaz y sonriente que no dejaba de moverse. Las demás se habían dado la vuelta

y miraban a los árboles.

«¿Qué?».

No fue capaz de decir una sola palabra más. Era como si la garganta se le hubiese cerrado repentinamente. Una serie de susurros cada vez más altos se le metieron en los tímpanos y le hicieron daño. «Agua. Me estoy ahogando». Se llevó la mano libre hacia la boca. Sintió que el aire dejaba de entrarle en los pulmones y que algo frío y dulce al mismo tiempo le inundaba las fosas nasales. Sentía que se iba a asfixiar. Los labios de la figura cada vez se movían a un ritmo más frenético. La anciana se aferró a su bastón y trataba de respirar. Mientras su angustia crecía, la figura elevó los brazos nervudos bajo una tela correosa y ajada que parecía una especie de sayo y los mantuvo en alto, por encima de los hombros.

La anciana se desplomó de rodillas y exclamó: «Ya vienen… Ya están aquí».

2

Una mosca sobrevoló el angosto desfiladero de la Garganta Divina; dejó a su izquierda el río y cruzó el canal. Con una pequeña elevación quedó atrás el valle y se alzó zigzagueando por encima de los riscos y el pequeño puente de Bolín. Bastó un movimiento de sus diminutos músculos para ejecutar una pirueta grácil. Los circuitos neuronales activaron su olfato. Olisqueó la suave brisa, planeó sobre matorrales, hayedos, el denso bosque. Las aguas cristalinas del río, allá abajo, reflejaban los incansables rayos de sol, que se movían raudos entre las rocas y la vegetación. Percibió su comida, que flotaba corriente abajo. Descendió y se acomodó voraz, frotando las patitas delanteras para expulsar la suciedad del largo viaje. Olía a flores. Ellas rodeaban el cadáver a modo de lecho. Lo acompañaban flotando, decorándolo con respeto y devoción.

La mosca se movió por encima de la tela rasposa y paseó por el cabello enredado entre amapolas y margaritas. Toqueteó las mejillas pálidas. Los ojos, extremadamente abiertos, eran todo un manjar para ella. Escupió un poco de saliva y se

arrellanó. Por fin había dejado de llover. El cielo, eternamente encapotado, había dado paso a los primeros rayos de sol a pesar del frío de las últimas horas; a pesar de las constantes ráfagas de viento que a veces se alzaban, crueles, en su trayectoria. Pero ahora estaba ahí, hambrienta, casi famélica. Los pequeños pelitos que recubrían todo su cuerpo le hicieron sentir la muerte y la putrefacción en todo su esplendor. Saboreó una vez más con sus dóciles patas el líquido viscoso y comió golosa hasta la extenuación.

Algo chapoteó muy cerca de ella. El cabello mojado del cadáver brillaba con fuerza bajo la luz. Unas gotas de agua dulce salpicaron a la mosca; estas se acumularon entre los pliegues de la tela formando pequeños pozos. La mosca se asustó al oír aquella voz que provenía de la orilla. Visualizó en milésimas de segundo todo el perímetro y detectó la silueta apostada unos metros más allá; contempló con espanto su descenso río abajo y voló y voló…, rumbo a otro lugar, a otra comida, a otro paisaje boscoso. Quizá a otro cadáver, el de un animal como un ratón, una rata o una mierda de caballo —que era algo que por allí abundaba—. Todavía podía saborear su reciente manjar. Jamás había probado algo tan extraordinario, algo tan vivo y, a la vez, tan muerto. Quizá debiera quedarse por allí y esperar otro de esos placeres que la madre naturaleza le cedería, porque a veces podía ser menos cruel y entregaba a sus pequeños seres desposeídos de todo lujo un regalo como aquel.

Avanzó rauda por encima de las copas de los árboles. Pasó muy cerca del rostro tostado del chico, que se había inclinado sobre su exquisita comida, y se situó sobre una hoja.

«Santo Dios… ¡Por todos los santos!».

Aquel tipo no hacía más que mover los brazos como si pretendiera echar a volar. Cogió un palo que descansaba muy cerca de él, apoyó su extremo sobre el cuerpo que flotaba y lo arrastró, a base de movimientos torpes, a la orilla. La mosca detectó el tembleque de sus manos y la forma torpe de moverse mientras trataba de sacar el tierno cuerpo del abrazo amargo de las aguas.

—Sí. ¿Me oye? Soy Leo, el pastor. Señor, he encontrado un

cuerpo en el río. Tiene que venir aquí. Tiene que venir ya, ¿entiende lo que le digo? ¿Qué? —Silencio—. ¡Pues claro que estoy seguro de que está muerta! ¡Le estoy diciendo que la he sacado del río! ¡Es una mujer! ¡Una mujer joven! —El hombre se movió nervioso. Miró el cadáver, que estaba delante de él, y se apartó varios pasos hacia atrás—. Bajo el puente de Bolín. Muy cerca del puente, señor. ¡Claro que no he tocado nada! ¡He empujado el cuerpo con un maldito palo! —Silencio—. Estoy tranquilo. ¡He dicho que estoy tranquilo, joder!

Una mierda de pájaro impactó repentinamente muy cerca de la mosca y esta salió volando hacia el desfiladero, por encima del puente, más allá del encajonado valle y los verdes bosques. La mosca iba pensando en su próximo destino, en su siguiente comida, en las ráfagas de viento y en la posible lluvia. Por eso no lo vio venir. Un enorme pájaro pardo se lanzó en su trayectoria y se comió a la mosca. «Vaya…», pensó esta segundos antes.

Era lo que tenía la madre naturaleza. A veces era cruel… y despiadada.

3

Ivette estaba asomada a la ventana de la segunda planta. Trataba de encender uno de sus largos cigarrillos mientras protegía la diminuta llama con la mano. Una ráfaga de aire provocó que uno de los mechones del pelo negro se revolviera juguetón por delante de la cara. Soltó un par de improperios cuando estuvo a punto de prenderse fuego a toda aquella melena desparramada. Luego, miró de soslayo y se irguió con dignidad colocándose la blusa.

—¡Malditos pájaros! —gruñó observando a uno de ellos descender en picado mientras una enorme cagada se estrellaba justo a su lado.

Es lo que tenía ese tiempo; los turistas volvían a hacer sus rutas y la gente salía como lagartijas a ponerse bajo el sol, pero uno corría el peligro de morir enterrado en toda aquella porquería.

—Esto es el campo —murmuró una suave voz detrás de ella.

En realidad, Ivette amaba el campo casi tanto como lo odiaba. A veces deseaba volver a su ciudad natal, caminar por las calles de un París bullicioso, gastarse todo su dinero en las tiendas más bonitas y luego beber y comer hasta desvanecerse. Pero al final había optado por aquel lugar y no otro. La Posada de Caín era una hermosa casa de indianos restaurada. Ella había logrado devolverla a la vida y hacer negocio de ello, como era habitual en Ivette.

—Esta noche he dormido como un tronco hasta que empezó todo ese ruido. Había un perro ladrando sin parar.

—Yo no he oído nada.

—¿Crees que hago bien las cosas, Álex? —preguntó dándose la vuelta con un gesto de suficiencia.

—Creo que haces las cosas lo mejor que sabes y que se te da bien —respondió él incorporándose.

—Acostarme con un hombre quince años más joven que yo no es precisamente hacer las cosas bien.

Lo observó sonreír con pereza. No era la primera vez que le recordaba la diferencia de edad, aunque a Álex no parecía importarle lo más mínimo ni eso ni el qué dirán.

—¿Desde cuándo sigues las normas, Ivette? Vamos… Otra cosa es que a ti te obsesione. Ven —murmuró alargando el brazo hacia ella—. Acógeme en tus brazos… Es muy temprano para hablar de estas tonterías.

Ivette rezongó. Lanzó el cigarrito a una papelera tras apagarlo en el cenicero y se recostó junto a Álex.

—Algún día buscarás a una mujer más joven y hermosa. Formarás una familia y te olvidarás de la vieja Ivette.

—Eres demasiado bella e inteligente para que eso pase.

—Lo dices porque estás enamorado.

—Perdidamente.

De inmediato, la besó.

4

Un ave pasó por encima de varios tejadillos. Sus largas y

puntiagudas alas de color parduzco y rojizo se agitaron y planearon por encima de algunas cabezas. Detectó el movimiento de un roedor a su derecha y desvió su vuelo. Su cola en forma de abanico casi rozó una rama cuando se situó sobre un poste de la luz. Un todoterreno levantó una nube de polvo que se elevó formando un torbellino. Un tipo gordo bastante nervioso y con un tremendo cerco de sudor en la espalda se movía nervioso de un lado a otro mientras hablaba por teléfono con alguien. Se detuvo frente a la puerta de un edificio y resolló. En ocasiones, el calor podía ser un enemigo que batir en aquella época del año. El alcalde Elvera lo sabía. Era lo que tenía pesar más de cien kilos cuando llegaba el verano. Los muslos le rozaban sin piedad, sudaba bajo la tela de las camisas por muy veraniegas y finas que se las pusiera y el corazón se disparaba a velocidades que bien podían predecir un posible ataque, si no se moría antes de una apoplejía.

—¿Estás totalmente seguro de lo que me estás diciendo? ¿La has tocado? Sí… ¡No te estoy diciendo que dude de ti! ¡Solo intento que no la caguemos!

El alcalde finalizó la llamada, subió los tres peldaños que daban a la puerta principal del ayuntamiento, se detuvo y apoyó las manos en la puerta de madera, adoptando una postura encorvada. Estaba a punto de entrar cuando una voz femenina y cascada le hizo girarse.

—¡Le advertí de que algo iba a pasar! —graznó una anciana que se sujetaba a un bastón—. Se lo dije, alcalde. Le avisé de que las había visto vagando por el bosque. Eso nunca trae nada bueno. ¡Nada bueno!

—Váyase a casa, Aurora. No es momento de fábulas.

—¿Quién es?

El hombre se volvió un poco más hacia la mujer y se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa. La anciana enlutada lo miraba a través de sus pronunciadas cataratas mientras una de sus manos huesudas y temblorosas le apuntaba con el dedo índice en alto.

—Vuelva a casa, por favor.

—La culpa será suya, señor alcalde. Le advertí y no me hizo caso.

La anciana miró hacia arriba, hacia el poste. Contempló al pájaro y el pájaro la miró a ella con suma atención. Sacudió su bastón hacia el ave, que tomó rumbo a otro lugar, y se alejó arrastrando sus abotinados pies. En tanto, el alcalde se preguntaba cómo era posible que una mujer de su edad soportara aquellas terribles temperaturas bajo todas aquellas capas de tela negra que no hacían más que absorber el calor infernal. Volvió a la realidad, a la tragedia repentina que se les echaba encima. Entró en el edificio, cerró la puerta tras de sí y miró a su secretaria.

—Llama a la policía, Petra.

Se dirigió a su despacho sintiendo las gotas de sudor por la frente.

—¿Señor? ¿Qué ha pasado?

La secretaria se había puesto de pie delante de su escritorio y sujetaba el teléfono con los ojos muy abiertos y una expresión de no comprender absolutamente nada.

—Han encontrado a una mujer flotando en el río. En la Garganta Divina. Diles que yo ya estoy de camino y que me he ocupado de que no se contamine la escena. —Cogió una camisa limpia que siempre guardaba en el armario del despacho y las llaves de su coche. Pasó por delante de la mesa de la mujer, que aún seguía en aquella postura catatónica, y la miró—. Voy al aseo. Llama, Petra. ¡Llama!

5

El pájaro sobrevoló el centro del pueblo. Planeó por encima de la estación de tren, el edificio minúsculo de correos y la plaza del mercado. Una mosca gorda lo despistó durante unos segundos, pero decidió descender hacia la fuente y beber.

—Le avisé. Yo le avisé. Se lo dije. Estaban ahí, en el bosque. Mirando hacia los árboles. Los troncos de los árboles. De pie. Siempre pasa lo mismo. Presagios funestos. Presagios funestos. Estaban allí.

—Buenos días, Aurora. —Luis acababa de salir de una de las cafeterías del pueblo y miraba a la mujer susurrante. Llevaba el

periódico bajo el brazo y la maleta colgando del hombro derecho—. Has madrugado.

La anciana ni siquiera lo miró. Se alejó renqueando y desapareció tras una esquina mientras un pájaro parduzco emprendía el vuelo por encima de su cabeza.

—Cada vez está más loca —dijo a su lado una voz que acababa de salir del mismo local—. Vamos, son casi las ocho. Nuestras futuras pensiones dependen de todos esos alumnos ansiosos y de que lleguemos a clase.

—No creo que «ansiosos» sea la palabra correcta, Ada. —Besó a su esposa en la mejilla y se encaminaron hacia el coche —. Quedan solo unos días de trabajo y todavía no me has dicho dónde quieres irte de vacaciones.

Ada lo miró de reojo y sonrió con picardía.

—Me conformo con que sea un sitio donde no haya adolescentes y tengamos tiempo… para nosotros.

Luis abrió la puerta del coche y se acomodó en el asiento del conductor.

—Siempre tenemos tiempo para nosotros —le dijo a su mujer.

—Últimamente yo tengo tiempo para nosotros. Tú estás demasiado ocupado con tus alumnos y sus exámenes finales.

Luis dejó la maleta en el asiento de atrás y soltó una risa lenta.

—¿Estás celosa de mis muchachos? Yo también podría estarlo de los tuyos.

Ella lo empujó.

—La diferencia es que los míos tienen nueve años y los tuyos diecisiete. Y sí, estoy celosa de todo el tiempo que les dedicas, pero también orgullosa de ti.

Un Honda Civic pasó zumbando por una de las calles perpendiculares a ellos. Derrapó hacia la derecha y lanzó una piedra contra la pared del edificio de correos.

—¿Dónde coño va el alcalde con tanta prisa?

Ada se ataba una cola alta y su marido observaba el coche descender por la calle principal.

—No tengo ni la más remota idea, pero parece que es urgente.

Encendió la radio y se puso en marcha.

6

—Buenos días, amado norte. Valle de Caín. Os habla Mauro Torres desde el observatorio de La Trinidad. 80.7. Gracias. Gracias y más gracias a todos por esta noche de San Juan. Habéis logrado no prender fuego a ninguno de nuestros bosques con vuestras hogueras. La reserva natural de la Garganta Divina no ha sufrido ningún incidente desafortunado y eso significa que hoy… somos mejores personas que ayer. Un poquito de música para comenzar un lunes soleado con un chute de energía. The Rolling Stones… *Paint it black*.

I see a red door and I want it painted black. No colors anymore I want them to turn black. I see the girls walk by dressed in their summer clothes. I have to turn my head. Until my darkness goes…

7

A ambos lados de la puerta del baño había unos diminutos apliques encendidos. Ivette distinguió desde la cama la figura esbelta de Álex afeitándose. Su suave y joven piel sobre un cuerpo estilizado. No demasiado ancho, sino como un bailarín de *ballet* clásico, pero con unos brazos largos y fuertes de hombre. La primera vez que Ivette había visto a Álex fue cuando él apenas había cumplido los veintiún años. Había oído a su madre mencionar algo sobre su hijo en el restaurante La Posada durante el trascurso de una comida con unas amigas y luego lo vio llegar. De hecho, durante un tiempo, Ivette lo encontró a menudo por allí. Aquella mujer era algo especial; pese a su expresión amable, a veces parecía dispersa, absorta en sus pensamientos, ajena a la cháchara de sus amigas. Se habían mudado hacía relativamente poco. El padre había muerto. Algo que ver con una riada. «Un trágico accidente», había pensado Ivette con la oreja puesta en la mesa de al lado, observando al chico mientras este la miraba a ella con un libro

entre las manos. Los rizos por la frente, una mirada risueña plagada de intenciones, su sonrisa velada entre los rostros ajados de sus acompañantes. Se negó a reconocer que *notaba cosas* cuando el chico la contemplaba. Y durante muchos meses siguió cruzándose con él, ya fuera en el restaurante y rodeado de mujeres, pero absorto en sus pensamientos, en sus libros y en ella. Luego, en la librería del pueblo, una tarde de abril cuando Ivette bajó a comprar todas las revistas de actualidad y alguna novela para matar el rato. Álex estaba de pie delante de una de las estanterías de literatura inglesa. Le preguntó, cuando pasó por detrás de él, si le interesaba Byron. Él se giró sorprendido y sonrió; le respondió que sí. Ella le preguntó qué estaba estudiando y Álex le contestó con cierto pudor que segundo de Periodismo, pero que lo hacía a distancia, durante un tiempo, por acompañar a su madre. Su padre había muerto hacía muy poco y no quería dejarla sola.

—Pareces un chico muy inteligente —le contestó ella mirando el libro que tenía entre las manos.

Luego le dio una pequeña tarjeta, que él cogió con delicadeza con unos largos dedos de pianista. Ella se quedó mirando el dorso de sus manos y la piel dorada de sus nudillos.

—Si alguna vez quieres hablar de libros, llámame. O puedes pasar a verme por la posada. Tomaremos un café.

Se arrepintió de sus insinuaciones a los diez minutos de salir de la librería. Quizá se estaba volviendo loca o demasiado mayor. ¿Qué iban a decir los vecinos si aquel chico salía corriendo y gritando a los mil vientos que la dueña de la Posada de Caín acababa de tirarle los trastos en una librería?

Aquello no sucedió. Y pasaron los días y se olvidó un poco de él. Hasta el día de la tormenta, hacía varios años, cuando lo encontró empapado y jadeante frente a la verja de la posada. Ella había salido a fumar un cigarrillo y él estaba allí de pie, rígido, empapado.

—Todavía lo veo… —le susurró mientras lo invitaba a pasar atenta a no cruzarse con ningún cliente y pedía al servicio una toalla para que el chico se secara.

Lo llevó casi a rastras a una de las habitaciones para luego desvestirlo. Borracho de dolor, de alcohol y de fantasmas.

—Todavía lo veo… Se va con el agua. ¡Yo no hice nada! No hice nada… No hice nada… —susurró con la vista perdida.

8

I see people turn their heads and quickly look away. Like a new born baby, it just happens every day. I look inside myself and see my hear is black…

—Es una cría… Es solo una cría, por el amor de Dios —murmuró el alcalde Elvera mientras el cordón policial delimitaba la escena del crimen y un grupo de hombres con mono blanco y una etiqueta a la espalda que ponía «POLICÍA» se movían alrededor del cadáver.

—¿Qué…, qué lleva en el cuello? —preguntó Leo frotándose un enorme grano que tenía en la frente.

—No lo sé.

Pero el alcalde sí lo sabía. Se había dado cuenta nada más llegar. Mucho antes de que los apartaran de allí. El cadáver estaba con la mitad del cuerpo fuera del agua y la otra mitad dentro. Llevaba las bragas enrolladas al cuello. Eran rosas. Con nubes azules. Y tenía muchas flores enredadas en el pelo, como si alguien se hubiese dedicado a colocarlas allí. Un vestido azul con flores de tirantes y una sola zapatilla. Él la conocía.

—Ofelia entre las flores… —murmuró una voz de mujer.

El alcalde se volvió. La mujer tenía un porte atlético bajo aquel traje sastre y el pelo corto y rubio engominado hacia atrás.

—¿Qué?

—Eso. ¿No conoce la tragedia del príncipe de Dinamarca? ¿Hamlet? —Señaló el cadáver—. Millais pintó un hermoso cuadro de Ofelia flotando en el río. La amada de Hamlet y su trágica muerte. Rodeada de flores… Ahogada. —Se acercó a él y arrugó la nariz—. Necesitaré hacerle unas preguntas. ¿Quién encontró el cadáver?

—Yo —dijo un hombre muy nervioso que se acercaba hacia ellos.

—¿Y se llama?

—Leo. Leonardo.

Ella asintió. Miró hacia el puente, a lo lejos y las escarpadas montañas.

—Señor alcalde, venga conmigo. Y usted —dijo al pastor haciendo una seña con la mano a un hombre que estaba muy cerca de ellos—, acompañe al agente. Le tomará declaración.

No more will my green sea Go turn a deeper blue. I could not foresee this thing happening to you…

9

—Presagios de muerte. Presagios de muerte. Lo dicen los árboles. Ellas estaban allí. Quietas. Inmóviles. Pero no me hacen caso. No me hacen caso.

La anciana frenó en seco justo antes de meter la llave en la cerradura de su casa y miró otra vez hacia arriba, hacia la rama del árbol, hacia el pájaro pardo que la miraba.

—Tú lo sabes, ¿verdad? ¡Lo sabes!

El pájaro no dijo nada. Pero sí, él lo sabía todo.

Nunca fui una chica excesivamente popular. Mi vida trascurrió siempre entre los libros, mi familia y los pocos amigos que tenía. Me imaginaba mi futuro como cualquier adolescente, terminando mi carrera universitaria, trabajando en una gran ciudad. Ni siquiera me planteé casarme en ningún momento; no era una de mis prioridades, a diferencia de otras chicas de mi edad. Creo que te lo dije la primera vez que hablamos. En aquel momento no sabía qué tipo de persona eras. Me resultabas encantador. Pero los hombres como tú suelen ser cazadores que rondan a sus presas durante un tiempo prudencial. Analizan sus costumbres, estudian todo lo que les pueda servir para un fin macabro e incluso se aproximan demasiado cerca. Ahora lo sé. Por eso me dedicaste mucho tiempo. Primero a una distancia prudencial de mí; cruzando alguna mirada conmigo, una sonrisa sutil. Puede que me ofrecieras demasiado pronto tu ayuda, no puedo recordarlo con claridad. Me siento confusa. A veces los recuerdos se me agolpan en la cabeza, se borran de sopetón, desaparecen, dejan de estar ahí. Y solo puedo recordar esos últimos momentos: tú de pie ocupándolo todo, tirando de mi vestido, arrastrándome por el suelo como un viejo saco; mi cara golpeándose contra las piedras, mis brazos arañados por los arbustos. Recuerdo que grité tu nombre. Recuerdo que te supliqué que me dejaras marchar. Ese tipo de cosas que se dicen en las películas; «No diré nada. Déjame ir y te prometo que no iré a la policía». Qué estupidez. Cuando un hombre como tú decide dar ese paso ya lo tiene todo calculado, y no era la primera vez. No iba a ser la última. Yo era solo un mero entretenimiento hasta que decidieras prescindir de mí. Sabías desde el principio que estaba condenada a morir en aquel bosque, pero me diste esperanzas. Al menos al principio. Eso es lo peor que uno puede sentir, un atisbo de fe de que no van a matarte si te portas bien. Yo me porté bien y no me sirvió de mucho. Me tragué mi orgullo por desesperación. Hice todo lo que me pedías.

Tictac, tictac...

Era lo único que podía oír mientras me ahogabas.

[2]

1

«Despierta, número dos».

Abrió los ojos y sintió un terrible latigazo de dolor por todo el cuerpo. Algo no iba bien. Nada bien. Intentó moverse, pero, sus muñecas estaban ancladas a algo metálico que sonó bajo ella. Estaba tumbada sobre una base fría y, sin embargo, tenía calor. Mucho calor. Sollozó. Tenía que intentarlo. Quería mover las piernas, pero no fue capaz. Ladeó la cara y alzó la vista. El pánico se apoderó de ella cuando fue consciente de donde estaba. Oscuridad, un ventanuco acristalado y lleno de polvo, ladrillo, vigas, más ladrillo, tubos metálicos serpenteando por los techos altos y… la nada. La poca luz que entraba por la ventana desdibujaba el entorno. Era una luz ambarina. Podía oír el golpeteo insistente de los mosquitos y el crujido de las cañerías por encima de los techos abovedados. Olía a polvo, humedad, a vejez. Respiró profundamente. Cada bocanada de aire le produjo un dolor lacerante en el pecho. Entonces comprendió una idea aterradora: estaba herida. Elevó lo que pudo la cabeza y se contempló el cuerpo. Aún llevaba el vestido de flores verde y recordó la función del colegio, los niños, el coro cantando sobre el escenario. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba? ¡Tenía tanto miedo! Sus piernas estaban llenas de pequeños cortes y alguien le había quitado los zapatos en algún momento. Estaba descalza. Movió los dedos de los pies, movió los dedos de las manos y se miró los brazos, el pecho oculto por la tela de seda, ahí, donde le dolía en cada respiración, en cada bocanada, había sangre. Gritó. Gritó pidiendo ayuda.

Los niños… Los niños habían escenificado una pequeña obra de teatro. Habían bailado y cantado las canciones que llevaba

semanas preparando con ellos. Algunas niñas de su clase iban vestidas de estrellas. Recordaba las bonitas mallas de brillos azules y las estrellas de papel de colores cosidas con suma delicadeza sobre la tela. Alba, con su traje de princesa y el pelo rubio y acaracolado, cabalgándole la espalda mientras aferraba con devoción el muñequito que hacía de niño… Oyó un ruido y su corazón se aceleró.

Dijo su nombre y pidió ayuda; confiaba en que alguien escuchara su voz y fuera a socorrerla. Al principio fue solo un susurro, un leve murmullo temeroso.

—Me llamo Mía… ¡Que alguien me ayude! —Sollozó—. ¡Por favor, que alguien me ayude!

El extraño sonido volvió a resurgir de la oscuridad. No podía identificar lo que oía, se sentía mareada, deseaba poder ignorarlo porque si no, significaría hacer frente a algo que quizá no traería nada bueno. La habitación o lo que demonios fuera aquel lugar comenzó a dar vueltas; otra vez aquel sonido casi etéreo, como si algo o alguien raspara una superficie muy despacio.

—¡Me llamo Mía Rojas! —gritó—. ¡Soy profesora en el colegio católico Santa Clara! Por favor…, le suplico que me suelte…

El soniquete cesó. Mía observaba el techo, que comenzaba a balancearse sobre ella. Pudo sentir un sabor dulce en la boca, tragó saliva y otra vez el dolor del pecho le atenazó todos los músculos del cuerpo.

—Santo cielo… ¡Estoy casada y soy madre! ¡Por el amor de Dios! —gritó—. ¿Alguien me oye? ¡Estoy herida!

Las canciones de los niños volvieron a sonar en su cabeza. Recordó a sor María felicitándola por su trabajo. Evocó el momento en el que cogía su abrigo, se dirigía al coche aparcado frente al edificio del colegio y luego todo desaparecía en su memoria. Se movió. La superficie bajo ella era de metal; estaba segura. Las muñecas y los tobillos estaban sujetos por lo que parecían correas, pues apenas veía, y de ellas salían cadenas. Lo sabía por el sonido que hacían contra la mesa cuando se movían. Nada.

—Mía… —Una voz susurrante y poco definida retumbó al

otro lado de la insondable oscuridad, más allá de las columnas de ladrillo, de los ventanales corroídos y las cañerías—. Profesora del Santa Clara, madre y… esposa.

Comenzó a temblar de pánico. Se olvidó del dolor e intentó escrutar el ángulo lóbrego donde algo pareció moverse en sombras.

—¿Quién eres? ¿Qué hago aquí? Por favor, déjame volver con mi familia, no diré nada. ¡Estoy sangrando!

Avanzó hacia ella. La silueta se dibujó en la penumbra y un terror tácito se apoderó de Mía. Se dirigió entonces hacia una de las ventanas. La luz amarillenta cayó sobre su inmensidad. La capucha que llevaba bajo lo que parecía una cazadora y el sonido metálico al caminar helaron la sangre de la mujer. Se giró hacia ella tras observar unos segundos el exterior y avanzó dos pasos más.

—Creo que no es posible, Mía —dijo lentamente con una voz sepulcral—, pero a cambio te haré una revelación. Eres la elegida porque eres hermosa como las flores…

La figura se situó bajo una de las ventanas y Mía pudo verle la boca tenuemente iluminada bajo aquella capucha aterradora. Sonreía.

—Por favor…, déjame ir. No diré nada.

—Voy a matarte —prosiguió—. Por favor… No te muevas así… Tienes un corte profundo en el vientre, por eso debes considerar mi gesto como un favor. Si no lo hiciera, te desangrarías en unas horas. Digamos que es un acto de suma caridad.

Mía comenzó a llorar. El hombre se aproximó un poco más a ella y la oscuridad volvió a devorarlo por completo. Sintió sus dedos recorriéndole la piel de las piernas, sintió la calidez de su aliento cuando se inclinó sobre su mejilla y la besó con una ternura fingida.

—Por favor…

—Mía… —susurró—. Te contaré al oído todo lo que haré contigo. Paso a paso. Segundo a segundo. Detalle tras detalle.

Gritó desesperada, horrorizada. El hombre le colocó uno de los dedos en los labios y pareció sisear con la intención de calmarla, de que se callara. Silencio. La respiración

entrecortada de Mía se mezcló con el susurro acompasado del extraño inclinado sobre ella mientras le acariciaba la mejilla con delicadeza. De un modo borroso, volvió a verle entre sombras la boca con una mueca despectiva y los labios abriéndose para dibujar una sonrisa diabólica. Sintió cómo deslizaba su ropa interior con sumo cuidado con los dedos de una mano, cómo rasgaba la tela manchada de sangre, cómo acariciaba su ingle muy despacio.

—¿Lista para escuchar tu historia, Mía?

Mía negó con la cabeza, desesperadamente, pero su mano se apoyó en la frente y sintió unos labios calientes en la oreja.

—Esta es la historia de la número dos… Tú… Mía… Profesora, madre y esposa…

2

—¿Te he despertado?

Antía había dejado la bolsa sobre la mesa supletoria de la habitación, se había quitado los zapatos y miraba hacia el bonito patio que se veía a través de una ventana enorme con postigos de madera blanca.

—No, qué va. Estaba aquí, emocionado, a las dos de la mañana junto a mi teléfono, esperando exclusivamente tu llamada.

—No tiene gracia, Ismael. Estoy en el culo del mundo, en mitad de la montaña, con el cadáver de una cría que no tiene ni la mayoría de edad. Dos días haciendo preguntas y ni una sola huella dactilar según el forense.

Oyó que caminaba arrastrando los pies y una especie de suspiro que acabó en ronquido.

—¿Y por qué coño estás en el norte?

—Una conferencia dos días antes de mis vacaciones, mi madre vive aquí a noventa kilómetros y mi amor por la profesión —respondió con sarcasmo.

—¿Y qué tiene que ver Madrid con todo esto, Antía? ¿Qué te dice la científica?

Antía suspiró. Ismael podía resultar realmente irritante en

determinados momentos, pero tenía que decírselo.

—Se llama Olivia Cruz. Diecisiete años. Creemos que la violaron y la asfixiaron antes de tirarla al maldito río, y la científica no tiene nada que me sirva. No parece que se haya defendido mucho, pero hay restos de semen que están analizando. Nada más, ni tejidos, ni fibras, ni una triste huella parcial. De momento, es lo que tengo.

—¿Semen? ¿Cuánto tiempo se estima que llevaba sumergida? Es difícil dar con semen si el cadáver está en el agua.

—Lo tenía en la mejilla.

—Eso no justifica una posible violación. Pudo haber mantenido relaciones ese mismo día. ¿Y por eso me llamas a las dos de la mañana de un martes? ¿Quieres que obre un milagro? —preguntó Ismael soltando a continuación un bostezo.

—Tenía… la ropa interior enrollada en el cuello… Y le han decorado el pelo con flores… Puede que eso te acabe de despertar.

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono.

—Ha vuelto.

—Eso no tiene sentido, Antía.

—Eso o alguien ha querido que vuelva.

Oyó un frufrú de algo y como si Ismael se sentara en algún sitio. Se imaginó su cara de espanto y que se estaría frotando la barbilla con los dedos, un gesto que solía hacer cuando algo le ponía nervioso.

—Hamlet está encerrado desde hace más de veinte años aquí en Madrid.

Antía levantó la vista hacia el frente. Se había encendido una pequeña luz en una de las habitaciones, al otro lado del patio, y otro huésped se asomaba a la ventana y encendía un cigarrillo. Era un hombre medio desnudo.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer y por qué llevo dos malditos días intentando hablar contigo; cosa que me ha resultado bastante difícil, dado que nadie sabía dónde te habías metido.

—Antía… —susurró Ismael.

—Vete a ese agujero y averigua algo. Tienes que ayudarme. Me acordé de ese pervertido nada más ver la escena del crimen. Era la representación exacta de *Ofelia entre las flores.*

—Tiene casi setenta años y está encerrado, joder. Han pasado veinte años.

—Pues entonces tenemos un imitador. Y te aseguro que lo ha hecho muy bien.

—¡Su puta madre! —bramó Ismael—. Te llamo mañana.

3

Luis se detuvo delante del mostrador de la entrada, cogió una carpetilla que había sobre una de las bandejas de sobremesa y echó a andar por el pasillo hasta su despacho. Eran apenas las nueve de la mañana. Una mujer rubia, alta y un agente de policía que no debía de tener ni los treinta años esperaban de pie delante de la puerta. Conocía de vista al hombre. Sabía que era de allí y poco más. La mujer se volvió cuando oyó sus pasos sobre el entarimado y le sonrió con frialdad.

—Buenos días, señor Martell. Soy la inspectora Antía Farre —dijo alargando el brazo hacia él y dándole la mano. Ni siquiera le presentó al agente que iba a su lado—. Hemos llegado un poco pronto. Espero que no le moleste.

Abrió la puerta del despacho haciendo malabares con la maleta, la carpeta y el ordenador portátil, y los invitó a pasar.

—En absoluto. Pasen y pónganse cómodos. —Dejó todo lo que llevaba en las manos sobre el escritorio y giró la varilla para apartar la cortina veneciana y que entrara un poco de luz. Se sentó y observó con detenimiento a la inspectora y luego al joven agente—. El instituto está sobrecogido con todo lo que ha pasado. Díganme qué necesitan, por favor.

—Usted era el tutor de Olivia Cruz, señor Martell. Sería de mucha ayuda si nos pudiera decir si notó algún cambio en el día a día de esa chica. Cambios de humor, cambios en el rendimiento académico, amigos…

Observó durante unos segundos la fotografía de su esposa Ada que tenía sobre la mesa. Ella estaba sentada en una playa

en pantalón corto y camisa. Él negó con la cabeza.

—No lo sé. Olivia no era una chica que se hiciera notar mucho, ya me entienden. Era una buena alumna, notas normales, ni excesivamente buenas ni malas, y eso no cambió en ningún momento. Incluso ayer por la noche revisé los exámenes finales de mis alumnos y comprobé que el de ella estaba bastante bien. Destacaba en Historia y en Arte. El Latín se le daba un poco peor, pero lo iba sacando.

—Sus padres nos han contado que no tenía novio, pero que últimamente salía algo más de lo habitual y que pensaban que se veía con alguien. ¿La vio con algún alumno? ¿Un amigo, quizá?

—No estoy seguro. ¿Por qué iba a saber algo así? Supongo que sí, como todos los chicos de su edad —dijo. Se reclinó sobre la silla y recapacitó—. Disculpe, no sé ni lo que digo. No puedo creer que estas cosas pasen aquí. Los padres de todos los estudiantes no han dejado de llamar. Están asustados. —Hizo una pausa y continuó—: Yo pasé un par de semanas con Olivia y tres alumnos más en tutoría. Estaba preocupada por el examen de Historia y se quedaba una hora más en el instituto conmigo para revisar sus esquemas y ver en qué podía hacer más hincapié con vistas al examen de junio, dado que tuvo que recuperar Latín en mayo. Pero estaba contenta y no vi nada fuera de lo normal en su comportamiento. Una chica tranquila, no era popular ni poco adaptada; simplemente era una alumna más.

La inspectora miró de soslayo a su acompañante, que no dejaba de tomar notas en una pequeña libretita de tapas duras y goma, y volvió a fijar la vista en él al momento.

—Solo he hablado con un par de amigas de ella. Me han dicho lo mismo que usted, pero sigo con la duda con respecto a lo que dijeron sus padres, que parecía que se veía con alguien. ¿Podría ser alguien del pueblo? ¿De otro pueblo del valle?

—No lo sé, inspectora. Lo que yo conocía de Olivia era su vida aquí en el centro, y ahora los estudiantes están de vacaciones. Nunca tuvimos más confianza que la que podría surgir de una clase de apoyo, y ella no era una chica muy abierta a contar sus aventuras. Tampoco la vi jamás con nadie

que me pudiera llamar la atención. No que yo recuerde ahora, claro. Veo a mis alumnos a menudo, pero, si fuera el caso, si algo me hubiese chocado, estoy seguro de que me acordaría.

—¿Sabe si los alumnos van a menudo a la Garganta Divina, si hacen allí fiestas o algún tipo de acampada? —La voz aflautada del agente uniformado sorprendió tanto a Luis como a su compañera. El chico parpadeó, dejó su libreta sobre las rodillas y se puso tieso intentando aparentar seguridad—. Soy… el agente Fabio Soler.

—Es una ruta de senderismo algo peligrosa. Los chicos del valle de Caín saben perfectamente que no es un lugar seguro, y menos de noche. No que yo sepa, agente. Sin embargo, yo soy profesor. No tengo ni la más remota idea de dónde van a hacer botellón o fumar; y cuando uno es joven no ve el peligro, así que supongo que no sería una idea muy descabellada, pero… ¿sola? Esa zona no está iluminada. No recuerdo ningún tramo del desfiladero hasta el puente de Bolín que lo esté.

El agente asintió.

—Ha sido muy amable por dedicarnos su tiempo —dijo la inspectora. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta de traje, sacó una tarjeta y se la entregó—. Le agradecería que, si recuerda o escucha algo que considere importante, me llame. Estaré aquí alojada en la Posada de Caín unos días, antes de irme.

—¿Irse?

Ella sonrió. Luis observó una hilera de dientes blancos y grandes decorados por unos labios tan finos que parecían cristal. Tomó la tarjeta inclinándose hacia adelante.

—Estoy aquí de pura casualidad y haciéndole un favor a un amigo del cuerpo. No creo que me quede mucho tiempo en el valle, señor Martell. Aun así, no me iré hasta que no esté todo encaminado. Así que, si recuerda algo…

—Se lo haré saber, por supuesto.

4

La anciana estaba de pie, delante de la verja de hierro abierta.

Observaba a Ivette con un brazo metido en el bolsillo del delantal y la otra mano apoyada sobre un bastón; los ojos entrecerrados. Pequeña, delgada, con el rostro surcado de arrugas pronunciadas. Ivette levantó el brazo con la intención de saludarla, pero la anciana retomó su camino en dirección al pueblo, sin apenas prestar atención al coche que llegaba. Ivette volvió a observar la fachada del hotel, los tejados en pico, la inmensa cúpula que se alzaba entre los árboles cortando aquel paisaje verde de robles, palmeras, secuoyas, cipreses y magnolios. Oyó tras de sí el sonido de una puerta cerrarse y los pasos sobre las piedras del camino y su voz.

—¿Ya me echabas de menos?

El hecho de que aquel hombre le resultara tan apetecible le provocó un escalofrío por todo el cuerpo y se sonrojó. Pero era justamente lo que él esperaba. Ella desvió la vista hacia el edificio, caminó hacia la derecha, justo detrás de una enorme palmera, y cuando lo tuvo muy cerca lo besó. Álex sonrió con todos aquellos mechones de pelo al viento. Ivette se recompuso del calentón inicial y caminó de vuelta al sendero, seguida de Álex. Llevaba un pantalón vaquero y un jersey de cuello de pico negro y parecía aún más joven de lo que era. Ivette se preguntó qué pensarían los empleados de sus encuentros nocturnos. Que ella supiera, no estaba en la nómina ocultar determinados secretos de su trabajo, pero había sido astuta, puesto que nunca contrataba personal que viviera en el mismo pueblo, incluso había más de una limpiadora que ni siquiera vivía en el valle, y sus inquilinos no solían quedarse mucho tiempo.

—¿Sabes? —Miró hacia la puerta principal y suspiró—. Cuando compré esta casa solo tenía una chimenea de mármol en la planta baja y los radiadores eran tan antiguos que apenas se mantenían en pie. Faltaba la mitad de la escalera, llegaba solo hasta la segunda planta, y me emocioné con la única visión de los zócalos de castaño. Eso fue lo que hizo que me decidiera a restaurarla.

—¿Me has hecho venir para hablarme de la arquitectura de la casa?

Ivette sonrió.

—Me pasó lo mismo contigo, Álex. Cuando te vi la primera vez arropado por las faldas de tu madre y ese grupo de… cotorras octogenarias, sentí cierta curiosidad por la forma en que me mirabas. Luego descubrí tu potencial y esa… mente privilegiada que tienes. —Álex soltó una deliciosa carcajada y ella avanzó hacia la recepción—. Ven, vamos al comedor. Ahora no hay nadie y quiero contarte algo.

Saludó a Amaya, la mujer que estaba detrás del mostrador vestida con un sencillo traje de chaqueta y pantalón azul marino, y avanzaron por el lado derecho hasta un corredor acristalado que daba a un jardín interior y, al final, el amplio salón. Ivette se apoyó sobre la encimera de una de las mesas y cruzó los brazos. Él la miraba con curiosidad.

—¿Te has enterado de lo de la niña de los Cruz?

—Todo el mundo habla de ello en el valle. Por supuesto que sí. ¿Qué quieres, Ivette? Reconozco esa mirada sibilina y sé que tramas algo.

Ella se encogió de hombros y arqueó las cejas.

—Tú puedes filtrar la información fuera del periódico en el que publicas tu columna para que parezca algo más… ¿aterrador? Ya me entiendes: una chica joven, un posible asesinato ritual como algún cliente me ha llegado a mencionar…, el asesino suelto… Tienes varios alias y más de un blog personal… Sería una buena manera de generar controversia y muchos clientes para la Posada de Caín.

—¿Quieres que genere un bulo al estilo *creepypasta* en algún foro de lunáticos? Llenarías el valle de góticos y fanáticos, Ivette. No creo que ese tipo de personas sean clientes potenciales para tu precioso negocio.

—La prensa nacional no sabe mucho de lo que está pasando aún, Álex. No te pido que hagas eso. Solo que muevas la noticia de un modo anónimo para que sea un poco más… interesante. ¿Sabes que la inspectora que lleva el caso se aloja aquí?

Él asintió y se acomodó en una de las sillas tapizadas.

—Sí. La he visto, un par de veces, y no creo que le haga mucha gracia que de pronto este sitio se llene de periodistas y que el valle se inunde de turistas de lo macabro. Hay un

asesino suelto. ¿No te da miedo?

Ivette resopló incorporándose y se aproximó a él. Se levantó la falda con delicadeza y se sentó a horcajadas sobre sus rodillas.

—No creo que al asesino le interese una mujer que pasa de los treinta años… —murmuró con sorna. Se había quedado corta—. Además, no estamos en Estados Unidos; esto no es una serie de crímenes sin resolver. Dudo que quien haya hecho esa barbaridad sea un genio del asesinato. Al final los malos siempre caen.

Álex le miraba las rodillas desnudas y le acariciaba con los muslos las yemas de los dedos. Ni siquiera alzó la vista cuando dijo:

—Estás subestimando la situación, Ivette. Por lo que parece, la policía no tiene muchos datos. No parece que haya huellas ni sospechosos. Ni una sola pista que seguir.

Ivette le mordisqueó la oreja y susurró:

—Mueve esa noticia y yo seré tus oídos cuando esa policía hable por teléfono sobre el caso. ¿Sabes que ayer escuché una conversación que tuvo con alguien? —Sonrió cuando Álex la miró sorprendido—. ¡Ah!, veo que mi hombre ahora me presta mucha más atención. Pues sí. Después de acostarnos bajé a recepción y, cuando pasé por el pasillo, la escuché. ¿Ahora te interesa? Tu periódico estaría muy agradecido contigo si tú le dieras cierta información privilegiada, ¿no te parece?

—Te gusta demasiado el dinero, Ivette. —Se estaba poniendo cachondo y empezaba a moverse nervioso.

—Y tú eres ambicioso. No creo que desaproveches esta maravillosa oportunidad. Un chico como tú, con un coeficiente intelectual por encima de la media, que acabó una carrera en la mitad de tiempo y que tiene los conocimientos informáticos más que de sobra para comerse el mundo de la información que…

—¿Me estás haciendo la pelota?

Ella lo besó.

—Te estoy proponiendo un trato y un negocio rentable.

5

El recinto penitenciario había supuesto para las arcas del Estado un gasto de unos mil trescientos millones de las antiguas pesetas y sus obras finalizaron en el año ochenta y dos. Estaba catalogada como una de las prisiones más seguras del país. Dotada de sistemas de control y detección de movimientos, sensores volumétricos y varios circuitos cerrados de televisión, por no olvidar que el edificio estaba construido sobre una inmensa plancha de hormigón que hacía imposible la excavación de túneles y la consiguiente huida de alguna mente privilegiada a la que se le ocurriera perforar el suelo y cavar galerías para escapar de allí. Ismael recordaba que no debía de tener ni trece años cuando, en el año noventa, un grupo de presos del módulo tres, el de los más peligrosos, secuestró durante horas a varios funcionarios de prisiones, entre los que estaban dos médicos y una auxiliar de clínica, que se vio metida en aquel marrón sin comerlo ni beberlo. El motín duró doce horas, hasta que a alguna cabeza pensante le dio por deducir que lo mejor que podían hacer era dar *ciertas garantías* a los reclusos para mejorar su situación en prisión —que era lo que realmente querían—. Después de eso, liberaron a la desdichada auxiliar y a uno de los médicos retenidos, una mujer. Ismael solo recordaba esos detalles porque la historia había generado mucha polémica en los medios de comunicación y su padre no hacía más que decir «¡Menuda cárcel de mierda de máxima seguridad!» a voz en grito mientras su madre lo miraba de hito en hito y él se mantenía pegado a la televisión esperando muertos, explosiones y sabe Dios qué más.

Ahora estaba allí, en el mismo módulo tres, pero con cuarenta años recién cumplidos y el gesto crispado por la situación. Uno de los funcionarios lo había acompañado hasta la sala donde se encontraba sentado Hamlet, un tipo que en aquel momento estaba tan delgado que parecía que se le transparentaban las costillas por debajo del mono, con la espalda encorvada, la cara hundida por la vejez y la decadencia de años sin apenas luz y los ojos tan abiertos y

grandes que parecía una calavera. Ismael se dio cuenta de que era una réplica exacta al actor Julian Beck con el sombrero y el traje negro y su cara cerúlea en la película de *Poltergeist*. Cuando entró en la habitación, Hamlet le sonrió curvando la boca despiadadamente hasta casi salírsele del contorno de la cara. Él no lo recordaba tan delgado, tan consumido y anciano, pero, claro, habían pasado veinte años e Ismael era ahora inspector. Por aquel entonces era solo un novato recién salido de la academia de policía y aquel tipo era el psicópata de moda. Mucho más gordo, con la cara más rellena y una fina perilla casi imperceptible a menos que te acercaras mucho a él.

Aproximó la silla hacia la mesa y se sentó con cierta lentitud mientras Hamlet permanecía con las manos engrilletadas sobre la encimera, los dedos entrelazados y la vista fija en él.

—¿Cómo te tratan, Hamlet? ¿Estás bien aquí? —El viejo se pasó la lengua por los labios y asintió. No dijo nada—. Veamos… —dijo sacando una libreta del bolsillo interior de la chaqueta—, llevas más de veinte años en esta prisión y aún te queda algún que otro año más. No has recibido ni una sola visita en todo este tiempo; un par de abogados, me dicen, y poco más. Supongo que tiene mucho que ver con los siete asesinatos que cometiste y las ocho violaciones. Ahora sospecho que te consuelas con las paredes de tu habitación y alguna revista que te puedan dejar, ¿no, Hamlet?

—Tiene muy buen aspecto, inspector Roig. Veo que también pasa el tiempo por usted. Le recordaba más… aniñado.

Ismael se retrepó en la silla. Hamlet supuraba una frialdad que se podía cortar con un machete. «Setenta años», pensó Ismael. Ni siquiera la edad, las horas de soledad y los interminables días en una cárcel de máxima seguridad habían modificado aquel semblante flemático. La misma mirada cruel y lacerante. Unos ojos vacíos y carentes de cualquier tipo de sentimiento, la ausencia de humanidad. El asesino en serie. Un criminal.

—Buena memoria.

—Es una de mis muchas habilidades, pero supongo que no está aquí para destacar mis cualidades o recordarme por qué estoy en prisión. ¿Me equivoco?

—No has enviado cartas —continuó Ismael—, y las que tú has recibido, algún fan tocado de la cabeza, tampoco dicen mucho. Y eso me hace pensar que no has tenido ningún tipo de contacto con nadie en el exterior, pero nosotros tenemos un cadáver con tu mismo *modus operandi*, tiene tu firma y… eso me pone de muy mal humor, Hamlet. De muy mal humor. Primero, porque tú estás aquí. Ella está allí fuera. Ofelia…

Hamlet sonrió fugazmente y desvió la vista hacia un ventanuco rectangular muy alto que dejaba ver un trozo de cielo azul.

—Millais casi acaba en los tribunales cuando pintó ese cuadro, inspector. ¿Lo sabía? Estaba tan obsesionado con la perfección de su obra que mantuvo a su esposa metida en una bañera llena de agua durante tantas horas que casi la mata de una pulmonía. Pero era necesario para representar a la perfección su arte. —Se detuvo justo cuando volvía el rostro hacia él.

—Corta el rollo, Hamlet, y dime qué está pasando.

—¿Y qué ganaría yo, inspector? Digo si realmente supiera algo. Verá, no tengo mucho que perder. Soy anciano y estoy aquí encerrado. Llevo tanto metido en esta pocilga que ni siquiera me importaría morirme aquí. ¿Qué podría ofrecerme, hijo, imaginando que yo pueda ayudarle de alguna manera?

Esto último lo dijo arrastrando las palabras con un tono de burla que Ismael reconocía. Lo sabía porque eso fue lo mismo que le había dicho cuando se acercó a él el día que lo detuvieron: «Ten cuidado, hijo: cuando uno se rodea de asesinos acaba siendo parte de ellos».

Ismael tensó los labios.

—¿Y si te devuelvo tus lienzos? Para que puedas volver a pintar esa mierda de cuadros que te salían tan bien. Por ejemplo. Siempre que me des algo, Hamlet, que me ayude a entender por qué coño tengo un cadáver flotando en el río con tu firma a quinientos kilómetros de aquí. Puede que quieras morirte en este lugar. A mí tampoco me apetece que te dejen libre, cosa que tarde o temprano ocurrirá gracias a nuestro piadoso sistema judicial, pero seguro que no te deprime poder pasar los siguientes años coloreando tus florecitas y tus ríos,

¿no crees?

Hamlet ahora no parecía tan sonriente. Tenía la calavera contraída por la tensión y las pupilas de los ojos dilatadas y grandes.

—Veo que la idea no te disgusta.

—Veo que está bastante jodido si tiene que pedir ayuda a un asesino, inspector.

—Te imita. Puede que el que esté jodido seas tú. Si ese imitador mejora tus *logros*, de lo único que se acordarán es del maestro superado por su alumno… Tantos años en la cárcel para morir en el olvido… ¿No es decepcionante?

—Yo siempre seré Hamlet, inspector.

Hamlet volvió a sonreír.

—Dime algo que me ayude y te devolveré lo único que te da un soplo de vida en esta prisión. Aquí los días son muy largos, y los dos sabemos lo importante que es para ti poder pintar… El tiempo no pasa, uno se consume si no tiene algo a lo que aferrarse…

—Primero mis pinturas y lienzos, inspector. Y que sea rápido. No es que me urja, pero seguro que a ustedes sí. —Abrió la boca dibujando una sonrisa de payaso y enseñó los dientes—. Se acabó la visita, hijo.

Si tengo que serte sincera, nunca pensé que los asesinos fueran como tú. Una adolescente como yo se imaginaba que los hombres malos tenían mal aspecto y vivían en sitios lúgubres. Desperdicios humanos que vagan por las calles y que llevan el letrero de «peligroso» pegado en la frente. Ese tipo de extraños que te cruzas en la calle y cambias de acera, que acechan en los callejones de las grandes ciudades. Pero yo vivía en un lugar donde todos nos conocíamos y tú estabas ahí. Por supuesto que me llamaste la atención, nunca has tenido mal aspecto. Siempre fuiste amable conmigo y cuando empezamos a mantener esas conversaciones largas estaba a gusto. Jamás dudé de ti. Pero me di cuenta de que no te gustaba que te vieran conmigo. Era muy consciente de que las veces que coincidimos en algún lugar te ocupabas de que nadie fuera testigo de tu atención. Es normal. Puedo entenderlo. Ya no me siento especial. Matas, y eso me lleva a experimentar dos tipos de sentimientos muy ambiguos y confusos. Siento pena por nosotras. Solo tú sabes qué te lleva a matar, qué hace que escojas a una víctima en lugar de a otra. ¿Por qué me señalaste con el dedo a mí y no a otra mujer? No lo sé. Sin embargo, también siento sosiego. Es como si el saber que le hiciste lo mismo a otra persona me quitara un terrible peso de encima. Y lo sé. ¿Por qué diablos tengo este sentimiento tan horrible? Porque soy humana y tenía miedo. Porque siempre pensé que yo había hecho algo para merecerme lo que me pasó. Estaba convencida de que me había equivocado en la forma de tratarte. Allí, en ese bosque, antes de sentir tus dedos en mi garganta, lo pensé, ¿sabes? Me sentí culpable de lo que me pasó. Y no te puedes imaginar qué sensación de paz se apoderó de mí cuando supe que no era la única. Y no lo siento. No tengo ningún tipo de remordimiento. Perdón a esa familia que llora por su hermana, por su madre, por su hija o por su esposa. Perdón por todo esto que siento aquí, en esta oscuridad donde tú me has dejado desde esa noche. Pero no lo puedo soportar. No era especial para ti. No te hice nada. No me merecía esto. Era solo una niña.

Una víctima más de tu mente enferma. Y lo peor de todo es que muy pocos saben de lo que eres capaz...

[3]

1

Había estado hablando con el inspector jefe de la sección de Homicidios durante más de dos horas y él le había soltado la misma serenata de siempre: debían apoyar a las unidades locales para esclarecer la muerte, colaborar con ellos en lo que fuera necesario, que no dudara en pedir lo que necesitara a Madrid, «pero que no se note mucho, Antía. Ya sabes que no nos gusta que se metan en nuestra cama. Allí tienen un buen grupo de Policía Judicial y, que yo sepa, de momento no tenemos a ningún asesino en serie. Es algo aislado». La disculpa por haberle chafado la primera semana de sus merecidas vacaciones pasó a un segundo plano cuando ella le insinuó que no estaba muy segura de que fuera un hecho aislado; nadie que asesinara por un impulso decoraba el cadáver de ese modo, la similitud con aquellos crímenes en serie, aquel escenario. Los celos, la ira… Todo lo que podía indicar un crimen pasional lo desbarataba aquel cadáver cuidadosamente decorado con flores y la ropa interior enrollada en el cuello. Nadie que matara por un impulso se tomaba esa molestia… Mateo Mastrana le soltó una especie de gruñido cavernoso muy parecido al de un oso en época de apareamiento, si es que eso era posible. Luego colgó y la dejó allí plantada delante del ayuntamiento, con el bullicio vecinal de fondo.

El alcalde había reunido a un gran número de padres preocupados por sus hijos para darles ánimo y un grupo de agentes uniformados informaban de cómo actuar en caso de detectar un comportamiento extraño en alguien, en la importancia de no quedarse solo en ningún momento y, sobre todo, la prohibición absoluta de ir a la Garganta Divina para

los más jóvenes.

Cuando entró en la sala polivalente abarrotada, detectó pocas caras conocidas entre los asistentes. Vio de refilón al agente Fabio con cara de circunstancia cerca de un atril de madera junto a un policía que parecía un armario ropero allí plantado con la cabeza afeitada y una camisa dos tallas más pequeñas de lo necesario. Fabio sudaba como un pollo y tenía una pequeña carpeta azul entre las manos. Por supuesto que todo aquello le quedaba un poco grande al hombre; Antía lo había notado nada más verlo, pero le caía bien. Tenía esa energía positiva de la que todos se iban desprendiendo con el tiempo. Luego estaba el alcalde, unos metros más allá. Cuando la vio movió las cejas a modo de saludo, supuso ella. Se desplazó de la mejor manera que pudo —dada su protuberante barriga— hacia donde Antía se encontraba y se situó a su lado mirando al frente.

—Están muy nerviosos —susurró casi sin separar los labios.

Ella asintió. Acababa de ver al profesor del instituto con el que se había reunido el día anterior sentado junto a una mujer delgada de pelo rubio. Dos hombres, que parecían ser los padres de alguien, lo acosaban con preguntas mientras él les hacía gestos con las manos para que mantuvieran la calma.

—Es normal, alcalde. Pero lo importante es mantener la serenidad. Por el bien de la investigación y de ellos mismos. Lo fundamental es que todo siga como estaba, con las medidas de precaución que les están explicando.

—Esa gente tiene hijas de la edad de Olivia Cruz, inspectora. Es difícil que mantengan la calma con un asesino suelto por aquí.

Antía soltó aire por la nariz.

—Nadie sabe si está suelto por aquí como dice, alcalde, y justamente eso es lo que no puede trasmitir a los vecinos. Puede que ni siquiera esté ya en el valle de Caín, que se haya ido; pero eso no lo sabemos y es lo que estamos investigando. Necesito que controle a su gente y que no cunda el pánico. ¿Podrá hacerlo?

El alcalde asintió despacio. Una gota de sudor le cayó desde la sien al hombro y se secó la cara con un pañuelo que sacó del

bolsillo del pantalón. Con la misma delicadeza que un sacerdote cierra su misa, el enorme policía terminó sus explicaciones y empezó una especie de turno de preguntas que era algo muy parecido a una puja sin control. Fabio se deslizó por un lateral de la sala y se acercó a Antía mientras el alcalde arrastraba las enormes pantorrillas para dirigirse a los vecinos más nerviosos. Tenía una cicatriz en la frente, de esas que uno se hace cuando cae de cabeza desde un tobogán de niño, y el pelo engominado hacia atrás.

—¿Tienes tiempo para un café? —Fabio echó un vistazo de refilón a una mujer mayor que alzaba la voz por encima de los vecinos, y se volvió de nuevo hacia Antía—. Tengo alguna novedad que contarte.

—Tiempo es lo que me sobra.

Salieron del ayuntamiento y caminaron por la calle empedrada hasta una pequeña cafetería con la fachada en un azul turquesa que dolía a la vista. La señora que estaba detrás de la barra y que vendía no solo café y bebidas, sino un montón de galletas en forma de semáforos, muñecos, caras de animales y futbolistas famosos, los recibió con una amplia sonrisa y les atendió con premura y diligencia. La señora llevaba un mandil con la frase: «Si realmente somos lo que comemos, yo soy terriblemente dulce», en letras rosas y fondo, por supuesto, azul. Por la plaquita de plástico satinada se llamaba Alicia, y por el peinado en forma de rulos y las arrugas que le surcaban la cara pasaba de los cincuenta y muchos, y eso quedándose corto. Antía por fin pudo visualizar el nombre del establecimiento: Cafetería y Confitería Azul, rezaba un letrero. No se sorprendió.

—¿Vas a tomar lo de todos los días, Fabio?

Él la miró de soslayo.

—Sí… Digo, no. Un café será suficiente.

—Yo tomaré un descafeinado, por favor.

—Tonterías, chico. Te traeré lo de siempre. Hoy invita la casa.

Antía no comprendió a qué se refería Alicia y por qué a Fabio se le encendieron las mejillas… hasta que la vio llegar con la bandeja. Colocó los cafés sobre la mesa y luego le sirvió

al agente una galleta en forma de oso panda con los ojos de botón de chocolate blanco.

—Es… es que están buenas.

El oso panda también llevaba una especie de pantalón de chocolate rojo.

—Ya veo. Bien, ¿qué tenéis?

—Hemos hablado con los amigos de Olivia. No son muchos, así que nos han quitado una gran cantidad de trabajo. Tres chicas del instituto que siguen la misma teoría que los padres: que se veía con alguien desde hacía unas semanas. —Mordió la cabeza del oso panda y se limpió las migas con la mano—. Están seguras de que no es nadie del instituto, eso se habría notado. Además, hacía días que no quedaba con ellas.

—¿Y del pueblo?

—Poco probable. Alguien los habría visto por mucho cuidado que hubiesen tenido. Del valle, quizá. Hay tres pueblos más, pero ya hemos estado haciendo preguntas y no tenemos ninguna pista. Nos hemos llevado su ordenador y hemos revisado su habitación, pero tampoco hemos encontrado nada que nos ayude. Los de Delitos Informáticos están rastreando a fondo el portátil de la cría. Supongo que algo encontrarán: algún chat o cuenta de correo que nos lleve a alguien, pero puede que solo quede en humo. No estoy muy seguro.

—¿Y la autopsia?

Fabio movió la cabeza negativamente.

—Un par de hematomas en los muslos y poco más. Ni saliva, ni sangre, ni restos de piel debajo de las uñas. Solo tierra de ese maldito bosque. Los restos de semen de la mejilla los han analizado, pero no tenemos con qué compararlos de momento, y menos mal que estaban en la cara porque, de no ser así, no sé si nos hubiera quedado algo que analizar. Y la estranguló con su propia ropa interior…, como ese tal Hamlet.

—Esperemos que aparezca algo en ese ordenador.

—¿Cree que tiene algo que ver con… —Fabio dejó parte de la galleta sobre el platito de porcelana y se quedó mirando la encimera de la mesa— ese tipo?

Antía contempló la diminuta callejuela a través de los cristales.

—Eso estoy tratando de averiguar. Mira, estás haciendo un buen trabajo, Fabio, y tú conoces mejor a esta gente, eres de aquí. Sigue buscando. Algo tiene que aparecer: un amigo, un conocido… Algo —dijo. Alzó la mirada hacia él—. Cualquier cosa.

Antía percibió en el gesto sombrío del agente que estaba desesperado por encontrar algo con lo que trabajar. Ella había sido así; novata, ansiosa de dar con los malos, desmoralizada ante ciertas situaciones que ni ella podía controlar. Rara vez había sentido un ligero apego por algún compañero, a excepción de Ismael. Sin embargo, aquel policía que tenía delante le recordaba demasiado a ella misma cuando Ismael la había ayudado. Las ojeras bajo los ojos, la preocupación, la duda.

—¿Y si ya no está en el valle? —preguntó de pronto—. ¿Y si se ha ido? Un forastero, algún loco que topó con la chica y se la llevó a la Garganta Divina. Me resulta muy duro pensar que hay un asesino en este lugar, joder. He crecido en esta zona y nunca me habría imaginado que algo así podría pasar aquí. No tiene sentido.

—Nunca se conoce del todo a una persona. A veces las circunstancias cambian. ¿Conoces al asesino de colegialas Edmund Kemper?

Fabio negó con la cabeza.

—Tengo bastante con los asesinos de este país como para preocuparme por los de fuera. ¿Por qué?

—Dijo que cuando veía a una mujer guapa pensaba que era una chica atractiva y que le agradaría hablar con ella, salir, tomar algo; pero, por otro lado, se preguntaba cómo sería ver su cabeza ensartada en un palo. Pues eso pasa con los asesinos, un día son personas normales, no todos nacen con las ganas de matar, pero en algún momento de su vida pasa algo. Pueden ser celos, envidias, incluso peleas entre vecinos. No importa lo que sea, pero sucede. Y matan. Sin más. —Hizo una pausa y prosiguió—: O quizá el instinto siempre estuvo ahí y solo necesitaba que algo lo activara.

—¿Por qué mataba Hamlet, inspectora?

Ella sonrió amargamente.

—Por placer. Y porque sí.

—No comprendo.

—Fue lo que dijo. Aunque la versión oficial es mucho más profunda. No hay más. «Porque lo necesito y porque de todas formas todos acabamos muertos», y se quedó tan tranquilo…, sonriendo.

Después de intentar pagar la cuenta —cosa que hizo Antia sin mucho éxito, antes de dar tiempo al chico para que sacara la cartera del bolsillo del pantalón—, se encaminaron hacia la puerta tras despedirse de Alicia, alias la Dulce, que, como si fuera una tierna abuelita, se quedó plantada detrás del mostrador sacudiendo la mano. Echaron a andar por la calle. Cuando alcanzaron la plaza central del pueblo, donde se localizaban algún que otro comercio y una cervecería, una voz hizo que pararan. Era el profesor Martell con la bonita mujer rubia que Antía había visto sentada junto a él en la sala polivalente del consistorio. Ada, que fue el nombre con el que el agente Fabio la había saludado, se quedó un poco apartada hablando con el chico mientras el profesor se le acercaba a ella.

—¿Cómo van las cosas, profesor?

—Todo bien, inspectora. La he visto en la reunión, pero se fue antes de que yo me librara de un par de padres. Tenía que hablar con usted.

Antía se metió las manos en los bolsillos del pantalón del traje y asintió. Aquel hombre de rostro anguloso y pelo rubio parecía preocupado.

—Ayer noche recibí por *mail* el vídeo de la graduación de los chicos —dijo entonces—. Ya sabe, grabamos a los alumnos recibiendo el título de bachillerato. Ellos hacen alguna cosa divertida, cantar, vídeos, un poco de todo, y luego se van de cena y nosotros a casa. He visto algo en esa grabación que le puede servir, inspectora. Algo que creo que es importante.

2

Llegó a casa un poco antes de la hora de almorzar. Su madre

estaba sentada en la mecedora del salón, con la manta de cuadros sobre las rodillas, como él la había dejado horas antes. Su primer pensamiento cuando la vio de espaldas fue que se había quedado dormida. El televisor estaba apagado y podía intuir su rostro ligeramente ladeado sobre el hombro derecho.

—Hola, mamá —dijo Álex, dejando las llaves sobre el pequeño plato del aparador de la entrada—. ¿Cómo estás?

Ella se volvió hacia él muy despacio y sonrió.

—Álex… Hola…, cariño mío.

«Demasiado tiempo de ese modo». La había visto mucho mejor en otros momentos, pero su madre a veces tenía aquella mirada vidriosa y enloquecida. Eso era lo que tenía recibir una paliza que la había dejado inconsciente durante demasiado tiempo. Un fantasma cuyos pies se arrastraban en alpargatas en la desolada habitación del hospital, hasta que logró recuperarse de la conmoción hasta cierto punto. «Solo hasta cierto punto».

—¿Tienes hambre? —Besó la mejilla de su madre, se acuclilló frente a ella y la arropó un poco más con la manta—. ¿Pasta? ¿O prefieres algo de verdura?

—Pasta estaría bien. Me he quedado dormida.

El médico le dijo que ese tipo de lesiones causaba un daño permanente en los conductos neuronales que podía alterar el razonamiento de su madre. «Una lesión secundaría», lo llamó. Y desde entonces empezaron los problemas; su madre en ocasiones hablaba a voces, como si se encontrara en la otra punta del país. Se perdía en las conversaciones, se olvidaba de muchas cosas y hasta una vez había metido el mando de la televisión en la nevera, junto a la lechuga y dos botes de tomate, sin olvidar el detalle de que casi habían saltado por los aires cuando se dejó abierta la llave del gas.

«Problemas de funcionamiento ejecutivo», le indicó el doctor unos días después, cuando su madre se sentó en el borde de la ventana, casi con la mitad del cuerpo colgando de la segunda planta, porque había visto una cagada de pájaro en el cristal. «Pueden actuar sin pensar antes en las consecuencias». Y esa era la herencia de su padre. Una madre con cuarenta y dos años, dependiente, que a veces parecía

joven y radiante, y otras veces una anciana prematura. Una mujer pálida y terriblemente dañada. Álex estaba seguro de que había olvidado la mayor parte de su infierno y eso era lo que más le gustaba de las secuelas, no recordar el dolor. No recordarle a él y lo que pasó aquel día.

—Hace mucho tiempo que no sales a comer con tus amigas —le dijo Álex asomando la cabeza por encima de la barra de la cocina—. No estaría mal que volvieras a retomar esas comidas, mamá. Ya sabes que puedo acompañarte como antes. No puedes estar todo el día encerrada en casa.

—Pronto. —Fue lo único que le respondió.

A las cuatro estaba delante del ordenador y su madre cosía sentada en el sofá; una tarea que jamás había olvidado. Abrió el correo electrónico y lo primero que hizo fue enviar un *mail* a su superior en el periódico para ponerlo al día de toda la información que había conseguido. Que Ivette había conseguido. No tardó ni dos minutos en recibir la llamada de teléfono de su jefe y casi lo había dejado sordo de la emoción. «Esto queda entre tú y yo, Álex. La información, directamente a mí. Sin filtraciones ni terceras personas». La tela de araña se empezaba a tejer y todavía quedaba lo más importante: el bulo en el lugar apropiado. La ciudad sin ley de los foros de alto contenido para adultos, donde crecían las leyendas más descabelladas, los vídeos más terroríficos y los que rozaban la ilegalidad: 4chan. Iba a ser el primer foro donde recibirían la información que había pactado con Ivette; la jungla de la desinformación. Uno de los lados más oscuros de la red. Y después…, todos los demás.

3

La casa de Luis Martell y su esposa Ada ofrecía un aspecto cálido gracias al color pastel de las paredes y a los bonitos muebles coloniales que se distribuían por todas partes. De hecho, por un momento, Antía no pudo sino comparar su pequeño apartamento y su «orden caótico», como ella lo llamaba, con aquel salón ordenado lleno de fotografías de la

pareja en distintos lugares del mundo y las figuras —posiblemente recuerdos de sus viajes— situadas con pulcritud en las estanterías. Había una enorme librería repleta de libros, cosa que no la sorprendió, y dos sofás enormes de piel negra. Martell llegó con el ordenador portátil y su esposa se fue a la cocina a preparar un poco de café para ella y el agente Fabio.

—Ese es el salón de actos del instituto. El escenario es enorme y las gradas están forradas con láminas de madera. Costó un dineral, pero mereció la pena. Es muy acogedor.

El vídeo básicamente era un continuo ir y venir de alumnos haciendo sus representaciones. Un alumno interpretó un tema musical de moda. Antía no tenía ni idea de quién era y eso unido a los cinco gallos que soltó por los nervios, el tema quedó algo distorsionado para ella. Eso sí, el orgullo lo mantuvo y, cuando acabó su canción, el chico bajó del escenario bajo un coro de voces y aplausos de sus compañeros. Martell pasó hacia adelante el vídeo, saltándose una pequeña obra de teatro, dos bailes y un par de solos más de dos chicas emperifolladas, y llegó hasta el momento en el que todos los alumnos se situaban en el escenario con sus títulos y tres profesores iban llamando a los que quedaban para hacerse la correspondiente fotografía para luego acabar posando junto con los demás muchachos. Fue en ese momento en el que paró el vídeo y apuntó con el dedo hacia la fila de atrás.

—Ahí está Olivia. Fíjese en el chico de al lado. Lo pasaré más despacio.

El joven, efectivamente, se inclinaba para decirle algo a Olivia al oído. Ella ensombrecía el rostro y luego parecía discutir con él. Fue entonces cuando el chaval sacudió la cabeza con un gesto algo violento pero muy sutil y dijo algo antes de apartarse de ella y colocarse en otro lado de la fila. Sin ninguna duda, aquello había sido una pelea en toda regla. Olivia se había pasado el resto del evento con el gesto crispado y la mirada perdida hasta que desaparecieron de escena y el telón se cerró.

—¿Quién es ese chico?

—Unai Sabín. Buen estudiante, pero algo conflictivo. Nunca le había visto tener más contacto que cualquier otro alumno

con Olivia.

—Pues parece que sí lo tenían —dijo Antía volviendo atrás el vídeo para ver la discusión.

—Unai vive cerca de la Posada de Caín —añadió Fabio—. En la casa verde que está al otro lado del camino, justo antes de la curva y el desvío. Podemos pasar por allí antes de que vuelvas al hotel. —Ada llegó con una bandeja y Fabio la ayudó —. Eres muy amable, Ada.

—Ese chico tuvo algún problema hace unos años —dijo Ada mientras se sentaba—. Lo supe por su madre. Debía de tener catorce años, creo. Algún porro y peleas, pero luego se centró y acabó el instituto con buenas notas.

—Olivia tenía un año menos, ¿no?

—Sí, inspectora, porque los cumplía a finales de septiembre. Por eso era unos meses más joven que sus compañeros. ¿Sabe? —Ada dejó la taza de café sobre la mesa y miró a Antía—, ser adolescente es como una broma pesada. Uno quiere hacer muchas cosas y vivir demasiado rápido. Es algo que vemos todos los días los que nos dedicamos a la docencia. Y lo peor es la falta de temor; eso los hace fuertes y a la vez débiles. No temen la enfermedad como nosotros, no temen a la oscuridad ni a las personas. Sin embargo, no se dan cuenta de que lo malo está ahí fuera… y hace daño.

4

Hamlet contempló los lienzos de distintos tamaños apoyados en la pared sentado desde su catre. Por una razón obvia, la posibilidad de que se bebiera la esencia de trementina o los distintos diluyentes, le habían dejado una gran cantidad de botes de acrílico, pinceles y una paleta de mezclas desechable. Nunca de plástico, por supuesto. El óleo y su técnica quedaban descartados, aunque tampoco le importaba mucho.

La había vuelto a ver. Y ya eran dos noches seguidas. La vio desde la cama, cuando había regresado de orinar, desplazándose por la celda de un modo espeluznante. Con un vestido de flores verde, o al menos eso fue lo que él percibió,

ya que la luz que entraba a través del ventanuco era más bien poca. Las moscas revoloteaban alrededor de una cabeza caída sobre el hombro izquierdo de un modo antinatural. La pierna derecha se doblaba despiadadamente hacia el lado incorrecto desde la rodilla; y cuando caminaba, crujía y restallaba. Era como una muñeca rota que acabara de despertar de un mal sueño. Se contorsionaba hasta casi el punto de perder el equilibrio. Cuando posó los ojos en él, Hamlet apenas se inmutó. Y luego la mujer sonrió. O al menos lo intentó. Puso todo de su parte.

El olor a descomposición no era algo que le desagradara, pero esperaba que se fuera a primera hora de la mañana, antes de que llegara ese policía tonto de los cojones. Después, la mujer soltó un jadeo seguido de un burbujeo, como si se estuviera ahogando, y desapareció. Los sueños fueron otra cosa muy distinta. Nunca los había tenido. Y era ese bosque y las figuras alargadas parlantes lo que le provocaban desasosiego y cierta excitación por igual. No había entendido qué era lo que le decían, no vio sus rostros, pero sabía lo que querían. Sabía por qué estaban allí.

5

—¡Te va a cagar el pájaro, gilipollas! —le gritó Tati a su hermano mientras este trataba de alcanzar al ave con un palo. Lo chilló alargando la *o* para que Dani se diera cuenta de que todo el recinto de bungalós lo había escuchado.

El pájaro salió disparado cuando el palo de Dani topó con la rama del árbol y se balanceó. Y allí se fue. Por encima de las veinte personas que hacían ejercicios detrás de un monitor, un tipo con el pecho de pichón que no hacía más que mover los brazos gritando:

—¡Vamos, vejestorios! ¡Que se note esa energía! ¡Y un, dos, tres, tralarí, larí, leré! ¡Y un, dos, dos tres, tralarí, larí, leré!

Para Tati aquello era vergonzoso. Y no porque ya tuviera trece años y le diera vergüenza ajena ver a sus padres dando brincos detrás de aquel idiota escandaloso. Era imposible no

sentir ganas de reír. Al menos al principio. Cuando su madre la miró el segundo día de vacaciones y comentó que no era mala idea que también hiciera un poco de ejercicio «para bajar aquellas pequeñas lorzas», ella le respondió con la dignidad que siempre la había caracterizado: que sus lorzas estaban perfectas y que no tenía ninguna intención de deshacerse de ellas. Su madre resopló, su padre se rio y Dani canturreó sacudiendo los brazos:

—¡Tralarí, larí, leré!

Su hermano saltó un par de raíces revoltosas que asomaban entre la maleza y trotó hacia el bosque con el palo en la mano como si fuera una lanza. Ella lo siguió porque no tenía nada mejor que hacer y la cantinela del baile acababa de empezar. El calor era insoportable, sin mencionar la humedad, que hacía que se le pegara la ropa y el cabello. De pronto, percibió un hedor, algo parecido al ajo y productos químicos. Se tapó la nariz y avanzó por el camino que serpenteaba a su derecha. Oía los gritos alegres de su hermano un poco más adelante, pero aquel olor cada vez era más intenso a medida que llegaba al río y este se abría para formar un diminuto recodo junto a una caseta de madera que, posiblemente, usaban para guardar herramientas. Dani estaba un poco más allá, saltando sobre las piedras llenas de musgo que asomaban desde el agua; también se tapaba la nariz.

—¡Huele a mierda podre! —exclamó a menos de tres metros de ella. Dio dos saltos más hacia la izquierda. Se quedó inmóvil mirando hacia un recoveco del río que Tati no llegaba a divisar y chilló—: ¡Mamá! ¡Mamá!

En ese momento se le disparó el corazón, pues su hermano trastabilló hacia atrás, resbaló con el musgo de una de las piedras salientes y cayó de lado parte sobre la orilla y gran parte sobre el río. Dani tenía nueve años y no sabía nadar. Aunque aquel detalle daba igual porque, a medida que Tati se aproximaba a él, se dio cuenta de que el río no cubría, que su hermano no dejaba de chillar como si lo estuvieran matando y que había una mujer muy cerca de él. Eso fue lo espantoso y lo que probablemente tardaría muchos años en borrarse de su cabeza o de la de su hermano, si es que lo lograban alguna vez:

verla a ella. Un cuerpo torcido sobre un lecho de flores, con la pierna doblada por la mitad y el hueso asomando por un lado. Su rostro no era menos desagradable porque tenía la boca torcida, los ojos muy abiertos y una especie de sonrisa malévola por la forma curvada que había adquirido la boca. Un vestido de flores verde completaba aquella escena pastoril.

Fue lo único que logró ver antes de unirse a su hermano en aquel coro de gritos descontrolados.

Y las moscas. Estaba llena de moscas.

Pienso mucho en esa última noche. Repaso cada minuto, cada instante que viví. Quizá, analizando cada fracción de segundo, llegué a la conclusión de que no había nada que yo pudiera hacer por cambiar las cosas. Confié en ti y me equivoqué. Me arrepiento de mentir a mis padres, de engañar a mis pocos amigos, pero diecisiete años son... eso, equivocación tras equivocación. Me sentía segura y estaba convencida de que en un lugar como en el que yo vivía jamás podría pasarme nada malo.

Recuerdo, ahora, aquí sola, lo mucho que me costó decidirme con la ropa que me iba a poner. Era la segunda o la tercera vez que quedaba contigo, a solas. Me pasé horas delante del espejo intentando verme lo suficientemente interesante para ti. Por eso me decidí por aquel vestido. Me habías hablado de lo mucho que te gustaban las flores y el verano siempre invita a ponerse algo de algodón colorido. Me arreglé lo mejor que pude y acepté tu invitación. Mi madre me preguntó a dónde me iba y, una vez más, le mentí. Habría sido sencillo que llamara a mis pocas amigas y me pillara. Creo que ella siempre supo que no le decía toda la verdad. Son cosas que pasan. Una madre sabe más de lo que creemos, nos conoce demasiado bien para diferenciar una pequeña mentira piadosa de algo más serio. Por eso creo que me dejó ir. Una, dos veces. Supongo que pensó lo mismo que yo, que en donde vivía no podía pasar nada malo y que las cosas malas siempre les pasan a los demás.

Hay muchas cosas que ya he dicho que no recuerdo; pese a ello, sí recuerdo mi camino hacia donde había quedado contigo. Sé que en algún momento me volví para escuchar los sonidos del bosque, el murmullo del río... Todavía ahora pienso que ya estabas vigilando mis pasos antes de reunirme contigo. Sentí esa percepción perturbadora del que está siendo observado y siente el cosquilleo característico del recelo.

Mis zapatillas blancas resaltaban con la oscuridad del suelo que pisaba. Recuerdo el blanco de la tela. Mis piernas desplazándose veloces por el camino que daba al bosque, muy

próxima ya al lugar donde tú habías decidido matarme. ¿Y qué podía pensar yo? Nada malo.

Sé que la brisa revolvió las ramas de los árboles porque me detuve un instante para colocarme el vestido y alisarme los pliegues de la tela. Era una costumbre que siempre tuve desde niña. «Para, respira, plancha la falda y mira al frente segura. Te comerás el mundo». Miré hacia los árboles, seguí sus movimientos frenéticos bajo una noche en la que apenas había soplado el viento... hasta ese momento. Ahora sé que esos árboles me avisaban del peligro. Sacudían sus ramas y me pedían, a su manera, que no me acercara más a ti.

[4]

1

—De noche todo se ve de otra manera. Todo es más macabro. —Antía se volvió hacia Fabio. Sentía una mezcla de desesperanza y rabia—. Siempre es lo mismo, joder. Mujeres muertas. Niñas muertas. Por sus maridos, por sus amigos, por sus padres o por un jodido ladrón o un violador que pasaba por allí y le apeteció dar rienda suelta a su puta y enferma imaginación. ¿Sabías que el noventa y cinco por ciento de los homicidas en el mundo son hombres?

—También hay mujeres, pero soy consciente de que son muy pocas.

Ella sacudió la cabeza y miró hacia un cielo cubierto de estrellas.

—¿Hasta cuándo seguiremos así? ¡Mierda!

—Es de Osetra. Está a unos cuarenta kilómetros del valle. Su marido denunció su desaparición hace dos días, pero ya sabes cómo va eso…

Una mujer pequeña vestida con un mono se aproximó a ellos con una carpetilla y un bolígrafo en la mano. Llevaba el pelo asomando por los lados del gorro de plástico.

—Cayó desde ese saliente de allá arriba, sobre el río. Había un trozo del vestido en una de las ramas de ese árbol que asoma. Están peinando esa zona porque hay rastros de sangre. No debió de ver el precipicio cuando huía.

—Pero la mató aquí abajo —dijo Antía mirando el cadáver.

—Eso parece.

—Y se ha tomado su tiempo en la decoración. —Se volvió hacia Fabio—. Que peinen todo el maldito perímetro y no dejen nada sin analizar. Tú y yo vamos a hacer una visita a ese compañero de clase de Olivia Cruz.

—¿Y los dos niños que encontraron el cadáver? ¿No quieres hablar con ellos ahora?

—No se van a ir a ninguna parte. Que lo haga uno de tus compañeros; y si hay algo raro, que nos llamen.

2

El bar era uno de esos antros oscuros en los que uno terminaba por dos motivos muy obvios: por error o porque se estaba borracho. Ismael no estaba allí ni por una razón ni por la otra. Había quedado con su antiguo compañero de trabajo, Jacob Espinosa. Jubilado, sesenta y nueve años, y el inspector que detuvo a Hamlet cuando él era joven y tenía más pelo. Jacob había elegido ese lugar destartalado por la cercanía que tenía a su casa. Se preguntó allí, plantado, como si estuviera esperando una cita con pocas expectativas de futuro, si realmente era el lugar habitual de Jacob. Si después de dejar el cuerpo de policía habría caído en aquellas depresiones de las que se hablaba; cuando uno tenía demasiado tiempo libre, posiblemente mucho espacio en casa —los divorcios en su departamento eran el pan de cada día— y pocas ganas de envejecer. Hacía cuatro años que no lo veía y casi no lo reconoció, pero no era lo que había pensado. Jacob tenía muy buen aspecto; la cara bronceada, varios kilos menos encima y una sonrisa de oreja a oreja. Ismael se sintió perverso por pensar que su antiguo jefe estaría acabado, solo y alcoholizado.

—Te veo bien, Jacob. La jubilación te ha sentado de maravilla.

—Yo a ti te veo un poco más viejo y acabado, muchacho. —Le dio la mano y se acomodó en la silla de enfrente. El pelo color plata que le cubría la cabeza era espeso y largo. Ismael sintió una horrible envidia carcomiéndole las entrañas—. ¿Ginebra?

—Seguiré con la cerveza. —Levantó la mano y llamó a la camarera. Pidió la bebida y un plato de cacahuetes salados y aceitunas. No había comido apenas nada en la cena y le rugían las tripas—. Lo que te conté por teléfono es todo lo que

tenemos. Solo hay un detalle más que añadir y es que ha aparecido hace una hora otro cuerpo en la Garganta Divina. Una mujer de un pueblo cercano. Treinta y un años y madre de familia.

—Hamlet no asesinaba madres. Al menos no eran su punto débil. Le gustaban jóvenes, cuanto más mejor, a menos que se topara con una mujer lo suficientemente apetecible como para perder los estribos. Pero nunca con más de treinta años y siempre estudiantes de instituto o de universidad. Asesinatos por impulso o después de una breve relación. Había de todo… Nunca se ciñó a un patrón exacto.

—Este tipo no es Hamlet, Jacob. Y si está imitándolo empieza a adquirir su propio estilo.

Jacob dejó espacio a la camarera y traqueteó con los dedos encima de la mesa de madera pensativo.

—Y no te ha dicho mucho, si no me equivoco, ¿no es así?

—No. Quizá lo haga mañana. Si no, tendrá que despedirse de sus pincelitos y sus lienzos.

Jacob rio ahogadamente.

—Igual no te lo crees, ¿eh? —dijo—, pero puede que falte a su palabra. Los asesinos como él no se rigen por un código de honor.

—No espero mucho de Hamlet. —Ismael torció la boca en una mueca irónica y luego se comió un puñado de cacahuetes —. Cuéntame algo, Jacob; algo que recuerdes del caso.

—Nada que no conozcas tú. Estabas allí y trabajaste conmigo.

—He revisado el expediente. De aquella era un novato. Violar, matar, colocar, decorar y pintar. Estaba obsesionado con el cuadro *Ofelia entre las flores;* y cuando lo cogiste, reconoció todos los cargos sin pestañear. Ni siquiera quiso un abogado.

—¿Y por qué lo pillamos?

—Por los pelos de un pincel que quedaron en la última víctima. Un despiste después de años matando a mujeres inocentes.

Jacob arqueó las cejas y lanzó un silbido.

—¿Sigues creyendo eso, Ismael? Porque yo creo que un

asesino metódico, organizado y meticuloso no comete ese tipo de errores. Es decir, violaba a sus víctimas y luego las lavaba incluso antes de sumergirlas en agua, para que no tuvieran ni un solo rastro biológico. Pero, de repente, se vuelve desorganizado y se olvida unos pelos de un pincel. No me jodas, chico.

—¿Crees que fue voluntario? ¿Quería que lo pillaran?

—Creo que necesitaba que lo cazaran, pero no para dejar de matar como les pasa a muchos asesinos. Él no se sintió culpable en ningún momento. No suplicó perdón ni lloró diciendo que no podía controlarse. Eso no existió en Hamlet. —Se inclinó hacia adelante y miró a Ismael—. Ese tipo necesitaba reconocimiento. ¿Tienes idea de la pasta que ofrecían en subastas de internet por esos malditos cuadros de Ofelia? No te lo puedes imaginar. Y aquellos putos *fans* con las jodidas pancartas.

—Recuerdo vagamente eso.

—Porque para ti fue un caso que rozaste con los dedos cuando saliste de la academia y solo estabas ahí por si te necesitábamos, pero yo lo viví, chico. Los padres de las chicas, de esas víctimas, teniendo que soportar aquella manada de locos a las puertas del juzgado insultándolos, y después su cara sin un atisbo de remordimiento con aquella sonrisa ladina. Fue tu primer caso, pero ahora ya tienes pelos en las pelotas, Ismael. ¿Quieres que te diga qué pienso? Pienso que ha tenido que ponerse en contacto de alguna manera. Tu asesino puede que sea un jodido admirador.

—O un puto enfermo mental que decidió imitar a uno de tantos psicópatas.

Jacob dio un trago y golpeó la mesa con el vaso de cristal.

—Busca en esa cárcel —le indicó apuntándolo con el dedo índice—. Los presos tienen muchas formas de recibir información y cartas. A veces ni siquiera los funcionarios controlan lo que les llega.

No existía duda en la expresión de su antiguo jefe, solo la clase de gesto con el que cualquier hombre seguro de sí mismo podría mirarlo a uno. Ismael asintió y luego se rio.

—Tiene cojones la cosa —dijo meditativo—. Pillado por los

pelos. Por los pelos de un pincel.

—Bebe otro trago, chico. Ese chiste es horrible, joder.

3

Álex se reclinó en su silla de trabajo y se pasó las manos por detrás de la cabeza.

Había abierto un hilo después de seleccionar el tablero «Random» y luego verificó que no era un robot. Algo estúpido si se paraba a pensar que, en aquella selva de usuarios anónimos, carentes de vergüenza y moral, en muchos casos, podían darle una patada en el culo en cualquier momento. De hecho, la cualidad más significativa de ese tipo de foros era la variedad de temas escabrosos que uno se podía encontrar, como aquel vídeo de Mickey Mouse: miles de personas aseguraban que si uno lo veía entero se moría o se volvía loco. Y vaya si se lo creyeron. Había temáticas de todo tipo, desde una guía profesional de cómo instalar un ordenador hasta peticiones de enfermos pidiendo imágenes de asesinatos reales o violaciones. Polibius era otro de los bulos que se movían por el foro y uno de los hilos que más respuestas había tenido. Un videojuego que había causado furor en los noventa pese a que sus jugadores acababan con efectos secundarios tales como la locura, dolores de cabeza terribles y paranoia. Hasta habían rodado una película por aquel entonces que Álex no vio porque era demasiado joven y tampoco le resultaba muy interesante. Lo de volverse loco, claro. O paranoico…

Se retrepó en la silla, estiró la espalda y arqueó los labios en una sonrisilla mordaz. Releyó su *post* antes de publicarlo; tenía que sonar poco profesional:

ASESINATOS RITUALES. CULTO AL DIABLO. CHICAS JÓVENES. VALLE DE CAÍN. ESPAÑA (ESTÁ PASANDO)

Podéis comprobarlo. Está sucediendo en estos momentos y la policía está segura de que existen razones para creer que es un sacrificio de culto al

diablo. Una chica joven flotando en el río, violada y estrangulada con su ropa interior. Vecinos que han oído extraños sonidos en el desfiladero del valle. Apariciones, llantos. Fenómenos paranormales. No es la única. Se está peinando el bosque.

Subió una imagen del desfiladero con el río de fondo, y luego se aseguró de copiar el texto para abrir más hilos en diferentes tableros con temáticas comunes: «Random» era el más enfermo, por decirlo de algún modo, pero tenía «Paranormal», «Adult Requests», «Sexy Beautiful Woman», «Hardcore» y una variedad de «Hentai» donde se movía mucha información.

Repitió el proceso en los distintos foros y luego se pasó por tres páginas más de temática paranormal y pasteó el texto con varias imágenes de bosques tétricos.

Cuando regresó a su primer hilo media hora más tarde, ya tenía más de una decena de respuestas tipo: «Jo, colega. Vaya *caguele*», «¿Quieres que te la chupe?», «Matando jovencitas XDXDXD», y un largo etcétera de barbaridades. También había usuarios que ponían cosas como: «Esto es trabajo para los cazadores de espectros», «Dale a: Puturrúdefua». Y Puturrúdefua no tardó en contestar: «¡Camioneta y carretera!», «¡Buscando datos en 3, 2, 1…!».

No tardaría mucho tiempo en hacerse viral y permaneció allí sentado durante un buen rato contemplando el flujo de información y respuestas que iban apareciendo a medida que pasaban los minutos. Estaba seguro de que el pueblo se iba a llenar de mirones en menos de lo que cantaba un gallo y meditó si aquello le interesaba. La prensa nacional no tardaría en asentar sus incómodas posaderas en el hotel de Ivette y eso era un beneficio para ella, no tanto para él. Claro, que tenía alguna que otra ventaja.

Y todo aquello empezaba a divertirle…

—Es aquí. —Fabio señaló hacia su derecha, giró en esa dirección y aparcó delante de una casa de ladrillo visto con el tejado verde. Había dos luces encendidas en la planta de abajo y en el porche delantero un hombre sentado en una silla de mimbre—. Ese es el padre del chico, Jerome Sabín.

Antía se dispuso a salir del vehículo cuando Fabio la sujetó por el brazo.

—Espere. Antes de que entremos ahí es importante que sepa que esto es un pueblo y no todos son muy… agradables.

—¿Me estás diciendo que ese tipo es estúpido?

Fabio se encogió de hombros.

—Estúpido, lo que se dice estúpido… Jerome es un hombre de campo. Quiero decir que es un tipo algo machista y puede que…

La inspectora abrió los ojos y sonrió de oreja a oreja.

—Ah, entiendo. Que es un poquito neandertal.

—Inspectora, no es exactamente eso lo que…

—No, agente. Verás, me importa muy poco si ese individuo cree que todas las mujeres que nos dedicamos a coger a los malos somos lesbianas o machos. O si le molesta que yo lo interrogue.

El agente se puso rojo.

—Solo le estoy diciendo que puede llegar a ser un poco desagradable.

—¡Genial! —exclamó abriendo la puerta—. Ya tenemos algo en común.

Alcanzó la insignificante verja poco antes de que Jerome Sabín se percatara de que tenía visita. Estaba entretenido leyendo un periódico a la luz de una insulsa bombilla con una lata de cerveza en la mano. Cuando alzó la vista hacia ellos y se topó de frente con Antía, torció la boca y luego miró al agente Fabio. La estética de campo era muy reconocible en él, ya que vestía un vaquero desgastado, una camisa de cuadros verdes y negros, y en la cabeza llevaba un sombrero de paja calado hasta los ojos. Antía se preguntó por qué demonios un tipo se ponía un sombrero de noche. O por qué no se lo había quitado, más bien.

—¿Cómo va todo, Jerome?

—Aquí andamos, chaval. ¿Algún problema?

Volvió a mirar a Antía con ojos de leopardo y esta le sonrió.

—Soy la inspectora Antía Farre, señor Sabín. Queríamos hablar con su hijo sobre su amiga Olivia.

Fabio se puso tieso como una garza cuando Jerome Sabín se incorporó. Era un tipo enorme, mediría al menos un metro noventa, y eso quedándose corto. Avanzó varios pasos hacia el único peldaño que daba al porche y lo bajó, o más bien se dejó caer sobre él, y se puso frente a Antía con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón vaquero. Antía miró hacia arriba y se acordó del anuncio de televisión del señor empujando la carretilla que se tragaba un espárrago de golpe. Iba a reírse, pero se lo pensó mejor. Aquel rostro curtido por el sol, de cejas negras pobladas y mandíbula ancha no parecía muy amigable y, por supuesto, no hubiese quedado muy profesional por su parte.

—¿Qué demonios tiene que ver mi hijo con esa chica? —Y cuando terminó la pregunta chasqueó la lengua.

—Meras preguntas rutinarias, señor Sabín. Su hijo era compañero de Olivia y tenemos constancia de que tenían una relación de amistad.

—Vamos, Jerome. Llama a Unai y deja que hablemos con él. Serán cinco minutos.

Fabio se colocó un poco más cerca de aquel inmenso hombre y le dio un par de palmaditas amistosas en el brazo, pero el gigante no se movió ni dejó de mirar a la inspectora.

Por el rabillo del ojo, Antía percibió un movimiento en la planta de abajo. Una mujer delgada y pequeña estaba pegada a la ventana de lo que parecía la cocina y apoyaba las manos en el cristal. No tardó ni dos minutos en asomar la nariz respingona por la puerta mientras le preguntaba a su marido qué estaba pasando.

—Llama al crío, Ceci. Quieren hablar con él.

—Gracias.

Jerome miró ceñudo a la inspectora y luego regresó a su silla de mimbre, a su periódico y a su cerveza. «No ha sido tan complicado», pensó Antía mientras la diminuta mujer desaparecía tras la puerta en busca de su hijo. La perla llegó

cuando Jerome abrió el periódico y rumió:

—Mujeres mandando en la policía. Seguro que usted no tiene hijos porque no tiene tiempo para ese tipo de cosas. Luego baja la natalidad.

Antía se volvió como si le hubiesen girado la cabeza con una manivela y lo miró fijamente. Estaba a punto de soltarle la mayor burrada del mundo cuando un chico alto, moreno y desgarbado apareció en el porche. Por supuesto, el chico se dio cuenta de por qué estaban allí.

—Hola, Unai —comenzó a decir amablemente Antía—. Supongo que sabes por qué estamos aquí.

—Dígamelo usted. —Se colocó el cuello de su camiseta de AC/DC y carraspeó incómodo.

—Unai —gruñó su padre.

—¿Erais amigos?

—No, señora.

—Entonces, si no erais amigos, ¿de qué estabais hablando el día de la graduación?

—¿Y a usted qué cojo…?

—¡Unai! ¡Haz el jodido favor de responder a lo que te preguntan, cabeza de chorlito!

El rugido de su padre causó el efecto deseado. El chico bajó la cabeza y se atusó el cabello con una mano mientras miraba las tablas del suelo.

—Solo me hizo un trabajo. Nada más.

—¿Y por qué estabas enfadado?

—Yo no estaba enfadado.

—¿Seguro? —Antía observó cómo el chico miraba de soslayo a su padre—. ¿Nos puede dejar un momento a solas con Unai, señor Sabín?

El gigante arrugó el ceño.

—Vete un momento —añadió Fabio—. El chico tiene dieciocho años; no necesita tener a su padre aquí al lado.

Se levantó y cogió de mala gana la cerveza y el periódico. Cuando entró en casa, Antía se aseguró de que los dos progenitores estaban en la cocina y prosiguió:

—Verás, tenemos un vídeo de tu graduación y sales discutiendo con Olivia, Unai. Eso me da que pensar y te puede

hacer sospechoso si no eres sincero con nosotros. ¿Lo entiendes?

—No, me hizo un puto trabajo de Literatura. Nada más.

Como si de ese modo pudiera terminar con aquella conversación, Unai se apartó de ambos policías y se apoyó en la mesa de madera donde su padre había estado leyendo. Se cruzó de brazos y miró al frente visiblemente incómodo.

—Estaba muy ocupada. Eso fue lo que me dijo. Y me jugaba el notable si entregaba el trabajo. Ella se comprometió conmigo y me dejó con el culo al aire. Así que ese día se lo dije.

—¿Seguro que no hay nada más?

—No, señora. No hay nada más.

—¿Sabías la causa de que estuviera muy ocupada? ¿Te dijo algo?

El chico dejó al aire una fila de dientes blancos y se encogió de hombros.

—Es obvio, ¿no? Su nuevo novio, supongo.

—¿Quién era? ¿Lo viste alguna vez? —Fabio miró de soslayo a la inspectora—. ¿Era del pueblo? ¿Un compañero?

—¡Y yo qué sé, colega! No conocía la vida de Olivia. Solo me hacía algún favor, pero esas cosas se notan. Estaba con alguien y no, no era ningún compañero del instituto.

La inspectora subió el peldaño que la separaba del muchacho y se acercó tanto a él que Unai se apartó de la mesa con un visaje de incomodidad.

—¿Y por qué te hacía favores? ¿Qué le diste tú a cambio?

—Eso a usted no le importa, y no creo… que tenga la obligación de responder a su pregunta, señora. Son cosas personales y no tienen nada que ver con su investigación. Y que quede claro que yo no le hice nada a Olivia.

Antía tomó aire. Era la clase de chico sin mucha educación y, por supuesto, con aires de grandeza que no tenía muy claro a qué se debían.

—Toma mi tarjeta, Unai —le dijo alargando la mano y mirándolo directamente a los ojos. Observaba los gestos de crispación de él, la incomodidad, la urgencia de acabar aquella conversación—. Si recuerdas algo más o crees que debes

decirnos algo, te recomiendo que lo hagas y uses ese número de móvil.

Unai tardó un momento en cogerla. Cuando lo hizo, se quedó mirando el trozo de cartón como si fuera la primera vez que tenía uno en la mano.

—No te compliques la vida, ¿vale?

Él soltó una carcajada.

—No tengo nada que ocultar, señora. ¿De qué va todo esto? ¿Soy sospechoso?

Ella descendió el peldaño, se colocó junto a Fabio y caminó hacia el vehículo.

—De momento no —le respondió antes de subir al coche.

Al cabo de unos minutos estaban de vuelta a la Posada de Caín y ninguno de los dos había dicho nada. Fue Fabio el que rompió el silencio incómodo que se había establecido desde que habían dejado al chico observando cómo se alejaba el coche bajo el pórtico. Antía tenía la mirada perdida más allá de la carretera serpenteante y el bosque.

—Piensa que miente, ¿verdad? —le preguntó.

Ella sonrió, pero no lo miró.

—Pienso que no dice todo lo que sabe. Y tiene miedo…

5

Había un hombre joven sentado frente a una de las mesas del restaurante, aunque este estaba vacío y solo se mantenía iluminado por la pequeña barra del bar. Un camarero pulcramente peinado con ralla al lado y chaleco negro limpiaba las copas de cristal. El chico jugueteaba con una moneda mientras mantenía la vista fija en un ordenador portátil que tenía enfrente. Cuando Antía entró y pidió la carta y una cerveza fría sin alcohol, el hombre la miró y sonrió. Su perfil guardaba un extraordinario parecido con el hombre de la otra noche. Era el tipo medio desnudo que había visto asomado a una de las ventanas de las habitaciones de enfrente la madrugada que había estado hablando con Ismael. El tipo

que fumaba enfundado en un pantalón de pijama y poco más. Antía lo saludó con un gesto de cabeza, se sentó frente a una mesa cercana y lo observó por el rabillo del ojo mientras el camarero le ponía un pequeño mantel de papel, cubiertos y un minúsculo bollo de pan algo blandengue.

—Le recomiendo el pastel de carne —le dijo de pronto el joven sin levantar la vista de su portátil—. Está bueno. Yo acabo de comerlo.

Antía miró al camarero que asentía y dijo:

—Pues pastel de carne. Nos arriesgaremos.

El chico sonrió de un modo discreto y se quitó las finas gafas sin montura que llevaba puestas. No le echaba más de veinticinco años; tenía pinta de intelectual. Parecía mayor de lo que era. Quizá por su forma de vestir o sus gestos. Antía cruzó las piernas y se colocó de lado.

—¿Nos conocemos?

Él movió la cabeza afirmativamente.

—De vista, inspectora. —Cerró el portátil, dio un trago a lo que estuviera bebiendo, que parecía cerveza, y se volvió—. Me llamo Álex, Álex Benassar, y usted es la inspectora que lleva el caso de las chicas.

—Tutéame, por favor. ¿Te alojas aquí?

—A veces. Pero vivo en el pueblo.

Antía observó la cerveza que el camarero acababa de depositar sobre la mesa y luego permaneció durante un rato contemplando el movimiento regular de la moneda de un euro pasando de un dedo a otro con destreza. Sintió la vibración de su teléfono móvil en la cadera, que le hizo cosquillas. Seguramente sería Ismael con alguna novedad con respecto a Hamlet. Lo llamaría cuando llegara a su habitación, pensó.

—Vives en el pueblo, pero a veces duermes en la Posada de Caín —prosiguió—. ¿Tienes un montón de hermanos que no te dejan estudiar?

Álex dejó escapar una sonrisa arrebatadora y sin más preámbulo se levantó con el vaso en la mano y se sentó frente a ella. Antía se puso recta y arqueó las cejas en señal de sorpresa. No se esperaba ni mucho menos que fuera tan atrevido y seguro de sí mismo.

—Algo así. —Miró a su alrededor—. Me gusta este edificio. Es hermoso y tranquilo. A veces vengo aquí porque me resulta apacible. Mi madre está enferma y cuando… se encuentra bien, digamos que me evado de mis responsabilidades. Y no, no estudio. Hace tiempo que terminé mi carrera, inspectora.

—Antía —lo corrigió ella.

—Perdona. Antía.

Se la quedó mirando y ella tuvo la sensación de que pasaba una eternidad. Bebió de su cerveza. Estaba muerta de sed y, por descontado, muerta de hambre.

—¿Y a qué te dedicas?

—Informática, contenido, redes… Un poco de todo. Se me dan muy bien los ordenadores. La programación viene en mi ADN.

—¿Puedo preguntarte qué le pasa a tu madre?

—Por supuesto —dijo—. Eres directa. Supongo que viene con la profesión. Mi padre no… Mi padre no trataba muy bien a mi madre. Un día le dio un mal golpe, así que ahora tengo que lidiar con una serie de efectos colaterales. Poco más…

—Lo siento. No quería…

—No pasa nada. —Bebió lo que le quedaba de la cerveza y pidió otra al camarero con un gesto del brazo que el hombre comprendió al momento—. Son cosas que suceden y no me incomoda hablar de ello. Hace mucho tiempo que desapareció de nuestras vidas.

Antía lo observó sin atreverse a indagar más en algo tan privado. La pregunta era demasiado personal. No se creía con derecho a hacerlo, y menos a un chico que acababa de conocer. Él, muy lejos de aparentar estar incómodo, se inclinó sobre el respaldo de la silla y se encogió de hombros.

—¿Conoces Camarasa? Yo crecí muy cerca de la reserva natural de Sant Llorenç de Montgai. Cuando el Segre se desbordó hace varios años, a mi padre se lo llevó la riada. Un estúpido accidente por su terquedad. Trató de salvar el maldito coche y le costó la vida. Se lo llevó el río. Cosas que pasan.

—¡Santo Dios! Tuvo que ser horrible. Recuerdo esa inundación. Hace cuatro o cinco años, ¿verdad?

Él asintió y bebió. El camarero apareció repentinamente con

el pastel de carne y el chico se levantó.

—No, por favor, puedes quedarte. No me molestas, y comer acompañada a estas horas es agradable, si no te importa.

—En absoluto.

Se volvió a sentar y Antía atacó la carne.

—Yo también tuve un padre algo conflictivo —dijo con la boca llena—, solo que al mío no se lo llevó ningún río: se fue él solito y nos dejó tiradas a mí y a mi madre.

—Nuestras desgracias son más soportables que los comentarios que de ellas se hacen. ¿No era así el dicho?

Antía se echó a reír.

—Tienes toda la razón. Cuando somos tan jóvenes es peor lo que hablan que lo que nos pasa. Aunque tú… Por Dios, ¿cuántos años tienes?

—Veinticuatro, inspectora Antía.

Dejó los cubiertos sobre la mesa y, tras pasar la carne con un poco de cerveza, lo miró fijamente.

—Eres muy joven para hablar de ese modo. Tus desgracias y tus responsabilidades te han hecho un adulto. Supongo que no es necesario que te avise de que no visites la Garganta Divina como al resto, ¿no?

Ahora era él quien reía a mandíbula batiente. Antía pensó que podía ser por el hecho de parecer su madre cuando lo avisó del peligro o por las dos cervezas que se había pimplado en un abrir y cerrar de ojos que se le estaban subiendo a la cabeza. No lo tenía claro. Cuando por fin cesó su ataque de hilaridad, se secó las lágrimas con el dorso de las manos y volvió a columpiarse en su silla.

—Te agradezco enormemente tu preocupación, pero no creo que sea el blanco de ese tipo, Antía. Y no suelo ir a la Garganta Divina. Ese lugar suele estar bastante concurrido cuando uno tiene las hormonas disparadas y quiere…, ya sabes, un poco de intimidad.

—Estás en la edad —le dijo con humor—. ¿Conocías a Olivia?

—De vista. No tengo mucha relación con los estudiantes de aquí. Con mi trabajo y mi madre apenas me queda tiempo para hacer amigos, y mucho menos más jóvenes que yo.

Antía percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Se volvió hacia la puerta justo cuando una mujer morena entraba en el comedor dando largas zancadas. Era la dueña del hotel; Antía la había visto varias veces. La mujer, que tenía una larga melena negra llena de bucles, frenó en seco cuando los vio y se disculpó. Parecía tan agotada y sorprendida como lo había estado ella hacía un rato junto al cuerpo de la mujer del río.

—Perdón. No sabía que aún había gente en el comedor. Buenas noches. ¿Todo bien?

—Todo de maravilla. —Antía asintió mientras se metía el último trozo de su pastel de carne en la boca y luego se limpiaba con la servilleta. Se dio cuenta de que Álex Benassar miraba a la mujer con cierta expectación, hasta que ella se volvió por donde había venido con una sonrisa en el rostro afilado—. Esa mujer es muy guapa.

Álex seguía mirando la puerta.

—Las mujeres que pasáis de los treinta y cinco tenéis un encanto arrollador, inspectora. Experiencia, madurez, seguridad en vosotras mismas…

—¿Se nota que paso de los treinta y cinco?

Ignorando el gesto de reproche fingido que ella le puso, Álex se dio la vuelta y continuó:

—Por supuesto. Supongo que es la forma de mirar al mundo que tenéis. Lo hacéis por encima del hombro. No porque os consideréis superiores, más bien es… la sensación de que no teméis nada de lo que os pueda brindar. Esa es la verdad y pienso que la mayoría de los hombres no se da cuenta de ese detalle. Lo ven como arrogancia o prepotencia. Las mujeres jóvenes están llenas de dudas, de temores, de complejos ridículos que no las llevan a ninguna parte. No disfrutan la vida porque no están conformes con nada de lo que tienen o logran, y esperan más.

—Bueno, supongo que todos hemos pasado por distintas fases. Gracias por no mencionar mis patas de gallo; es todo un detalle.

Ambos rieron. Al cabo de unos segundos, Álex Benassar se dirigió hacia la barra, le dijo algo al camarero y regresó con un par de cafés que Antía aceptó de buena gana. El vaquero negro

y el jersey a juego le hacían parecer un enterrador. Era su maldita costumbre de analizar meticulosamente a todo el mundo. Una manía que no podía quitarse por mucho que lo intentara. Como su obsesión por las manos de la gente. Solía mirarlas a menudo. Si llevaban las uñas arregladas, si los dedos eran largos, gordos o pequeños. El chico las tenía muy bonitas y apenas detectó vello sobre los nudillos. Se percató de que se había quedado ida dando vueltas al café con la cucharita y que él la miraba. Otra vez su móvil vibró y decidió ignorarlo un poco más; apenas eran las once de la noche. Podía esperar.

—Si no te molesta —intervino Álex devolviéndola a la realidad—, estás invitada esta noche.

—Eres muy amable. La próxima vez que nos veamos seré yo la que pague la cuenta.

Sus ojos recorrieron el inmenso salón. El camarero se había marchado por un lado del comedor y Antía no se había dado ni cuenta. Lo detectó por el movimiento oscilante de la puerta de servicio. Varios pasos a lo lejos. El sonido de una puerta al cerrarse y una risa de mujer en algún lugar de la primera planta.

—¿Crees que lo cogeréis?

La pregunta la pilló desprevenida. Miró hacia la ventana, hacia las ramas de los inmensos robles que se mecían por la brisa nocturna, hacia la luz de los farolillos diseminados por el camino de acceso, hacia la verja de hierro.

—Espero que sí —murmuró.

Recuerdo ver mi imagen reflejada en tus ojos. Brillaban con intensidad aún en aquella oscuridad a medias. La luna reverberaba en el agua del río. Sus ondas me hipnotizaban, tu presencia, tu mueca irónica. Me dijiste que estaba muy bonita y luego te quedaste observando embelesado mi vestido. Podías ver las flores decorando la tela. Las contaste una a una y luego te quedaste en silencio durante mucho tiempo. Fue en ese momento cuando pensé que era un error haberme reunido contigo. Las pocas pero largas conversaciones que habíamos tenido se transformaron en un silencio incómodo. No sabía qué decir ni qué hacer. Me ofreciste un cigarro y te dije que creía que era mejor que me marchara. Puede que fuera el rechazo, aunque estoy convencida de que no me escuchaste porque ni siquiera me miraste cuando me levanté. Recuerdo el sonido que hiciste cuando echaste el humo por la boca, tu risa mientras mantenías la cabeza inclinada hacia delante, entre las rodillas. Jamás olvidaré la forma de agarrarme del brazo, clavándome las uñas en la carne al tirar de mí. También sé que grité porque me golpeaste en la cara con tanta fuerza que pensé que me habías roto la mandíbula cuando caí al suelo. Noté el sabor de la sangre en la garganta, percibí el miedo. Y pasaron muchos minutos cuando mi cabeza volvió a su lugar. Quizá me desmayé, porque lo siguiente que puedo recordar es que me arrastrabas por una pierna hacia lo más profundo del bosque. El vestido se enganchó con algo puntiagudo que me arañó la piel, y lloré.

Tictac, tictac...

Y por fin te conocí. Descubrí al monstruo que habita en ti.

[5]

1

La anciana Aurora se despertó aterrada. Había soñado con los árboles y los aparecidos bajo sus ramas. Había soñado con la mujer del vestido verde, vio al hombre del pincel con el rostro desencajado y oyó los chasquidos de los huesos cuando la mujer se aproximaba hacia su casa desde el enorme tejo que había junto a la iglesia. Lo único que podía oír ahora era el canto de los pájaros y su propia respiración contra los pliegues de su camisón. La luz del amanecer atravesaba los finos visillos, golpeaba las tablas del suelo y se apoyaba cálida y serena sobre los pocos muebles de la habitación. Se incorporó muy despacio, deslizó las viejas piernas por debajo de las sábanas, apoyó los dedos en sus zapatillas y se las colocó cuidadosamente para no caerse. Aquella cama constituía un reto para ella debido a su altura. Con unos años menos no le resultaba complicado, pero cada vez era más fácil caer de ella y romperse la cadera, así que siempre se bajaba con mucho cuidado: primero un pie dentro de la zapatilla, luego el otro, agarrándose con fuerza a las sábanas y luego resbalando muy despacio hasta quedar de pie.

Se dirigió hacia la cocina tras ponerse una bata por encima de los hombros. Se calentó un poco de café y se preparó una rebanada de pan con mantequilla y un poquito de azúcar. Cuando miró por la ventana hacia el bosque, retrepada en la silla con el calor del café traspasando el vasito de cristal que tenía entre las manos, volvió a pensar en él: el Cortador. Lo había visto. O al menos había visto aquella aparición por delante de las presencias parlantes muy cerca de ella. Y luego estaba aquel hombre flaco y viejo de dedos largos y huesudos, de boca grande y ojos saltones que se había colado en su sueño

y observaba al Cortador mientras la mujer del vestido verde se arrastraba de un árbol a otro expectorando agua y espumarajos. Era aterrador. Ella podía verlo todo, aunque la mayoría de la gente del pueblo la considerase una vieja loca abandonada a la decadencia. Podía ver a la mujer del vestido de flores, a la niña que flotaba en el río con los labios separados y el rostro laxo sobre aquel lecho de flores. Sin embargo, no había logrado entender aquella procesión de espectros bajo las ramas ni lo que trataban de decirle. Tiempo atrás habría tenido la fuerza suficiente para indagar en todas aquellas visiones espectrales, habría tenido la fuerza suficiente para hablar con aquel estúpido alcalde y convencerlo de que algo iba mal, de que algo estaba a punto de suceder. Hacía ya tiempo que le costaba atravesar el pueblo cuando la luz del día decaía, las articulaciones le dolían, las rodillas le fallaban y una insignificante corriente de aire podía mantenerla en la cama enferma varios días. Y lo peor de todo era que estaba sola. Sola frente a aquel bosque ancestral plagado de seres que solo ella podía ver. Criaturas que guardaban silencio durante décadas hasta que algo las obligaba a salir. De niña le había pasado más de una vez, pero su madre siempre le decía que no debía temer al bosque. Que del mismo modo que en los pueblos vivían las personas, en los bosques también existían seres mucho más antiguos que ellos y que debían ser respetados. Aurora, que por aquel entonces tenía ocho años, no entendía lo que su madre quería decir hasta que vio la vieja procesión de seres enlutados una madrugada y luego uno de sus vecinos falleció. Se pasó dos días con sus noches llorando aterrada bajo las mantas hasta que su madre se sentó junto a ella y le prometió que nunca le harían daño, que solo podía verlos y, como mucho, oír qué querían. Que ella era una niña muy especial.

«Muy especial…», murmuró para sí. Alzó la vista a la ventana y suspiró.

El bosque, desde su posición, parecía inmenso. Las ramas, como dedos fantasmales, se agitaban por la brisa matutina. Solo había visto al Cortador dos veces en su vida y no quería imaginarse la razón de esta segunda vez. No lo deseaba, estaba

aterrada, pero lo vio allí. Sí. De pie, por delante de las figuras parlantes. El Oscuro, como lo llamaba su abuela Eugenia.

«¿Qué va a suceder?».

Cerró los ojos y bebió un poco más de café. Dejó el vaso con dedos temblorosos sobre la encimera y se levantó con torpeza para vestirse y prepararse. Aquel simple detalle le llevaría tiempo. Ducharse, asearse, peinarse la melena cana y recogerla en un moño. Eran las particularidades de su día a día. Una eternidad para ella, un simple gesto habitual para el resto. Pero qué más daba, no tenía otra cosa mejor que hacer hasta la noche, cuando volvería a ver al Cortador. Sabía que él regresaría y tenía que hablar con él. Al menos lo intentaría aunque le costara la vida.

2

Ismael tamborileaba sobre la encimera de la mesa mientras el director de la cárcel, un tipo de hombros anchos, calvo y con la corbata torcida, manoseaba una subcarpeta de cartón llena de folios escritos. Estaba sentado frente a él, al otro lado de un enorme escritorio de madera, de espaldas a una ventana.

—No le puedo asegurar que no haya recibido algún tipo de información —dijo—. Todos los presos, hasta los que están en régimen cerrado, tienen derecho a comunicarse, y Hamlet no es una excepción. No está en régimen de prisión incomunicada desde hace mucho tiempo. Incluso así no podemos asegurar que no reciban noticias. Ya sabe que entre los presos acaban ayudándose.

—¿Qué hace? ¿Con qué presos se relaciona?

El director dejó escapar una risita contenida.

—Válgame Dios… Con nadie. Trabajó una temporada en la lavandería y luego terminó en la biblioteca. Se pasa los días leyendo y mirando al techo. No habla con nadie y los presos tampoco tienen mucho interés en él. Es raro, antisocial. No quiere a nadie cerca por lo que tengo entendido.

—¿Nunca tuvo problemas con nadie?

El hombre negó con la cabeza.

—Cuando Hamlet ingresó en prisión ni siquiera yo estaba en este puesto, inspector Roig. Puede que alguna vez tuviera algún altercado, pero no debió de ser nada del otro mundo porque no consta en su expediente. Los funcionarios, simplemente, lo ignoran. No molesta a nadie. Cumple con las normas del centro, mantiene una conducta adecuada, respeta a todo el mundo y conserva su higiene personal. Es lo que pedimos a nuestros presos.

El director murmuró algo e Ismael lo miró.

—No le he entendido.

—Decía que solo ha cambiado algo últimamente, aunque no creo que le sirva de mucho y no tiene nada que ver con esos asesinatos, pero lo oyen hablar en sueños. Gritar más bien.

—¿Gritar? ¿Qué dice?

—No lo sé. Según el funcionario que estaba ayer de guardia, algo que ver con árboles. No tengo ni la más remota idea, inspector. Tonterías.

El director se levantó de su silla con cierta dificultad. Una enorme barriga contenida por un cinturón grueso de color cuero le ceñía las lorzas y las mantenía en vereda. Se aproximó a la puerta y la abrió.

—Puede preguntar usted mismo al funcionario. Aún no se ha marchado. Oh, por cierto…, Hamlet lleva días pintando esos malditos cuadros y le ha pintado uno a usted, ¿sabe?

—¿A mí? —Pasó por delante del director y echó a andar por el pasillo que daba al módulo.

—Eso parece. Debe estar muy agradecido por haberle dado los lienzos y las pinturas. Es horrible, eso sí. Pero el tipo tiene maña para esas cosas. Lo hizo de madrugada y debe de haber pintado una de sus jodidas pesadillas. El dibujo es terrible, aunque está bien.

Avanzaron por el inmenso pasillo cruzándose con varios presos y un par de funcionarios. Ismael sintió la mirada sagaz e inalterable de un par de presidiarios que dejó atrás. Lo observaban fijamente, como si temieran perderlo. Siguiendo sus pasos, dejando de hacer lo que estuvieran haciendo. No le extrañó encontrarse a Hamlet en la misma postura en la que lo había dejado el día anterior: con las manos entrelazadas sobre

la mesa y su lienzo apoyado frente a él. Antes de atravesar la puerta, un chico joven de unos treinta años los interceptó a él y al director por la derecha. Se presentó como Julio y le indicó que era el funcionario que había estado de guardia toda la noche.

—Dile lo que me dijiste a mí —le indicó el director.

—Árboles —murmuró con cierto aire dramático—. Decía continuamente «árboles», y luego que eran demasiados. Aunque la noche pasada lo escuché hablar solo con algún amigo imaginario. Farfullaba cosas sin sentido.

—¿Tiene algún amigo aquí dentro, algún preso con el que haya tenido el más mínimo contacto?

El chico se quedó un rato pensativo y luego negó con la cabeza.

—No estoy seguro, pero yo no lo he visto con nadie. Siempre está solo, aunque puedo enterarme si quieren.

—Estaría bien —contestó Ismael mirando hacia la sala. Abrió la puerta—. Solo me llevará un rato, les avisaré si necesito algo.

No esperó a que ninguno de los dos respondiera. Entró en la habitación, rodeó la mesa y se sentó frente a Hamlet. Aquel anciano delgaducho y ajado, que lucía un mono desteñido y un minúsculo crucifijo colgado del cuello, lo miró con su habitual apatía y empujó el lienzo con uno de sus dedos escuálidos.

—Un regalo, hijo.

Ismael miró la imagen y en aquel preciso instante deseó haber podido hablar por teléfono con Antía la pasada noche. Su compañera no había respondido a sus dos llamadas. Luego se había quedado dormido y no escuchó el móvil; lo volvería a intentar al regresar. Tenía delante la imagen de lo que parecía una réplica exacta de Antía, solo que la figura que Hamlet había dibujado en mitad de un bosque fantasmagórico estaba más delgada, encorvada y los brazos eran desproporcionadamente largos y deformes. Lo mismo ocurría con el cabello rubio, que el anciano había salpicado a base de pinceladas con un amarillo chillón que contrastaba con el color negro y gris predominante. Quizá era un poco más largo, y el vestido verde con diminutas flores que dejaban entrever unas

rodillas huesudas, torcidas y deformes. Era como la caricatura repulsiva y grotesca de su compañera, rodeada de árboles y siluetas gibosas que se distribuían en fila entre el bosquejo y la vegetación. Había una figura aún más desagradable dibujada a su derecha con todo lujo de detalles; una criatura alta vestida como un monje del Renacimiento, solo que en la cabeza llevaba una especie de sombrero de tres picos con el pico central más largo de lo habitual que se extendía hacia el cielo infame como un alfiler interminable. Y no solo había dibujado el sombrero con el cuerno excesivamente puntiagudo y largo, también tenía el ala muy ancha, asomaba el fieltro, o lo que parecía el fieltro, por ambos lados de la cabeza, y se mantenía suspendido sobre unos hombros anchos, y unos puntos rojos por ojos que sobresalían como botones de colores. Una especie de capa con los cuellos elevados que ocultaba lo que debería ser el cuello finalizaba aquel extraño personaje. La copia deforme de Antía tenía la boca abierta y los ojos fijos en el ser del sombrero picudo. Las figuras diseminadas por el horripilante bosque parecían mecerse entre las ramas, unas con las bocas abiertas difuminadas a modo de grito silencioso y otras elevando los brazos esqueléticos como si se mecieran con un viento imaginario que las azotaba de lado. Diminutas flores de colores flotaban, lejanas, sobre aquel paisaje nocturno. Dotaban al cuadro de un poco más de color, pero apenas se percibían porque se intuían lejanas.

—¿Qué coño es esto?

No se fijó en la cara del viejo hasta que el silencio fue demasiado largo. La expresión de Hamlet era una mezcla entre frialdad y expectación.

—Debería saberlo usted.

Ismael sintió una llama de ira azotando sus entrañas a punto de salir disparada sin control alguno.

—No tiene gracia, Hamlet. ¿Qué coño es esto? ¿Qué significa esta mierda?

Hamlet hizo un mohín.

—¿Gracia? No pretendía ser gracioso, inspector. Fíjese bien en el dibujo. A veces las cosas más insignificantes pueden llevarnos a respuestas sorprendentes. —Apuntó con el dedo un

extremo del lienzo donde las diminutas flores lejanas flotaban como luciérnagas luminosas e Ismael vio una especie de letrero torcido con algo escrito—. ¿Lo ve?

—Bolín. Leo «Bolín». ¿Eso es un puente?

—Eso parece. Fíjese más.

—¡Vete a tomar por el culo, Hamlet! ¿Crees que estoy para adivinar tus malditos cuadros de enfermo?

Hamlet le agarró por el brazo y le clavó las uñas en la carne.

—No sea estúpido, inspector. Mire el cuadro con más detenimiento. ¿Qué más ve?

Ismael tomó aire apelando a la paciencia que nunca había tenido y volvió a coger el lienzo de mala gana.

—Veo un puto bosque con criaturas y una mujer con pinta de heroinómana zombi. Veo flores y algo que parece agua y… —Frunció el ceño y acercó el lienzo un poco más—… un jodido brazo que sale del suelo. ¿Qué quieres que vea?

—Corta los brazos y las piernas.

—¿Qué?

Hamlet señaló el ser del tricornio.

—El Cortador.

—¿De qué va todo esto? ¿Quién es el Cortador? Te pedí que me dijeras algo de la muerte de…

—Hay otra, ¿verdad? —le interrumpió con parsimonia—. Otra víctima. Con un vestido de flores. La eligió por el vestido de flores, inspector. Pero ese no va a ser su mayor problema, ¿sabe? Su problema es el Cortador y toda esa gente; la gente que llegará.

Ni siquiera se había percatado del vestido de flores.

—¿Cómo diablos sabes eso, Hamlet? ¿Quién te está informando? ¿Quién está haciendo esto, Hamlet? ¿Tú? ¿Le das órdenes desde esta puta cárcel? ¿Cómo sabes que la segunda víctima tenía un vestido de flores?

El viejo sonrió.

—Se acabó la visita, hijo.

Ismael se echó hacia adelante, agarró por el mono al anciano y tiró de él hasta que lo tuvo a dos palmos de su cara y podía oler su loción de afeitado. Hamlet se reía como un chiflado.

—¿Quién está haciendo esto, viejo loco?

Por el resquicio de la puerta se filtró el sonido de las voces, el taconeo incesante de unos pasos apresurados. Antes de que el director de la cárcel y dos funcionarios interrumpieran su apasionado abrazo, Ismael lo soltó y el viejo se cayó en la silla como un muñeco de trapo. Se colocó con dignidad el mono y volvió a sonreír.

—La locura acierta a veces cuando el juicio y la cordura no dan frutos, inspector. No se olvide de esta cita. Puede que le sirva más de lo que cree.

—Inspector… —rumió el director.

—¡Ya lo sé! —Se dio la vuelta con la intención de salir.

—¡No se olvide de mi regalo, hijo!

«Voy a meterte el cuadro por el culo», pensó dando un portazo. Se encontró de frente con Julio, el funcionario de ojos vidriosos por el agotamiento. Detrás de él correteaba con sus diminutos pies el director de la cárcel con cierto asomo de enfado en su gesto crispado. Julio se apartó un mechón de pelo rubio de la cara y le enseñó el móvil.

—Creo que debería ver esto, inspector.

3

¿Qué te impide ir al valle de Caín? ¿Tienes miedo? Nuevo vídeo de apariciones en el bosque de la Garganta Divina. Para todos aquellos que gusten de fenómenos paranormales, ahí va una imagen espeluznante.

«Marica el último».

«Soy negro».

«El norte tiene un clima muy húmedo, se me riza el pelo».

«Una buena excusa para acampar en mitad de la nada y beber hasta morir».

«Me apunto».

Las noticias hablan de las muertes en la Garganta Divina. Sé de gente que ya está organizando el viaje. Se ven cosas. ¿Alguna recomendación?

«Si te topas con un espectro comprueba que tenga pene».

«Muérete».

«¿Dónde queda ese sitio de la Garganta Profunda?».

«En que estarás pensando, subnormal. ¡Garganta Divina!».

«Un buen sistema de grabación digital de voz. Videocámara. Medidores de campos electromagnéticos. Dos pares de calzoncillos por si te meas encima».

«Tengo una amiga que vive muy cerca del valle de Caín. Dice que le enviaron una imagen de una de las muertas en el bosque. Alguien ha hecho viral un vídeo de una sombra en el río».

«¿Qué fuma tu amiga que es tan bueno?».

«No me puedo creer que haya gente que se crea esta mierda».

«Pues se está liando parda. Ya hay un encuentro en el valle de Caín».

«¿¿¿Habéis visto la foto de la primera muerta???».

Ivette miró de soslayo a Álex mientras observaba el flujo de información. Tenía varias páginas abiertas y en todas había hilos interminables de gente hablando del valle y de los asesinatos. A primera hora de la mañana ya se había filtrado la información a los medios de comunicación y cuatro furgonetas de distintos canales habían aparcado frente a la Posada de Caín y reservado seis habitaciones dobles.

—Sorprendente, querido. No sé cómo lo has hecho, pero lo has logrado.

Álex chasqueó la lengua.

—La que no está muy contenta es esa inspectora con la que hablaste ayer —continuó ella con cierto tono afilado—. Salió muy enfadada a primera hora de la mañana.

—¿Algo de lo que tengas que informarme?

Ivette se apartó de él, tomó su taza de café y bebió un sorbito con elegancia.

—Su conversación de anoche fue breve y creo que hablaba con ese policía que vive en el valle. El tal Fabio. Tienen un sospechoso, el chico de Sabín; un bala perdida, pero conociendo al padre me espero cualquier cosa.

—Sé quién es.

Ella se apartó el pelo por detrás de los hombros y contempló el movimiento feroz de los foros. Le parecía sorprendente cómo la gente era capaz de crear bulos con tanta facilidad, cómo una noticia con alguna fotografía trucada generaba tanta expectación, decenas de imágenes que no se sabía su procedencia, pero aseguraban que venían de la misma fuente, y todo aquel caos.

—¿Crees que ese chico tiene algo que ver, que puede ser alguno de nuestros vecinos, alguien que conozcamos?

—Eso sería lo más normal. Lo primero que se investiga cuando alguien es asesinado es el entorno familiar, los amigos más cercanos. Aunque no se debe descartar que se haya topado con un chiflado en ese bosque.

—¿Y qué hacía allí? Una cría no va sola a esa zona, Álex. Y la otra mujer… ni siquiera era del valle.

—Sospecho que tu preocupación empieza a aflorar —dijo. La miró con un gesto mordaz y al momento tiró de ella y la sentó sobre las rodillas—. Ivette, la fría, preocupada por el malvado asesino del valle.

—No tengo miedo, mocoso; además, me sobran agallas para enfrentarme a un loco, si llega el caso. ¿Sexo débil? —interpeló con insolencia—. No lo verán tus ojos.

Álex la abrazó y ella suspiró. Bien era cierto que más de una vez había pensado en lo peligroso que era transitar de noche por el camino que daba al pueblo. A veces tomaba el atajo por el bosque, detalle que le ahorraba quince minutos más de paseo, y salía a la carretera secundaria hasta el pequeño comercio del zapatero. Arturo, en una ocasión, había salido de su humilde negocio y le había aconsejado que tuviera cuidado con los coches que pasaban tan pegados a ella, que no era seguro atajar por ahí y que algún día se llevaría un susto. Y el susto se lo llevó, pero no porque trataran de secuestrarla. Una mañana, con un frío infernal, las ruedas de una furgoneta pasaron por encima de un inmenso charco acumulado en la calzada. Una cascada de barro, agua y hojas muertas la cubrió entera y acabó empapada en mitad de la nada. Ivette recordó aquella mañana durante mucho tiempo: plantada como un caniche mojado entre el cemento y el bosque, el dedo corazón

levantado hacia el frente, hacia la furgoneta blanca que se alejaba traqueteando y con un enfado monumental. Y, por supuesto, tampoco se olvidó del catarro que pilló durante varios días.

Un tipo alto con barba y gorra en la cabeza entró en el comedor. Ivette se volvió a sentar en la silla y saludó al hombre que, sin lugar a duda, era uno de los periodistas o cámaras que acababan de llegar. Se fue directo a los huevos revueltos y las salchichas apostadas en bandejas metálicas después de un escueto «hola» desganado, y se apoltronó al fondo. No tardaron en aparecer varios individuos más y dos mujeres. Y el comedor se llenó de rostros desconocidos, móviles sonando y voces nerviosas.

—Aquí están tus colegas de profesión, mi amor.

Atisbó a través de la ventana una destartalada camioneta que le recordaba a la de Scooby-Doo, solo que esta estaba pintada de un gris metalizado y llevaba un rótulo en letras rojas que ponía: «CAMIONETA Y CARRETERA».

La camioneta hizo un giro de noventa grados en el aparcamiento, dio marcha atrás y estacionó. Del vehículo descendieron dos hombres jóvenes vestidos con pantalones vaqueros y camisetas oscuras. La puerta lateral se abrió con un estruendo y una chica delgada con el pelo largo y rubio saltó de su interior y se situó junto a ellos con las manos en las caderas. Hizo un gesto airado, y se enzarzó con uno de los chicos en una discusión. Llevaba unos pantalones cortos tan raquíticos que Ivette podía ver el interior de los bolsillos asomando por abajo, y su camiseta no era para menos.

—Benditos veinte años. No sabes lo que daría por volver a esa edad sabiendo lo que sé.

—Eso lo dice todo el mundo y al final, si fuera posible, creo que volveríamos a cagarla del mismo modo o de otra manera.

—Habló el anciano.

—Yo también te quiero, Ivette.

Ella trató de leer lo que ponía en la camiseta de los tres amigos, ya que eran iguales por lo que intuía, aunque la de la joven tenía tirantes. Una versión femenina del mismo modelo, pero a fin de cuentas idéntica. Lo pudo comprobar cuando se

acercaron a la puerta principal sin dejar de discutir. Las prendas eran verdes y oscuras y llevaban una frase en rojo con letras goteantes que parecían derretirse.

—¿Qué demonios pone en esas camisetas?

Álex, que había cerrado el portátil y escudriñaba al grupo de periodistas y cámaras sentados al fondo, se volvió hacia la ventana y resopló.

—«Busco lo macabro» —leyó—. Será un lema. Ese letrero de «Camioneta y carretera» me suena de algo. Tienen pinta de ser un grupo de pirados que buscan fantasmas. Sería lo normal viendo el movimiento que hay en las redes. Creo que algo leí de ellos en algún foro.

—Voy a ver qué quieren.

Ivette se dirigió hacia la recepción. Amaya, situada detrás del mostrador, observaba con cierto recelo a los tres chicos que estaban delante de ella. La joven rubia se volvió cuando escuchó el sonido de los tacones de los zapatos de Ivette.

—¿Puedo ayudaros?

Delante de aquellos tres se sentía aún más mayor de lo que realmente era, y no por el traje sastre que solía llevar siempre en contraste con los vaqueros desgastados y las camisetas de propaganda, más bien eran sus caras, más jóvenes de lo que ella había detectado desde la ventana. Si superaban la mayoría de edad era de milagro. Uno de los chicos se adelantó unos pasos.

—Como ya le he dicho a esta señora, estamos buscando un plano de la zona. Algo que nos pueda ayudar en el valle.

«Señora», pensó Ivette. Amaya tenía treinta años, pero la acababa de llamar «señora».

—¿Estáis pensando en dormir en el valle?

—Sí —apuntó el otro chico. Llevaba un rizo pegado a la frente que le recordaba a la imagen de un disco de vinilo que tenía una tía suya debajo del tocadiscos del salón. Ivette pasó por detrás del mostrador y se inclinó para buscar en las baldas suspendidas algo que les sirviera—. Queremos acampar cerca del puente de Bolín, donde apareció la primera chica. ¿Está acordonado?

—No tengo ni la más remota idea, pero supongo que sí.

—Hay dos zonas acordonadas —añadió Amaya— y vigilancia.

—¿Hay mucha gente? —La chica se acercó a la encimera, apoyó las manos en la madera y se puso de puntillas con la intención de observar a Ivette—. Ya sabe, mirones y esas cosas.

—No mucha.

—¡Jo, colega —bramó el del rizo a lo Estrellita Castro—, somos los primeros! ¡Tenemos que grabarlo todo!

—¿Grabarlo? —Ivette se hizo la tonta, dejó sobre la recepción un folleto con el plano del valle y sonrió—. ¿Qué vais a grabar? ¿Arbustos?

—Espectros —añadió la chica con la mirada fija en ella—. Cualquier cosa paranormal que suceda. Este sitio está de moda en las redes sociales, ¿no lo sabe? Dicen que se han visto apariciones. Cosas raras por el bosque.

—¿Y vosotros os dedicáis a buscar fantasmas?

La chica abrió la boca para responder a Ivette, pero, antes de que le diera tiempo, Amaya intervino con su voz ronca de mesonera y aquel tono arisco tan propio de ella cuando alguien no le gustaba.

—¿Os pagan por eso?

—Bueno, no exactamente… —dijo el chico del rizo. Miró a su compañero de reojo y se encogió de hombros.

El otro sonrió.

—Nos pagarán cuando tengamos algo realmente bueno —apuntó acercándose a la chica.

—¡Y por eso estamos aquí! —exclamó la chica con teatralidad—. Me llamo Berta, y estos son Roberto e Iván.

Iván era el del rizo. Roberto, que parecía el más serio y un poco mayor que el resto, miró a Ivette y sonrió.

—Queremos acampar en el valle antes de que este sitio se llene de mirones y buscadores de fantasmas aficionados. Somos estudiantes de Parasicología en la universidad.

—¿Eso se estudia?

Roberto puso una mueca y pareció que iba a decirle una barbaridad a Amaya, que seguía allí mirándolos de hito en hito como si no acabara de creerse lo que estaba escuchando. Claro, que era lógico. Amaya no entendía nada. Ivette le dio un leve

empujoncito.

—Juventud, divino tesoro —dijo entonces soltando un resoplido y poniendo los ojos en blanco—. No me puedo creer que dos muertes generen esta expectación tan morbosa. ¿Más gente? ¿Y pretendéis acampar todos en el valle como si fuera una fiesta de la cerveza? ¿Qué esperáis que pase?

—¿Una aparición para la multitud?

Berta, que no había despegado las palmas de las manos del mostrador, se volvió hacia Ivette, cogió el folleto y dijo:

—Eso ya lo veremos. De momento queremos ir allí, estudiar la zona. Cuando se produce una muerte violenta, el lugar queda cargado de una especie de energía. Los resultados más sorprendentes se han conseguido en sitios con pasados truculentos y este valle acaba de tener dos asesinatos.

—¡Válgame Dios, qué ganas le ponéis! —Amaya suspiró.

—Hay un asesino suelto por ahí, jovencita. —Ivette miró hacia el pasillo que daba a la galería. Álex avanzaba por él con parsimonia—. Vosotros tened cuidado.

—El lugar está vigilado. No creo que ese asesino se atreva a volver al sitio donde mató… —sacudió la mano con desdén— o abandonó a sus dos víctimas. Tenemos que irnos. Se nos echa el tiempo encima.

—¿Podemos comprar algo de comer aquí?

—Todo el día estás tragando, colega.

Ivette miró al chico del rizo y sonrió.

—Por supuesto.

4

El edificio policial donde se encontraban las dependencias era un antiguo bloque de cemento y ladrillo que llevaba una placa de metal con la fecha 1910 pegada encima de la puerta principal. Esta era doble, de cristal, con marco de madera y un arco coronando la parte superior. El interior, bastante decadente, estaba constituido por una planta baja principal, dos pisos más de oficinas y despachos, y un sótano con los calabozos y una pequeña sala de interrogatorios. Fabio tenía su

mesa de trabajo en el primer piso; estaba cubierta de torres de papeles. A la derecha, una pizarra vitrificada con ruedas y un entramado de cables y ordenadores que ocupaban una de las alas auxiliares. Antía se preguntó si todas las comisarías locales de la zona tenían aquel aspecto caduco y desvencijado.

—¿De dónde saca la gente todas estas tonterías sobre apariciones? —Se dejó caer sobre una silla confidente que tenía la espuma asomando por un lado del respaldo y miró al hombre—. Hay prensa por todos lados y mirones con cámaras recorriendo el valle y sacando fotografías a todo lo que se encuentran por el camino. Esto es un sinsentido.

—No tengo ni la más remota idea —dijo él—. Este lugar está lleno de gente joven y existen rutas a lo largo de la Garganta Divina muy conocidas. Una simple broma puede generar un caos en internet. Hemos estado mirando distintos foros y está lleno de comentarios con respecto a los asesinatos, pero nada que ver con la realidad. No podemos controlar ese tipo de cosas, inspectora. Ese es el problema de internet, que cualquiera puede soltar una gilipollez e inventarse cualquier tipo de tontería. Habrá cientos de personas anónimas que aumenten esa gilipollez y al final todo se deforma.

Antía se frotó los ojos.

—Mi compañero en Madrid ha interrogado a Hamlet otra vez y él le ha regalado un cuadro con una mujer rubia corriendo por un bosque lleno de espectros; además, había pintado un brazo mutilado. Dice que sabe que la segunda víctima llevaba un vestido de flores y que el asesino la escogió por eso. Vamos, que tiene información que solo puede venir del exterior, y eso es lo que mi compañero va a investigar.

—Tenemos los resultados del portátil de Olivia Cruz —dijo Fabio—. Era poco activa en las redes sociales, pero sí tenía varios mensajes privados con Unai Sabín. En el último mes quedaron varias veces a través de Facebook y hay un correo electrónico que están rastreando de alguien que se hace llamar EleM001.

Abrió una de las subcarpetas que tenía sobre la primera pila de papeles y le entregó un folio. Antía lo leyó.

—¿Cuánto llevaba muerta Olivia cuando la encontró el

pastor?

Fabio sonrió.

—Menos de veinticuatro horas.

—Este *mail* la cita ese mismo día. «Quedamos donde siempre para hablar del asunto». Tiene que ser él.

—Había eliminado el correo, pero dieron con él. Puede ser Unai o puede ser otra persona. Lo raro es que Unai ha usado el Facebook para comunicarse con ella. No tiene mucho sentido que le mandara un *mail*, a menos que estuviera lejos de su ordenador o del teléfono y necesitara quedar con Olivia.

—Es un servidor de Gmail. ¿Habéis pedido una orden para saber de dónde salió el correo?

—Estamos en ello. Esos servidores tienen una política de privacidad muy estricta con los clientes, pero con la orden judicial nos darán los datos. No creo que tardemos mucho tiempo, depende un poco de desde dónde operen, y Gmail como Yahoo! siempre dan algún problema en cuanto a rapidez. También hemos encontrado su bolso hundido en el río con una piedra dentro. Su móvil la situaba a cinco kilómetros del pueblo hasta más o menos tres horas antes de que la asesinaran. Le quitaron la batería y lo destrozaron. También estaba dentro del bolso.

—No solo lo apagaron, también se esforzaron en destrozarlo y quitarle la batería. El asesino no es tonto; sabe que un teléfono apagado sigue dando señal a la antena más cercana.

—Eso mismo hemos pensado nosotros.

Antía le devolvió la hoja y se quedó pensativa. Fabio continuó.

—La segunda víctima, Mía Rojas, no tuvo ninguna comunicación fuera de lo normal con nadie. Encontramos su bolso en el salpicadero de su coche, que se hallaba aparcado delante del colegio donde daba clases. La puerta estaba abierta, así que suponemos que se la llevó de allí. No faltaba nada. Ni su documentación, ni dinero, ni siquiera su teléfono móvil. Todo estaba en el bolso dentro del vehículo. No hay ninguna conexión entre las víctimas. Mía no tenía la ropa interior enrollada en el cuello. Fue violada y estrangulada, pero estamos seguros de que logró escaparse de él y cayó por

esa pendiente. La fractura de la pierna encaja con un golpe desde mucha altura y tenía cortes en el vientre anteriores a la caída. Uno de ellos bastante preciso y profundo, hecho probablemente con un bisturí.

—Se le complicó el asunto con ella.

—Con toda probabilidad.

—Dame una copia de los expedientes de las dos víctimas. Me los llevaré al hotel. Quiero leerlos esta noche.

—Eso está hecho, inspectora.

De pronto se oyó un barullo en el piso de abajo y una voz femenina gritando que la dejaran pasar. Fabio y Antía se miraron. Un agente menudo se asomó por la puerta con gesto de enfado.

—Fabio, hay una mujer que dice que sabe algo sobre el crimen de Cruz. Quiere hablar con la persona que lleva el caso.

—Que suba.

—Creo que será algo complicado. —Se frotó la coronilla y miró hacia atrás—. Debe de tener ciento veinte años y lleva un bastón. Apenas puede caminar.

—¡Señora, baje el bastón! —gritó alguien.

Las voces se aproximaban a las escaleras. Se oían con más fuerza.

—¡Puedo metértelo por el culo si te pones impertinente!

—¿Quiere hacer el favor de bajar el bastón?

—Será mejor que vayamos a ver qué quiere.

Antía se levantó y salió en dirección a las escaleras. Eran de mármol y curvas. Vio a una mujer mayor vestida de negro apuntando con un cayado a uno de los agentes uniformados y descendió seguida de Fabio y el otro policía. La mujer, al verla, abrió mucho los ojos y dio un paso hacia adelante.

—¡Tú! —exclamó asustada—. ¡Tú eres la siguiente!

5

Una ráfaga de aire azotó la cara de Ismael cuando salió a fumar un cigarrillo a un patio vacío. Se aflojó la corbata, sentía que le faltaba el aire, y caminó en círculos mientras daba

caladas profundas. Pensaba en aquel estúpido cuadro, en la figura femenina, la sonrisa maniaca de Hamlet y en el modo de observar su propio cuadro como si nunca lo hubiese visto antes. Mientras trataba de ordenar todos sus pensamientos, terminó el cigarro, lo lanzó hacia un rincón del patio y entró en el frío vestíbulo. El móvil le vibró con tanta fuerza que se llevó un susto de muerte. Tenía los nervios a flor de piel. Necesitaba una copa.

Mira el enlace adjunto. Me dio por revisar un par de detalles y me topé con esto en internet. Es de hace diez años.

Era un correo electrónico de Jacob con un enlace a un vídeo de YouTube que se titulaba «Soy un asesino». El breve resumen que salía en la parte superior, bajo el vídeo, narraba los vericuetos de varios periodistas y las vidas de ciertos criminales que habían logrado entrevistar. «Los más buscados». «Los más temidos». «Asesinos en serie del país».

—Inspector…

Se dio la vuelta. Miró la calva brillante del director de la prisión y le enseñó la pantalla del teléfono.

—¿Entrevistaron a Hamlet para un programa de televisión hace diez años?

El hombre se inclinó hacia la imagen congelada de Hamlet sentado frente a una cámara en una especie de sala de paredes blancas.

—Eso fue hace doce años. Pone la fecha ahí abajo, mire. Por aquel entonces debía de ser mucho más hablador de lo que es ahora. Yo todavía no me había incorporado como director. Creo que era un reportaje de asesinos en serie. Su forma de pensar, lo que sentían por las víctimas y cosas así. Venga a mi despacho, hemos localizado a un preso que tenía cierta…, vamos a decir «cercanía» con Hamlet.

—Deme su correo. Quiero ver el enlace en una pantalla de ordenador o me quedaré ciego.

Hamlet, cuyo verdadero nombre es Valentín Rancel, es uno de los asesinos en serie más peligrosos de

nuestro país. Entró en prisión el catorce de febrero de 1994, tras violar a ocho mujeres y…

—Pase eso hacia adelante. Cuando empieza a hablar él.

El director movió el dedo sobre el ratón y desplazó el vídeo hasta el minuto cuatro. Hamlet estaba sentado en una silla de plástico bajo un fluorescente que le hacía parecer pálido y macilento. Sin embargo, su aspecto era mucho más jovial. En ese vídeo no había cumplido los sesenta años y tenía la cara más rellena, los ojos más grandes y algo rasgados, aunque su barbilla seguía siendo igual de afilada.

—La misma mirada de maniaco —murmuró Ismael—. Suba el volumen.

«No me arrepiento. —Tenía los dedos de las manos entrelazados y apoyados en las rodillas como un buen cristiano en la iglesia. Miró al suelo, luego volvió a fijar la vista en la cámara y sonrió—. Respeté su belleza. Me ocupé de que las recordaran hermosas, perfectas. Rodeadas de hojas plateadas, de margaritas, púrpuras y orquídeas. Les hice a cada una de ellas una corona de flores y extendí sus ropas sobre el agua. Ahogué su aflicción y las hice eternas… Como *Ofelia entre las flores*…».

Se hizo el silencio y ambos observaron cómo Hamlet se pasaba la palma de la mano por el impoluto pelo cano peinado hacia atrás.

«Mi madre tenía ese cuadro en el salón de su casa. De niño solía pasarme horas observándolo. La expresión de sus ojos era hipnotizadora. Supongo que jamás me olvidé de esa mujer, pero no tiene nada que ver con lo que hice y mi madre nunca me trató mal para que yo me convirtiera en lo que soy. Todos somos asesinos, ¿sabe? Solo tiene que existir ese momento exacto que encienda el interruptor adecuado. Usted, por ejemplo —señaló a alguien detrás de la cámara—, seguramente tenga hijos, hijas, una mujer. ¿Qué haría para salvarles la vida? No dudaría en matar. Nadie dudaría en matar, y ese es el punto al que quiero llegar: que todos somos asesinos, solo que

muchos no han tenido la oportunidad de experimentarlo porque no lo han necesitado, ¿me comprende? Nadie se convierte en asesino, señor. Todos lo somos desde que nacemos. No importa donde nos criemos o lo que nos pase a lo largo de nuestra vida. No tenemos por qué ser maltratados o nacer en un hogar desestructurado. Ese instinto está ahí, gritando desde alguna pequeña y profunda cavidad de nuestra cabeza. Nosotros tenemos el deber de escucharlo, porque de otro modo nos sentiremos mal. —Hizo una pausa y sonrió para sí—. No busquen un pasado turbio. No van a encontrar ningún tipo de daño cerebral como dicen esos médicos que creen conocer la mente de los que matan, que los pueden agrupar o qué sé yo… Serotonina, genes… Estupideces. Todo eso son estudios ridículos que no dicen más que sandeces. Hubo un tipo…, sí, un neurólogo, no recuerdo cómo se llamaba, hablando del gen de la violencia en los niños varones. Solo en niños, ¿entiende? Y luego todo eso de la sobreexposición a la serotonina que hace que uno se vuelva inmune a ella y no pueda controlar la ira. Yo no sentía ira. Nunca la he sentido. No odiaba a esas chicas, todo lo contrario».

Hamlet se pasó la lengua muy despacio por los labios. La voz del periodista sonó lejana.

«¿Por qué lo hizo entonces?».

Pero Hamlet simplemente sonrió.

6

Una suave ráfaga de viento sacudió las ramas de los árboles en el exterior del edificio. Debía de haber veinte grados en la calle, pero la habitación estaba congelada. Antía depositó dos vasos de plástico con café sobre la mesa y se acomodó frente a la anciana. Había dejado el bastón sobre la encimera y la observaba con suma atención.

—Allí fuera —comenzó a decir la mujer— hay demasiada gente. No deberían estar en el bosque. A ellos no les gusta que estén allí.

—¿A quiénes se refiere?

La mujer la miró con un gesto de súplica en sus ojos cansados.

—Las criaturas parlantes. Cada vez son más y no traen nada bueno. ¡Se lo dije al alcalde! Pero ese estúpido incompetente no quiere escucharme. ¡Cree que estoy loca!

—Señora, cálmese. Intento entender qué me está diciendo. ¿Quiénes son las criaturas parlantes?

La anciana echó el cuerpo hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—Su asesino. Él tiene la culpa de todo.

Antía se removió en la silla. Aquella mujer estaba como una maraca.

—Sabemos que nuestro asesino es el causante de todo. Ha matado a dos mujeres y eso es…

—¡No! Eso es lo que no comprenden. Lo que no quieren escuchar. Se limitan a solucionar lo que ven. Su asesino lo ha despertado. ¡Ha despertado al Cortador!

La anciana la miró perpleja, como si intentara asimilar lo que ella misma acababa de decir. Tomó aire y pareció tranquilizarse.

—Esas personas que están llegando al valle. Todos esos chicos con sus coches, sus tiendas de campaña… Sáquenlos de allí. No deben estar allí.

—Señora, en el valle hay un perímetro amplio acordonado y vigilado. Todo lo demás es zona de cámping, lugares donde cualquier persona puede estar. No podemos sacarlos de allí así sin más. ¿Quién es el Cortador? ¿Y por qué dice que el asesino lo ha despertado?

—Hace cincuenta años ocurrió algo parecido, señorita —dijo con determinación—. Se mataron entre ellos. Dos familias enteras aniquiladas entre sí por los celos y las envidias. Cuando la primera gota de sangre cayó en el bosque, él regresó. Y ahora está aquí otra vez. Por culpa de ese asesino que ustedes no son capaces de coger. Ha vuelto y no va a parar hasta conseguir lo que quiere.

—Señora…

—Me llamo Aurora.

—¿Quién es el Cortador, Aurora?

Ella se frotó los dedos de las manos torcidas y se quedó pensativa durante unos segundos mirando la mesa. Cuando habló ni siquiera miró a Antía.

—Nada humano, inspectora.

—¿Qué quiere conseguir?

Aurora la apuntó con el dedo.

—Rece para que la encuentre el asesino antes que él. Al menos tendrá una oportunidad. Usted es la siguiente. Vi su cabello rubio…

7

—Tío, yo no me he metido en ningún lío. No sé qué cojones te pasa conmigo, pero, sea lo que sea lo que me vas a preguntar, no sé de qué me hablas y no he tenido nada que ver.

Ismael se quitó la chaqueta del traje con sumo cuidado, la depositó sobre el respaldo de la silla, se soltó los botones de las mangas de la camisa y miró al hombre flaco y encorvado que tenía delante. Cuando el preso sonrió, le enseñó una dentadura amarilla; le faltaban tres dientes.

—Todavía no te he dicho por qué estás aquí, pero tú no has hecho nada.

—No. Nada de nada. Lo juro. Sea lo que sea. Yo no fui.

Ismael suspiró.

—Vale. Háblame de la relación que tuviste con Hamlet. ¿Por qué erais amigos?

Nada más oír el nombre de Hamlet al recluso se le borró la sonrisa estúpida de golpe.

—¿Quién es ese?

—Se me está agotando la paciencia…

—Lo juro. No sé quién es ese.

Sonrió de nuevo, pero le temblaba el labio inferior.

—Al, eres un violador encerrado en un módulo para violadores —dijo Ismael, que se frotó los ojos con las yemas de los dedos y suspiró—. Eso… eso significa que no corres el riesgo de que veinte tíos con hijas te linchen. ¿Me pillas? —Al balbució algo—. Perdona, no te he entendido.

—Digo que no pueden cambiarme de módulo. Va contra la ley que…

Ismael golpeó la mesa con el puño y luego se inclinó sobre la encimera hasta que su nariz estuvo a dos palmos de la nariz del preso.

—Te aseguro que como no me digas qué tienes que ver con Hamlet y qué has hecho por él te saco del módulo por los putos huevos ahora mismo y te cuelgo de la jodida farola del patio con el letrero de «violador» grapado en la cara. Será un infierno para ti, Al. Un puto infierno. Así que habla.

—Solo le hice un par de favores —rumió el hombre—. Una tontería. Nada.

—¿Qué… favores…?

—Dos cartas. Qué…, qué tontería, ¿no? Dijo que necesitaba recibir noticias de su familia y que me iban a llegar a mí las cartas.

—Hamlet no tiene familia, Al. ¿De quién eran las cartas?

—¡No lo sé! No las abrí. Venían a mi nombre, y como yo nunca recibo correo pues sabía que eran de él. Ya me había avisado.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te llegaron esas cartas?

—No lo sé. ¿Dos meses quizá? Sí, puede que dos meses, tío. Eran solo dos cartas. Se las di y ya está. Él me dio algo de dinero por el favor. ¡Ah!, y tabaco. Una estupidez. Eran dos putas cartas, tío.

—¿Qué ponía fuera? Su nombre, la dirección de la prisión, qué más…

—Nada más. No traía remitente, si eso es lo que pregunta. Soy un poco cotilla y lo miré, pero no ponía nada. ¡Se lo juro por Dios!

El tipo estaba demasiado asustado para mentir; eso o estaba perdiendo facultades para acojonar a aquellos despojos humanos.

—¿Qué hizo con ellas?

—¡No lo sé! ¿Leerlas?

Ismael cerró los ojos apelando a su serenidad. Se levantó de un saltó, agarró por la pechera al tipo flaco y, antes de que pudiera abrir la boca, el preso voceó:

—¡Se fue a la biblioteca! —casi lo chilló—. ¡Y ya! ¡Cogió las cartas y se fue a la puta biblioteca porque siempre está solo allí, joder!

8

—Buenos días, amado norte. Valle de Caín. Os habla Mauro Torres desde el observatorio de La Trinidad. 80.7. Dada la gran afluencia de turistas en el cámping Comodoro, se ha abierto la zona B de bungalós. Recordamos a todos nuestros oyentes que el cámping consta de dos áreas delimitadas a ambos lados del río en el valle de Caín. Una zona A Premium con los bungalós de mayor calidad y prestaciones, y la zona B con los bungalós estándar pensados para familias numerosas y grupos de amigos. Veinticinco casitas de madera amplias, luminosas y con privacidad para disfrutar de la naturaleza, bañarse en el lago o el río y olvidarse del ajetreo de la gran ciudad. También os recordamos que el área C, más próxima al puente de Bolín, permanecerá cerrada hasta nuevo aviso por orden judicial. Las reservas efectuadas antes del doce de julio pasarán automáticamente a la zona B hasta agotar el cupo. Os dejamos unos instantes con la música de Buggles para animar este apacible día: *Video killed the radio… star.*

9

—He hablado con su jefe, inspectora. —El comisario Del Río era un hombre de cincuenta años, en forma, con el pelo peinado hacia atrás y un pequeño bigote que le daba un aire distinguido. Había interrumpido sus cortas vacaciones y estaba dando vueltas en su despacho mientras se frotaba la barbilla y contaba los pelos de la alfombra—. Les agradecemos el apoyo. Su unidad de análisis científico es rápida trabajando, pero no tenemos nada. Se me echan encima los familiares de las víctimas y la prensa no ayuda.

—Sé que tiene muy buena amistad con mi jefe, Mastrana.

Haremos todo lo que esté en nuestras manos y creo que sabe que desde Madrid también están avanzando con el asunto de Hamlet.

—¿Cómo es posible que esto pase aquí?

—Puede que sea un imitador, señor. Tenemos constancia de que Hamlet recibió a través de otro preso varias cartas que estamos tratando de localizar. Uno de mis compañeros está en la prisión en estos momentos. Ha obtenido información de los crímenes. Sabe detalles exactos que no han salido a la luz. De momento no hay nada que relacione a las víctimas.

El comisario miró a Fabio, situado junto a la puerta con los brazos cruzados, y asintió muy despacio. Luego, apartó la silla de cuero negro de su escritorio y miró a través de la ventana.

—Todos los operativos trabajan en ambas direcciones —continuó Del Río—. Tengo agentes indagando en el entorno de Olivia Cruz y de Mía Rojas. Amigos, conocidos… Pero de momento no puedo daros nada.

—Algo aparecerá, señor. Solo tenemos que buscar. Hay algo que me gustaría preguntarle.

—Y usted debería estar de vacaciones. Sé que había venido a una conferencia en la jefatura superior cuando ocurrió el crimen. Le agradezco su trabajo y su implicación, inspectora. ¿Qué necesita saber?

—Hace cincuenta años hubo varios crímenes en el valle. Algo que ver con dos familias que se mataron entre sí. ¿Podría decirme algo respecto a eso?

El comisario se sentó en la silla y apoyó los brazos en la encimera.

—Los Elvera y los Terrosa. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Abuelos del alcalde —dijo Fabio haciendo que Antía se girara hacia él—. Fue un lío de faldas y de fincas.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Una masacre muy al estilo de los crímenes de Puerto Hurraco. Dos familias enfrentadas por un terreno en medio de dos fincas y un embarazo no deseado de una de las hijas pequeñas de los Elvera, que fue preñada por un Terrosa. En este caso se mataron en el bosque después de que el joven Terrosa intentara escapar con la chica embarazada. Se le fue el

coche en el desfiladero y cayeron por el monte. La cría se mató y luego la familia lo asesinó a él. Así que, al final, el resto de los familiares se tomó la justicia por su cuenta y acabaron a tiros en el bosque. Murieron casi todos a excepción de la madre del alcalde. ¿Por qué me pregunta eso?

—Me hablaron del asunto los vecinos. Solo era curiosidad.

Alguien llamó a la puerta. Era uno de los compañeros de Fabio.

—Señor, han detenido a Unai Sabín muy cerca del puente de Bolín —dijo dando un paso al interior del despacho—. Uno de los agentes que controla la zona lo ha pillado escarbando cerca del río. Han encontrado algo enterrado.

Te aseguro que luché con todas mis fuerzas para librarme de ti. Sabes cómo golpear para que no quede un atisbo del daño que ejerces; por eso la policía no encontró nada que les hiciera pensar que me trataste de ese modo tan cruel. Tampoco sabrán jamás que me defendí hasta mi último aliento, que peleé con uñas y dientes aunque apenas me mantenía en pie. Eres metódico y organizado. Lo que me hiciste, lo que nos has hecho, no es fruto de un impulso descontrolado, no posees ningún sentimiento de frustración vital, como tampoco te sientes inferior. No hay nada en ti oportunista, impulsivo, circunstancial. Ahora lo sé y puedo analizarte. Tengo mucho tiempo para pensar y te observo.

Me pregunto cuánto tiempo le dedicaste a la otra mujer. Por eso estoy convencida de que lo tenías todo meditado, todo pensado. Esa noche lo vi en tus ojos. Ya no eran los mismos ojos que yo conocía.

Pero mantuviste el control en todo momento.

Tictac, tictac...

Tu reloj de pulsera late en mi sien continuamente. Oigo tus susurros, tu respiración y todo lo que me dices mientras me tocas.

También los veo a ellos... Están en el bosque y observan lo que haces.

Y lo que escucho me llena de pavor.

¿Hay algo peor que la muerte?

Sí. Ahora lo sé. Y tú también.

[6]

1

Muy cerca del puente de Bolín había un nutrido grupo de personas —jóvenes en su mayoría— que observaban el ir y venir de la policía. Una chica con el pelo cortado al estilo Cleopatra y un flequillo que casi le tapaba los ojos hablaba con un hombre que estaba situado muy cerca del coche patrulla. Dentro, sentado en el asiento de atrás, estaba Unai Sabín. Tenía la cara descompuesta, los ojos hinchados posiblemente de llorar y las mejillas salpicadas de barro. Cuando Antía se aproximó al espacio delimitado por el cordón policial, divisó un pequeño espacio de tres metros por dos metros con un agujero mal escarbado y un trozo de plástico asomando. Se puso los guantes, se agachó con cuidado y tiró del objeto con dos dedos hasta que logró liberar una bolsa de plástico transparente con un par de folios dentro, o eso era lo que parecía, pues estaba llena de barro y restos de tierra y bichos. Sacudió la bolsa, la abrió y deslizó la mano dentro. Los folios eran la impresión de dos imágenes de lo más comprometidas: Unai Sabín aparecía recostado en algún lugar del bosque medio desnudo sobre Olivia Cruz, tumbada boca arriba con el rostro ladeado hacia las flores y los ojos cerrados. En la siguiente imagen volvían a aparecer ambos jóvenes, de pie, vistiéndose y mirando cada uno de ellos hacia distintos puntos del valle, como si temieran que alguien los estuviera vigilando. Antía resopló, le entregó las dos hojas otra vez dentro de la bolsa a Fabio y fue directa al coche patrulla. Cuando se sentó en el asiento del copiloto ni siquiera miró al chico.

—Esto te deja en muy mal lugar, Unai.

—No tengo nada que decir hasta que llegue mi abogado. Conozco mis derechos.

Antía se volvió hacia el joven y él desvió la cara para mirar por la ventanilla. Las lágrimas le habían dejado surcos blancos sobre la piel y se estaba mordiendo el labio inferior.

—Si necesitas un abogado para hablar, entonces eso te deja en peor lugar, hijo —murmuró Antía con suavidad.

—Yo la quería. No era una chica popular, no era perfecta, pero la quería. —Se sorbió los mocos frotándose la nariz con la parte superior del brazo y apoyó la cabeza en el cristal—. Aunque ella dejara de quererme a mí.

—¿Qué fue lo que pasó, Unai? ¿Fue un accidente? ¿Os peleasteis y se te fue de las manos?

Unai rompió a llorar como un niño. Los mechones de pelo negro se le pegaban a la frente por el sudor y una barba incipiente frenaba las lágrimas y las agolpaba en la barbilla, para después perderse por el cuello y la camiseta embarrada. Antía le observó las manos unidas por las esposas y las uñas y los dedos manchados de barro.

—Unai…

—¡No tenía que haber pasado nada! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —chilló mirando al techo. Y acto seguido gritó—: ¡La abofeteé por la rabia! ¡Me devoraba por dentro y me hacía daño! ¡No me dejaba respirar! ¡Yo la quería!

—¿Qué fue lo que pasó?

—Ya no era ella. ¡No era Olivia! Hacía mucho tiempo que no quería verme. ¡No quería saber nada de mí!

—La mataste.

—¡No! —gritó. Miró a Antía con la rabia de un animal herido y su voz tembló—. No lo soporté… Le pegué un bofetón. Me dijo cosas horribles, cosas terribles… Yo no me merecía eso. Solo quería estar a su lado y me trató como una mierda. Ya no era importante para ella… Quiero un abogado. ¡Quiero un puto abogado!

Antía había vivido a lo largo de su carrera muchos momentos desconcertantes, experiencias dolorosas, engañosas si cabe, pero no tanto como aquella situación. Sin embargo, no podía creer que aquel chico duro, frío y hasta cierto grado prepotente con todos estuviera allí berreando por un amor no correspondido. La rabia y la desesperación habían hecho mella

en él. Se bajó del coche, cerró la puerta con suavidad y se aproximó a Fabio, que seguía con la bolsa de plástico en la mano y la mirada fija en Unai.

—¿Para qué querría enterrar algo que podría haber quemado en dos minutos?

—Que saquen huellas de la bolsa y las hojas —dijo ella haciendo una señal con la mano a uno de los agentes que estaba más cerca—. Porque no lo estaba enterrando. Lo estaba desenterrando.

—¿Se lo ha dicho el chico?

—Ha pedido un abogado —murmuró. Se volvió hacia el policía que se acercaba y le señaló la bolsa—. Rastread su teléfono móvil a ver quién le ha llamado estos últimos días. Creo que a Unai lo estaban extorsionando. Alguien vio lo que hizo aquí con esa chica y le indicó dónde estaban esas fotografías.

—Entonces, ¿la mató él?

—Aún no lo sé. Ha reconocido que la vio en el bosque y que le pegó por celos. Pero eso es lo que vamos a tratar de averiguar antes de que llegue ese maldito abogado. Dile a tu compañero que se lleve mi coche. Tú y yo vamos a llevar a Unai a comisaría y tendremos una conversación con él por el camino. Daremos un rodeo; que no te pille desprevenido.

2

—Nada… —Ismael lanzó una pelotilla de papel por el aire y esta aterrizó en la papelera del bar limpiamente. Vio su propio rostro reflejado en la botella de güisqui que estaba en la mesa y se sirvió un trago—. Hemos mirado libro por libro, página por página. Se las tragó. Eso o las mojó en el baño y deshizo el papel, cosa que me cuadra más. Hay una cámara de ese mismo día donde se ve a Hamlet un buen ratito delante del lavamanos. El muy hijo de puta…

Jacob dejó escapar una risa lenta y algo amarga y dio un trago. Tenía una subcarpeta sobre la mesa llena de papeles que empujó hacia Ismael.

—No iba a ser fácil, Ismael. Eso ya lo sabías. Te he conseguido una copia del expediente de Hamlet.

—Necesito saber con quién habló ese puto chiflado, Jacob. Si recibió correo a través de un preso, también pudo mandarlo por cualquier visita que otro hubiese recibido. Un simple soborno a cualquiera de los delincuentes que hay allí dentro hubiese bastado para que cualquier mamá o cualquier esposa se hubiese llevado sus jodidas cartas al primer buzón de correos. Pero ¿quién? ¿Y por qué en el norte? ¿Por qué justo en ese valle? Tiene que haber alguna conexión. ¡Joder!

Jacob estaba sentado en el otro extremo de la mesa con una bonita americana gris perla y un polo de Ralf Laurent blanco. Miró a su amigo, que jugueteaba con el dosier, y sonrió.

—¿Cómo te va todo a ti, Ismael? ¿Sales con alguien?

Ismael resopló y bebió otro trago.

—Este trabajo no me deja mucho tiempo para mi vida personal. Ya deberías saberlo.

—Yo tengo mujer y dos hijos, chico.

—Si saliera con alguien, no estaría bebiendo contigo en este antro a las once de la noche, ¿no crees?

—Esa es una buena respuesta —alegó ceremoniosamente Jacob—. La cuestión es que no te devore demasiado el trabajo, Ismael. Recuerda que yo estuve a punto de cargarme mi matrimonio. Son cosas que suelen pasar. Uno debe de marcarse una línea de separación entre la vida laboral y la personal.

—Últimamente no tengo vida personal. —Llenó de nuevo el vaso y, cuando iba a beberse el contenido, Jacob le interceptó el brazo y lo frenó.

—Es esa Antía, ¿verdad? Ya no se trata de Hamlet. Lo haces por ella, ¿me equivoco?

Ismael dejó el vaso en la mesa y se retrepó en la silla. Era evidente que Jacob no era idiota y él no había sido nunca muy diestro en disimular ciertas situaciones, sobre todo cuando le superaban. Y aquel caso le estaba volviendo loco.

—Apareció una noche —dijo mirando a Jacob—. No recuerdo muy bien por qué. Estábamos celebrando algo. Todos los del departamento. Antía no solía ir a ninguna de esas reuniones. La mayoría somos hombres, gorilas que no tienen

que llegar a casa antes de cenar… Así que me sorprendió, pero bien, verla allí. Aunque tampoco hubiera sido nada raro, ya que estaban las de balística y las de toxicología. Dos de ellas son muy amigas de Antía, así que supongo que la llamarían y la convencerían. Pasamos… una buena noche… Pasamos buenos días…

—Te cagaste.

—Fui un cobarde, amigo. Me entró el pánico. Dejé de cogerle el teléfono y… Joder, ella nunca me exigió absolutamente nada, pero me entró el pánico. Se lo debo. Me lo debo.

—¿Qué le debes, Ismael? ¿Ayudarla a resolver un caso? ¿Crees que con eso recuperarás la confianza que ha perdido?

Ismael negó con la cabeza y esta vez sí bebió de un trago el contenido del vaso.

—Le debo mi tiempo…

—Comprendo.

—Le debo las horas que no le di y le debo una conversación para decirle lo gilipollas y lo arrepentido que estoy de comportarme como un adolescente —lo dijo muy bajo, como si no se atreviera a hacerlo más alto por miedo a escucharse a sí mismo.

El teléfono móvil le sonó en el bolsillo de la camisa. Lo sacó y apoyó el auricular en la oreja.

Silencio.

—Ahora mismo voy para allá —dijo después de un rato.

Jacob lo miraba con curiosidad.

—Era el director de la cárcel. Hamlet se ha puesto a gritar como un poseso y luego se ha quedado catatónico. Dicen que no saben lo que le pasa. Han llamado al médico que está de guardia, pero sigue allí tirado con los ojos abiertos y hablando entre murmullos.

—Te acompaño.

—¿Estás seguro, Jacob? Puedo ir solo. No está…

—Has bebido media botella tú solito, chaval. Creo que será mejor que conduzca hasta allí.

3

—Nos peleamos —murmuró Unai con apenas un hilo de voz. Tenía la cabeza apoyada en el cristal de la ventana y miraba hacia el exterior—. No es que me gustara mucho. No tenía nada en especial, pero cuando empezamos a hacer los trabajos juntos y la conocí un poco más me pareció simpática y me trataba bien. Fue hace varios meses. Ya sabe. La vi un par de veces en el bosque y nos enrollamos.

Antía levantó la bolsa transparente con los folios y le enseñó las fotografías.

—¿Quién os hizo estas fotos?

—No lo sé. Alguien me llamó ayer de noche y me dijo que estaban allí. Me dijo que se las entregaría a la policía y seguramente así sabrían que yo la había matado, pero les juro que solo nos peleamos y no sé lo que me pasó.

—¿Le pegaste? ¿Por qué lo hiciste?

Unai sollozó. Se sorbió los mocos como un niño y luego se acomodó en el asiento apoyando la cabeza hacia atrás. Miró al techo y dijo:

—No lo sé. Sentía mucha rabia. Esa noche la seguí hasta el puente de Bolín. Quería saber quién era el hijo de puta que estaba con ella, pero me vio antes de llegar y tuvimos una discusión. La abofeteé y se cayó. ¡No era mi intención que se hiciera tanto daño, joder! ¡Pero yo no la maté! ¡No la maté!

—¿La golpeaste y luego te marchaste? —preguntó Fabio.

—Sí… No… ¡No la dejé allí tirada sin más, joder! ¡Intenté ayudarla! Me… me sentí mal cuando se cayó y traté de levantarla del suelo, de hablar con ella, de disculparme, pero… me dio una patada y… me gritó que me largara de allí. Y eso fue lo que hice. Me fui a mi casa.

—¿Viste a alguien? ¿Te cruzaste con alguien cuando te ibas a tu casa? ¿Viste a Olivia con otra persona en algún momento?

Unai suspiró.

—No… Pero sentí que… ¡Dios, me estoy volviendo loco! Sentí que había alguien más… Parecían personas, personas corriendo por el bosque. No sé cómo explicarlo… Había algo allí.

Antía se volvió hacia él.
—¿Algo como qué?
—No lo sé. Algo en el bosque. Y no era bueno…

4

La zona del cámping Comodoro era un lugar amplio en la parte norte del valle, distribuida en varios senderos de casitas de madera a ambos lados del río y el extenso bosque de detrás. Álex contó los veinticinco bungalós mientras sacaba fotografías a los diminutos porches frontales. Había ropa de baño colgando de las verjas de madera que delimitaban las pequeñas parcelas y algún tobogán de plástico barato abandonado en el césped junto a cubos y palas y una piscina de plástico azul. Un poco más allá, se veía la parte del recinto cerrada por la policía, la más cercana al puente de Bolín, una zona acordonada con diez bungalós más a la que no se podía tener acceso por encontrarse demasiado cerca de la primera escena del crimen.

Se colgó la cámara al cuello y oteó las caravanas al otro lado del Comodoro. Se habían distribuido tiendas de campaña por el bosque, dos o tres vehículos más bloqueaban el camino de acceso al pueblo por el lado sur y había un grupo de personas sentadas en círculo sobre amplios sacos de dormir de colores estridentes fumando y bebiendo. Divisó la destartalada furgoneta que había visto en la posada a muchos metros de distancia. Se habían situado muy alejados del resto de curiosos y se mantenían entretenidos descargando bolsas cargadas de cachivaches del vehículo. Miró el reloj: llevaba más de dos horas fotografiando la zona. Casi eran las ocho de la tarde, pero todavía era de día y el sol lanzaba sus últimos coletazos de calor. Se preguntó cuántas personas más estarían paseando por el bosque buscando cualquier resquicio de algo paranormal y le dio la risa. Carnaza para el foro de pirados o una buena noticia que dar; cualquiera de las dos opciones era apasionante. Entonces, detectó a la chica rubia, la tal Berta, con su camiseta de tirantes y su pantalón corto y le sacó una

foto. Después, hizo otra a los chicos que, sin darse cuenta de que los estaban fotografiando, ya habían colocado dos mesas plegables con ordenadores portátiles y un enorme trípode a un lado de su particular campamento. La furgoneta permanecía abierta a modo de tienda de campaña, con la puerta corredera hacia la izquierda y una lona improvisada que hacía de techo.

—Estos sí que van en serio —susurró para sí apuntando hacia el campamento con la cámara—. Muy en serio…

Atravesó la zona de matorrales, se adentró entre la maleza y comprobó que no había ningún mirón borracho antes de bajarse la bragueta para orinar. El viento agitó las ramas y Álex se puso tensó. Solo le faltaba mearse los pantalones en mitad de la nada con el coche a dos kilómetros de distancia. Oyó las risas alegres de los jóvenes al fondo, alguien cantando con una voz de borrachín aguda y el llanto de algún niño pequeño procedente de los bungalós más alejados. Pero de pronto, el silencio se cernió sobre aquel lugar como si alguien hubiese bajado el volumen con algún tipo de aparato. Se volvió rápidamente abrochándose el pantalón y se mantuvo muy quieto mientras trataba de distinguir el más leve sonido que no llegaba.

«Pero… ¿qué coño…?».

Lo primero que vio fue una figura alta y desgarbada junto a un tronco con algo parecido a una sotana. Pero aquella visión nada tenía que envidiar a la siguiente que detectó unos metros más allá, entre dos enormes robles, con una especie de cucurucho en punta muy afilado en la cabeza. Abrió y cerró los ojos convencido de que lo único que había visto era a los chicos del campamento disfrazados de sabe Dios qué y haciendo el idiota por el bosque; pero aquellas cosas no se movían. Era la ausencia de sonido lo que más temor le provocaba. La sensación de estar en una habitación insonorizada, la falta del trinar de los pájaros o del sonido de las hojas sacudiéndose en las ramas de los frondosos árboles y el coro de voces. Nada.

Dio varios pasos atrás sin soltar la cámara; buscó con la mirada la furgoneta de los chicos de la posada. Podía ver la parte de atrás del vehículo, pero desde su posición apenas

divisaba nada más. Cuando se quiso dar cuenta, el ser del sombrero en pico estaba mucho más cerca y apuntaba con una extremidad alargada hacia él. Lo señalaba.

—¡¿Qué cojones haces?! ¡No tiene gracia, imbécil!

Repentinamente, vio como algo se desplazaba veloz por entre los árboles, algo que se movía muy rápido. Giró la cabeza y trató de averiguar quiénes eran los que corrían por el bosque, pero lo único que logró diferenciar fue la forma encorvada de varias personas desplazándose y abriéndose en dirección a los bungalós. Hubiese jurado que lo que corría eran animales, dada la velocidad con la que lo hacían, pero distinguió los brazos, las pequeñas cabezas echadas hacia adelante y aquellas extrañas camisolas oscuras que solo dejaban entrever unas piernas delgadas y flexibles que se desplazaban de un lado a otro.

—¿Qué es eso, joder?

Permaneció inmóvil, de pie en mitad de la nada, cámara en mano, tratando de diferenciar las figuras que iban apareciendo de detrás de los troncos. Seguía sin escuchar ningún tipo de sonido, pero eso ya no era su mayor preocupación. Una fila interminable de farolillos, allá a lo lejos, se encendió e iluminó todo el cámping. La cosa del sombrero en punta permanecía allí plantada, mirándolo. Respiró profundamente y avanzó dos pasos, convencido de que, en cualquier momento, echaría a correr; pero se equivocó.

—¿De qué coño vas? ¿Crees que puedes asustarme?

Vio una boca curvarse en una especie de sonrisa insidiosa bajo toda aquella tela.

Tictac, tictac…

¿Lo que sonaba era un reloj?

Trató de resistir la tensión que ejercía la expresión de aquella boca curvada llena de arrugas. Algo pasó gateando muy próximo a él, por detrás del zarzal que tenía a su derecha, y aquella maraña de telas y faldones se perdió entre la broza y la hojarasca. Se volvió bruscamente cuando sintió algo frío sobre el hombro y vio unos dedos torcidos y nervudos sobre su hombro derecho. El tictac violento e intenso que le tronaba en los oídos aumentó de potencia y le provocó un espasmo en lo

más profundo de la cabeza.

Se llevó las manos a las sienes convencido de que la cabeza le iba a estallar y casi estuvo a punto de perder el equilibrio. Lo que demonios fuera aquello ya no estaba sujetándolo, ni siquiera estaba cerca. Álex abrió la boca; creía que, de ese modo, no le iban a estallar los tímpanos. Fue lo último que vio: todas aquellas criaturas corriendo hacia la zona de bungalós y al ser alto del sombrero en pico avanzando tras ellas, cobijados por la profunda oscuridad.

5

«El Cortador…».

La anciana Aurora se despertó por el sonido de su propia voz y se puso en pie lo más rápido que pudo. Se acercó arrastrando los pies a la ventana y pegó la nariz en el cristal. No. No había sido su propia voz la que la había despertado. Alguien estaba llamando a la puerta.

Cuando abrió, se topó con la mujer policía. Llevaba la mano izquierda apoyada en la cadera de tal modo que se le viera el arma, como si ella necesitara que aquella chica de ciudad la intimidase. Fue tan solo una primera sensación, porque cuando alzó la cabeza y la miró directamente a los ojos, vio su expresión de curiosidad. Incluso creyó percibir un semblante mucho menos tenso que cuando había hablado con ella en la comisaría del pueblo.

—¿Qué hace usted aquí?

La mujer llenó los pulmones de aire, miró por encima del hombro en dirección al coche que tenía aparcado a unos metros y suspiró.

—Háble me de ese Cortador.

Aurora dejó escapar una risa amarga.

—¿Para qué? Al final nadie hace caso de lo que les digo. Todos me toman por una vieja loca que pasa demasiado tiempo sola en esta… casa.

—Me dijo que yo sería la siguiente.

—Así es. Pero no importa lo que yo le cuente, ¿verdad?

Usted ya está totalmente convencida de que su asesino de chicas es el mismo hombre del que yo hablo, pero está muy equivocada. No tiene ni idea de lo que hay ahí fuera, inspectora. Una todo el sadismo que ha podido analizar de todos sus asesinos y ni siquiera se aproximará a lo que puede hacer ese ser. Y le resultará ridículo lo que le digo, pero no tardará en descubrirlo por sí misma.

Antía frunció el ceño y tensó los labios en una mueca de enfado. La anciana Aurora se apoyó en el marco de la puerta. Le costaba horrores mantenerse de pie, quieta, durante mucho tiempo.

—¿Me permite pasar?

La anciana dudó unos instantes y luego abrió la puerta con el bastón.

—Siéntese ahí. Le traeré un café.

Al cabo de unos minutos ambas estaban sentadas una enfrente de la otra con sendas tazas de café.

—Intento entenderla —comenzó a decir Antía.

—No tiene que entenderme, inspectora; solo tiene que creer. Ahí en ese bosque hay algo desde tiempos pretéritos que solo despierta cuando sucede una tragedia. Y no se conforma con unas gotas de sangre. Ahora ríase de mí. Dígame que estoy loca, pero al menos me quedaré tranquila sabiendo que los avisé a todos, que les dije lo que iba a suceder.

—Sé lo que pasó en este pueblo hace cincuenta años. Hablé con el comisario y me relató lo que sucedió con esa gente, con esas dos familias.

—No. Sabe lo que creen que pasó —la corrigió—. Dos familias aniquiladas por la locura que brotó por esa criatura. La niña que murió embarazada por el accidente no fue el detonante, porque había sido un accidente, por amor de Dios, pero lo que le pasó al chico… Eso fue un asesinato injusto y cruel. Dos niños enamorados perdidamente con unas familias ineptas, celosas y envidiosas. Cogen un coche y se estrellan, y luego la cría muere y sus familiares se vuelven locos de rabia. Solo necesitaban una excusa para matar al pobre chico que la dejó embarazada. Y por supuesto que lo hicieron, de la forma más atroz. Se escucharon sus gritos desde todos los rincones y

nadie lo ayudó. ¿Sabe que lo torturaron en el bosque? ¿Le han contado que le cortaron sus partes y se las hicieron masticar mientras se desangraba? No, ¿verdad?

—No. El comisario solo me contó que se mataron entre sí. Que la única que sobrevivió fue la madre del alcalde.

La anciana suspiró y bebió un trago de café.

—Cuando mataron al chico estaban en paz —prosiguió—, pero ya era demasiado tarde. Habían despertado a ese bebedor de sangre y este quería más. Los Elvera comenzaron a ver a los Terrosa acechando por las ventanas. Decían en la cantina del pueblo que veían cabezas que vigilaban a través de los cristales, movimientos en el bosque cerca de su finca y sogas colgando de los árboles en señal de aviso. Eso era ridículo, porque los Terrosa se quejaban de lo mismo. Las mujeres estaban aterradas, por ambos lados. Siempre se quejaban de lo mismo: que habían visto a alguien delante de la ventana vigilando y moviendo la boca muy rápido como si les estuvieran hablando. Todos creyeron que la familia contraria atormentaba a la otra, pero no eran ellos. ¡Era esa maldita cosa! Y no paró hasta que los volvió locos. Imagínese sentir cada noche una cara en un cristal, de madrugada, golpes en la puerta, ruidos…, gritos… Dejaron de dormir para defender sus terrenos. Todos. Hasta la locura absoluta.

—¿Me está diciendo que el crimen de Olivia despertó a un ente sobrenatural que se alimenta de la locura para cometer asesinatos en masa?

—Le estoy diciendo que todos nacemos buenos, inspectora, pero algo nos inclina hacia el mal. A unos más que a otros. Pregúntese qué hace que un hombre se convierta en un criminal en serie, o que se vuelva loco y vea cosas.

—Una mente dañada, señora.

La anciana sonrió.

—La cuestión es quién o qué daña esa mente. —Movió la cabeza hacia la ventana. Antía miró en la misma dirección—. Tiene uno ahí fuera y está a punto de ver de lo que es capaz. Recuerde que no será casual. Algo va a suceder en ese valle, algo muy malo. No se olvide de lo que le he dicho cuando lo tenga delante.

6

—¡Y un, dos, tres, tralarí, larí, leré! ¡Y un, dos, dos tres, tralarí, larí, leré! —Roberto soltó una risotada y miró a su amigo mientras manipulaba un pequeño trípode con una cámara que situó en un extremo del bosque junto a un árbol—. Joder, tío, llevo toda la tarde escuchando esa maldita cancioncita y ahora no soy capaz de sacármela de la cabeza. ¿Viste toda esa gente moviendo los brazos y bailando detrás del rarito ese? ¿Tienes la grabadora a mano?

—La mía —respondió Iván—. Las otras las tiene Berta. Está acotando un trozo de bosque con los E-Field Pods. Si esta noche detectamos electricidad estática, todas las luces van a saltar y esto parecerá una discoteca.

Alguien pasó a lo lejos corriendo con las rodillas adelantadas y se cayó hacia un lado. El jolgorio del fondo era como un runrún continuo. Dos chicas muy cerca del río se hacían un selfi desde una de las rocas y cuatro tipos borrachos como cubas cantaban algo imposible de descifrar. Iván miró hacia el recinto y resopló.

—Menos mal que nos hemos alejado de esa gente. Dame el DVR de espectro completo. Está ahí, junto al saco. Lo voy a colocar aquí mismo. Funciona de lujo en un entorno natural, tío.

—¿Cuánto le habrán costado a la universidad todos estos trastos?

—No tengo ni idea. Pero preocúpate de que no perdamos nada.

Berta apareció por un extremo del bosque cargada con una mochila que era casi más grande que ella.

—Ya terminé. No he colocado los detectores de movimiento. Si alguno de esos jodidos borrachos nos pasa el perímetro, van a tronar como sirenas de policía.

—Podemos prescindir de ellos.

—Pásame el Mel Meter, Berta. Tienes dos en la mochila. Yo me ocuparé de controlar si hay alguna bajada de temperatura brusca.

La chica se quitó la bolsa de la espalda y revolvió en su

interior hasta encontrar el aparato. Roberto lo manipuló durante unos instantes y luego dijo:

—Veintidós grados.

—¿Y si no encontramos nada y esto es una puta broma? —preguntó Berta.

—Habrás conocido un paraíso natural digno de mención —respondió Iván—. En el norte, la comida y el tiempo en verano son de envidiar. Al menos hemos pasado unos días fuera de Madrid, con fresquito de noche y sol de día. Vamos. Volvamos donde los portátiles; no me fío de los borrachos del cámping. He puesto dos cámaras en los árboles más cercanos a ellos. Al menos los tendremos controlados desde el puesto de mando cuando necesitemos verlos. No creo que duren mucho despiertos con la moña que llevan, pero nunca se sabe.

Roberto abrió los portátiles y tecleó rápidamente hasta que se desplegó la imagen del bosque en uno de los ordenadores.

—Ocúpate tú de la cámara de espectro completo —le dijo a Berta—. Si crees que es polvo suspendido en el aire cuando veas algo, grábalo en vídeo. Así descartaremos cualquier imagen que no sea lo que buscamos.

La joven se sentó en la silla y se puso la sudadera que llevaba atada a la cintura.

—¿Listos? —preguntó Roberto con cierto aire ceremonial.

—¡Camioneta y carretera! —respondieron sus compañeros al unísono.

7

A las diez de la noche, Ismael Roig intentó levantar del suelo a un Hamlet con algo parecido a un ataque de epilepsia en toda regla. Ya antes de que él llegara varios funcionarios, con ayuda de un preso de confianza y el médico, lo habían intentado, pero estaba tieso como un palo y susurraba muy rápido palabras que no tenían ningún sentido. Pesaba tanto —aun dada su delgadez— que fueron incapaces de moverlo hasta la enfermería o tan siquiera arrastrarlo a la cama de la celda.

—¡Que alguien le saque la lengua fuera o se la tragará! —

gritó un funcionario.

—¿Eres idiota? ¿No ves que está hablando? No es epilepsia. Este tío se ha metido algo y tiene un mal viaje.

—No estoy tan seguro —dijo Ismael, que le levantó la cabeza a Hamlet y miró unos ojos vidriosos y centelleantes que observaban el techo con unas enormes pupilas dilatadas.

En ese mismo instante, en la Posada de Caín, Ivette divisó a través de la ventana el coche de Álex, delante de la entrada principal, con la puerta del conductor abierta y la luz interior encendida. Salió del hotel atándose la bata de raso con delicadeza y avanzó por el camino de piedras hasta donde este se encontraba. Observó la verja, el sendero oscuro que daba al pueblo, y al darse la vuelta se llevó un susto de muerte cuando se topó con Álex allí de pie en mitad de la oscuridad.

—¡Santo Dios, me has dado un susto de muerte! —Su expresión era extraña. Parecía ido—. ¿Estás bien, Álex?

No había sido la primera ni la segunda vez que sufría uno de sus ataques. Solo que normalmente, por no decir siempre, le ocurría cuando había una tormenta porque les tenía pánico. Y era ese recuerdo, el de su padre arrastrado por el río, lo que lo martirizaba.

—Se va con el agua. No hice nada…

—Lo sé, cariño. Vamos. Será mejor que entremos.

—No. Tú no lo entiendes, Ivette. No entiendes nada.

A las diez y diez minutos, Ada Durán estaba sentada delante del ordenador eligiendo destino para irse con su marido de vacaciones lo antes posible. Ambos habían pasado un curso agotador aquel año y necesitaban tomarse unos días lejos de aquel lugar, quizá a alguna isla paradisiaca, un buen hotel con un recinto turístico o, ¿por qué no?, un viaje a Roma, Florencia y Niza. A Luis le encantaba Italia y siempre había deseado ir; por eso, después de cenar los dos en el salón, ella decidió trastear con las ofertas que salían en internet mientras Luis leía una de sus novelas en el sofá. Fue justo en ese momento cuando le entró por correo otro de los vídeos de la graduación que enviaban los padres y los profesores de los chicos a una cuenta de la web del instituto para, desde ahí, compartirlos

con todos. No pensó que fuera diferente a todos los demás vídeos que se habían grabado desde distintas perspectivas y cámaras; no hasta que llegó al minuto cuatro y el corazón se le paró de golpe y le empezaron a temblar las manos.

—Dios mío. Dios mío… No…

A las diez y veinte, Antía salió de casa de la anciana Aurora convencida de que aquella mujer se creía completamente todo lo que le había dicho. Jamás había sentido afecto por las personas que interrogaba en un caso, pero aquella mujer le parecía extremadamente solitaria, abandonada, y le recordaba a su madre en muchos puntos. Anotó mentalmente que debía llamarla nada más levantarse por la mañana. Hacía varios días que no hablaba con ella y había retrasado su visita por todo aquel embrollo repentino. Se paró en seco justo delante de su coche y vio aquella luz cetrina cubriendo el valle a lo lejos. Parecía un cinturón verdoso que se iba ampliando como las auroras boreales escandinavas. El firmamento cambió de color y se tornó verde casi en su totalidad. Antía quedó estupefacta. Aquello era impresionante, aunque no tenía ni la más remota idea de cómo podía ocurrir un efecto así en verano, en el norte de España y con tanta rapidez. Nunca había sido testigo de una aurora boreal, pero sabía muy bien en qué consistían y eso se parecía, pero no era del todo real. Se quedó allí de pie agarrándose a la puerta del vehículo con la boca medio abierta. Cuando se dio la vuelta, sorprendida por el sonido de la puerta de la casa de la anciana, la vio allí plantada en el porche con el bastón en la mano y la vista fija en ella, en Antía.

—Ha empezado ya —le dijo.

Eran quizá las diez y media cuando el medidor de campo magnético, que Iván tenía en la mano en aquel momento, saltó de repente y parpadeó varias veces. Iba a decir algo cuando los E-Field Pods, colocados en todo el perímetro para detectar cualquier presencia, comenzaron a soltar destellos rojos, verdes y amarillos, y el Mel Meter disminuyó la temperatura de

veintidós grados a trece. Roberto abrió la boca tanto que parecía que se le iba a desencajar. Berta se levantó de golpe de su silla y corrió hacia el primer E-Field Pods, con la grabadora en la mano mientras un sonido muy parecido al aleteo de sábanas sacudidas por el viento se elevaba por encima de ellos.

—¿Qué está pasando?

En la pantalla de uno de los ordenadores portátiles, la cámara más próxima al grupo de chicos que dormían la borrachera dentro de los sacos detectó un movimiento lento y una figura larga con forma puntiaguda apareció de entre los árboles.

—¿Qué cojones es eso, Iván? Es una persona, porque es imposible que la imagen sea tan perfecta.

—¡Han saltado todos los dispositivos! —gritó Berta.

—Pero no creo que sea por eso. Tiene que ser real, míralo.

La silueta se desplazó un poco más hacia el campamento improvisado, pareció doblarse hacia adelante. Uno de los chicos enrollado en el saco salió despedido hacia los arbustos, arrastrado por una mano fantasmal, hasta desaparecer de golpe en la oscuridad.

—La puta… madre… ¿Qué ha sido eso, joder? —Roberto no daba crédito a lo que veían.

—Coge la caja fantasma. Enciéndela.

Roberto fue corriendo hasta la mochila, sacó el dispositivo y lo encendió. Le temblaban las manos de los nervios. Iván, mientras tanto, seguía con precisión la imagen del campamento y el movimiento irregular de las ramas de los árboles, los chicos durmiendo, aquella cosa rígida e inmóvil…

—No se mueve, tío. Seguro que es una broma, joder.

—Claro —alegó Berta—. Arrancaron un coche, ataron con una cuerda el saco del tío y lo hicieron desaparecer de golpe. ¿No ves que no tiene sentido lo que dices?

La caja fantasma emitió un sonido estridente de ruido blanco y empezó a chisporrotear como una radio mal sintonizada. Era un soniquete lleno de estática. Roberto estaba de rodillas en el suelo con el aparato en la mano mientras Iván, sentado a la mesa, observaba las imágenes de los dos ordenadores. Berta, de pie junto a él, seguía con la grabadora

encendida. Estaba a punto de decir algo cuando la caja fantasma rugió y una voz mecánica emergió entre todo aquel ruido de fondo:

—*L-O-C-O-S.*

—¿Habéis oído? —inquirió Roberto con los ojos llorosos.

Un alarido de mujer emergió del aparato con tanta claridad que parecía que estaba allí mismo. Roberto soltó la caja fantasma y se apartó por inercia de ella.

—Joder…

—¿De dónde viene eso?

La caja fantasma crepitó de nuevo.

—*Viene… a… por… mí…* —susurró una voz de mujer muy despacio—. *Moscas, está lleno… de… moscas…*

Varios crujidos sucedieron a la voz rota femenina, seguidos de un llanto melancólico que helaba la sangre. Roberto se echó hacia adelante, apagó de un manotazo la caja fantasma y gateó hasta la mesa.

—Ya está. Me largo de aquí.

—¿Estás loco, Roberto? —chilló Berta.

—¡Mirad!

Iván señaló uno de los ordenadores. Había una chica de pie. La imagen tenía un color verdoso y sus ojos se veían tan negros por el efecto de la grabación que daba miedo. Los tenía muy abiertos y estaba quieta delante del resto del grupo mientras, con los brazos colgando y la cara alzada hacia lo alto, sonreía y movía los labios como si hablara muy rápido. Avanzó tambaleándose un par de pasos y chocó con uno de sus amigos, que dormía con la boca abierta. Ni siquiera se lo pensó dos veces. Levantó la pierna y la dejó caer contra la cara del primer durmiente con tanta fuerza que el sonido del impacto les heló la sangre.

—Joder, se han vuelto locos.

Lo estaba pateando con tal brutalidad que ninguno de los tres se explicaba cómo era posible que los demás no se despertaran.

—Llama a la policía, Berta.

—¿Qué?

Berta no podía dejar de mirar aquella imagen. La cara

desencajada de la chica sonámbula, el amasijo de tela y sangre, mezclada con el pelo. Los movimientos espasmódicos de la cabeza de ella torciéndose hacia los lados cada vez que lo golpeaba.

—¡Llama a la puta policía, por amor de Dios! —repitió a voz en grito Iván.

SEGUNDA PARTE

Siento que me encuentro en una llanura y que mi cuerpo flota sobre la hierba, arrastrado por el aire, perdido, olvidado por todos.

El agua... aquella noche... era fría y me cubría. También recuerdo las flores que decoraban mi pelo. «Hermosa. Eres hermosa como las flores». Tus dedos sobre los mechones de cabello. Te tomaste tu tiempo con cada pétalo. Y sonreías... «Ofelia... Eres Ofelia entre las flores».

¿Sabes lo que es estar muerto? Por supuesto que no. No tienes ni la más remota idea de la desesperación que te embarga por el hecho de sentirte desamparada, alejada de todos y de todo. Lo comprendí en el momento en el que me alejé de ti flotando en ese río. Supe, desde el primer instante, que te despedías de mí. No puedo negar que sentí gratitud. Ya no experimentaba dolor, no sentía miedo, y tú estabas ahí, en la orilla, contemplando tu obra con aquella expresión narcótica y soñolienta que jamás olvidaré. Nadie está preparado para morir. No puedes hacerle entender el terror que te atenaza el alma cuando sabes que van a hacerte daño y no puedes luchar más para librarte de ese destino. Es preciso vivirlo. Es preciso sentirlo.

[7]

1

Fabio golpeó la libreta con el bolígrafo y miró a los tres chicos con el ceño ligeramente fruncido.

—Entonces, según me contáis, estabais investigando una serie de fenómenos paranormales en el bosque y uno de los chicos del campamento fue arrastrado por algo diabólico y desapareció ahí mientras… —carraspeó y miró sus anotaciones —… mientras una mujer sonámbula golpeaba violentamente hasta matarlo a otro joven que dormía.

Miró hacia su derecha; los chicos asentían. Había tres vehículos de la policía junto al cámping. Guardó silencio durante unos segundos, al cabo de los cuales centró su atención de nuevo en los tres chicos.

—Vale. Supongo que no seréis tan insensatos como para gastar una broma de este calibre, así que vamos a empezar desde el principio y me vais a decir qué os habéis metido.

—¿Metido? —preguntó la chica rubia rozando el histerismo —. ¿Tenemos pinta de habernos metido algo? ¡Le estamos diciendo que hay algo horrible en este bosque!

—Berta, tranquila.

Fabio ladeó la cabeza y tensó la mandíbula.

—Señorita, en ese cámping no falta nadie. O al menos nadie ha comunicado que hayan desaparecido o muerto ninguno de sus amigos. No hemos encontrado ningún cadáver con el cráneo aplastado y… sí, echan en falta a compañeros, pero teniendo en cuenta que todos estaban borrachos como cubas, lo más lógico es que se hayan ido.

—¡Ajá! —exclamó la chica apuntándolo con el dedo—. Ahí lo tiene. Faltan amigos. Se los ha tenido que llevar ese ser del cuerno en la cabeza. ¡No! El ser de la aguja afilada en la

cabeza. ¡Ese!

—Santo Dios…

—Berta, lo mejor es que nos vayamos a dormir y mañana…

—¿Estás de coña, Iván? ¿Acaso crees que voy a ser capaz de dormir después de lo que he visto? ¿Tú vas a poder pegar ojo? ¡Esto es de locos!

Roberto miró de reojo al policía y se encogió de hombros.

—Os voy a dar un consejo antes de que os metáis en un lío —continuó Fabio—. Ahí tengo a varios compañeros perdiendo el tiempo entre borrachos adolescentes y se me está agotando la poca paciencia que me queda por hoy. Así que vais a hacerme un favor: dormid, descansad y, mañana, cuando se os haya pasado lo que os hayáis metido, volveremos a hablar.

—¡No estamos…!

—Berta, por favor —suplicó Roberto—. Mañana lo hablaremos con el agente. Vámonos.

—Me parece una idea estupenda —dijo Fabio guardando su libreta en el bolsillo de la camisa—. Y dad las gracias de que no os llevo detenidos por este follón que habéis montado.

—Está bien, agente. —Iván tiró del brazo de Berta y la arrastró hacia la furgoneta.

—No podemos dormir con eso en el bosque…

—Berta, por favor, no empeores las cosas. Vámonos.

Fabio los vio alejarse a trompicones.

—¿Un… cuerno en la cabeza? —murmuró. Luego se dio la vuelta negando con la cabeza y regresó a su vehículo.

2

Antía llegó a la Posada de Caín justo en el momento en que un vehículo salía del recinto. Pudo ver el rostro de Álex Benassar a través de los cristales. Le sonrió de un modo velado y luego giró en dirección al pueblo mientras la dueña de la posada permanecía de pie frente a las escaleras. La mujer la saludó nada más bajarse de su coche y se apoyó en el canto de la puerta hasta que Antía llegó hasta ella.

—Se nota que ha tenido un día duro, inspectora. ¿Le

apetece una copa de vino?

Lo único que le apetecía a Antía era quitarse los zapatos de tacón y darse una ducha; sin embargo, un buen vino, en ese momento, no le pareció muy mala idea y asintió.

—Tinto, por favor.

Siguió a la mujer por el pasillo que daba al comedor. Se cruzaron con varios clientes que salían de cenar charlando animadamente. La mujer se contoneaba delante de ella con un estilo casi hipnótico. Antía observó el meneo de aquellas caderas casi con devoción. «No tengo ningún tipo de estilo para caminar con unos tacones de aguja de ese calibre», solía pensar muy a menudo, y esa era la razón por la que le llamaba tanto la atención la forma seductora y elegante que algunas mujeres tenían cuando usaban aquellos zapatos imposibles que ella nunca se pondría.

—Ya me he enterado del lío del cámping, espero que solo haya sido un susto… —La anfitriona se sentó frente a una mesa en el rincón más alejado y extendió el brazo, invitándola a acompañarla mientras hacía un gesto al camarero para que las atendiera—. Le voy a dar a conocer el mejor vino francés que jamás haya probado, inspectora. Bayas negras y ciruelas. Un placer para el paladar.

El camarero, que llegó casi al instante, se inclinó levemente hacia la mujer y asintió.

—Trae una botella de Chateau Latour y algo de queso y embutido de calidad para picar, Aldo.

—No es necesario que se moleste…

—Tonterías. —Sonrió. Era una mujer segura de sí misma. No cabía duda alguna—. Reconozco que son días extraños para el valle. Jamás había visto tanta gente por aquí, cosa de la que no puedo quejarme.

—¿Cuántos años lleva en España…?

—¡Oh! Me llamo Ivette. Y llevo muchos más de los que desearía, inspectora. Permítame invitarla a comer algo, lo que pasó en el cámping tiene que haberla agotado…

—Solo fue una falsa alarma. Yo ni siquiera me he acercado. Cosas de borrachos y drogas. Puede estar tranquila.

El camarero no tardó en regresar con la cena y, después de

servirles el vino, se alejó velozmente tras la barra.

—¿Qué le parece? ¿Es bueno?

—Riquísimo. Tenía razón. Tiene un toque a ciruelas.

Ivette se recostó en la silla y se apartó un largo mechón de pelo de la cara. Arqueó las cejas y, tras ojear el comedor con discreción para cerciorarse de que no había ya nadie, sacó una pitillera de plata y se encendió un cigarrillo.

—¿Quiere?

—No, muchas gracias. —Hizo una breve pausa—. Dígame…, el chico ese, Álex…, ¿viene mucho por aquí?

—Bastante, sí. Es un portento en su trabajo, un chico listo; lo que yo llamo un intelectual precoz. No ha tenido mucha suerte en la vida, pero ha salido adelante. Pruebe ese queso curado, inspectora. Ese que está a su derecha.

—Veo que lo conoce muy bien.

Ivette alargó el brazo hacia uno de los platos y cogió un trozo de jamón.

—Bueno, es lógico. Me acuesto con él.

Antía, que tenía la boca llena de queso, miró a la mujer y esta se echó a reír.

—Oh, perdone, es la primera vez que me siento libre de decir algo así. No sabía ni qué se sentía. Imagínese que se lo cuento a uno de mis vecinos…

—¿Por la diferencia de edad? —Antía se rio y bebió un poco más de vino—. Si un hombre se acuesta con una mujer más joven es aceptable y digno de alabar, pero nosotras tenemos que ocultarlo por el qué dirán. No veo que el chico esté con usted por su fortuna.

Ivette soltó una carcajada y asintió. Apagó el cigarro, se comió el jamón que tenía en la mano y luego se inclinó y tomó la copa de vino.

—Creo que en este caso no es la razón. Puede que en el fondo no exista ninguna razón, sin más. —Acto seguido se sonrojó y dejó la copa de vino sobre la mesa—. Vaya, es como si me hubiese quitado un terrible peso de encima confesando mi pecado, ¿sabe? Es la primera vez que lo digo en alto a otra persona. ¡Joder, qué bien me siento!

—No veo ningún pecado en ello, Ivette.

—¿Está casada?

—No estoy casada, no.

—Pero hay alguien en su vida, supongo, ¿no?

Antía se encogió de hombros y se preguntó cómo podía clasificar lo que había existido entre Ismael y ella, si es que en algún momento había existido algo digno de mención.

—Poca cosa, si le soy sincera.

—Vale… Al menos habrá estado enamorada alguna vez.

Antía se volvió hacia la barra y observó al camarero antes de que desapareciera tras dos puertas abatibles que había justo detrás de la barra. Bebió vino para pasar la masa de pan con jamón que se había metido en la boca y asintió.

—Creí que me iba a decir que no.

—Aún estoy a punto de decirle que no. —Ambas rieron.

—Ese chico tiene más cabeza que la mayoría de los hombres con los que he estado. Supongo que una tiene sus miedos; es lógico, sin embargo, me siento bien. —Levantó la copa y dijo —: ¡Brindo por el presidente de mi país natal y su hermosa esposa Brigitte Macron!

—Es usted sorprendente.

—Dígame, inspectora, ¿podemos estar tranquilos? Es bastante aterrador que haya un chiflado suelto haciendo de las suyas.

Antía dejó de comer y se limpió la boca con la servilleta.

—Por supuesto, Ivette, hay mucha gente trabajando para que nada malo pase. Ahora solo necesitamos que la prensa nos facilite las cosas…

—Sé lo del chico. Ese tal Unai. El valle es pequeño y los cotilleos corren como la pólvora. Vive muy cerca de aquí. Su padre es un hombre bastante especial y estricto, pero uno nunca espera que su vecino de al lado pueda ser capaz de… Ya me entiende.

Antía la miró de reojo.

—No tiene de qué preocuparse.

—¿Cree que él la mató?

—Aún es pronto para sacar conclusiones precipitadas. ¡Vaya! Este embutido es realmente bueno… Creo que me ha sentado bien.

Unas voces lejanas sonaron al otro lado del pasillo y ambas se quedaron en silencio.

—Deben ser periodistas —murmuró Ivette—. A estas horas deben de venir del cámping Comodoro.

Alguien avanzaba por el pasillo en dirección al comedor. Era una mujer con el pelo lacio, unos pantalones vaqueros y una sudadera algo arrugada. Frenó en seco en mitad de su recorrido, dudando quizá durante unos segundos, y luego se encaminó hacia ellas con la cabeza gacha, los hombros adelantados y la mirada oculta por un desabrido flequillo.

—Señorita, el restaurante ya está cerrado —se apresuró a decir Ivette. La mujer alzó la cabeza, miró a Ivette y luego a Antía, y avanzó un poco más—. ¿Ada?

Ada era la esposa del profesor Luis Martell. Antía la había visto un par de veces: en la reunión de vecinos y en su casa cuando su marido les enseñó el vídeo de Unai y Olivia, solo que estaba irreconocible; tenía unas enormes ojeras bajo unos ojos hinchados de llorar y la melena rubia enmarañada de cualquier modo en una coleta que se le había caído hacia un lado.

—Santo Dios, Ada, ¿estás bien? —Ivette se levantó de golpe y fue hacia ella.

—Necesito hablar con la inspectora. Es… urgente.

—¿En qué puedo ayudarla?

Ada miró a Antía con desasosiego. Le temblaba el labio inferior y llevaba un churretón de rímel en la mejilla derecha que no se había limpiado. Antía pensó que esa mujer había estado llorando desde que había salido de casa.

—Tengo que enseñarle una cosa, inspectora. Algo importante.

Se sentó en una de las sillas y sacó del bolso de la sudadera un lápiz de memoria que dejó en la mesa. Ivette se fue hacia la barra con la velocidad de una garza y regresó con un vaso de agua y un par de servilletas de papel que le entregó a Ada.

—Estaba segura de que era un vídeo más. Los padres suben sus grabaciones a la web del instituto —comenzó a decir llorando—, por eso apenas le presté atención cuando lo abrí, hasta que…

Se le quebró la voz y sollozó.

—¿Tiene un portátil por aquí, Ivette?

Ella asintió y salió del comedor a paso ligero.

—¿Qué sucede, Ada?

—Lo vi —dijo muy bajito, como si le estuviera contando un secreto.

—¿Qué ha visto?

Sus ojos se movieron de un lado a otro velozmente y susurró:

—Lo vi con ella, con Olivia. En este vídeo. Y no está bien. No está bien… Y luego las fotos… Tenía fotos. Fotos de ella…

Repentinamente, Antía percibió una voz lejana y los pasos apresurados de Ivette. Se giró sobre la silla, la vio aparecer por una puerta que estaba al otro lado del comedor con un portátil bajo el brazo y una expresión de preocupación.

—Perdonad —dijo—. Había mucha gente en la recepción. Aquí tiene, inspectora. Tiene la batería cargada.

Ada ni siquiera hizo el amago de coger el lápiz de memoria. Se mantenía tiesa como un palo, con la mirada fija en un punto de la pared y las manos sobre las rodillas ocultas bajo la mesa. El movimiento nervioso de una de sus piernas la hacía vibrar. Antía tomó la memoria, la conectó al ordenador y buscó dentro de la única carpeta que había.

—Primero el vídeo —susurró Ada cuando Antía detectó dos carpetas: una titulada «Vídeo» y otra «Fotografías».

Y lo abrió.

3

Estaba mirando a Hamlet. Hacía tan solo unos minutos que había recuperado el sentido, o lo que es lo mismo, había vuelto de su extraño viaje, daba igual. El médico les dirigió una mirada perspicaz. Ismael estaba a su lado, un poco más a la derecha.

—No tengo ni la más remota idea de lo que le ha pasado —afirmó el doctor.

Su expresión era dubitativa. Se mordía la uña del dedo

índice mientras contemplaba a Hamlet sentado en su catre con el lienzo sobre las piernas y el pincel en la mano derecha.

—Y se pone a pintar —añadió Jacob.

Naturalmente, Hamlet no había abierto la boca desde que había *regresado*. Tan solo cogió los pinceles y el lienzo y se dedicó a pintar como si estuviera poseído sin prestar más atención que al esbozo que tenía delante.

—Necesito quedarme un momento a solas con él —pidió Ismael. Se volvió para mirar a Jacob y luego al médico y se dio cuenta de que Hamlet le había lanzado una ojeada fugaz—. Será solo un momento.

Cuando todos salieron de la celda y estaban lo suficientemente lejos de ellos, Ismael se sentó junto al preso. Sus pinceladas eran directas, casi enloquecidas. Allí estaba otra vez la réplica zombi de Antía en mitad de un bosque fantasmagórico. El hombre del tricornio un poco más cerca que en el anterior dibujo y una serie de puntos luminosos rojos, amarillos y verdes diseminados por los rincones más inhóspitos de la ilustración. Volvió a ver un brazo medio enterrado en el suelo arenoso, pero está vez lo acompañaba una cabecita con una larga melena platino que desparramaba sus mechones entre las hojas y con dos oquedades vacías y negras por ojos. Tras la mujer rubia había una silueta agazapada entre los arbustos, dibujada con tanto realismo que parecía que iba a saltar sobre la chica en cualquier momento. Una enorme rueda de molino al fondo era lo que estaba pintando en aquel momento Hamlet cuando Ismael lo interrumpió.

—¿Qué está pasando, Hamlet? ¿Qué te ha sucedido? ¿Qué es toda esta mierda?

Hamlet se pasó la mano por la frente y depositó el pincel en un cubilete de plástico.

—Ellos me dicen qué debo pintar, hijo. Es lo que hago.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Hamlet señaló al ser del tricornio y luego deslizó el dedo hacia la sombra agazapada entre los setos.

—Telepatía o conciencia colectiva. No está claro. Influyen en mis sueños…

—¿Eh? Esto es de locos, Hamlet. Dime quién te escribió esas

cartas que recibiste. Sabemos que tuviste noticias del exterior.

Hamlet curvó la boca en una sonrisa mordaz.

—Si le dijera todo lo que quiere saber, inspector, yo no ganaría absolutamente nada y usted todo. Veo poco equilibrado este acuerdo, hijo. Además, creo que ya le estoy ayudando más de lo que debería entregándole estos bonitos cuadros que le hago a usted.

—¡No me sirven de nada!

—¿Esta seguro? Tenga. —Alargó la mano con el lienzo entre los dedos y se lo entregó—. Debería usarlo para su investigación. Como agradecimiento por los pinceles y los lienzos.

Se lo arrebató de las manos y se dirigió hasta la puerta de la celda. Un funcionario no tardó en acercarse para abrirle la puerta.

—Vuelva al principio, hijo.

—¿Qué?

Hamlet sonrió.

—Cuando uno no sabe por dónde tirar debe volver al principio. Lo tiene todo para resolver este galimatías, inspector. Solo vuelva al principio.

Cuando llegó a su apartamento le dolía la cabeza y la ropa se le pegaba al cuerpo casi como una segunda piel. Se quitó la chaqueta del traje, la corbata y los zapatos. Se aflojó el cinturón del pantalón y se dejó caer en el sofá, no sin antes apoyar el último cuadro de Hamlet junto a su compañero. Desde su posición podía ver los dos lienzos, uno al lado del otro, contra la pared blanca. Parecían dos viñetas de un cómic, solo que el segundo era más macabro de lo habitual y la pequeña mujer rubia provocaba una sensación espeluznante de movimiento: primero encorvada con las rodillas arqueadas y los brazos caídos para, a continuación, aparecer dibujada con los brazos más elevados sobre su vestido de flores, la boca abierta en un grito mudo y el cabello extendido hacia atrás, casi como si corriera huyendo de algo —del bulto giboso oculto— que no era la criatura del tricornio. Encendió un cigarro cuando sintió el primer escalofrío. Sacó el móvil e hizo

un par de fotos a los lienzos que envió a Antía con el mensaje:

Me ducho y te llamo. Esta es la última obra de arte de nuestro amigo.

Después, se puso una copa de vino tinto y volvió al sofá.

«Vuelve al principio».

«Volver al principio…», pensó.

Se fue directo a la ducha nada más apagar el cigarrillo. Su cabeza no dejaba de dar vueltas a la última frase de Hamlet. Era imposible que aquel tipo les dijera quién le había escrito porque eso significaba con toda probabilidad confesar quién era el asesino, y era obvio que no estaba por la labor. Cuando se puso un pantalón de chándal y una camiseta vieja volvió descalzo al salón, cogió ambos lienzos y los llevó a un pequeño despacho que tenía al otro lado del pasillo. Ismael arrancó todas las fotografías y hojas que colgaban del panel de corcho tapizado, las tiró a la basura y encendió el ordenador. Regresó a la cocina por la botella de vino, cogió la copa y volvió al despacho. El dosier verde con el expediente de Hamlet descansaba sobre una pila de carpetas apiladas sobre la mesa. Varias estanterías repletas de libros decoraban la única pared libre de corchos y un sillón orejero amenazaba con caerse a cachos desde el rincón más oscuro.

«Volver al principio. Volver al principio…».

Abrió el expediente y extendió sobre el suelo todas las hojas que venían grapadas por orden cronológico. Informes forenses, fichas de las víctimas con sus fotografías. Todas en línea y unas debajo de otras de cinco en cinco.

«Volver al principio».

Dio un trago, se situó de pie delante de todo aquello y suspiró.

—Tiene que estar aquí. Y lo voy a encontrar.

4

La comisaría estaba en silencio. La luz, que se filtraba a través de los cristales de una de las farolas de la calle iluminaba el rostro de Unai, sentado frente al escritorio de Fabio. Hacía rato

que el chico había dejado de llorar y parecía agotado. La puerta estaba entreabierta. El agente sabía que Jerome Sabín, su padre, no tardaría en llegar acompañado de su abogado. Al chico le habían leído sus derechos y disponían de setenta y dos horas para soltarlo. Aunque no tenían nada contundente contra él, Fabio estaba seguro de que podía conseguir información valiosa si lograba empatizar con el chico.

—Si no has hecho nada, Unai, deberías darnos una muestra de tu ADN para que podamos compararlo con lo que tenemos. No sé si eres consciente de que lo importante no es que te vayas a casa. La gente del pueblo sabe que estás aquí y no tardará en filtrarse tu relación con Olivia. Sabes cómo son aquí. Creerán que eres el asesino. Te harán la vida imposible.

El chico se limpió la cara con la manga de la camiseta. Todavía llevaba adheridos a la piel restos de barro y tenía las uñas llenas de porquería.

—Yo no la maté.

—Entonces, demuéstralo, Unai. Dame tu ADN, háblanos de esa noche, facilítanos la tarea para que no perdamos el tiempo pensando que eres tú y así podrás volver a casa.

—No tengo obligación de declarar y… —Se le quebró la voz y dejó escapar un sollozo. Tras unos segundos de silencio prosiguió—: Me llamaron anoche al móvil. Y me dijeron que las fotos estaban allí enterradas. Me asusté. Pensé que si la policía las encontraba me culparían de todo a mí. Así que fui a buscarlas. Iba a desenterrarlas y tirarlas. ¡A quemarlas!

—¿Quién te llamó?

—Un hombre, pero no sé quién era.

—¿Podría ser uno de tus compañeros? ¿Notaste algo en su tono de voz?

Unai negó con la cabeza.

—No. No era un chico, era una voz de hombre. Una voz tranquila, burlona… Parecía un puto loco, un perturbado, y hablaba despacio. Yo me peleé con Olivia esa noche, pero le juro que cuando me fui estaba viva. ¡Estaba viva!

—Danos tu permiso para una muestra de ADN.

El chico asintió.

—Está bien.

—Deja que hagan lo que sea necesario para descartarte como sospechoso y nadie —dijo enfatizando—, y escúchame bien, nadie podrá decirte nada si cooperas con nosotros.

—Pero yo la toqué… —Abrió los ojos tanto que pareció que iba a sufrir un ataque de pánico en cualquier momento—. La toqué esa noche. Yo… Yo me peleé con ella y…

—¿Tuviste relaciones íntimas con ella?

El chico se echó hacia atrás.

—¡No! Solo me peleé con ella. Le di una bofetada porque me dijo cosas horribles, pero ella también me pegó. Perdí los papeles. Ambos los perdimos.

Fabio asintió. El chico le había dicho de camino a la comisaría que había visto algo en el bosque y estaba aterrorizado. Movía los ojos de izquierda a derecha mientras se frotaba el dorso de la mano continuamente.

—¿Qué te aterra? ¿Los vecinos? ¿Tienes miedo a tu padre?

—Es… Es esa cosa del bosque…

Sonó el teléfono del escritorio y ambos dieron un bote. Era uno de los agentes que estaban a cargo de rastrear la llamada que había recibido Unai. Fabio asintió cuando le aseguró que se había hecho desde una vieja cabina a veinte kilómetros de allí.

—Maldita sea —gruñó—. Lógicamente no hay una maldita cámara cerca, ¿verdad?

—Nada —respondió su interlocutor—. Ni siquiera nos explicamos cómo sigue funcionando. Debe ser una de las cuatro cabinas que quedan en uso. Está al otro lado del valle, en la carretera comarcal que llega hasta el desfiladero, pero por allí solo pasan pastores, vacas y alguna cabra despistada. —Se rio, pero al instante carraspeó—. No le puedo dar más datos, agente.

—Está bien. Luego hablamos.

Colgó y miró al chico. Todavía estaba más pálido de lo normal y seguía frotándose la mano.

—Unai, ¿qué viste en el bosque?

—No me creería.

—Inténtalo.

El chico lo miró con un gesto triste, taciturno. Tragó saliva y

se puso a limpiarse las uñas. Le temblaban las manos.

—Cuando me fui…, vi… vi algo.

—¿El qué, Unai?

—Había algo allí. Algo muy raro. Con… Con un abrigo y algo en la cabeza. Algo puntiagudo. ¿Sabe? Como una aguja muy fina. Un sombrero en punta muy afilado… En el bosque, junto a los árboles…

Fabio se enderezó al oírle decir aquello. Unai jadeó.

—Y no era bueno… No era… bueno…

5

Antía miró a Ada y luego a Ivette. La primera estaba llorando y la segunda fumaba como un carretero mientras daba vueltas en círculos. Volvió atrás hasta el minuto cuatro y reprodujo la grabación. Estaba claro. Olivia salía en aquella grabación, al fondo, muy al fondo. Luis Martell, el esposo de Ada, aparecía en la imagen muy cerca de ella. Después de hablar de algo demasiado pegados el uno del otro, ella le acariciaba la mano y sonreía. La grabación no hubiese tenido mucha más importancia si no fuera por las imágenes que Ada había recopilado del ordenador de su marido. Olivia posando en ropa interior, Olivia sonriendo a cámara con un texto debajo: «TE QUIERO», en letras rojas y dos corazones, Olivia con poses insinuantes, un pecho ligeramente descubierto, una mano entre las piernas…

—Santo Dios.

—No he sido capaz de hablar de esto con él. Me asusté tanto que salí de casa.

—¿Dónde está su marido?

—¡No lo sé! Creo que en casa…

—EleM001… —susurró para sí Antía.

—¿Qué? —Ivette se volvió de golpe y miró a Antía.

—EleM001. Olivia tenía un correo electrónico de ese usuario. «Ele» de Luis, «M» de Martell, ¡joder!

—¡Dios mío! —exclamó Ada tapándose la boca—. No… No puede ser. No puede haberme hecho esto. No puede…

Ivette se sentó al lado de Ada y la rodeó con el brazo.

—Tranquila, Ada.

—Estábamos preparando las vacaciones. Nos íbamos a ir de viaje.

Antía cogió el móvil justo cuando le entraba un mensaje de Ismael. Lo miró con rapidez. Eran dos dibujos de Hamlet con la mujer rubia que su compañero decía que se parecían a ella. Aumentó la segunda imagen; observó que ella tenía la boca abierta en una mueca grotesca. Se le resbaló el móvil y casi se le cayó, pero Ivette lo cogió velozmente.

—Santo Dios… —susurró Ivette con ojos de pájaro.

—Gracias… Soy una patosa para estos trastos.

—Yo conozco a esa mujer. La de ese dibujo.

Antía la miró ceñuda.

—¿Qué?

—Al menos se parece a una chica que pasó por aquí ayer. Una cría que venía en una camioneta con otros dos chicos y buscaban fantasmas. Una tal Berta. Se parece mucho. Muchísimo.

—Joder.

Se levantó de golpe dejando a las dos mujeres con cara de espanto y se aproximó a una de las ventanas mientras marcaba el número de la comisaría.

—¿Fabio? Levanta el culo de la silla y manda un coche a casa de Luis Martell. Tengo en la Posada de Caín a su mujer y creo que tengo algo. Te lo mando al *mail* ahora mismo.

Colgó sin despedirse y se volvió hacia las dos mujeres.

—Ivette, por favor, lleve a Ada a comisaría. Es importantísimo que no se acerque ahora a su casa. ¿Puede hacerlo?

—Por supuesto. Pero ¿dónde va usted?

—Al cámping Comodoro. Si esa chica se parece a la mujer del lienzo, tengo un mal presentimiento.

—¿Sola? ¿Está loca?

—Haga lo que le pido —dijo inclinándose frente al portátil —. Envío este *mail* y me llevo la memoria. ¡Vamos!

6

«La oscuridad… Compañera inseparable de los desamparados. Cobijas a los dementes entre tus brazos. Das, quitas y alejas, noche hermosa».

Se inclinó suavemente. Casi con dulzura. Ella ni siquiera estaba consciente, pero de ese modo podía disfrutar un poco más de su belleza. Aproximó la nariz a su pelo, absorbió el aroma del bosque, de su perfume, de su juventud…

La besó con delicadeza, sutilmente, con la devoción de un fanático frente a un crucifijo. Besó la cinta plástica que cubría su boca, el pañuelo, y rozó con la punta de su nariz la de ella.

—Hermosa… Eres hermosa como las flores…

Ella abrió los ojos justo cuando lo tenía encima. Su larga y tupida melena rubia colgaba suspendida dibujando sombras serpenteantes en el polvoriento suelo. Abrió tanto los ojos que pareció que iba a gritar. Solo por un momento. No podía.

Él sonrió.

—Hola, número tres…

Noche hermosa. Salpicada de estrellas...

Todo pasó. Lo siento como un vago recuerdo que permanece oculto en un rincón de mi mente. Y tú seguiste con tu vida mientras yo me consumía, me pudría por dentro. Una vida normal, como cualquier hombre que uno puede ver por ahí. Nada en ti denota algún tipo de desequilibrio. Muchos como tú son personas con familia, tienen amigos, trabajos donde ayudan a las personas, incluso van a la iglesia los domingos y rezan a Dios. Me pregunto a qué Dios rezas tú y qué le pides cuando lo haces. Me pregunto si en algún momento piensas en mí. En lo que me hiciste. Pienso muy a menudo en lo que debió sentir el hombre que me encontró. Si fue rabia o dolor lo primero que experimentó. Si sintió miedo o asco. Son cosas que jamás sabré.

Pero ahora estoy aquí. Otra vez.

Y te veo...

Cometiste más de un error. Y ha llegado el momento de hacértelo pagar.

Noche hermosa... Noche salpicada de estrellas.

Das, quitas y alejas... Noche hermosa.

[8]

1

Se apeó del vehículo. La casa estaba decorada por dos farolillos anclados en las columnas. Una de las ventanas, la del salón, permanecía iluminada por una luz amarillenta. El agente Fabio Soler se acercó a la fachada y oteó el interior con prudencia. Dos compañeros permanecían apostados frente a él mientras un tercero se dirigía a la parte de atrás de la vivienda. Divisó un sofá, una amplia estantería llena de libros y una mesa de comedor con un ordenador portátil encendido sobre la mesa. Ni rastro de Luis Martell.

Avanzó pegado a la pared y llamó al timbre varias veces. Golpeó con el puño la puerta. Nada.

—¡Martell! —gritó—. ¡Soy el agente Fabio Soler! ¡Necesito que salgas ahora mismo de la casa!

Volvió a llamar, giró el pomo de la puerta y esta se abrió. La empujó con la mano y dejó que chocara contra la pared. Avanzó prudentemente con la otra mano apoyada en la pistola. Soltó el botón de la funda y tanteó el interruptor de la luz del pasillo. Se iluminó una estancia amplia que daba a la cocina. Avanzó despacio mientras iba abriendo puertas a su paso. Se llevó un susto de muerte cuando vio su propio reflejo en el espejo mural que había a un lado del pasillo y maldijo para sí. Los otros dos agentes entraron detrás de él y recorrieron el resto de la casa hasta que se volvieron a reunir en la entrada.

—Está vacía y su móvil está aquí. Nada.

Fabio se frotó la barbilla y salió al porche. La noche cubría con un manto de estrellas rutilantes todo el firmamento.

—¿Dónde estás? —murmuró.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los agentes a su espalda.

—Yo vuelvo a la comisaría un momento para hablar con la esposa de Martell. Id al cámping Comodoro; me reuniré con vosotros en cuanto pueda.

2

Tenía delante las fichas de las víctimas de Hamlet. La primera, Ana María Mora, era una chica de dieciocho años, estudiante universitaria de primero de Periodismo. La habían encontrado del mismo modo que a las otras, estrangulada, violada, con su ropa interior enrollada en el cuello y el pelo decorado con flores y flotando en el río. Todas las demás tenían la misma firma. Las había colocado una detrás de otra por orden cronológico. Sus fotografías en blanco y negro fotocopiadas de cualquier manera reflejaban la juventud arrebatada. Morenas, rubias, pelirrojas, daba igual. Era la juventud y la belleza lo que atraía a Hamlet. El cabello largo, la palidez de las mejillas.

—Las fechas… —susurró Ismael. Ya se había bebido más de media botella de vino—. Entre 1983 y 1994. Todo en Madrid o alrededores… ¿Por qué te imitan en el norte? ¿Qué te une a ese lugar, joder?

Cogió las hojas de las tres primeras víctimas y buscó dónde habían nacido, dónde vivían sus padres. Trataba de encontrar algo en común con el valle de Caín, algo que le diera una mínima pista para continuar su investigación.

—Esto es una estupidez. Ni siquiera sé si siguen viviendo en el mismo sitio.

Llegó a la conclusión de que tenía que llamar a todas las familias de las víctimas para saber dónde vivían en aquel momento. Apuntó los teléfonos de contacto que salían en el expediente y miró la hora: eran las doce de la noche. No era un buen momento para molestar a esa gente y remover la mierda que debían de llevar enterrando desde entonces.

Se sentó en el sillón orejero. La manta que cubría el respaldo necesitaba un lavado urgente. Bebió otro trago de vino y se tapó la cara con ambas manos.

«Vuelve al principio».

«Tengo que dormir…».

Cogió el teléfono móvil y marcó el número de Antía. Le saltó el buzón de voz.

«Maldita sea».

«Vuelve al principio».

Se inclinó hacia el escritorio, cogió el portátil y se lo puso sobre las rodillas. Buscó de nuevo el vídeo de Hamlet entrevistado por aquellos periodistas y lo puso.

«Hamlet, cuyo verdadero nombre es Valentín Rancel, es uno de los asesinos en serie más peligrosos de nuestro país. Entró en prisión el catorce de febrero de 1994, tras violar…».

Se empezaba a quedar dormido cuando algo saltó en su cabeza y recordó la primera conversación que había tenido con Hamlet en la cárcel.

—La puta madre…

Dio para atrás el vídeo, se inclinó otra vez hacia la encimera de la mesa y cogió su libreta de anotaciones, la misma que llevaba el día que interrogó a Hamlet. Ahí estaba. Lo tenía anotado y se lo había dicho a él.

—No puede ser, joder. ¿Cómo se me ha podido pasar algo así?

3

Antía frenó en seco en el preciso instante en que la figura arqueada de la anciana se atravesó en la calle y estuvo a punto de llevársela por delante con el coche. Sacó la cabeza por la ventanilla y chilló:

—¿Está usted loca, señora? ¡Casi la atropello!

—Inspectora, ¡sé muy bien dónde va y yo voy con usted!

—De eso nada.

La anciana rodeó el vehículo, apoyó las manos en la ventanilla y metió la cabeza tanto que estuvo a punto de chocar con la frente de Antía.

—¡Voy a ir con usted! —exclamó con la energía de una adolescente—. Porque si no, iré de cualquier modo aunque tenga que caminar toda la noche. Ese ser está ahí ahora mismo

y tengo que hablar con él. No puede ir sola. Es la siguiente. Al menos se parece mucho a mi visión.

—Pero ¿qué dice?

—¿Está sorda, inspectora? Lléveme al cámping Comodoro o caminaré aunque me muera por el esfuerzo. No la molestaré. Solo quiero ver al Cortador.

—Señora, no tiene sentido lo que dice. Eso son leyendas estúpidas que…

—Pues lléveme con usted y daré un paseo por el jodido bosque mientras hace lo que tenga que hacer, maldita sea.

«Vieja malhablada», pensó Antía.

—Está bien. Suba. Pero ya le aviso de que como me dé algún problema la encierro en el coche y la mando a la comisaría.

Aurora soltó una risita mordaz, rodeó el vehículo y subió con cierta torpeza. Cuando metió el bastón, Antía pensó que le iba a sacar un ojo. Después de varios movimientos que rozaban la peligrosidad, lo dejó entre las piernas y se aferró a él con ambas manos.

—Vamos, inspectora, que no tenemos toda la noche. Deje de mirarme y arranque.

4

—¿Roberto?

Iván se giró en la furgoneta. Tanteó un bulto que roncaba a su lado y toqueteó las mantas en busca de la linterna. Cuando la encendió vio a su compañero con la boca abierta y la baba colgando, durmiendo profundamente a su lado, pero Berta no estaba.

—Roberto.

—Umm.

—¡Roberto!

—¡Joder! —Se incorporó de golpe y miró en todas las direcciones—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Berta no está.

—Habrá ido a mear. —Se giró, se tapó hasta la cabeza y

suspiró.

—Sí, pero salió hace rato. Estoy seguro de que ha pasado mucho tiempo porque me dormí y ahora sigue sin volver. Llevo más de diez minutos despierto.

Oyó cómo Roberto soltaba el aire de los pulmones y volvía a girarse. Miró la hora y se incorporó.

—Son las doce de la noche, tío. Igual se encontró con uno de esos borrachos y está tomando una copa.

—¿Berta? ¿Eres imbécil?

—Joder, Iván, es mayorcita. Hoy nos hemos llevado un susto de muerte. Ya está bien…

—Por eso mismo. ¿Crees que con el miedo que tenía a esa cosa que vimos se va a dedicar a pasear por los alrededores? Tenemos que salir a buscarla. Ha tenido que pasarle algo. No es normal.

Iván salió de debajo de las mantas, abrió la puerta de la furgoneta y se quedó escuchando durante un rato los sonidos nocturnos mientras Roberto se frotaba los ojos y bostezaba.

—Ostia, puta, qué pereza —oyó detrás.

—No la veo por ningún lado.

—Si ha ido a mear, no creo que ponga el culo en pompa delante de la camioneta.

—No tiene gracia. Te repito que salió hace mucho. ¿Cuánto se tarda en mear? ¿Una hora? —Saltó del vehículo con la agilidad de un sapo con una pata rota y trastabilló hacia un lado—. ¡Berta! ¡Berta!

Recordaba perfectamente la conversación que había tenido con ella antes de dormirse. Berta había dicho que quería «hacer un pis». Estaba muerta de miedo, pero no permitió a Iván acompañarla a tal tarea. Él tampoco insistió mucho; estaba agotado. Le dijo que no tardaría, que se pondría detrás de la furgoneta y poco más… Luego, cerró la puerta de la camioneta y él se durmió.

Rodeó el vehículo. Los chicos del cámping no habían tenido una noche demasiado fiestera y todo estaba en silencio. Las dos mesas supletorias permanecían vacías; habían recogido todo el equipo a excepción de las dos cámaras apostadas en los árboles.

—¡Roberto, enciende uno de los portátiles y activa el *software* de las cámaras a ver si ves algo!

Oyó una especie de gruñido desde el interior de la camioneta que interpretó como un «Ya voy», y se aproximó un poco más a los árboles. Por supuesto, no pretendía adentrarse mucho más; estaba muerto de miedo. Oyó el crujido de una rama muy cerca de él y se volvió violentamente.

—¿Berta? —Apuntó con la linterna hacia la maraña de arbustos y experimentó una sensación de miedo muy desagradable—. Joder, ¡Berta!

Nada. Volvió sobre sus pasos. La camioneta despedía una luz verdosa procedente del interior. Roberto estaba sentado como un indio encorvado hacia la pantalla del ordenador.

—¿Ves algo?

—Nada —le respondió—. Todos duermen y la otra cámara tampoco da para mucho más. Se ve parte de los bungalós y poco más.

—Mierda. Tiene que haberle pasado algo. Esto no es normal.

—Buscadores de pollas —bramó Roberto cerrando de golpe el portátil—. Míranos. Estamos muertos de miedo. Se supone que deberíamos estar preparados para encontrar fantasmas sin que nos dé un ataque de pánico. Hemos visto algo alucinante, Iván, y estamos cagados.

Iván se encogió de hombros.

—Ya lo sé, pero no todos los días *algo paranormal* mata a personas.

—Eso es lo que creemos haber visto.

—Eso es lo que pasó, maldita sea —apostilló Iván.

Roberto suspiró. Tensó la mandíbula haciendo que su boca formara una línea recta y salió de la camioneta.

—Joder, vale. Coge las putas linternas. Vamos a buscar a Berta.

5

«Despierta, número tres».

Berta parpadeó muy rápido mientras trataba de moverse. Se tensó, se sacudió, pero estaba atada con algo metálico a una especie de camilla de acero inoxidable que le recordaba terriblemente a las mesas que se usaban en los tanatorios. Se echó a llorar con la estúpida intención de que alguien la escuchase bajo aquella mordaza improvisada que le hacía daño. No solo notaba algo plástico en los labios, también le habían atado un trapo con demasiada fuerza. Todo su cuerpo vibraba por el miedo mientras inspeccionaba aquella habitación oscura en la que la habían metido. Había una especie de ventanuco rectangular en lo alto de la pared de enfrente que daba a la oscuridad. Podía ver las estrellas tras el manto de polvo y porquería que cubría el cristal. Todo lo demás eran paredes de ladrillo plagados de manchurrones indeterminados, alguna pintada con símbolos raros. Si giraba un poco la cabeza hacia su derecha, podía ver una mesa polvorienta de madera, una silla vieja y torcida por la falta de una pata y poco más. El resto del lugar estaba devorado por las sombras y la lobreguez. Olía a polvo y moho.

¿Qué había pasado? Había bajado de la camioneta para orinar sin la intención de alejarse demasiado porque aún tenía miedo por lo que habían visto aquella noche. Solo se había situado detrás del vehículo cuando detectó aquella silueta espectral entre los arbustos. Pensó que eran tonterías, pues al cabo de unos segundos ya no podía ver nada fuera de lo normal, así que se bajó los pantalones y la ropa interior, se agachó con cuidado y, cuando estaba a punto de incorporarse, sintió el golpe y después… oscuridad.

Se sacudió con más intensidad y sintió un latigazo de dolor por las piernas, los tobillos y las muñecas. Lo que la encadenaba a la cama era metálico. Levantó la cabeza, movió los brazos y se dio cuenta de que estaba aprisionada a ambas patas de la mesa por unas esposas de cadenas un poco más largas de lo normal que le permitían medio incorporarse en una postura incómoda que la agotaba aún más. Cayó de nuevo sobre la superficie de metal y ladeó la cabeza buscando su mano para poder tocarse donde le latía. Tenía un buen chichón en la cabeza, el pelo pegajoso, posiblemente por la sangre.

Cuando se miró con más atención, se dio cuenta de que le habían cambiado de ropa: le habían quitado el pijama para ponerle un vestido de flores.

«¡Santo Dios! —pensó—. ¡Voy a morir!».

Él. ¿Quién era él? Un hombre. Recordaba, como una nebulosa, la imagen de su contorno, diciéndole algo con voz arrulladora y tranquila. Luego se quedó dormida y soñó con seres vestidos de negro con caretas con forma de pico de pájaro y sombreros. Todo lo demás era como un borrón en su cabeza sin ningún sentido y que apenas recordaba. Que despertó en algún momento de la noche y volvió a quedarse dormida, que alguien caminaba muy cerca de ella, la sombra apostada en el rincón, el olor a flores y el sonido de los grillos y las ranas a lo lejos.

«Eres hermosa como las flores».

Iba a morir. Estaba en algún lugar indeterminado, en una provincia muy lejos de su casa y era imposible que sus amigos la encontrasen allí. Las lágrimas le invadieron los ojos y se retorció de la rabia y el temor.

«¿Por qué a mí? —pensó—. ¿Por qué a mí?».

«Porque eres hermosa como las flores», dijo una voz en lo más profundo de su cabeza. En ese mismo instante algo pequeño y atezado pasó correteando por delante de la camilla y se perdió en algún rincón de la habitación.

Tictac, tictac…

Escuchaba un reloj a lo lejos, que parecía provenir de otra habitación anexa a la que se encontraba ella.

Fue cuando vio las ratas. Dos enormes roedores de colas infinitas que olfateaban el ambiente buscando de dónde provenía aquel olor a sangre, sudor y carne.

¡Me van a morder!

«Porque eres hermosa como las flores».

Berta comenzó a chillar en silencio bajo la mordaza.

6

—Mamá…

Álex se inclinó sobre la figura encorvada de su madre en el sillón y le tocó el hombro. Ella abrió los ojos y sonrió.

—Mamá, tienes que acostarte. No puedes dormir aquí.

—Álex, cariño. Sí. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Poco más de una hora. Vamos, te acompañaré a la cama.

Su madre miró el reloj y se levantó.

—La una de la mañana. ¡Dios mío! Ese maldito sillón es muy cómodo, a menos que te duermas en él. Me duele la espalda.

Abrió la puerta de la habitación de su madre y la acompañó hasta la cama. Encendió la luz de la lamparita de sobremesa y apartó la colcha y la sábana. Se sentó con cuidado y pasó la mano por la mejilla de su hijo con dulzura; sonrió con cierta tristeza, pero no le dijo nada. Álex la besó en la frente.

—Duerme, mamá. Yo aún tengo trabajo que hacer, pero no tardaré en acostarme. Tengo que terminar un trabajo para el periódico.

Ella asintió. Álex se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento —oyó decir a su madre.

—Mamá, no tienes que decir eso.

—Lo siento mucho, cariño. Por todo…

Regresó a su habitación, se sentó delante del ordenador y conectó la cámara para descargar todas las fotografías que había tomado en el bosque. La primera imagen era del campamento con varios jóvenes desperdigados por los alrededores. Luego estaban los chicos de la camioneta y las camisetas con el lema: «Busco lo macabro». Amplió la imagen de los tres trasteando con todos aquellos aparatos y ordenadores, y sonrió cuando detectó a la joven rubia con un gesto autoritario diciéndole algo a uno de sus compañeros. Al momento, vio lo que buscaba: la imagen borrosa del individuo disfrazado de una mezcla de fraile y miembro del Ku Klux Klan en versión luciferina. La indumentaria daba repelús y todavía no tenía muy claro quién coño era el graciosito, pero de lo que estaba seguro era de que se había currado el disfraz y daba muy mal rollo. Sin contar con el jamacuco que le había dado allí, cosa que no le sorprendía, todo había que decirlo.

Cuando se disponía a redactar un correo a su jefe del periódico, su teléfono móvil vibró y lo cogió. Era Ivette.

—Una hora muy intempestiva. Mucho me echas de menos si…

—Calla y escucha. No te lo vas a creer —lo interrumpió en voz baja.

Álex se quedó totalmente en silencio mientras ella le narraba los últimos acontecimientos. En ningún momento la interrumpió. A medida que avanzaba su sonrisa se ensanchaba.

—Y por eso ahora estoy en comisaría acompañando a Ada Durán. Ha permitido que la policía entre en su casa, pero parece que no estaba allí su marido. Acaba de llegar el agente Fabio, ese chico moreno jovencito que parecía poco espabilado. Pues es más listo que un perro famélico. Y lo de Unai… ¿Sabes que está encerrado en una celda? Solo hasta mañana. Ha accedido a que le hagan una prueba de ADN, aunque sé por la mujer de administración que su padre montó el circo hace una hora aquí.

—¿Y dices que la inspectora está en el cámping?

Minimizó las imágenes que tenía abiertas y abrió la fotografía de la chica rubia.

—Sí. Se parece a una imagen que recibió en su móvil cuando estaba conmigo. La tal Berta que llegó con la camioneta que vimos. Creo que era de un cuadro. La inspectora habló después con alguien por teléfono. ¿Sabes quién lo pintó? Te vas a caer muerto: Hamlet, desde la cárcel. Creen que es la siguiente víctima. Tenías que haber visto la imagen, había una especie de criatura con un cuerno en la cabeza o algo puntiagudo. No me dio tiempo a ver más porque me llamó la atención el parecido de la chica.

Álex sintió un escalofrío.

—¿Cómo sabes eso?

—Tienes poca fe en mis encantos, querido —soltó una risita contenida—, y en mi vista de pájaro y mi oído agudo. Siempre sé dónde tengo que estar para escuchar conversaciones ajenas.

—Eso está muy mal.

—Eres muy gracioso. Cuando recibas el Pulitzer espero que no te olvides de quién te ayudó a lograrlo. La fama cambia a

las personas.

—Cuando sea famoso no me olvidaré de ti, cariño mío.

Ivette soltó una suave carcajada, pero al momento se contuvo.

—Tengo que dejarte. Viene alguien. Luego hablamos.

Cuando colgó, se quedó mirando la imagen del extraño del sombrero en punta durante unos segundos. Aguzó el oído en el mismo momento que sintió el arrastrar de unas zapatillas en el pasillo y el sonido de la puerta del baño. Volvió a la imagen de la joven en mitad de aquel bosque y se recostó en la silla.

—Hamlet… Esto se pone interesante… Muy interesante…

7

Iván iba en cabeza apuntando con la linterna que vibraba como una maraca a cada paso que daba entre el sotobosque. Lo seguía Roberto un par de metros más atrás, con el cuerpo escorado hacia adelante. Este se había puesto la camiseta al revés y sujetaba la linterna con ambas manos.

—Bertaaaaaaa —susurró Roberto—. ¡Berta!

—Si lo dices para los pelos del sobaco, va a ser difícil que te escuche, tío.

Lo cierto es que no estaban muy convencidos de que desearan que alguien o *algo* los escuchase. Enfilaron entre los árboles y avanzaron sobre la maleza durante varios minutos hasta que llegaron a una zona del bosque despejada de árboles con un pequeño estanque y una enorme roca allí plantada en medio como si fuera un dolmen. La rodearon y volvieron al mismo punto por donde habían salido por temor a perderse.

—¡Berta! —gritó Iván.

Nada.

Algo pasó correteando entre los árboles, detrás de ellos, y ambos amigos se volvieron violentamente y apuntaron con las linternas hacia la oscuridad.

—¿Has oído eso?

—¡Berta!

—Calla. —Iván dirigió el punto de luz hacia la derecha y se

quedó petrificado observando a un individuo que estaba de pie medio encorvado en mitad de la nada con un vaso en la mano y los ojos abiertos como dos platos—. Joder… ¿Qué…? Es del grupo del cámping, ¿no?

—¿Está borracho?

—Joder, no sé. Parece sonámbulo.

El tipo, que vestía bermudas y una camisa totalmente desabrochada, miró hacia donde ellos estaban situados y comenzó a caminar en dirección contraria, como si algo lo atemorizara.

—¿Qué coño hace?

—Me va a dar un puto infarto.

—No dejes de apuntar hacia él —ordenó Iván girando ciento ochenta grados. Algo había pasado muy cerca de él, pero no había sido capaz de dirigir la linterna hacia el sonido. Se alejaba correteando entre los árboles—. ¡Joder!

Terminaron espalda contra espalda. Los ruidos de pisadas se fundían con el crujido de las ramas y el sotobosque. El individuo, borracho o dormido, había desaparecido y ahora una serie de bultos se desplazaba a lo lejos, rodeándolos. O esa era la sensación que ambos tenían porque había vuelto aquel sonido de aleteo que aumentaba cada vez más y solapaba a los demás. Retrocedieron casi hasta la roca. Había una chica caminando en la oscuridad, rápido, con pasitos cortos y veloces. Iván soltó un alarido cuando casi la tuvo encima, pero al ver que viraba hacia un lado y seguía hacia el otro lado del bosque, se quedó con cara de espanto observando la delgada figura desaparecer entre los árboles como su amigo el borracho hacía unos segundos.

—Pero ¿qué cojones está pasando en este puto bosque? —chilló Roberto.

Algo graznó muy cerca de ellos.

—Vámonos de aquí. No quiero estar aquí. Pasa algo muy raro. Caminan dormidos. Tienen que estar dormidos, pero lo hacen por algo. Algo que hay en este puto sitio que da muy mal rollo. ¿Oíste?

Roberto se dio la vuelta. Iván no le respondía. Lo tenía a dos palmos, plantado allí como un tronco, quieto, inmóvil,

mirando hacia algún lugar indeterminado de la oscuridad.

—¿Iván?

Pero Iván estaba concentrado en algo que estaba al otro lado de la roca y que Roberto no veía. Lo vio dar un paso atrás levantando las manos y reculó.

—Iván, ¿qué pasa?

8

Antía bajó la pistola y miró a los dos tipos despeinados y temblorosos.

—¿Se puede saber qué coño hacéis en mitad del bosque?

—Bus… Buscar a nuestra amiga. —Se llevó la mano al pecho y soltó todo el aire de los pulmones—. Por el amor de Dios, me ha dado un susto de muerte. ¿Ha visto a los sonámbulos? ¡Acaban de pasar!

—Nuestra amiga ha desaparecido —dijo Roberto—. Salió a mear y no ha vuelto.

—¿Vuestra amiga se llama Berta?

Iván y Roberto se miraron y asintieron.

—Sí. ¿La han encontrado?

—No. La cosa no pinta bien. Vamos. Vosotros os vais al pueblo.

—¿Está usted loca? ¿Qué es lo que no pinta bien? —preguntó Iván dándose la vuelta—. No podemos dejar a Berta aquí. ¡No podemos! —Soltó un alarido al chocar con una señora mayor que no medía ni metro cincuenta y que se encontraba muy pegada a él. La mujer, a la que pisó, levantó un bastón y le dio con él en el hombro.

—¡Aurora, por favor! —clamó Antía.

—Este tonto del culo me ha pisado.

—¡Señora, no la he visto!

—Pues abre los ojos, pánfilo. Casi me amputas el juanete.

—Vamos a tranquilizarnos todos un poco —comenzó a decir Antía. Se volvió hacia los chicos—. ¿Hace cuánto tiempo habéis empezado a echar en falta a vuestra compañera?

—Una hora, más o menos. Puede que un poco más. ¿Ha

visto a los sonámbulos? Esos chicos del campamento. Pasó la otra noche, pero nadie nos creyó. Se levantan y caminan por el bosque como zombis, joder. Y… las cosas esas que se mueven. Se mueven por…

—Calma. No. No he visto nada.

—La gente de los árboles viene con el Cortador —murmuró Aurora—. Vuelven loca a la gente y hablan muy rápido.

—¿Qué? —Iván se pegó a su amigo.

La anciana echó a andar hacia el bosque, pero Antía la agarró por la chaquetilla de punto.

—¿Dónde cree que va?

—A buscar al Cortador. Ya le dije que iba a hacerlo.

—Usted se queda aquí conmigo hasta que lleguen mis compañeros y luego ya se verá dónde va.

Aurora se zafó de la inspectora con un movimiento brusco y la apuntó con el dedo índice.

—No me está entendiendo, inspectora. Voy a dar una vuelta por el bosque. No creo que eso esté prohibido, y usted no puede impedirlo.

—¿De qué habla esta señora? ¿Quién es el Cortador? —preguntó Iván. Se apartó el rizo de la frente y miró nervioso a los presentes. Cuando la anciana chasqueó la lengua y no se esforzó en dar una explicación, dijo—: Está bien. No aguanto más. Me largo a la camioneta.

Aurora ya enfilaba por el camino que se abría entre los árboles en dirección contraria al cámping.

—¡Espere! —chilló Antía. «Maldita mujer. Es terca como una mula»—. Regresad a la camioneta. Cuando llegue la policía decidles hacia dónde nos dirigimos.

—Pero, inspectora…

—¡Vamos! —gritó mientras corría detrás de Aurora. Sacó el móvil y marcó el número de Fabio—. ¿Fabio?

Hubo un crujido desagradable y una serie de interferencias. El nivel de cobertura descendía rápidamente. Antía soltó varios improperios y se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—¿Dónde coño va?

—Hay un camino pasando esos árboles —explicó la anciana —. Más allá del puente del Bolín. Continúa unos cien metros

entre robles, fresnos y castaños. No es un sitio conocido para el turista, pero sí para los más viejos del valle. Antiguamente había quebrantahuesos y alimoches, ¿sabe? Allí se construyó hace muchos años un molino. Está en ruinas, pero se mantiene en pie, aunque hay que pasar por un viejo túnel hasta llegar a lo que queda de la rueda de molino.

—¿Rueda de molino? —Pensó en la rueda que había visto en el dibujo de Hamlet en su teléfono móvil—. Espere. Mire esto.

Enseñó la imagen a Aurora y está frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Quién ha dibujado eso, inspectora?

—El asesino en serie al que creemos que imita nuestro sujeto.

—¿Ha estado aquí?

—No, que yo sepa. —Antía negó con la cabeza. Aurora frenó en seco y se volvió hacia ella con sus ojuelos entrecerrados en una mueca perversa.

—Entonces, hay algo muy fuerte que lo une a este lugar.

—O el imitador le está pasando cierta información.

Aurora dejó escapar una risita burlona. Se dio la vuelta y continuó por el camino mientras murmuraba:

—No tardará en creer, inspectora. Esté preparada para eso.

9

Unai Sabín permanecía sentado en el camastro con la mirada fija en los barrotes. Frente a él, a unos tres metros de distancia, había una mesa de trabajo con un flexo con mordaza que alumbraba a un policía dándole un aspecto místico. Le habían permitido asearse, quitarse toda la mierda de las uñas y cambiarse de camiseta —su padre había tenido el extraordinario detalle de traerle ropa limpia—. Por lo menos ya no olía a ciénaga. Cuando el agente salió a fumar un cigarro y él se quedó solo allá abajo, flexionó las rodillas, apoyó la espalda en la pared y pasó mucho tiempo observando el cielo estrellado a través de un pequeño ventanuco rectangular que

tenía a su derecha. No hacía más que darle vueltas a la cabeza. ¿Quién le había llamado? ¿Por qué tenían esas fotos de él y Olivia en el bosque? Era un sinsentido y él estaba en medio de aquel embrollo.

—Dios, ayúdame —murmuró casi con un lamento. Enterró la cabeza en las rodillas y sollozó.

Entonces lo oyó. Era como un golpeteo rítmico.

Pum, pum, pum…

Alzó la cabeza y se quedó escuchando aquel soniquete. Parecía el ruido de unos nudillos contra una puerta, solo que, en ese caso, entre golpe y golpe pasaban unos dos o tres segundos.

Pum, pum, pum…

Unai se levantó del camastro y se aproximó a los barrotes. Pegó la cara contra ellos y examinó el sótano en busca del agente o algo que pudiera explicar de dónde venía aquel ruido, pero seguía más solo que la una. Oteó la puerta de acceso a los calabozos, las celdas contiguas vacías, abandonadas, la mesa de trabajo y las paredes de ladrillo. Repentinamente, alzó la vista hacia otro de los ventanucos rectangulares del lugar y lo vio. Una cabeza recortaba la oscuridad y se pegaba al cristal mugriento como si tratara de mirar hacia su interior, sin embargo, chocaba suavemente contra el vidrio y volvía a ponerse recta para ejecutar el mismo movimiento a continuación.

«Joder…».

Unai calculó en una fracción de segundos que aquella ventana estaba demasiado alta como para que algún curioso —o chiflado en ese caso— se dedicara a cotillear por los alrededores. Era imposible llegar a ella a menos que uno levitara o tuviera una escalera de cuatro metros como mínimo. Pero ahí estaba el tipo o lo que fuera: la silueta de una cabeza con una buena mata de pelo en forma de aureola observando desde la más absoluta oscuridad a Unai, al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante y chocaba contra el cristal para volver a la misma posición una y otra vez.

—¿Qué cojones es eso? ¡Eh! ¡Agente!

Cuando gritó, la cabeza frenó en seco y elevó un brazo hasta

que su mano fue visible por el estrecho tragaluz. Con un dedo índice excesivamente largo, lo movió de derecha a izquierda. Unai se tragó el siguiente grito, dio varios pasos hacia atrás y observó como el individuo volvía a chocar con la cristalera con más fuerza y repetía el movimiento con más violencia.

—Puto loco… ¿Qué quieres? ¿Quién eres? ¡Agente! —No lo dijo muy alto. Más bien era como si conversara con alguien. Estaba muerto de miedo.

La cabeza golpeó dos veces más el cristal con fuerza y luego se quedó quieta y pegó la cara al vidrio. Unai sintió que el corazón se le disparaba cuando fue capaz de distinguir alguna de las facciones del extraño individuo. Una boca grande, que no dejaba de moverse como si hablase con alguien, le sonrió con tanta efusividad que resultó grotesco. Luego estaban sus ojos: pequeños, maliciosos y muy negros. Le recordaban a los de un perro.

—Joder, ¿qué es esa cosa?

La cabeza, que era lo que veía del tipo, se sacudió hacia adelante y el cristal tronó con intensidad. Unai soltó un jadeo y se apartó aún más de los barrotes. Cuando estaba a punto de gritar llamando al agente, sintió otro golpe, solo que esta vez estaba sobre él. Había otra persona en el ventanuco que tenía sobre su camastro. La cabeza ejecutaba los mismos movimientos que la otra y se estrellaba una y otra vez contra el vidrio mientras su boca se movía rápidamente y unos dedos largos, deformes y acabados en punta, traqueteaban con las uñas haciendo un ruidito aterrador.

Unai se desplazó como un pistolero, con la espalda encorvada hacia adelante, los brazos elevados a los lados y las piernas separadas. Parecía que en cualquier momento iba a desenfundar un revólver imaginario, cosa poco probable. Lo que se le pasaba por la cabeza era chillar como un loco y tratar de meterse entre los barrotes para huir de allí aunque tuviera que partirse todos los huesos del cuerpo.

—¡Agente! ¡Agente, joder! ¡Socorro!

Otro golpe y otra cabeza en el tercer ventanuco, al otro lado de los calabozos. Esta solo miraba hacia el interior con la frente apoyada en el cristal y la boca abierta en forma de grito

mudo. Unai no sabría decir con certeza cuál de todas las siluetas lo aterraba más. Se limitaba a desplazarse de un lado a otro de la celda. La primera cabeza de ojos malévolos se golpeaba contra el cristal con más violencia, la segunda no paraba de mover los labios cada vez más rápido y la que tenía encima de él arañaba la ventana como si fuera una fiera hambrienta. Los sonidos guturales de gargantas que parecían llenas de agua le helaron la sangre y casi lo dejaron petrificado.

«Dios, que alguien me ayude… ¿Qué son esas cosas?».

Pum, pum, pum…

Iba a romper el cristal.

—¡Agente! ¡Agente! —chilló cuando el sonido de los cristales lo despertó de su parálisis momentánea y vio como aquella cabeza se colaba por el hueco para, a continuación, olisquear el aire, girar con un movimiento espeluznante hacia donde él se encontraba y sonreírle diabólicamente.

—¡Agente! ¡Por el amor de Dios! ¡Agente!

Aquello tenía que ser una pesadilla. La luz del flexo estalló en mil pedazos y lo que estaba en la ventana se coló como una culebra y descendió por la pared, gateando velozmente hasta que cayó al suelo y se quedó allí agazapado.

Los arañazos desquiciados sobre él dejaron de tener importancia cuando el individuo, criatura o lo que demonios fuera comenzó a desplazarse muy despacio hacia la celda.

—¡Joder! No. No… ¡No!

Se arrastró por la pared y miró fugazmente hacia las garras que escarbaban en el cristal. Desesperado y febril, resbaló hasta el suelo, se encogió doblando las rodillas y se aferró a ellas balanceándose con desesperación. Algo retumbó en otra ventana. Había demasiados sonidos indeterminados en su cabeza y la cosa que gateaba junto a la mesa del policía se aproximaba cada vez más a él.

—Viene por mí… Viene por mí…

Los barrotes vibraron cuando la cosa se abalanzó sobre ellos y comenzó a chillar como una comadreja malherida.

Unai no supo en qué momento sucedió. Tan solo percibió aquel rostro brevemente.

Un chillido, un chasquido y la completa oscuridad.

10

—¿Qué coño ha sido eso?

Fabio se giró hacia la puerta y permaneció en silencio unos segundos. Lo único que escuchó fue el sonido de las teclas de un ordenador, aporreado con tanta energía que parecía que lo iban a partir en dos. Volvió a mirar a Ada e Ivette y luego se dirigió hacia su mesa.

—Ada, tu marido no está en la casa. ¿Tienes idea de dónde ha podido ir? El coche sigue en el garaje y no se ha llevado el móvil.

Ella negó efusivamente con la cabeza y se enjugó las lágrimas.

—Voy a mandar a un par de agentes allí para que hagan guardia por si aparece. Necesito que me facilites las cosas y me autorices a llevarme uno de sus cepillos de dientes o un peine. Si comparamos el ADN rápido podremos o no descartarlo. Hablaré con un contacto que tengo en el laboratorio. De momento, de lo único que estamos seguros es de que Luis Martell tenía una relación con Olivia.

—Oh, Dios, no puede haberla matado él… No es posible…

—Ada, por favor —insistió.

—Coge lo que quieras.

Ivette la abrazó con fuerza.

—Se vendrá a dormir a la posada. Yo me ocuparé de ella hasta que esto se aclare.

—Eso es una idea estupenda. Te agradezco lo que estás…

De pronto se oyó un estruendo. Alguien corría de un lado a otro y gritaba algo que no se entendía. Fabio se levantó bruscamente de la silla y cuando estaba a punto de coger el pomo de la puerta, esta se abrió de golpe y apareció un agente con la cara transfigurada.

—Tienes que ver esto.

Fabio miró a las mujeres.

—No os mováis de aquí.

Bajó de dos en dos los peldaños de la comisaría, detrás de su compañero. Había un terrible follón en la puerta que daba acceso a los calabozos. Alguien tosió y uno de los policías más jóvenes que salía de allí vomitó casi encima de los zapatos de Fabio.

—¿Qué coño pasa?

—Baja. ¡Rápido!

Apartó de un empellón a dos agentes que estaban atascando la entrada y avanzó hacia el interior de los calabozos. Lo primero que vio fue uno de los tragaluces de la derecha reventado y un rastro de sangre descendiendo —o ascendiendo — como el efecto de la baba de caracol. La celda de Unai Sabín estaba abierta y podía ver desde su posición al chico tirado en el suelo con las piernas separadas y a uno de sus compañeros de rodillas a su lado sujetando algo.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Qué es eso?

—Se lo llevó… —murmuró una chica morena y pálida vestida de uniforme que estaba a su izquierda.

—¿Se lo llevó? ¿Qué se llevó?

Se adelantó un poco más y detectó el rostro pálido y macilento de Unai con la boca abierta, la respiración entrecortada y un enorme charco de sangre a su lado.

—Hemos llamado a emergencias. Están al llegar.

—Santo Dios, pero… ¿qué cojones…?

A Unai Sabín le habían amputado un brazo. Estaba tirado en mitad de su celda en forma de estrella de mar con la boca moviéndose como un pez y los ojos desencajados.

Fabio se volvió hacia la ventana, hacia el rastro de sangre, hacia los cristales rotos, y luego miró a la chica.

—¿Qué cojones ha pasado aquí?

—Se llevó su brazo… Eso ha dicho —balbució la mujer antes de romper a llorar.

11

Antía soltó un exabrupto cuando tropezó con una rama hostil y estuvo a punto de chocar con la espalda de Aurora. Esta ya

renqueaba por el túnel que, según ella, llegaba a un viejo molino. El agua estancada se acumulaba a lo largo de todo el recorrido; barro, ramas y ratas pardas que, embadurnadas en porquería, corrían de un lado a otro, espantadas por el sonido del chapoteo y el murmullo de la anciana, que no dejaba de hablar entre dientes mientras se aproximaba a la salida.

Ahí estaba la vieja construcción de piedra. Se erguía recortando la oscuridad del bosque como un bloque marchito y ennegrecido por los años. Con sus ventanas de madera astilladas y mohosas, la enorme rueda anclada a un bloque de piedra, inmóvil, rodeada de hiedra y otra vegetación.

Antía avanzó hacia Aurora, que se había quedado petrificada frente a un pequeño puente también de madera que atravesaba el riachuelo que las separaba de la construcción. Para Antía, aquel lugar era como una vieja casa de piedra abandonada. El tejado estaba medio derrumbado, los cristales que aún se mantenían enteros estaban cubiertos de polvo y verdín. Un poco más allá de la rueda, divisó la pequeña presa marchita construida con tablas de madera y una fragua adosada al enorme edificio igual de destartalada que todo lo demás.

—Santo Dios… ¿Está segura de que si entramos ahí no se nos caerá el edificio encima?

Aurora se aferró a la barandilla de madera y comenzó a atravesar el puente hacia el molino.

—Me gusta correr riesgos —dijo sin mirar a la inspectora—, y supongo que a usted también. Encienda la linterna. La vamos a necesitar.

—Maldita sea, ¡espere! ¡Si la sigo ahí dentro tenga claro que es por saber si hay una mínima posibilidad de que la chica esté por aquí!

Dejaron atrás el puente y atravesaron casi a saltos la maleza que cubría todo el perímetro hasta donde debía de haber existido una puerta para entrar. Aún colgaba de la parte superior derecha un trozo de madera y Antía lo movió convencida de que les caería en la cabeza, pero estaba clavado y fijo con dos tornillos de hierro. El interior no era menos desalentador. El olor a humedad y moho era casi insoportable.

Un enorme pájaro se alzó nervioso cuando detectó la presencia de las dos mujeres, levantando con él una nube de polvo y porquería.

—Aquí dentro estaban los molinos de mano —dijo la anciana— y una central eléctrica que daba energía a todo el valle, ¿sabe? Creo que fue por el 36. Época difícil… Sin embargo, el propietario venía de Argentina y tenía dinero para invertir, así que compró los terrenos y construyó varios edificios al margen del río. Ahora parece un arroyo, pero cuando yo era pequeña ese riachuelo abastecía a todo el valle.

—¿Cuánto lleva abandonado?

Levantó la linterna hacia las mugrientas paredes y después apuntó a una rata, que salió disparada en sentido contrario y se coló por un hueco de una de las esquinas.

—Desde el ochenta y dos. Creo que todos los molinos de este tipo quedaron en desuso de aquella. Aguantó durante un tiempo y seguía dando energía al tipo que cuidaba el sitio y vivía en esa pequeña casita de ahí fuera. Luego, el viejo murió y esto con él. La molienda era un trabajo duro, inspectora, pero después de la guerra civil había mucha demanda y todo esto se amplió. Ahora no queda nada…

—¿Qué hacemos aquí?

La anciana se volvió. Estaba junto a una cochambrosa ventana y el cadáver de una paloma oculta por sus propias plumas.

—Esperar al Cortador.

Antía resopló y caminó hacia la entrada del bloque.

—Por todos los santos, coño. Esto es una pérdida de tiempo. Dígame una cosa: ¿hay túneles o…?

Tenía que pedir un plano de aquel viejo molino y comprobar de día que no existiera ninguna entrada subterránea o hueco oculto.

El crujido de ramas en el exterior hizo que ambas mujeres se dieran la vuelta. Cuando Antía miró a Aurora, detectó una expresión de pánico. Sacó la pistola y se dirigió hacia el exterior. Oyó un estruendo en el piso superior. Casi experimentó aquella antigua sensación de desamparo que solía tener cuando empezaba a trabajar en la policía y no sabía qué

demonios hacer o decir en determinadas situaciones. Caminó muy despacio seguida de la anciana. Podía ver el puente, la vieja casita del cuidador y la enorme rueda allá al fondo, en mitad de la oscuridad. Algo se alzó un poco más allá del comienzo del puente y sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Qué es eso?

Era alto y estaba en mitad del paso, sobre el río. Antía oyó la respiración acelerada de la mujer y creyó por unos instantes que aquello era real, que había una criatura alargada con algo en la cabeza que avanzaba como si flotara por las tablas hacia ella, y que lo que podía ver a ambos lados del paisaje eran bultos informes que correteaban rodeándolas para que no huyeran de allí. Parpadeó varias veces y avanzó un poco apuntando al individuo con la pistola, hasta que sintió que Aurora la sujetaba del brazo.

—No… Espere…

—¿Quién coño es ese tipo?

Algo pasó tan cerca de ella que trastabilló hacia atrás y estuvo a punto de disparársele la pistola. Luego vio una silueta que parecía gatear entre la vegetación, dos más a la derecha y otras tres en el linde del río, al otro lado del molino. Pero lo que estaba allí delante era demasiado alto para ser una persona. Permanecía en mitad del pontón con unos brazos extremadamente largos, una especie de abrigo hasta el suelo y algo en forma de tricornio puntiagudo en la cabeza.

—El Cortador… La primera vez que lo vi con tanta claridad fue aquí. Jamás he olvidado este lugar.

A continuación, adelantó a Antía con el rostro desagradablemente sombrío.

Un grito gutural como el de un animal herido hizo saltar a la inspectora y dirigir su arma hacia un punto indeterminado del lado izquierdo. Las sombras, los movimientos ágiles y los continuos crujidos a su alrededor la hacían moverse de derecha a izquierda violentamente. Divisó a la figura enlutada caminar o flotar hacia adelante, ya no estaba segura de nada. Algo se desplazó por detrás de ella. Cuando se disponía a correr para sujetar a Aurora, los vio: gente de pie, delante de los árboles; gente como ella, de espaldas al molino mirando a los troncos

de los árboles, moviendo las bocas muy rápido como si entonaran una plegaria al bosque.

—Joder… ¿Qué está pasando aquí?

Caminó a trompicones por el puente de madera mirando a ambos lados y detrás de ella. A medida que avanzaba, las personas se giraban sin dejar de mover la boca. Sus ojos eran de perro, las mejillas eran pálidas y llevaban una especie de sayo que les llegaba hasta unos pies descalzos.

—Tiene que ser una puta broma. Esto no tiene sentido… —Levantó la pistola—. ¡Eh! ¡Tú, el del cuerno! —gritó. Aurora le daba la espalda; tenía la cabeza ligeramente elevada hacia la silueta oscura y parecía más tiesa de lo normal. Había perdido la joroba que la caracterizaba al caminar—. ¡Levanta los brazos!

Fue cuestión de segundos. El individuo elevó los brazos larguiruchos y los separó del cuerpo. La inspectora pudo ver que llevaba algo en una de las manos. Hizo un movimiento brusco, lo que provocó que Antía se preparara para disparar, y lanzó por los aires lo que tenía sujeto, que cayó con un estruendo sobre las tablas del suelo. Aurora, sin embargo, no se movió. Seguía erguida con la cabeza alzada, los brazos a ambos lados del tronco y un leve balanceo de derecha a izquierda apenas perceptible si no fuera por el movimiento de su vestido.

—Qué… coño… es… eso… ¡Levanta los brazos! ¡Levanta los putos brazos o disparo!

—¡No se acerque, inspectora! —clamó Aurora.

Lo que el tipo había lanzado a mitad de recorrido era un brazo humano. Cuando la inspectora llegó hasta él sintió una arcada en lo más profundo del estómago que subía hasta la garganta. Fue un segundo, pero aquello pasó tan despacio que parecieron minutos eternos. Inclinada sobre el brazo desgarrado del que salían tiras de piel, carne y músculos que se veían con toda claridad, se llevó la mano a la boca justo en el mismo instante en que algo saltaba sobre la extremidad desde algún lugar del sotobosque y salía corriendo con el brazo entre faldones y manos, seguido de un grupo de bultos encorvados que correteaban apelotonados y chillando como hienas

mientras el brazo pasaba de uno a otro como el trofeo de un equipo de futbol hasta desaparecer en el bosque.

Antía se cayó hacia atrás, de culo, y se arrastró hacia la salida del puente. Lo que fuera aquella maraña de brazos y pies desnudos envueltos en telas que aleteaban parecían personas enloquecidas, chillonas y salvajes. Levantó la pistola, se arrastró por el suelo y disparó a algo que se retorcía un poco más alejado del tumulto enardecido. Oyó gritar a Aurora, pero estaba demasiado concentrada en llegar al grupo de cosas hambrientas que se acumulaban sobre el brazo y parecían… ¿comérselo?

De pronto, sintió un chasquido detrás de ella; se volvió, disparó y algo se abalanzó por su derecha y lo apartó de un puñetazo. Se dio la vuelta con la intención de gatear o levantarse, y lo que demonios fuera aquello le tiró de la pierna, la agarró por la tela del pantalón y sintió una punzada de dolor en el tobillo que la hizo gritar, darse la vuelta y disparar.

—¡Joder! ¡Mierda!

La cosa que estaba allí tirada retorciéndose se hallaba cubierta de una tela oscura, aunque podía ver una cara humana, aquellos ojos de perro negros y la boca parlante moviéndose. Se arrastró chillando, luego se medio incorporó y desapareció entre los árboles hasta que un aullido hizo que Antía volviera a prestar atención al grupo famélico del fondo. Iba a disparar cuando sintió un horrible tirón de pelos y que la arrastraban hacia atrás. Se volvió con el dolor martilleándole la cabeza y vio a una chica joven vestida de pantalón vaquero corto y camiseta de tirantes inclinada sobre ella con los ojos muy abiertos.

—Entrometida. ¡Puta entrometida! —Y nada más decir aquello siguió su camino hacia el bosque.

—¿Pero qué coño está pasando? ¡Eh! ¡Tú!

Una mano se posó sobre su brazo. Se giró, apuntó con la pistola y vio la cara de Álex Benassar delante de sus narices.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—¡Ven conmigo! —le gritó.

—¡No puedo dejar a Aurora!

—Escucha. Ven conmigo. Tenemos que salir de aquí. Yo iré

por Aurora.

Se levantó sintiendo la quemazón en el tobillo. Otra criatura se precipitó hacia ellos corriendo y chillando como un perro. Antía disparó varias veces, giró a la derecha y arremetió a tiros contra lo que parecía un animal hasta que lo perdió de vista. Cuando miró hacia el puente, el tipo y la anciana ya no estaban allí. Habían desaparecido.

—¿Qué haces tú aquí?

—Eso no tiene ahora importancia. —Tiró de ella y la llevó al otro lado del río, lejos del edificio del molino de piedra—. Tienes buena puntería. Algo te ha mordido ahí. —Le señaló la pierna.

Antía se bajó el pantalón y caminó hacia el sendero por donde habían venido ayudada por Álex.

—Tengo que buscar a Aurora.

—Yo iré por ella. Espera aquí.

—¡De eso nada!

Se giró bruscamente y la cogió por los hombros.

—Escucha. Tienes una herida en esa pierna bastante escandalosa. Ese animal te ha mordido y si vas a buscarla ahora olerán toda esa sangre y te encontrarán. No puedes correr y dentro de unos minutos quizás no puedas ni mover la puñetera pierna. Quédate aquí y dispara a todo lo que se acerque mientras yo voy por esa mujer.

—¿Qué hacías aquí, Álex? ¿Qué coño hacías en este lugar que está a tomar por el culo?

Álex se frotó los rizos del pelo con los dedos, sacudió la cabeza y luego la miró.

—Está bien. ¡Mierda! Soy periodista, y sabía que habías venido aquí. Me lo dijeron los dos chicos que estaban en el cámping cuando llegué. Yo también tengo un trabajo que hacer, inspectora. Tengo una noticia que dar. ¡Ya está!

Antía se quedó un momento en silencio mirando fijamente a Álex.

—¿Tú fuiste el cabrón que filtró esto a la prensa? —Se acercó tanto a su cara que parecía que iba a darle un beso—. ¿Cómo demonios sabías que…?

—¿Crees que es este el momento para hablar de eso?

—Joder… ¡Joder!

Te veo, sé que lo sabes. A veces lo puedo percibir. Son como fogonazos de imágenes que se acumulan en mis pensamientos. Estamos conectados desde esa noche. Tú terminaste con todo lo que para mí significaba algo; mi vida, mis sueños, mis esperanzas y todos mis deseos. Y yo... te arrebataré algo que es importante para ti.

He paseado por el bosque y ellos me lo han dicho. Ahora los veo con mucha más claridad. Sus voces cabalgan por encima de las ramas, son suaves y me llaman por mi nombre. Me dicen lo que tengo que hacer.

Y ese es el problema para ti, que compartimos un secreto y que sé qué es lo que te importa, porque hay algo en este mundo despiadado que sí te importa, ¿verdad? Está constantemente en tu pensamiento. Da igual dónde te escondas o lo que hagas. Tu mente no deja de pensar en ello.

Tictac, tictac...

¿Oyes el sonido del reloj?

Voy a por ti...

[9]

1

Hamlet avanzó a través del pasillo, giró a su derecha y entró en los aseos. Después de cerrar la puerta tras de sí, comprobó que el lugar estaba vacío, se miró en el espejo mural sobre el lavamanos y se rascó la mejilla con un dedo largo y huesudo. Durante unos segundos se quedó contemplando las enormes ojeras que tenía. Esa noche había vuelto a soñar con el maldito bosque y la chica que lloraba por la rata. Imágenes difusas que iban entrelazándose: primero, la cría jadeando bajo la mordaza, sus gritos mudos de desesperación y su angustia; luego, la rata peluda y su cola larga. De la rata, lo único que percibió fue el hambre, el miedo, incluso la sed y el frío. Un roedor grande, gordo y sucio que trotaba de aquí para allá. Y el sueño era básicamente eso: ambas —la chica y la rata— mirándose la una a la otra casi con los mismos sentimientos. Era cómico. Dos seres tan diferentes en situaciones totalmente distintas con las mismas sensaciones y necesidades. Incluso más de una vez la rata había inclinado la cabeza con intensa curiosidad y se había compadecido de la pobre chica. Pero solo era eso, un sueño cargado de extraños significados, imágenes poco claras e impresiones que venían de algún lugar para ensamblarse con su subconsciente, que le permitía pintar y pintar.

Se giró hacia uno de los retretes y caminó visiblemente cansado hasta él. Entró, cerró la puerta y se arrodilló en el suelo. La uña del dedo meñique era ligeramente más larga de lo normal, como la de un guitarrista, solo que él no tocaba la guitarra y solía ser muy cuidadoso con su manicura. Metió la uña entre dos baldosas de la esquina derecha y levantó con cuidado uno de los pequeños cuadrados blancos satinados,

hasta que divisó el diminuto papelito blanco que estaba doblado dentro. Lo sacó, lo sacudió de mierda y lo abrió. Durante un rato se quedó allí releyendo la breve misiva, la más reciente. Las otras se había ocupado con mucho cuidado de que pasaran a formar parte de las cloacas antes de que nadie pudiera leerlas, y menos mal… Suspiró profundamente, con una extraña mueca de satisfacción. Luego, rompió en trocitos la carta y los tiró al retrete. Se quedó allí de rodillas, observando cómo el agua hacía el resto del trabajo; pegó un brinco cuando escuchó la puerta cerrarse y unos pasos, seguidos de un pedo, justo en el cubil anexo a él.

Se incorporó, tiró de la cadena una vez más para disimular y salió arrastrando los pies.

Había llegado el momento de hablar con el *tontolculo* del policía.

Había llegado el momento de pedir.

2

—¿Qué día es hoy?

—Jueves, veintiocho de junio. —Fabio miró a la inspectora y se volvió hacia el comisario y el alcalde, que permanecían uno al lado del otro como las gemelas diabólicas de *El resplandor*.

—¿Qué cree que era aquello? —preguntó el comisario visiblemente perplejo—. ¿Qué tipo de animal?

Antía estiró la pierna herida y soltó el botón de su chaqueta.

—No lo sé. Eran grandes, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Puede que algún tipo de animal, puede que… —Decir personas histéricas no era muy profesional, pero era lo que ella inicialmente habría dicho, si no fuera por las cavilaciones posteriores al encuentro y la noche que había pasado dando vueltas a una situación que no tenía sentido por mucho que uno lo pensara—. Eran muchos y estaba oscuro. ¿Cómo está Aurora?

—Está bien, inspectora —respondió el alcalde Elvera con su característica gota de sudor pegada a la frente—. Le han hecho

pruebas y está como un roble. Mejor que usted. Cuando el chico Benassar la llevó al médico, estaba algo aturdida y desorientada, pero supongo que es normal dada la edad de Aurora y el susto que debió de llevarse. ¿Qué demonios hacían allí?

—Supongo que Aurora creyó prudente enseñarnos esa zona del valle —intervino Fabio mirando de reojo a Antía—. Una de las crías que estaba en el cámping ha desaparecido o se ha perdido. Ese lugar es muy peligroso, así que consideramos sensato dar una vuelta, a la espera de que se hiciera de día y pudiéramos sacar a los perros. Hay que rastrear la zona.

—¿Creen que el asesino ha vuelto a actuar, que se ha llevado a esa mujer de allí? —El alcalde se presionó las sienes con los dedos y luego fue directo a la ventana, donde se sirvió de una máquina expendedora un vaso de agua.

—Lo que está claro es que lo que han visto ayer noche es posiblemente el mismo animal que se coló en los calabozos y mutiló a ese pobre crío. Lo están operando ahora mismo —alegó el comisario.

Antía se puso en pie.

—Necesito un plano del valle. Tenemos que controlar todas esas viejas edificaciones, cualquier trozo de cemento que pueda contener a una mujer. Si la chica no ha aparecido es que la tiene encerrada en algún lado, y no creo que la haya llevado muy lejos del valle. No ha tenido tiempo material. Es imposible.

—Y que se saque a toda esa gente de allí —dijo Fabio—. Hay que rastrear cada palmo de la Garganta Divina.

—El ADN del peine que nos permitió coger Ada Durán de su marido coincide con las muestras de semen de la mejilla de Olivia —dijo el comisario—. No diré nada a la familia hasta que no estemos seguros de qué papel desempeña en todo esto Luis Martell. De momento, tenemos un sospechoso y no quiero ni una sola filtración de esto. De cara a un juicio, esto no nos sirve de nada, no tenemos autorización de un juez, pero al menos ahora sabéis que las muestras coinciden. —Miró al alcalde y le apuntó con el dedo—. Nada. Ni una palabra, Elvera. No puedo permitirme un grupo de exaltados limpiando

las calles en busca de ese profesor o que la prensa haga pública otra desaparición. Controlen a esos dos chicos que iban con ella. Que se queden en la posada el tiempo que sea necesario, pero nada de filtraciones.

—No sabemos dónde se ha ido, pero estamos en ello. —Fabio se volvió hacia la puerta.

Estaban a punto de salir del despacho del comisario cuando este gritó:

—¡Una cosa más! No hay nadie desaparecido hasta que rastreemos el bosque. De momento, se llevará el asunto desde esa perspectiva con el equipo de búsqueda.

Cuando llegó a la mesa de Fabio, Antía se dejó caer en la silla confidente, se soltó un botón de la camisa y sacó su móvil. Le ardía un poco la herida de la pierna, pero no había sido tanto como ella había creído inicialmente.

—Tengo que llamar a mi compañero en Madrid para saber si hay novedades.

—¿Qué coño vio en ese bosque, inspectora? —preguntó inclinándose sobre la mesa—. Porque lo que vi en ese calabozo ayer por la noche no es algo que un animal suela hacer. Los críos que van con esa Berta están muertos de miedo y hablan de un… un tipo con un cuerno en punta en la cabeza que…

—Yo también lo vi.

—¿Qué?

—Estaba en ese pequeño puente que da al molino. Y no tengo ni la más remota idea de lo que era, pero… —Cogió el teléfono y, tras toquetear la pantalla, se lo entregó al agente—. Hamlet lo pintó bastante bien. Mira el dibujo, mira al tipo de tricornio puntiagudo. Eso es lo que yo vi ayer en ese lugar y esa cosa me lanzó algo muy parecido a un brazo humano que se llevaron esos animales o lo que sean.

—¿Qué me está contando?

—Te estoy contando algo que no tiene sentido para nadie que no haya estado allí, joder. Ni siquiera yo estoy segura de que no haya sido una paranoia o que fueran una manada de lobos sarnosos hambrientos. Pero allí había gente. Personas como tú y como yo mirando hacia los árboles. Luego ya no

estaban y aparecieron esas cosas correteando como locos, y eso —señaló la imagen— estaba allí hablando con Aurora. Joder, tú mismo lo estás diciendo: lo que viste en el calabozo no tiene sentido. ¿Has visto esa ventana? Está a siete metros del suelo. ¿Por dónde trepó el animal? ¿Voló? ¿Reventó la ventana y abrió las puertas de la celda con una palanca? ¡Reventaron la cerradura! ¡Se colaron por un rectángulo por donde no pasa una cabeza humana!

Fabio se apartó de la mesa y se quedó pensativo moviendo los ojos de derecha a izquierda.

—¿Te suena? —prosiguió ella—. Aurora me dijo que había pasado lo mismo cuando esas dos familias se mataron.

—Eran habladurías y superstición, inspectora… Esas personas que vio pudieron ser los chicos del cámping. Santo Dios…

Antía no respondió. Se dio cuenta de que Fabio cavilaba. Después de un breve silencio, él miró el reloj y atendió una breve llamada a la que respondió con monosílabos.

—Han salido los perros para allá y tengo un equipo detrás del profesor. No tenemos ni idea de dónde puede estar, pero lo cogeremos. No tiene familia en la provincia y nadie con sus características ha cogido un autobús, ni un taxi o tren para salir del valle. Tiene que estar en algún sitio y hay que dar con él. Ada Durán está en la posada, hay que vigilarla de cerca por si su marido intenta ponerse en contacto con ella. En cuanto a la chica desaparecida, espero encontrarla desorientada en ese bosque. No sería la primera vez que pasan estas cosas con algún excursionista o visitante ocasional y acaba quedando en un susto.

—Necesito el plano del valle.

—Ya lo pedí a primera hora de la mañana. Lo tiene abajo.

—Y ver a Aurora. ¿Dónde está?

—En la clínica Mirasol. A quinientos metros de aquí. Álex Benassar está con ella.

—Iré para allá. Luego volveré a la posada a ver a Ada mientras hablo con mi compañero. Tenme informada de todo, por favor.

Se levantó, pero justo antes de salir por la puerta miró a

Fabio.

—Estás haciendo un buen trabajo, Fabio. Has pasado de ser el novato titular a coger las riendas de este asunto, y te felicito.

Él no respondió. Le brillaban los ojos. Antía sonrió levemente y se fue escaleras abajo.

3

Junio no era un buen mes para pasarlo en la ciudad. El edificio de la jefatura se transformaba en un horno crematorio cuando las temperaturas exteriores superaban los veinticinco grados y el aire acondicionado resultaba mortífero para Ismael, por mucho que agradeciera el fresco, cuando se pasaba horas detrás del escritorio haciendo papeleo. Por eso había comprado un pequeño ventilador y lo había colocado encima de uno de los armarios de persiana que tenía a un lado. Lo mantenía con tanta potencia que a veces parecía que había sacado la cabeza por la ventanilla del coche a más de ciento sesenta kilómetros por hora. El pelo ralo formaba una especie de tupé sin gracia poco estiloso que le recordaban aquellos chistes de su infancia sobre el tal Jaimito.

—¿Vas a ir al Rialto antes de que acabe junio? —le preguntó un compañero de la científica en el ascensor—. Está *El club de la comedia* hasta agosto con un nuevo espectáculo. Este mes no me lo pierdo.

A Ismael le apasionaban aquellos cómicos que de vez en cuando veía a las dos de la mañana por la televisión. Era lo único que en un momento dado le hacía desconectar del trabajo. Se tiraba en la cama con un bocadillo y una botella de agua y se pasaba horas riendo a mandíbula batiente hasta que el sueño lo vencía.

—Avísame cuando vayas. Puede que me una si ando por aquí.

El tipo delgado y algo encorvado asintió antes de salir del ascensor. Ismael se quedó solo, observando el avispero de mesas y policías, que se movían como hormigas, hasta que las puertas se cerraron. Cuando llegó a su planta, el ambiente no

era menos desalentador. El calor comenzaba a filtrarse ya a primera hora. El aire frío del mastodonte de metal anclado al techo lo golpeó en la cara y tuvo que moverse como una culebra entre las mesas para llegar a su despacho. Por el rabillo del ojo detectó el movimiento apresurado de alguien detrás de él, pero no se dio la vuelta. Tenía prisa por encerrarse y empezar a indagar sobre el asunto de las víctimas de Hamlet.

—¡Inspector! —Melisa, su secretaria, pasó correteando entre dos mesas con un papel blanco garabateado en la mano y, apartándose un mechón de pelo rubio de la cara, se lo entregó con diligencia y sonrió—. ¡Recibí su correo electrónico! ¿Nunca duerme? Aquí tiene el teléfono y la dirección de la familia.

—¿Sería posible bajar un poco el aire acondicionado?

Ella apoyó el peso en una pierna y se cruzó de brazos.

—¿Quiere matar a toda la unidad? Hoy dan treinta grados a la sombra, inspector. Si bajamos el aire acondicionado, más de la mitad del departamento se tirará por una de esas ventanas.

—Me mata el maldito aire. Todos los veranos es lo mismo.

—Tiene un ventilador —le dijo con dignidad.

Ismael frunció el ceño y ella pestañeó con suficiencia. Como si el maldito ventilador le sirviera de algo, pensó molesto.

—Y mucho genio —añadió ella. Llevaba demasiado tiempo trabajando con él y conocía sus gestos mejor que nadie—. Menuda vejez que le espera, inspector.

—Hoy vienes chistosa.

—Creo que voy a pedirle un ventilador en condiciones. Un día se le va a enredar la corbata a las hélices como siga pegándose tanto.

Ismael soltó un gruñido y abrió la puerta del despacho. Melisa lo siguió con sus pasitos apresurados. Era una mujer que no llegaba aún a los cuarenta, de caderas prominentes y cintura estrecha, que siempre remarcaba con un cinturón ancho. Sabía resaltar sus virtudes, y trabajar rodeada de hombres jamás la había incomodado o achantado. Pero seguía con aquella manía personal de tratarlo de usted, haciendo que pareciera veinte años mayor que ella. Se lo había repetido un millón de veces: «Llevamos años trabajando juntos, Melisa, y

me haces sentir un anciano cada vez que me tratas de usted». Lejos de aceptar sus ruegos, Melisa siempre decía lo mismo, que se sentía más cómoda llamándolo de usted, que era mucho más elegante, más profesional y correcto. Cerró la puerta y dejó el papel sobre la mesa.

—Linda Pascal fue la octava víctima de Hamlet —le dijo con firmeza—. En el noventa y dos; lo he comprobado en los archivos. Creo que le faltaba la fecha exacta. Algún iluminado no lo anotó en su expediente: ocho de febrero.

—Y a Hamlet lo encerraron en el noventa y cuatro. Durante dos años no volvió a atacar a ninguna mujer.

—Bueno, es lógico —alegó ella—. La policía estaba muy cerca. Supongo que por prudencia dejó de matar. Cuando encontraron los pelos del pincel siguieron la pista de todos los compradores de material de dibujo. Había bastantes. Solo era cuestión de tiempo. Algunos clientes habían pagado con tarjeta de crédito y otros en metálico. Se tardó algo más de la cuenta porque dos de ellos estaban en el extranjero y no se les podía descartar. Hamlet pagó en metálico, pero una de las tiendas tenía cámaras.

—Sí, recuerdo ese detalle. Su coartada no se sostenía y no se esforzó demasiado.

Melisa asintió.

—Así fue.

—Deberías dedicarte a esto, Melisa. Eres buena.

—Soy aplicada —añadió ella con una sonrisita de triunfo—, pero prefiero dedicar mis ocho horas diarias y volver a casa sin quebraderos de cabeza. No estoy hecha para la vida nocturna que llevan en la unidad, inspector.

Ismael encendió el ventilador, se quitó la chaqueta del traje y se acomodó en su silla.

—Le pediré un ventilador mejor —dijo ella con una mueca cómica en la cara—. Ahí tiene la dirección y un correo con las imágenes y toda la información que he conseguido esta mañana.

—Gracias, Melisa.

Ella asintió, se dio la vuelta y correteó hacia la puerta. Cuando salió, Ismael se quedó observando cómo se alejaba a

través de la mampara de cristal. Tomó el papel entre los dedos y cogió el teléfono. Ocho víctimas, ocho familias a las que llamar y demasiada mierda que remover. No estaba seguro de lo que estaba haciendo, pero por algo tenía que empezar. Suspiró, se aflojó la corbata y se giró un poco para recibir el primer golpe de aire reparador en la cara. Cogió el teléfono, buscó el contacto y llamó.

—No me dijiste lo de Linda Pascal y yo ni siquiera lo recordaba —le soltó a Jacob nada más oír su voz al otro lado de la línea.

—¿Y qué importancia tiene, Ismael? ¿De qué te sirve para lo que estás investigando? Además, lo tenías en el expediente.

—Siete asesinatos y ocho violaciones. Ella sobrevivió. ¿No crees que hablando con ella podremos conocer un poco más a ese chiflado?

Jacob se quedó en silencio durante unos instantes. Se oyó un carraspeo y el crujido indeterminado de algo antes de responder.

—Esa mujer era una niña cuando pasó lo de Hamlet y ni siquiera quiso testificar o identificarlo. Sus padres la sacaron del país; no se supo más de ella. ¿Tú crees que va a ayudarte ahora a recordar una violación de hace más de veinte años? No tiene mucho sentido, chaval. Ya te dije que tienes un imitador que ha tenido que ponerse en contacto con él de alguna manera.

Ismael desplazó la silla hacia el ventilador y se puso a pensar en los cuadros de Hamlet.

—Ya sé que tenemos un imitador, Jacob. Lo que no me explico es cómo es posible que ese anciano decrépito sea capaz de pintar cuadros tan exactos de lo que está sucediendo a quinientos kilómetros de aquí. Ayer de madrugada estuve indagando sobre La Garganta Divina, el lugar de los crímenes y ese puente de Bolín que dibujó. Es idéntico al original, ¿sabes?

—Puede recibir fotografías —contestó Jacob.

—Puede.

—Y puede haberlas quemado. Ni siquiera sabemos desde hace cuánto tiempo ha estado hablando con su amigo. La gente tiene memoria fotográfica y Hamlet es un tipo muy inteligente.

—Hablaré con ella de todas formas. Necesito familiarizarme aún más con este caso. Nada de lo que está pasando tiene sentido. Ese tipo se adelanta a lo que pasa, y sí, puede que haya tenido la información del asesino mucho tiempo antes de que empezara a matar. Quizá se deshizo de ello y ahora plasma en cuadros todo lo que habló, todos sus planes, pero algo no me cuadra. Hay algo que no tiene lógica en todo esto.

«El Cortador». «Corta los brazos y las piernas».

Sintió una llamada en espera.

—Tengo que dejarte, Jacob. Estaremos en contacto.

No lo dejó despedirse. Colgó la llamada y atendió la siguiente.

—Antía, creí que te habías marchado de vacaciones al Caribe y…

Ella le interrumpió antes de que pudiera terminar la frase y habló rápido. Más rápido de lo normal. Al cabo de casi media hora en silencio, se frotó la barbilla y soltó todo el aire contenido en los pulmones.

—Cosas que gatean…

—Me importa una mierda que no me creas, Ismael. Pero sé lo que vi y esa cosa, o ese tipo disfrazado, también. Voy ahora a hablar con Aurora, la anciana que estuvo con ese Cortador de los cojones que…

—Espera, ¿qué has dicho?

—¿Qué he dicho de qué? Que voy a hablar con esa mujer.

—¿Has dicho Cortador? —Repentinamente le empezó a doler la cabeza—. Antía, ¿has dicho Cortador?

—El Cortador. Sí. El tipo que tu amigo el psicópata pintó en el cuadro.

—¿Hay alguna posibilidad de que sea ese profesor disfrazado? ¿Tal vez alguna clase de asesino ritualista?

Antía pareció meditar.

—No lo sé. —No podía dejar de pensar en el Cortador—. Pero todo esto es muy raro, Ismael.

Repentinamente, mientras observaba la oficina y a Melisa tecleando frente a su escritorio con un lápiz en la boca, le pareció percibir la silueta de Hamlet frente a las puertas del ascensor. Se volvió sonriendo de aquel modo tan mordaz y

corrosivo que él solía tener. Vio su calva brillante bajo el fluorescente. El mono de la cárcel, las manos colgando a ambos lados de las caderas y aquellos dedos largos y huesudos que habían sido capaces de estrangular a tantas mujeres. La voz estridente de Antía lo devolvió a la realidad y centró la vista de nuevo en la figura delgada y alta que, hasta ese mismo instante, le parecía una réplica de Hamlet. Era el anciano que repartía el correo interno, con su carrito auxiliar de ruedas inclinado y las mejillas arreboladas y rollizas cubiertas de una barba incipiente canosa.

—¿Me estás escuchando?

Ismael se incorporó.

—Tengo algo que comprobar y volveré a ver a Hamlet. Esta vez no me va a hacer perder más tiempo. Te veré dentro de un par de días allí.

—¿Vas a venir? —la voz de Antía había pasado de ser aguda y rápida a flemática y casi tímida.

—Sí, voy a ir al valle. Resérvame una habitación. Te pondré al corriente de lo que estoy investigando cuando llegue a ese pueblo. Ni siquiera sé lo que estoy buscando, pero hay algo raro en todo esto y necesito solucionar un par de dudas que tengo. —Hizo una pausa y luego añadió—: Ten cuidado.

Antía soltó un bufido antes de colgar.

«Siempre tan cariñosa», murmuró para sí. Levantó el teléfono e hizo la llamada.

4

La clínica donde Aurora había pasado la noche era un lugar limpio y coqueto, cubierto de pequeñas enredaderas y plantas trepadoras a las afueras del valle. Coronada por un enorme roble y dos bonitos sauces llorones, tenía una verja de madera, un pequeño hórreo anexo y un perrillo mestizo de orejas largas que salió a recibir a Antía nada más apearse del coche. Se agachó a acariciar al perro justo cuando una mujer gruesa asomó por una de las ventanas y saludó con un gesto afable.

Álex Benassar estaba sentado en un banco de madera bajo

uno de los sauces. A Antía le apeteció abofetearlo nada más verlo allí plantado, absorto en un periódico que tenía sobre las piernas. Se aproximó a él seguida del perrito y se sentó a su lado antes de que él pudiera saludar.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, periodista.

Álex resopló, enrolló el periódico con sumo cuidado y se cruzó de brazos.

—Solo hice mi trabajo, inspectora.

—Me mentiste cuando hablamos la primera vez.

—Eso no es cierto —la corrigió con suavidad—. Te dije que me dedicada a temas de informática y asuntos varios. En ningún momento he mentido, Antía.

Ella se echó hacia adelante para acariciar al perrillo.

—¿Quién te pasó la información?

—Eso no voy a decírtelo. Ya sabes cómo van estas cosas.

—Está bien. —Se levantó.

Cuando estaba a punto de encaminarse hacia la puerta de la clínica, Álex la cogió del brazo y dijo:

—Vi esa cosa hace unos días en el cámping, Antía. Lo vi con toda claridad. Estaba frente a mí en mitad del bosque. Había ido a hacer unas fotos para el periódico en el que trabajo y estaba allí con esas personas o cosas que gateaban. No son animales.

Ella se volvió.

—Y según tú, ¿qué son?

—No lo sé, pero no parecen muy amigables. Aurora lo llama el Cortador y he investigado un poco. Hace más de dos siglos que existe esa leyenda en los pueblos del norte. Las madres asustaban a los niños cuando se portaban mal con ese nombre. Primero empezó como un simple hombre del saco, pero la leyenda derivó hacia una especie de demonio que hacía pagar los delitos a quienes los cometían. «Sangre por sangre. Del bosque no se sale». No dice mucho más, pero aquí ya pasó algo…

—Lo sé. La muerte de las dos familias.

Álex asintió. Dejó el periódico sobre el banco y se levantó.

—Es real, Antía. Yo lo vi. Puede que esa cosa se haya llevado a esa chica o no. No lo sé. Pero lo que le pasó a Unai

Sabín es cosa de esa criatura y lo sabes. ¿Animales? Es ridículo, joder.

Antía se aproximó a él y casi pegó la nariz a la suya antes de advertirle:

—Si filtras esto a tu contacto en el periódico te arrancaré las pelotas, Álex Benassar, y luego te meteré en un calabozo y tiraré la llave al río por obstruir una investigación abierta de asesinato. Puede que te meta en el mismo calabozo que ese pobre chico y deje abierta la jodida ventanita por donde pasó lo que fuera que pasó. ¿Me entiendes?

Álex sonrió.

—No voy a dejar de investigar este asunto. Eso no puedes impedírmelo…

—Si te pillo en medio de esto, sí que lo haré.

—No filtraré nada. Seré un chico bueno. —Esbozó una sonrisa arrebatadora y Antía se apartó de él.

—Más te vale, Álex… Más te vale. —Echó a andar por el camino de gravilla acompañada del perrito, que iba dando saltos y correteando en círculos.

—Pero hay una pequeña condición…

Antía cerró los ojos, frenó en seco y el perro ladró. Sin darse la vuelta oyó la voz amable de Álex detrás de ella.

—Una colaboración…

—No me jodas… —susurró ella para sí.

—Todas mis novedades a cambio de ser el primero en saber lo que pasa, inspectora. Información por información. Yo no digo nada y tú me tienes al tanto para que sea yo el que dé la primera noticia cuando todo esto pueda sacarse a la luz.

—Álex…

—Es justo. Puedo ser detenido, no lo dudo, pero filtrar lo que sé es cuestión de minutos.

Antía se dio la vuelta y lo miró con ojos de águila.

—¿Me amenazas?

—Oh, no. Estoy negociando.

Definitivamente le iba a romper esa bonita cara que tenía. Dio un par de zancadas hacia él y Álex levantó las manos sonriendo cuando la vio llegar con aquel gesto de enfado.

—Tranquila, inspectora. Cuando frunces el ceño de ese

modo estás tremenda. Las mujeres con carácter como tú me…

—No te columpies. ¿Tú qué vas a negociar?

—¿Piensas que voy de farol? Soy periodista —alegó con un tono de falsa indignación. Quería dar a entender que estaba ofendido, pero su sonrisa *amable* desconcertaba a Antía en la misma proporción que la ponía de muy mala leche.

—No voy a darte ningún privilegio, Álex Benassar, periodista.

—Yo creo que igual te lo piensas.

Ella enarcó las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —En aquel momento fue él quien se aproximó a ella y la miró fijamente—. Porque puede que yo sepa quién llamó a Unai Sabín. Puede… —susurró casi besándola—. ¿Qué te parece?

5

La rata no podía trepar por la mesa de metal de la morgue. Sus cuatro ruedas giratorias no tenían puesto el freno de seguridad y, cuando Berta se sacudía, la mesa se desplazaba hacia los lados peligrosamente. Pero la rata observaba a Berta desde su rincón oscuro con sus ojos de botón de muñeco; dos bolitas negras que parecían de chocolate, su cuerpecillo en forma de pera; peludo, gris. Tenía una cola larga y desproporcionada, unas patitas finas con garras afiladas y mugrientas. Cuando abrió la boca para bostezar enseñó unos incisivos inferiores largos y amarillos. Berta se sacudió nerviosa y comenzó una vez más a llorar en silencio. La rata se aproximó a la mesa. Berta movía la lengua de dentro a fuera. Trataba de hacer ceder aquel trozo de tela contra la cinta americana que tenía puesta. Le costó horrores abrir la boca hasta que logró sacar un poco la lengua, pero lo consiguió. Y ahora era esa su actividad principal: sacar la lengua, meter la lengua, sacar la lengua, meter la lengua hasta que cediera la mordaza y pudiera gritar hasta morir desgañitada. Los brazos y las piernas eran otra guerra aparte. Las cadenas de metal ancladas por esposas a las

dos patas superiores le daban un margen suficiente para doblar un poco los brazos, pero nada más. No podía llegarse a la cara, lo había intentado muchas veces, pero cada vez que trataba de aproximar la boca a los dedos de las manos estirándose como una contorsionista de circo, el otro brazo sufría las fuertes embestidas de sus movimientos, y llegó un momento en que los calambres empezaron a hacer mella, por lo que paró. Y allí estaba ella, entre la locura y la cordura. El miedo había dado paso a la desesperación absoluta, el hambre, la sed. Tenía los cinco sentidos puestos en cualquier sonido lejano: el crujido de las ramas allá fuera, el movimiento veloz de aquella rata gorda y curiosa que no se iba de allí, que la observaba —suponía ella — con la intención de buscar un modo de trepar por esa mesa y devorarle los ojos.

«Por favor, que no vuelva ese tío. Que no me haga nada».

Repetía en su mente esa frase una y otra vez como una letanía. Volvió a mirar hacia el pequeño roedor apostado en aquel rincón. Sus ojos refulgían bajo el reflejo de la luz que entraba por el ventanuco que estaba sobre ella. Su cola, sombreada por el juego de luces y sombras, parecía un gusano deforme y rechoncho desde su posición. La rata se desplazó un poco más a la derecha y emitió un sonido agudo. Berta trató de sacudirse, pero la mesa se desplazó peligrosamente y temió que volcara con ella encima. Pasó mucho tiempo hasta que el sueño la venció, y soñó con la rata. Estaba sobre su estómago y la miraba con sus bigotes vibrando de la emoción y del hambre.

—Voy a comerte, Berta. Normalmente, suelo alimentarme de animales muertos y basura, así que algo como tú es un festín. Empezaré por las partes blandas: los ojos, por ejemplo. Pero te voy a dar una buena noticia. Voy a ayudarte. Trituraré esa mordaza y haré parte del trabajo que no eres capaz de resolver tú sola, aunque lo haré solo para llegar a tus labios y esa lengua gordita y jugosa que no para de moverse.

Cuando Berta despertó, lo hizo gritando bajo aquella mordaza. El corazón le latía a mil por hora. Buscó a la maldita rata convencida de que ya estaba mordisqueándole las piernas y los dedos de los pies, pero estaba en el mismo rincón. Una

mirada de ansiedad se dibujó en el extraño rostro de la rata gorda. A lo mejor estaba esperando a que cayera de cabeza sobre el suelo polvoriento, o quizá la contemplara hasta que muriera para luego saltar sobre ella desde una de las paredes o desde cualquiera de las vigas del techo. Aquel pensamiento le provocó una ansiedad terrible y el estómago comenzó a dolerle.

—Vas a morir de hambre y de sed. Puede que ese tipo que te ha dejado aquí no vuelva.

La rata le habló desde el rincón moviendo su boquita diabólica, como si fuera una persona.

—¿No es divertido, Berta? El final acaba siendo igual. Puede que él regrese y te mate, cosa que hará que yo coma, o puede que no lo haga y te coma igual cuando te mueras. Es cuestión de tiempo. Solo tengo que esperar aquí.

«Eres una maldita rata», pensó Berta.

—Pero soy racional. Y mi mecanismo de aprendizaje es muy similar al tuyo. Puedo tomar decisiones, pienso, razono. Soy una maldita rata con hambre que está esperando a que suceda algo. Y si no sucede, saltaré sobre ti. Puedo hacerlo. Las ratas saltamos en vertical más de lo que te piensas. Deberías buscar en Google de lo que es capaz alguien como yo.

«¿Por qué a mí?».

La rata curvó su boca en una sonrisa ladina.

—Porque eres hermosa como las flores.

6

Aurora parecía catatónica cuando Antía entró en la habitación con Álex Benassar. Estaba sentada junto a la ventana en una silla con el respaldo reclinable. Las piernas, enfundadas en unas zapatillas, descansaban sobre un reposapiés escamoteable y le habían puesto sobre la ropa una bata amarilla que dolía a la vista. Miraba algo en el jardín trasero, el moño se le había caído hacia un lado y uno de los prendedores reposaba torcido. El aire olía a vejez, alcanfor y flores. Antía se sentó frente a ella y Álex se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Cómo estás, Aurora?

La anciana volvió el rostro hacia ella y luego miró a Álex.

—Hasta el coño de estar aquí.

La respuesta dejó a Antía sorprendida. No solo parecía que había recuperado la energía, sino que, encima, la anciana seguía igual de malhablada, y eso significaba que estaba bien.

—Santo Dios, es usted de lo que no hay.

—¿Qué esperaba, inspectora, encontrar una vieja fuera de sí? —Miró a Álex, que tenía la misma cara de asombro que Antía—. Ya le dije al guapito que me encontraba bien, pero parece que cuando uno es viejo la solución está en meterlo en una residencia.

—No está en una residencia. Solo la ha visto el médico y creímos que debía descansar después de la noche que hemos pasado.

—Pues quiero volver a mi casa.

—¿Está segura de que no necesita nada?

La anciana miró de reojo a Álex y luego empujó el reposapiés hasta plegarlo.

—Necesito volver a mi casa. Tengo un gato vagabundo que depende de mí. Se llama Braulio y seguro que está muerto de hambre.

—Braulio puede esperar. ¿Qué fue lo que vimos allí fuera, Aurora?

—Ya lo sabe, al Cortador. El guapito también lo vio, ¿verdad?

—Vi muchas cosas extrañas, señora.

—El Cortador quiere lo que es suyo. Ha despertado con la sangre derramada de la niña y no se irá.

—Esto es una locura. ¿Y por qué atacar a Unai? Se supone que él no tiene nada que ver con lo que pasó.

—Corta los brazos y las piernas. No importa si ha hecho algo. En aquellas familias no todos eran culpables, pero estaban implicados de un modo u otro. El chico estaba allí esa noche. Estaba en el bosque cuando ella se encontró con su asesino.

Antía se apartó el pelo de la cara.

—Esto es una locura. No tiene sentido.

—No parará hasta ver derramada la sangre de todos los que están implicados. Él me lo dijo. El Cortador.

Salieron al pasillo y la misma mujer que estaba en la entrada les entregó unos papeles que la anciana tuvo que firmar. Luego le dio sus analíticas, le recomendó descanso y una buena alimentación, y se volvió a sentar frente al mostrador.

—Llévese la bata. Ahora hace algo de fresco, Aurora.

Ya junto al coche, Antía abrió la puerta de atrás y ayudó a Aurora a subir, con la consiguiente amenaza de meterse el bastón por un ojo mientras la mujer se contorsionaba para colocarse en el asiento como si estuviera totalmente rígida.

—Mis articulaciones ya no son las mismas. Una no puede cumplir tantos años.

—¿Tú dónde vas? —Álex se dirigía a su coche—. Te vienes con nosotras. Voy a dejar a Aurora en su casa y vamos a la comisaría. Creo que tienes algo que contarme.

—Pero tengo mi coche aquí.

—Pues lo recoges después. Sube.

Aquel lugar olía a humo de chimenea, a hierba mojada, a tierra. Antía recordaba su infancia cuando aquellos aromas la asaltaban allá donde estuviera; los días de playa en la costa con su madre a pocos kilómetros de allí; todas las horas que pasó esperando que bajara la marea en Tazones porque ella le había dicho que se veían unas enormes huellas de dinosaurios; lo mucho que lloraba cuando regresaba a la gran ciudad y se sentía avasallada por el bullicio; los sonidos chirriantes de los coches asaltando cada rincón, cada pequeño trozo de cemento.

Miró por el espejo retrovisor y comprobó que Aurora la observaba atentamente como si tratara de adivinar sus pensamientos. A su lado, Álex observaba el exterior con la vista perdida en algún lugar del bosque.

—Háble me de la Garganta Divina, Aurora. Dígame lo que hay allí. He visto el mapa del desfiladero y la zona, pero desconozco si existe alguna edificación o algún rincón que nos haya pasado desapercibido.

—Siempre fue una zona muy peligrosa —dijo ella apartando

la vista del espejo—. Se abrieron setenta y un túneles usando cientos de obreros que venían de Portugal y Galicia. Aquello pasó en 1916 o 1917, y se mataron muchos hombres en accidentes, aunque se contó durante muchos años que también fueron asesinados por disputas. No era como ahora y la seguridad no existía. Los trabajadores eran animales de carga. A nadie le importaba lo que les pasase. Años después se abrió otra senda paralela tallada en las rocas. Fue un trabajo de chinos, todo a mano porque no podían meter máquinas o tan siquiera caminar por la zona para abrir camino entre los riscos y la piedra caliza. Así que se ataban cuerdas en la cintura, los bajaban por el desfiladero y lanzaban la dinamita. A alguno le daba tiempo a subir, otros no tenían tanta suerte. El molino es una de las construcciones que aún se mantiene en pie. Creo que a dos o tres kilómetros de allí también sigue un pie una casucha muy cerca de la presa que se usaba para meter herramientas en el 48 y un par de hórreos destartalados. La compañía eléctrica que trazó todo eso tenía alguna choza desperdigada por el bosque que rodea el desfiladero, pero eran simples cubículos para guardar enseres que ni siquiera creo que sigan en pie.

—¿Había algún lugar más, alguna edificación aunque ya no esté?

Aurora meditó durante unos segundos y volvió a mirarla a través del espejo retrovisor.

—Destruyeron un puente romano y una iglesia para hacer la senda. Una iglesia muy antigua más allá de la presa, pasando el puente de Bolín. Puede que queden dos piedras.

Álex se retrepó en el asiento del copiloto y miró la hora.

—¿Tienes prisa?

—Debería llamar a casa. No me gusta dejar a mi madre mucho tiempo sola.

—Cuando deje a Aurora podrás hacer tu llamada. No queda mucho.

Antía tardó media hora en lograr que Aurora dejara de buscar a aquel gato arrabalero y se metiera en la casa. Álex esperaba en el coche hablando por teléfono cuando ella regresó.

—¿Quién llamó a Unai y le dijo dónde estaban esas fotos?

No le dejó tiempo ni a despedirse de su madre. Ella lo miraba cuando colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Fui yo, inspectora. Yo hice esas fotos y yo le llamé desde una cabina al otro lado del desfiladero.

Antía frunció la boca y su rostro se ensombreció.

—Joder. ¿De qué coño va todo esto…?

7

Linda Pascal.

Ese era su nombre. Ismael se había tirado dos horas y media haciendo llamadas hasta que localizó a su familia en Estocolmo. Manda narices. Según su madre, Linda se fue meses después de lo sucedido a estudiar a Londres, y durante mucho tiempo no supieron de ella. La familia tenía dinero, pero su hija desapareció para siempre de sus vidas. No volvió a ser la misma.

—Llamaba en Navidad y algún que otro fin de semana —le dijo la mujer atribulada—. Creímos que era normal porque permanecer en Madrid le hacía recordar lo que sucedió y la prensa la seguía para hablar con ella. Mi marido por aquel entonces era diplomático y solíamos viajar a menudo; Linda quiso volver a Londres. Tiene una prima que vive allí desde pequeña. Hizo su vida en ese país.

—¿Tiene algún teléfono, algún modo de contactar con ella?

—He intentado ponerme en contacto con ella más de mil veces, inspector, pero jamás me ha devuelto una llamada. —Sollozó—. Hace más de quince años que no puedo caminar bien. He tenido muchos problemas de salud, y perdí las energías y la fuerza para… —Se le quebró la voz.

—La comprendo, señora, y le agradezco la información que me ha dado. ¿Por qué no quiso testificar contra Hamlet?

—Nunca lo supimos. No quiso hablar de él. Estaba destrozada. ¡Era una niña! No… No podíamos obligarla a ir allí. No con todo el revuelo y el circo que se montó. Nuestro

abogado nos aseguró que iría a la cárcel el resto de su vida de cualquier modo y… eso era lo importante.

—Comprendo.

Cuando colgó, se quedó mirando el ventilador preguntándose si realmente aquella mujer se había rendido demasiado pronto o si, por el contrario, Linda Pascal se lo había puesto tan difícil a su familia. Tecleó el nombre de la víctima de Hamlet en el buscador y encontró varias coincidencias en cuentas de redes sociales que no tenían nada que ver con ella dada la edad indicada. Memorizó en su teléfono móvil el número de Linda y buscó si tenía WhatsApp, pero no aparecía tampoco. Llamó al teléfono y esperó los tonos de llamada hasta que se cortó. Le envió un mensaje a su dispositivo:

> *Linda, soy el inspector Ismael Roig, del departamento de Delincuencia Especializada y Violencia. Necesito que se ponga en contacto conmigo en este móvil.*

Un sonido en el móvil le confirmó que lo había recibido y esperó.

Eran casi las once de la mañana y tenía un hambre atroz. Al salir del despacho se topó con un compañero de la unidad con el que había estado en la academia de policía años atrás; Daniel Alcántara. Un hombre de su misma edad, con mejor cuerpo y —un detalle importante— más pelo que él. Una envidia abisal se apoderó de él cuando este sacudió la cabeza en un gesto *casi natural*, se apartó un buen mechón de pelo negro de la cara y le hizo señas para que se acercara.

«Vale. Tú tienes un poco más de pelo que yo y posiblemente no te quedes calvo, pero sigues siendo policía y yo inspector. ¡Ja!».

—Bajo a tomar un café. ¿Vienes conmigo?

—Claro —respondió Ismael.

—¿Cómo te trata la vida? No sales mucho con los chicos desde hace unas semanas.

Ya empezaban las preguntitas incómodas.

—No me trata, sin más.

—¿Tienes novia, churri, un chochito que te calme esa mala baba que manejas?

—¿Y si te empujo por el hueco del ascensor, Daniel?

—No sales con nadie, por lo que veo… Sigues tan simpático como siempre.

Llegaron a la cafetería, que estaba atestada de gente, y se arrinconaron en un lado de la barra con dos taburetes forrados en un plástico color limón. Ismael se sentó y se abrió la chaqueta del traje. Daniel se apoyó en la barra.

—Dicen que andas con el tema de ese Hamlet ayudando a Antía Farre. Cuando me jubile me compraré una casita en Asturias. Es un lugar precioso con un clima cojonudo. La última vez que estuve allí me comí un potaje para despertar a un muerto. Luego tuve que parar en mitad de un área de descanso para dormir la mona y tirarme cinco pedos. Casi mato al guardia civil que me despertó cuatro horas después. Cuatro horas… ¡Ya era de noche!

—¿Me lo estás contando en serio?

—Te lo juro, amigo. Dormí cuatro horas metido en el coche mientras aquel potaje hacía su trabajo. Nunca fui más feliz. Luego llamaron al cristal y ahí estaba el tipo mirándome con cara de espanto. Cuando bajé la ventanilla y metió la cabeza en el coche, le cambió el color de la cara, y ya no te cuento cuando me identifiqué y le expliqué por qué estaba allí. Creo que es el episodio más bochornoso que he vivido en toda mi carrera.

—Tiene su gracia. ¡Dos cafés! —chilló levantando la mano hacia la camarera.

—Siempre me llevará en su corazón.

—Y en el sentido del olfato.

Sintió la vibración de su teléfono móvil, aunque inicialmente no le prestó mucha atención entre la perorata de Daniel y el bullicio que se había formado muy cerca de ellos. Su compañero hablaba y hablaba, y él daba sorbitos a un café que podía escaldar al mismo diablo. Otra vez sintió la vibración y lo cogió algo molesto al ver vio su nombre en la pantalla. Cuando apoyó la taza en el platito de porcelana barata, salió disparado de la cafetería dejando a su compañero

con la palabra en la boca y un dónut de chocolate en la mano. Casi se llevó por delante a dos individuos que entraban por la puerta en aquel mismo momento y se disculpó.

Le faltaba el aire cuando respondió a la llamada.

—Soy el inspector Ismael Roig. Gracias por llamar, Linda.

Hubo un silencio un poco incómodo. Estuvo a punto de mirar la pantalla al creer que se había cortado la llamada, pero la mujer habló con firmeza.

—He visto su mensaje. Tiene que ser importante para que me llame. ¿Qué pasa, inspector?

La mujer doliente que pensaba que iba a responder dio paso a alguien totalmente distinto por su timbre de voz. Le recordaba a una abogada con la que había tenido un breve escarceo en Barcelona hacía cuatro años. No quiso dar demasiados datos, pero podía manejar la información que había salido en los medios: el asesino que imitaba a Hamlet, las dos muertes de las chicas y poco más.

—¿Podemos vernos?

—Me encuentro fuera del país. Creí que le había pasado algo a mi madre. Es la única que tiene este teléfono. —Volvió a quedarse en silencio. Un gato maulló en algún lugar y luego suspiró—. ¿Qué quiere?

—Fue la única persona que sobrevivió a Hamlet, Linda. No sé muy bien qué busco, quizá algo que me ayude a entenderlo desde otra perspectiva. ¿Por qué no testificó contra él?

Linda Pascal se quedó en silencio durante casi un minuto. Ismael esperó hasta que por fin habló.

—Era una niña y estaba asustada. Tenía diecisiete años y el abogado que contrataron mis padres nos aseguró que iba a morir en la cárcel. Era lo único que necesitaba para seguir viviendo.

—¿Qué pasó? ¿Qué le dijo? ¿Qué recuerda de ese momento, Linda? Sé que es duro para usted y entenderé que no quiera responderme, pero ha pasado mucho tiempo y cualquier cosa que me diga podría ser importante. Hamlet es hermético, inalterable.

Durante un instante creyó escuchar un murmullo, como si balbuciese o hablase para sí misma. Al cabo de unos segundos

oyó un frufrú y su voz se relajó, casi se apagó, como si quien hablara fuera otra mujer.

—¿Sufre?

—¿Cómo?

—Que si sufre en la cárcel. Supongo que no —continuó cuando Ismael no respondió—. Alguien como él no siente nada. Por eso hacía lo que hacía, porque no sentía nada. Por eso necesitaba matar, inspector.

—¿Por qué necesitaba matar?

Se rio solapadamente, contenida y con cierta burla.

—Ya se lo he dicho, porque no sentía nada hasta que mataba. Me lo dijo antes de estrangularme. Me dijo que era hermosa como las flores y que era el único modo de sentir. Que cuando mataba, cuando estrangulaba a esas mujeres, experimentaba todo lo que ellas sentían: el miedo, el pánico, el dolor, la desesperación, la angustia. No sé si estaba loco o solo se burlaba de mí, pero en aquel momento, a mi edad, le puedo asegurar que su expresión era la de alguien que no estaba mintiendo.

—¿Me está diciendo que él le aseguró que no percibía ningún tipo de emoción y que al matar podía sentir el dolor de sus víctimas?

—Sí.

Aquello era de locos. Se apoyó en la barandilla de las escaleras, junto al ascensor, frotándose la barbilla. Luego se aflojó la corbata con una mano.

—¿Recuerda que le dijera algo más?

No oyó nada al otro lado de la línea y miró la pantalla del teléfono.

—¿Linda? ¿Sigue ahí?

—Sí. No, nada más.

Era como si se hubiese apagado de repente. La oyó respirar más deprisa y creyó que le iba a dar un ataque de ansiedad.

—¿Se encuentra bien?

—No se… preocupe. Tengo que dejarle.

—Le agradezco que me haya dedicado su tiempo, Linda. Si recuerda algo, por favor, hágamelo saber.

—Sí.

—Cuídese.

No respondió. Colgó el teléfono e Ismael se quedó pensativo mirando otra vez la pantalla de su dispositivo.

Llamó al ascensor, las puertas se abrieron y se estrelló contra su secretaria, que parecía que había visto un fantasma por la expresión de su cara cuando lo miró a la altura del nudo de la corbata.

—Le estaba buscando por todo el edificio y su teléfono no…

—¿Qué pasa?

—Han llamado de la cárcel. Hamlet quiere hablar con usted. No me han dicho mucho más, solo que quiere hacer un trato.

—¿Cómo que un trato?

Ella tomó aire, se atusó la melena que llevaba despeinada y se apartó un poco más de él para mirarlo a los ojos.

—Ese director de la prisión estaba bastante ofendido. Supongo que todo esto es nuevo para él y no le hace mucha gracia que un preso como…

—¡Al grano!

—Sabe dónde está la chica secuestrada, eso ha dicho, pero solo hablará con usted y quiere un trato.

—¿Qué?

—Que sabe dónde está la…

—Ya te he entendido. Cancela todo lo que tenga. Me voy para allá. ¡Por cierto! Te mando un móvil, quiero que averigües su ubicación exacta aunque esté en el culo del mundo. ¡Eres buena buscando mierda, Melisa! ¡Averigua lo que puedas de su titular!

8

Ivette estaba sentada junto a Ada frente a una de las mesas de granito que tenía distribuidas en el jardín trasero de la posada. Cuando hacía buen tiempo a los clientes les gustaba desayunar allí. Las enredaderas cubrían el bonito tendejón hecho de hierro forjado y plantas trepadoras, y en las noches de verano encendía las guirnaldas de luces que lo decoraban, prendía las de los maceteros y servía las cenas en aquel rincón idílico

hasta altas horas de la madrugada.

Una bandeja reposaba sobre la encimera con dos cafés, bollería y unos huevos revueltos.

—Tienes que comer, Ada.

Pero Ada seguía mirando al vacío con los ojos anegados de lágrimas y las mejillas pálidas y macilentas. Se limpió la cara con la manga de su sudadera y se encogió, haciéndose aún más pequeña de lo que ya de por sí era.

—No ha podido hacer eso, Ivette. Es imposible. —Sollozó.

—Todo se aclarará, Ada, pero tienes que comer o acabarás en el hospital.

—Teníamos una vida perfecta. Siempre fue un buen hombre. No comprendo… —Se le quebró la voz y rompió a llorar. Ivette la abrazó con fuerza y ella apoyó la cabeza en su pecho mientras hipaba y sorbía los mocos—. ¡No es posible!

Ese era el cuento de siempre, no era la primera vez que lo había escuchado cuando sucedía algo terrible y los medios de comunicación entrevistaban a los vecinos del supuesto asesino o asesina: «Era una buena persona», «Era un chico muy reservado y educado», «Se llevaba bien con todos»…

—¿Tienes idea de dónde ha ido, Ada?

Ada sacudió la cabeza como si sufriera un espasmo. Cogió la taza de café con ambas manos, dando la sensación de estar aterida y de que necesitaba calentarse. Ivette tan solo la observó. No sabía qué decir a aquella mujer que estaba pasando por el peor momento de su vida. No se le ocurría nada y tampoco consideraba que nada de lo que dijera iba a tener mucho sentido para ella. Se acomodó en su silla, cogió el pequeño platito de porcelana con los huevos revueltos y comenzó a comer. El sonido del teléfono, al otro lado del corredor que enlazaba la terraza cubierta y el interior del hotel, sonó estridentemente. Ivette observó a través de los cristales a uno de los empleados del turno de mañana apoyado en el atril de la entrada. Alzó la vista hacia donde ellas estaban y asintió con la cabeza. Luego dejó el teléfono sobre la encimera y fue directo hasta allí. Cuando salió tenía la cara demudada y cerúlea. Ese tipo de piel blanca que se ponía rosa cuando le daba el sol.

—Tiene una llamada.

Ivette se levantó, pero el chico ladeó el rostro y miró a Ada.

—Usted no. Ella. Dice que es… su marido.

Ada también se levantó, pero lo hizo tan bruscamente que volcó la taza de café, e Ivette, sin querer, metió la mano en los huevos revueltos, soltó un taco y se limpió con la servilleta. Casi no logró llegar a tiempo al otro lado del edificio para coger el teléfono auxiliar que estaba en su despacho. Tenía que enterarse de aquella conversación aunque se infartara por el camino. No esperó mucho para rodear la posada cuando Ada se fue detrás de su empleado, entró por una de las puertas laterales y correteó como una desquiciada hasta llegar al despacho casi sin aliento. Levantó el auricular con sumo cuidado, lentamente, tratando de que ningún sonido les interrumpiera la conversación. Lo primero que percibió fue el llanto de Ada. Apartó un poco la boca del auricular para tomar aire y escuchó:

—Ada, lo siento mucho. Lo siento de verdad, pero tienes que creerme. Tienes que creer lo que te digo.

—Me has engañado con una niña… ¡Con… una alumna!

—Ada, yo no le hice daño… Yo…

—¿Qué? ¿Tú qué? Si no le hiciste nada, ¿por qué te escondes, Luis? ¡Deberías estar aquí!

—Es todo muy complicado. Ella me está persiguiendo.

Se hizo un silencio tan insondable que Ivette creyó que se había ido la electricidad en todo el edificio. Esa voz rota de aquel hombre, el sufrimiento de Ada, la traición y todo lo que estaba pasando en tan poco tiempo habían generado en Ivette una sensación de ansiedad en toda regla. Se apoyó muy despacio en el canto de la mesa, se llevó la mano al pecho y esperó. Luis Martell susurraba algo ininteligible bajo los sollozos continuados de su esposa.

—La veo, Ada. La veo en el bosque. La veo desde hace unos días…

—¡Ya sé que la ves desde hace tiempo! No me puedo creer…

—No… ¿Qué? No me estás entendiendo… No está viva… Cuando tú te fuiste la otra noche, ella estaba delante de la

estantería en el salón. ¿Sabes? Me dio un susto de muerte.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde estás? —casi lo chilló.

—De Olivia —susurró como si le contara un secreto—. La he visto…

—No estás bien…

—Pero lo voy a solucionar. Y luego regresaré contigo, cariño. Pero tienes que creerme, fue un terrible error. Un desafortunado error.

—¡Luis!

Pero su marido colgó antes de que ella pudiera decir o reprocharle algo. Volvió a dejar el teléfono sobre su plataforma muy despacio. Tenía claro que Ada seguía sujeta al aparato como si temiera perderlo, así que salió del despacho, trotó por el pasillo y deshizo el camino hasta el jardín de atrás. Casi sin aire y ahogándose —tenía que plantearse el tema del tabaco muy seriamente—, se sentó en la silla, cogió el tenedor con una mano y con la otra su taza de café. Ada ya tenía otra llena sobre la mesa. La vio llegar con el rostro contraído en una mueca de ira y dolor. Se sentó frente a ella y la miró con dureza.

—Está loco… Decía cosas sin sentido…

—¿Dónde está?

—No lo sé…

Había dicho algo del bosque. Estaba segura de que lo había mencionado.

—Ese no era mi marido… No era él. No puede ser él…

De repente, Ada se puso recta, tomó la taza de café y bebió casi todo el contenido de un trago. Ivette dio gracias a Dios por no haberle puesto un vaso de ginebra en aquel momento. La mujer había recuperado la sensatez en milésimas de segundo y ahora no parecía débil, más bien todo lo contrario, aunque también podía ser debido al estado de *shock* en el que se encontraba. Tenía los ojos muy abiertos, una leve mueca de tranquilidad en la cara y parecía que se había rendido.

—Ada, ¿estás bien?

—Llama a Fabio. Dile que venga. Creo que ya sé donde puede estar mi marido.

Dicen que todo aquel que muere pasa por un túnel con una luz muy intensa al final, y que a lo largo del camino aquellos que te amaron o significaron algo para ti te están esperando. Hay voces. En otros casos una suave música que te acompaña. Uno siente paz. Nadie quiere regresar.

Yo también vi mi cuerpo flotando en el agua, decorado con flores, pero acepté lo que me sucedía sin miedo. Todo eso se borró en mí. Luego vi la oscuridad. Me cubrió por completo y me sentí tranquila. No percibí dolor porque llegó antes ese momento de inconsciencia y aquella sensación plácida de que todo estaba bien. Me dejaba arrastrar por una suave marea invisible. Creo que abrí los brazos y dije que ya estaba en casa, pero nadie me respondió.

Creí que todo el dolor había terminado.

Me sentía tan bien...

Qué equivocada estaba.

[10]

1

—Sé dónde está Ofelia. La jovencita rubia del cuadro. La que pinté.

Hamlet caminó dos pasitos de pingüino. El rostro se le iluminó por un suave rayo de sol que entraba a través de la ventana y que remarcaba más sus enormes ojos saltones, la pronunciada mandíbula, los pómulos cadavéricos. Sonrió abriendo la boca tanto que su enorme dentadura —si es que era postiza, cosa que Ismael no sabía— quedó al aire. Era sorprendente la similitud que Hamlet tenía con el personaje perverso del sombrero calado hasta los ojos de *Poltergeist*. Solo pensarlo provocaba en Ismael un escalofrío. Cuando cerró la bocaza que le ocupaba media cara, se sentó con cierta torpeza y se le quedó mirando. Ismael no había dicho ni una sola palabra desde que se había reunido con él y lo miraba sin disimular su duda rabiosa.

Por fin volvió en sí, momento que aprovechó para encenderse un cigarrillo bajo la atenta mirada desaprobatoria del celador que estaba al otro lado de la celda. Soltó el humo haciendo un par de círculos perfectos que se elevaron hasta desaparecer. Cogió un taburete raído que tenía a su derecha y se sentó en él. Estaba bastante ridículo cuando cruzó las piernas y las rodillas casi le dieron en la boca.

—Bien. Sabes dónde está la cría. Genial. ¿Y qué se supone que quieres? Me han hablado de… ¿un trato?

—Le indicaré el sitio.

—¿Qué quieres a cambio, Hamlet? —insistió.

—Ya se lo he dicho, hijo. Yo le indicaré el sitio. Iré con usted a ese lugar y yo mismo le llevaré a la chica. Si no voy, no hay trato. Ella morirá y fin de la historia.

Ismael se rio con los labios muy apretados.

—Tu petición es venir al norte para indicarnos el sitio… Eres muy caritativo, Hamlet. Tengo la extraña sensación de que estás jugando conmigo.

Hamlet alteró su expresión amable y frunció el ceño. Luego volvió a relajar las facciones y sonrió.

—Soy un anciano, inspector, un viejo que ha pasado más de veinte años en esta cárcel, oliendo lo mismo cada día, viendo el mismo paisaje a través de la ventana o del patio. No voy a salir corriendo por el bosque. No intento huir. Solo quiero ir a ese lugar, y si los llevo a la chica y ella está viva…

—Ya sabía yo que el paseo me iba a costar muy caro.

—Me trasladarán a un centro con jardines y biblioteca donde pueda pasar mis últimos días de prisión al aire libre. Ya lo dijo usted, tarde o temprano me soltarán. En este país no existe la cadena perpetua de momento y… los viejos no se mueren en la cárcel. No me está regalando más que un pequeño viaje al norte; saldré en algún momento… Solo le pido que me saque antes de aquí para que pueda pasear, pintar y respirar. A cambio… de la chica.

—Puede que me lo piense si me dices de una jodida vez quién te ha escrito a la cárcel y, ya de paso, quién es el asesino.

Hamlet negó taxativamente con la cabeza.

—La chica no aguantará mucho mientras usted se lo piensa.

Se inclinó hacia adelante casi como si pretendiera darle un beso en la boca. Sus dedos huesudos se apoyaron en la rodilla del inspector y le dieron unos suaves golpecitos.

—Yo no perderé nada, hijo. Unos meses, un año quizá… aquí… ¿Cuánto tiempo lleva la chica desaparecida? ¿Un día? No es mucho. ¿Dos, quizá? No importa. La matará, si es que no lo ha hecho ya, pero eso no lo saben.

—Háblame de Linda Pascal, Hamlet. Hoy he tenido una bonita conversación con ella, ¿lo sabías?

La cara de Hamlet se contrajo. Apartó la mano de la rodilla del inspector, se echó hacia atrás en su catre y miró hacia la ventana.

—¿La ha visto?

—Eso a ti no te importa.

Hamlet sonrió de un modo muy extraño.

—Era una buena chica. Muy participativa…

—Eres un cabrón.

—Sí, bueno. La traté con todo mi cariño. No obstante, existen personas que se resisten a abandonar este mundo… O tienen un golpe de suerte, ¿no cree? Yo lo vi como una señal. Cuando supe que había sobrevivido…, ya sabe. Dios tenía un plan mejor para ella. Seguro que sí. —Volvió la cara hacia él. Parecía enfadado—. La visita ha terminado, hijo. Dese prisa en decidirse, porque mi oferta no seguirá en pie mucho tiempo. Ahora lárguese de aquí, inspector, tengo que pintar un cuadro.

2

Los periodistas seguían zumbando de un lado a otro del valle. Cuatro furgonetas, que con los días se redujeron a dos, permanecían apostadas montando guardia muy cerca de la comisaría mientras tres o cuatro reporteros de distintas cadenas saltaban entre arbustos muy cerca del cámping y entrevistaban a algún que otro chaval borracho, un par de senderistas despistados que no tenían ni la más remota idea de leyendas urbanas o crímenes y a algún vecino reticente.

El alcalde Elvera veía todo aquello como una película en la que no tenía ningún tipo de participación. Se pasaba el día ladrando por teléfono al comisario y luego regresaba a casa con la tensión por las nubes. Los padres de los compañeros de Olivia, al menos, se habían empezado a tranquilizar. Muchos de ellos desconocían que otra chica había desaparecido. No se quería ni imaginar el tormento que podría caerle encima si la noticia llegaba a ellos. Aquella mañana, uno de los padres de un alumno había preguntado en el bar de la esquina del consistorio si era cierto lo de otra chica desaparecida. Elvera simplemente se rio, nervioso y le respondió que era una estudiante que se había perdido, que no tenía de qué preocuparse. El hombre lo miró con ojos de buitre leonado y dudó unos instantes, pero luego se marchó.

Y todavía tenía que conducir hasta el maldito hospital para ver al chico de Jerome Sabín. Su padre lo estaba machacando con el asunto. No tenía ni la más remota idea de lo que había entrado en el calabozo. Elvera estaba convencido de que si aquello le hubiese pasado en el bosque del valle, con toda probabilidad habría sido un oso. El bosque estaba lleno de ellos. Era normal. Pero ¿allí? La ventana superior estaba demasiado alta y era muy estrecha. No se habían encontrado pelos de ningún animal, ni huellas o marcas que les dijeran qué tipo de bicho se había colado allí. Unai no había salido del estado de *shock* en el que se encontraba sumido y solo miraba al vacío. Movía los labios como si hablara con alguien y luego lloraba. Eso le había dicho Jerome por teléfono después de cagarse en su madre dos o tres veces e insultarlo. No se lo tendría en cuenta, por supuesto. Lo estaba pasando muy mal.

Y luego estaba la conversación con su madre la pasada noche. Su esposa había preparado la cena: un buen guiso de carne con patatas fritas, ideal para atascar sus arterias un poco más. Pero ¡cómo lo disfrutaba! Teresa era una magnífica cocinera y sabía cebarlo desde el día que se casaron. Elvera le contaba a su esposa que había leído en alguna revista una cita sobre la comida de una tal Lisa no sé qué —recordaba su nombre de milagro porque le había hecho mucha gracia—, en la que decía que no había nada más sexi que una pera escalfada con un sorbete perfecto. Y vaya si tenía razón. Era la forma más auténtica de reconocer lo que uno sentía por la comida. Fue cuando su madre empezó a gritar desde su silla de ruedas aquello: «Sangre por sangre. Del bosque no se sale», una y otra vez. Pegaba unos alaridos aterradores. Al principio ni él ni su esposa supieron qué hacer hasta que Teresa se levantó y corrió hacia el otro lado de la mesa para tranquilizarla.

—¡Sangre por sangre! ¡Del bosque no se sale! ¡Sangre por sangre! ¡Del bosque no se sale!

Chillaba como una comadreja con aquel tono agudo propio de su voz. Y por todos los santos que Elvera no supo qué hacer. Se quedó paralizado creyendo que le iba a dar un infarto allí mismo. Pero su madre aún estaba bien, a veces tenía algún despiste. Eran noventa y cuatro años, por el amor de Dios,

bastante estaba aguantando sin hacerse las necesidades encima. Pero Teresa logró calmarla y la llevó a la habitación para acostarla. Él se quedó allí tieso con el estómago cerrado en un nudo marinero y la mitad de su cena por terminar. Cuando se levantó y fue a verla, tenía la mirada perdida en el techo. Un hilillo de baba le caía entre los surcos de las arrugas de la barbilla y la mano derecha temblaba agarrotada por la artritis. Se aproximó a su cama, se sentó a su lado y le limpió las babas con una de las servilletas que había sobre la mesita de noche, junto a su vaso de agua y las pastillas.

—Ha empezado otra vez, ¿verdad? —le espetó aferrándolo del brazo con la mano sana—. Ha vuelto. ¡Está ahí fuera!

—Mamá, ¿de qué hablas?

Ella se incorporó con bastante esfuerzo y lo miró con intensidad, como si tratara de descubrir alguna mentira en su forma de observarla.

—Corta los brazos y las piernas. Vuelve loca a la gente como lo hizo con tus abuelos. Ahí —susurró sacudiendo la cabeza hacia la ventana—, está ahí fuera.

Todos aquellos pensamientos lo acompañaron durante el trayecto. Cuando se quiso dar cuenta, ya estaba en el aparcamiento subterráneo del hospital y le latía el corazón a cien por hora. Cuando subió a planta no tardó en visualizar la figura faraónica de Jerome al final del pasillo. Era la primera vez en toda su vida que lo veía vestido de pantalón de traje y una camisa algo arrugada y no con su eterno mono de trabajo y aquel sombrero de paja que se calaba hasta los ojos.

—Alcalde…

Ni siquiera levantó la vista cuando lo saludó. Había perdido todo el mal genio del que solía hacer gala. Parecía agotado, exhausto. Las arrugas se le marcaban aún más y dos bolsas bajo los ojos denotaban que no había dormido muy bien aquella noche.

—¿Cómo está?

—Dice tonterías y no pega ojo. Mi chico se ha vuelto loco.

Se sentaron en una bancada de cuatro plazas que había junto a una máquina expendedora y otra de café. Jerome se frotó las rodillas con las manos.

—He mandado a mi mujer a casa para que duerma un poco y eche un ojo a los animales. Ha sido una noche horrible. Gritaba constantemente tonterías sobre una cabeza en la ventana. Estamos en un maldito séptimo piso, pero él seguía erre que erre con que había alguien en la ventana.

—Puede que el impacto de lo que le pasó…

—¡Ya lo sé! Le dieron un calmante, pero no le hacía efecto. Luego le inyectaron algo y se durmió casi a las cinco de la mañana.

—Jerome, ¿el chico te ha dicho algo? Ya sabes…, sobre esa noche.

Aquel gigante se frotó la cara y asintió.

—Sí, pero no tiene sentido. Dijo que la gente de los árboles lo atacó. Joder… La gente de los árboles. ¿Qué coño es eso? A mi mujer casi le da un ataque de ansiedad y el crío no dejaba de repetirlo… ¿Qué coño está pasando? ¡Él no le hizo nada a Olivia!

—Lo sé…

—¡No! El policía que estuvo aquí hace dos horas me miraba como si fuera un pobre desgraciado. ¡Mi chico no fue! ¡No lo hizo él!

Elvera le puso la mano sobre el hombro. Jerome temblaba.

—Sé que no fue él, Jerome. Todos saben que no le hizo eso a Olivia.

—Pero tampoco saben quién le hizo eso a mi chico, ¿verdad? No tiene ni idea.

—Aún no…

Estaba a punto de decirle algo a Jerome cuando oyeron una risa enloquecida y un estruendo. Jerome se levantó de un salto y corrió hacia una de las habitaciones que estaban en el pasillo perpendicular, seguido de Elvera. Cuando entraron en la habitación, la imagen de Unai, sentado, con la espalda encorvada, la cabeza ladeada hacia la ventana y su muñón vendado junto a un carrito volcado de medicamentos era terrible. El chico estaba tan pálido que parecía un muerto. Tenía los labios morados y los ojos inyectados en sangre cuando los miró.

—¡Me pica el brazo! —dijo intentando rascarse el muñón.

Pero su padre lo sujetó con firmeza e hizo que se tumbara mientras una enfermera entraba en la habitación, empujando al alcalde, y se ponía a recoger el carrito volcado con aire díscolo—. Me pica. ¡Me pica el brazo!

—Dios mío, hijo… No…

La enfermera se aproximó al chico, comprobó el gotero y dijo:

—Es normal que sienta eso, señor. A veces las víctimas de una amputación tienen la sensación de que su miembro sigue conectado al cuerpo. Vamos, Unai, túmbate. Es importante que te calmes y descanses. Todo va a salir bien.

—No era mi intención volcar el carrito. Solo quería ir a la ventana.

—Lo sé, cariño. Es pronto aún. Tienes que descansar. —Luego miró a Jerome y añadió—: No lo alteren, por favor.

Elvera se había quedado igual de paralizado que cuando su madre se había puesto a gritar hasta desgañitarse. La enfermera le colocó las sábanas al chico. Luego acabó de recoger el carrito y salió. Él seguía junto a la puerta como si temiera entrar del todo. Tuvo que apartarse para que la mujer pudiera salir. Así que acabó junto al sillón orejero reclinable, agarrado al respaldo de plástico barato. Unai ni siquiera lo miró. Se mantenía observando con atención la ventana que estaba a un metro de la cama.

—Va a volver, papá. Quiere el otro brazo.

Jerome miró al alcalde y luego a su hijo.

—Unai, ¿de qué estás hablando?

El chico se dejó caer sobre la almohada y comenzó a susurrar algo muy bajito. Su padre se sentó a su lado y le acarició la mejilla. Elvera jamás había visto alguna muestra de cariño en ese hombre en toda su vida y le conmovió.

—Me lo dijo… Me lo dijo… Me lo dijo… —murmuró muy rápido.

—Hijo, tienes que tranquilizarte…

Unai soltó una risa cavernosa propia de alguien que había perdido la cabeza. Eso provocó en Elvera un estremecimiento que dio paso al miedo más profundo cuando el chico lo miró a él directamente y volvió a sonreír.

—Y él lo sabe. Corta los brazos y las piernas. ¡Corta los brazos y las piernas! —chilló.

Elvera se llevó la mano a la boca.

«Del bosque no se sale», le dijo una vocecita de madre en su cabeza.

3

—Buenos días, amado norte. Valle de Caín. Os habla Mauro Torres desde el observatorio de La Trinidad. 80.7. Aquí os dejo unas bonitas palabras de uno de nuestros oyentes… Desde el cámping Comodoro, desde las profundidades de nuestro hermoso valle lleno de turistas de lo oculto…, un bonito poema sobre lo que no se ve…

«La magnificencia del bosque… Produce y protege. Te abraza y te empuja al abismo. No importa lo que signifique para ti. Puede resultar maravilloso pasear a través de él y en la misma medida es capaz de acabar contigo. Detrás de toda esa belleza acecha lo tenebroso. Eso que no se ve, que no se toca, pero se siente. La vida atávica, que es más antigua que la propia historia. Tan retorcido como las ramas de sus árboles, tan espectral y oscuro como la propia noche reverberando sobre el sotobosque. La misma niebla, al descender, abraza al bosque para mimarlo, temerosa de su poder, de su influjo perverso. Eso es el bosque. Y cuando uno lo observa con atención, se da cuenta del poder que tiene. Porque el bosque te mira a ti».

—Impone, ¿verdad?

Fabio sacó el plano del valle, lo puso sobre el capó del coche y pasó la mano por encima para alisar las arrugas de los pliegues. Se escuchaban los ladridos de los perros y los agentes trataban de organizar las partidas. Había un coordinador de salvamento que era el responsable de dirigir los grupos de rescate; un tipo alto y atlético, de mirada amable, que movía los brazos haciendo gestos mientras hablaba con un grupo de personas que se congregaban en torno a él.

—Así que, según Ada Durán, su marido está en el bosque —dijo Antía con un vaso de plástico hasta arriba de café en la mano.

—Recordó una conversación que tuvo con él hace unos meses sobre una zona a tres o cuatro kilómetros del puente de Bolín con unas cuevas en la roca que había descubierto cogiendo setas. Cerca de la presa. Luis Martell le dijo que era un lugar perfecto para pensar o leer. Puede que sea una chorrada…

—No sería un mal sitio para llevar a una víctima, si está aislado. Mataremos dos pájaros de un tiro. Que dividan los efectivos. Yo iré con el grupo que rastree a la chica y tú en el otro.

El coordinador de salvamento se acercó, trotando, con un papel en la mano que sacudía airadamente. Sonrió a Antía con un gesto bobalicón y dijo:

—Estamos preparados. Joven de veinte años sin enfermedades médicas que destacar, según los compañeros que venían con ella. Un metro sesenta y siete, más o menos, y sin experiencia en el área ni conocimiento del terreno. Ropa no apropiada para el terreno. —Miró al cielo y continuó—: Cielo despejado y no se prevé que haya ningún cambio climático.

A continuación, sacó un plano muy similar al que tenía Fabio sobre el coche, lo apoyó encima de este y lo desplegó.

—Hemos establecido esta área en función de la última ubicación de la chica. Aquí —dijo señalando un círculo rojo—. Cuatro kilómetros en línea recta. Será la primera batida que hagamos, eso sin contar con las posibles barreras topográficas del bosque. En total, un área de búsqueda de veinticinco kilómetros cuadrados.

—¿Y el equipo de rastreo inicial? —preguntó Antía.

—Salieron hace una hora. Se han centrado en zonas estrechas de difícil acceso y algún que otro barranco, la zona más complicada del desfiladero y un par de edificaciones antiguas que tenemos localizadas en este perímetro. Tres grupos de tres personas cada uno.

Dos años atrás, Antía había participado en la búsqueda de un niño que había desaparecido de su casa una mañana de

abril. El equipo de salvamento que se ocupó de aquello tardó seis días en dar con el cadáver del pequeño en una poza. Fue horrible encontrar el cuerpecito del pequeño flotando allí dentro. Fue uno de los rastreadores. Lo llamaban «equipos relámpago». Jamás se les iba a borrar de la memoria la imagen de la poza y los gritos de su madre. Nadie está preparado para perder un hijo; es antinatural. Después de aquello, se negó en redondo durante mucho tiempo a participar en búsquedas de personas desaparecidas aunque fuera como una simple voluntaria; era como exponerse a la muerte. Jamás aparecían con vida, y eso era algo que la desmoralizaba y frustraba. Se preguntó qué estaría pensando aquella cría; si tendría miedo, si seguiría viva o estaría pasando hambre y sed. Se le formó un nudo en el estómago y perdió el hilo de la conversación. Lo único que le pasaba por la cabeza era la misma cantinela de siempre: niños o mujeres, siempre era lo mismo. Vio a los dos amigos de la joven detrás de dos agentes uniformados con un pastor alemán. Ambos con el mismo rostro extenuado, despeinados, con ojeras y aquel miedo tan característico que se reflejaba en los ojos de las personas que no entendían lo que estaba pasando.

—¿Inspectora?

Miró a Fabio, que llevaba aquella mañana el pelo enmarañado acabado en punta por encima de la frente, como si no se hubiese peinado, y asintió lanzando el café a una de las papeleras del cámping. El coordinador de salvamento ya galopaba con una evidente hiperactividad hacia otro grupo que formaba un círculo casi perfecto.

—¿Tú sabías que Álex Benassar es periodista?

Fabio parpadeó sin entender muy bien a dónde quería llegar.

—Bueno, sabía que había hecho algo de periodismo, o eso creo. Me suena, pero no que trabajara para ningún medio de comunicación. La verdad…

—Pues era un detalle importante, porque quien filtró la información a los medios fue él y podríamos haberlo parado.

—¿Pararlo? Ellos pueden filtrar lo que quieran, inspectora. Eso es la información. Está en poder de todo el mundo ahora

que cada individuo posee un teléfono móvil.

Antía simplemente se quedó observando a Fabio. Se aproximó de nuevo al plano y tensó la mandíbula antes de hablar.

—Dos mujeres, dos edades diferentes: una niña y una madre de familia. A la madre la violó, pero a Olivia no podemos decir que le haya hecho nada, de momento. Pudo ser consentido. No hay una maldita prueba. Ambas estranguladas con su ropa interior y decoradas con las putas flores del bosque. Escogidas para que encajen con el cuadro de Ofelia. Voy a imaginarme que ha sido Luis Martell, el único sospechoso, que encima está a la fuga y cuyo ADN coincide con los restos de semen que tenía Olivia en la mejilla. Bien, puede ser. Te compro el crimen de Olivia, pero ¿por qué mató a Mía Rojas? ¿Era también su amante?

—Puede ser. Ese tipo era un ejemplo para todos en este pueblo, y ahora sabemos que tenía una relación con esa cría.

—No me cuadra nada. O me cuadra hasta la segunda víctima. Un crimen pasional que acaba mal y luego imita a un asesino en serie porque le gustó su historia. Pero alguien informaba a Hamlet. ¿Fue él? ¿Por qué? Hay cosas que no tienen sentido, pero tenemos que asegurarnos de que fue él o descartarlo definitivamente. No podemos dar por hecho nada, pero tampoco fiarnos de nuestra intuición. Tengo la sensación de que estamos ante algo muy distinto a lo que estamos acostumbrados… Si ese profesor es el asesino de las dos mujeres, tenemos que ser cautos…

—Estamos investigando sus ordenadores personales. Tenía más de uno en propiedad, con varias cuentas en redes sociales y distintos nombres. Mire, yo no soy un experto en la materia, inspectora, pero conozco la naturaleza humana y, casualmente, las personas que más normales nos parecen suelen esconder bastantes demonios en su interior.

—Pues tú eres bastante normal, así que háztelo mirar —le espetó con cierta sorna.

—¿Está segura?

Antía le lanzó una mirada burlona, en el intento de hacerle ver que le había dado en toda la boca con aquel comentario.

—*Touché*.

—Pues ese es el problema, inspectora, que todos somos buenos hasta que dejamos de serlo.

Sí. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Ella dedicaba como mínimo doce horas al día a perseguir malos en las grandes ciudades, con perfiles de lo más variopinto. Fabio era mucho más espabilado cuando cogía un poco más de confianza. Lo había subestimado. Sonrió.

—Vale —dijo Fabio—, me está vacilando. Lo que le estoy diciendo ya lo sabía. Lógico. Soy imbécil.

Ella se dio la vuelta, echó a andar por el camino que daba a los grupos que rastrearían la zona buscando a la chica y volvió a escapársele la risa cuando se ladeó.

—Sí, te vacilaba un poco. Ahora mismo me has dado un motivo para pensar que hasta tú puedes ser un sospechoso. —Lo vio de refilón cambiar de color y ponerse rojo como un tomate maduro—. Pero tranquilo, Fabio, como policía vas a ser muy bueno.

4

—Berta, Berta, despierta. Te has meado encima.

La rata movía su boquita de roedor diabólico mientras se mantenía sentada sobre sus cuartos traseros y levantaba las dos patitas de adelante con sus garras hacia Berta. «Sí —pensó ella —. Es lo que tiene estar encadenada a una mesa de disecciones. Tengo sed, hambre y me duele todo el cuerpo, sobre todo la cabeza».

—Te has manchado su vestido y eso no le va a gustar. Te va a castigar duramente. Puede que te dé unos cuantos azotes en el culo si se siente algo benévolo. Igual tienes suerte, pero todo apunta a que le va a molestar bastante. Dejará de verte pura y hermosa como las flores y te estrangulará como a las otras, cortándote primero en algún sitio horrible para que sufras lentamente, por si te da por escapar.

La rata comenzó a saltar de alegría haciendo círculos y Berta se dio cuenta de que definitivamente se había vuelto loca

o que la falta de alimento y agua la estaba haciendo ver alucinaciones. Stuart Little era mucho más agradable a la vista y amable que aquella puta rata enloquecida. Solo de pensarlo le dio una risa contenida, más que nada por la mordaza que llevaba. Si no la hubiera tenido, estaba convencida de que se reiría como una perturbada. Hasta se hubiese puesto a cantar. «Me he vuelto loca —pensó—. Totalmente loca». Pero estaba demasiado cansada y débil para escuchar al bicho sucio o tan siquiera moverse con la intención de liberarse. O intentarlo, que era otra. Cerró de nuevo los ojos, sintió el sucio calor de su propia orina entre las piernas y suspiró.

El chirriar de goznes en algún lugar remoto rompió el malsano silencio. Abrió tanto los ojos que pensó que le iba a estallar la cabeza del dolor y su amiga la rata correteó de nuevo hacia la zona más oscura y se quedó en un rincón.

—Ahí viene. Ahí viene —su voz gutural de roedor retumbó en la estancia—. ¡Uh! ¡Ah! Viene a darme de comer.

Lo que vio fue cuestión de segundos. Apenas fue capaz de centrar la vista cuando levantó un poco la cabeza para tratar de identificar al hombre que se aproximaba desde una especie de pasillo que no había visto al otro lado del sucio cuchitril donde estaba. No podía verle la cara porque llevaba una especie de tela que se la ocultaba; sin embargo, por las rendijas de los ojos y la boca se veía que había algo vivo allí dentro y… que sonreía. No habló, dejó una bolsa de deporte negra en el suelo. A continuación, se agachó con suavidad frente a una de sus manos muerta y encadenada, y soltó la esposa que la tenía sujeta a la mesa; después hizo lo mismo con la otra mano. Cuando Berta se incorporó ayudada por él, lo primero que sintió fue un horrible mareo. No entendía lo que estaba haciendo.

El tipo, vestido con un pantalón negro y una chaqueta con los cuellos elevados por encima del pasamontañas, pulsó con el pie los frenos de la camilla y ancló las esposas, aún unidas a la cama, a un gancho de la pared. Ella seguía sentada como si acabaran de despertarla: los brazos muertos a ambos lados del cuerpo, el pelo por delante de la cara, un mechón pegado a la mordaza. Levantó la mano para arrancarse la cinta americana

y la tela, pero el hombre hizo un gesto con el dedo índice avisándola de que no era buena idea. Se agachó frente a la bolsa, la abrió y sacó —para sorpresa de Berta— otro vestido de flores idéntico al que llevaba puesto, una especie de palangana y una esponja. La humillación estaba servida en tres…, dos…, uno…

Se desató el infierno. Berta reaccionó. Saltó de la camilla como un animal herido, se soltó la mordaza de un movimiento tan cruel que pensó que se había arrancado media cara y, cuando las piernas comenzaron a correr tratando de huir, la cadena que sujetaba sus tobillos se tensó violentamente; la camilla se bloqueó de golpe y Berta sintió un tirón que la hizo caer de culo en el suelo. Sonó un plof y se elevó una nube de polvo y mierda a su alrededor.

—Hijo de puta… ¡Suéltame, cabrón! —Lo gritó con tanta energía que escupió en todas las direcciones posibles. Él solo estaba ahí mirándola sin moverse.

—Cuando alguien pone los frenos a uno de esos trastos y luego ancla las cadenas a un gancho de la pared, es de lógica que no vas a poder llevártela contigo, Berta. Si te he permitido moverte un poco es para que te asees, comas y bebas. Si sigues gritando, te pondré la mordaza otra vez y me iré. Haz lo que te digo y te dejaré un poco más de libertad, así, para que al menos puedas caminar un poco; medio metro quizá.

—Dile que me dé de comer —oyó decir a la rata.

—Cállate, cállate…

Se dio la vuelta cuando se disponía a llenar el cubo en algún sitio con un grifo, supuso Berta, y la miró.

—¿Decías algo?

Berta negó con la cabeza.

—Me vas a matar… ¿Para qué darme de comer?

No tardó mucho en regresar. Cuando lo hizo, le entregó la esponja y el cubo de agua y jabón, y se apartó un poco para que ella se asease.

—Yo no mato a vagabundas sucias. Hago obras de arte. La mugre no forma parte de mis… Ofelias…

—Pues no me lavaré. ¡Y me cagaré encima para joderte el cuadro, puto enfermo desequilibrado que…!

La abofeteó con tanta fuerza que Berta casi metió la cabeza en el cubo del agua. Estuvo a punto de volcarlo. Se quedó un rato sin saber muy bien dónde estaba ni lo que había pasado. Cuando alzó la cabeza lo vio allí de pie como un titán, con algo que brillaba en la mano y parecía afilado.

—Lávate y cámbiate el vestido.

Volvió a irse un instante. Al cabo de un rato regresó, tomó la bolsa, sacó una botella de agua grande, fruta, un par de bocadillos y se lo dejó todo sobre la camilla.

—Y no grites, Berta; donde estás es imposible que te escuchen. No gastes tus energías. No merece la pena. No tardaré en volver.

Y tras decir eso se fue. Se oyó el sonido chirriante de algo pesado y grande, un portazo y el sonido de sus pasos a lo lejos. Berta se puso en pie, el baño podía esperar. Mejor meada y bien alimentada que mojada, congelada y, encima, hambrienta. Se subió a la camilla. Vio que la bolsa tenía lo que parecía una toalla para que se secara y le hizo gracia el detalle infame que había tenido con ella. Abrió el primer bocadillo y comenzó a devorarlo.

—¡Eh! ¡Dame comida! ¡Dame comida! —chilló la rata correteando hacia ella.

—Eres una alucinación. Tú no comes.

Pero la rata se sentó, levantó las patitas hacia ella y extendió las garras como si esperara su recompensa. Berta se la quedó mirando con cierta curiosidad.

—Yo también tengo hambre. Si me das un poco de tu comida, prometo no morderte cuando te mate ese tarado.

Partió un trozo de bocadillo con los dedos sucios y se lo lanzó a la rata, que se recolocó con su forma de pera y comenzó a comer con las mismas ganas que Berta, solo que ella tenía bigotes y se movían graciosamente al masticar. Berta se los había dejado en la cinta de carrocero. Ese pensamiento la hizo reír durante un breve instante.

Después de lavarse, secarse y ponerse su nuevo vestido, se sentó en el suelo y jugueteó con la bolsa intentando encontrar alguna chocolatina o algo dulce que llevarse a la boca, pero no lo encontró. Ya era mucho pedir.

Se subió a la camilla arrastrando las cadenas metálicas de los tobillos y se durmió. Su último pensamiento: la rata.

5

Caminó por el bosque durante bastante tiempo. El frío a primera hora de la mañana, aun siendo pleno verano, era insoportable. Luego, las temperaturas comenzaban a subir, se llegaba a los veintitantos grados en un abrir y cerrar de ojos, y uno nunca sabía qué ropa ponerse.

Luis Martell conocía muy bien aquella zona. Uno de sus entretenimientos durante el año era recoger setas, pasear por la zona del desfiladero, identificar ciertos árboles y plantas y, en alguna ocasión, contar la historia de la creación de la Garganta Divina a sus alumnos a través de varias imágenes que había localizado en internet, donde se podían ver antiguos habitantes del valle atravesando los túneles recién abiertos en burros, caballos o incluso en barcas de madera por el canal que alimentaba la central eléctrica.

A Olivia le apasionaban todas aquellas historias. Una de sus asignaturas preferidas era Historia, y más de una vez le había pedido que la acompañara a la Garganta Divina para ver los túneles, el molino y todos los rincones que habían formado parte de su creación. El desfiladero era una zona peligrosa y ella no se atrevía a hacerlo sola. Él la acompañó.

—Lo siento —dijo con apenas un hilo de voz saltando una rama atravesada en el camino—. Siento todo el daño que te hice. Lo siento de corazón, Olivia.

Eran las visiones. Habían empezado el mismo día que Olivia había muerto. Le atormentaban y le aterraban. Primero, porque inicialmente creyó que era una alucinación y que se estaba volviendo loco. Más tarde comprendió que ella estaba allí, muy cerca de él. La primera vez que la había visto eran casi las tres de la mañana y se había levantado a por un vaso de agua. Ada dormía profundamente y bajó a la cocina en completa oscuridad. Allí fue donde la vio. En mitad del pasillo que unía el salón con la cocina. De pie, con las piernas

separadas y descalza. Al principio, la falta de luz le hizo creer que era alguna loca drogadicta, pero que él supiera no había nadie en el valle que pasara por una situación así. Luego encendió la luz del pasillo y sus ojos se posaron en ella: en el pelo mojado, que dejaba caer gotas de agua como lágrimas, con un sonidito seco sobre el parqué, y en los brazos, flácidos y blanquecinos, tan transparentes que se le notaban las venitas violetas bajo una piel nacarada y mortecina. Luis, en aquel momento, no hizo nada porque no era capaz de comprender la naturaleza de su visión. Creyó que estaba soñando y se pellizcó. Ella seguía allí. Su vestido de flores estaba lleno de barro y restos de hojas secas pegadas a él. El rostro, ligeramente inclinado sobre el hombro derecho, reposaba como roto, acompañando a aquellos ojos cansados y perdidos que no miraban a ninguna parte. La puerta que daba al jardín trasero se abrió por un golpe de viento y Luis desvió la vista hacia ella. Luego Olivia ya no estaba; se había evaporado, pero en el suelo seguían las gotitas de agua, un par de hojas marrones rodaban juguetonas en dirección a la puerta y había un leve rastro de pisadas hasta la mesa de la cocina. Nada más.

Aquella noche no se acordó de beber el agua. Se quedó plantado en el jardín trasero mientras la brisa nocturna le golpeaba la cara y le hacía cosquillas en los pies. El corazón le martilleaba las costillas y no fue capaz de conciliar el sueño. Desde entonces se conformaba con pequeñas cabezadas entre clase y clase en su despacho. Lo hacía mirando la fotografía de su esposa, cuando las noches comenzaron a convertirse en un tormento, porque ella siempre estaba allí, en el salón, junto a la chimenea, sentada en el sillón orejero del rincón más alejado de su habitación matrimonial, a tan solo un metro de Ada, en el tercer peldaño de la escalera que daba al piso superior; encorvada, temblando, mirando sus propios pies descalzos sobre la alfombra de lana…

Fue la noche en que Ada se marchó cuando no lo soportó más. El instante en que regresó del aseo para apagar el ordenador y se dio cuenta de que su mujer no estaba. Olivia estaba allí, delante de la estantería de libros, con el brazo levantado hacia la ventana, apuntando hacia la noche. Había

algo diferente en ella aquella vez, una particularidad en el rostro que no había visto en las otras apariciones que le heló la sangre más, si cabe; sonreía con la mirada perdida como era habitual en ella. No se dirigió a él. Habló como si le contara un secreto a alguien para que él lo escuchara, con malicia. Y cuando lo hizo le crujieron los huesos del cuello y sonó un chasquido aterrador.

—Del bosque no se sale…

6

Estaba en el borde del desfiladero con la mirada vidriosa cuando oyó el crujido de las ramas y vio al agente Fabio Soler allí, de pie. Sujetaba la pistola con el brazo derecho en tensión, apuntando al suelo. No se dio la vuelta del todo, solo ladeó la cara y sonrió.

—Martell, apártate del barranco y levanta los brazos. Vamos a irnos los dos juntos a comisaría y arreglaremos esto de una vez.

—¿Cómo está mi mujer?

—Ada está bien, pero necesita verte. Venga, amigo, date la vuelta y camina hacia mí.

Un remolino de polvo se elevó entre ambos formando un pequeño torbellino de hojas, tierra y porquería que se alzó en el aire para ser barrido hacia un lado y desaparecer. Fabio lo observó un par de segundos, luego fijó la vista en Luis Martell, que seguía de espaldas a él, y levantó la voz:

—¡Martell, date la vuelta y aproxímate a mí!

Luis obedeció. Lo hizo muy despacio, con los brazos algo levantados a la altura de las caderas y las palmas de las manos apuntando al agente Fabio. Pero en vez de dar un paso hacia él, lo dio hacia atrás, hacia el barranco.

—Lo he perdido todo —murmuró—. Ada jamás me va a perdonar. Mis vecinos me consideran un monstruo… Mi vida… No me queda nada. —Tragó saliva y su gesto se crispó—. Lo siento tanto…

Percibió la duda y el miedo del joven agente cuando dio

otro paso atrás. No sabía muy bien lo que estaba haciendo. Se sentía perdido, asustado. Fabio levantó ambos brazos, hizo un gesto para que mirara hacia la mano que tenía la pistola y se la guardó en la funda.

—Escucha, mira, me voy a guardar esto y hablaremos. No hagas tonterías. Ven hacia mí. Todo se arreglará. Te pido por favor que no hagas una locura, Martell. Tu esposa no superará algo así. Piensa en ella. Piensa en lo que habéis tenido, ¡joder!

Ahí estaba otra vez Olivia, junto a un árbol, con su vestido de flores. Apoyaba una de sus lánguidas manos contra el tronco. La cabeza inclinada hacia adelante, el pelo chorreando, los apagados ojos entornados, como si se acabara de despertar de un mal sueño y no supiera dónde estaba. Dio un paso hacia adelante y un chasquido retumbó con tanta intensidad que pareció salir de las entrañas del mismo bosque. Junto a ella había una silueta alta con algo puntiagudo en la cabeza que parecía recortar las ramas de los árboles con la sombra que proyectaba su extraño atuendo. Luis Martell se la quedó mirando sin saber muy bien qué hacer. Ese gesto hizo a Fabio girarse unos instantes y volver rápidamente a su posición.

—¿No la ves?

—¿A quién?

—A Olivia. Está ahí. Justo detrás de ti.

Por el gesto de conmiseración y lástima que vio reflejado en la cara del agente, Luis Martell se dio cuenta de que no podía ver nada. Ese era su castigo: ver a Olivia el resto de su vida por lo que había hecho. Fue en ese mismo instante cuando advirtió que algo corría entre la vegetación del bosque. Algo que no podía ver con nitidez o parecía veloz. Zarandeaba los arbustos desde distintos puntos del sotobosque haciendo bailar las hojas y las ramas de los árboles como si una manada de lobos los estuviera rodeando a ambos. Luis Martell movió la cabeza de derecha a izquierda varias veces, sin lograr ver más que la figura alta enlutada poco nítida y a Olivia crujiendo a cada paso que daba. Estaba un poco más adelantada que el agente. encorvada como si tuviera chepa, los brazos balanceándose por delante de las piernas torcidas y la boca abierta.

—Santo Dios…

—Martell, por favor… —Avanzó dos pasos.

—No te muevas más o saltaré. No te acerques. No lo hagas.

—Piensa en Ada, por el amor de Dios.

—¿Qué quieres de mí? —lo preguntó con la seguridad de que no iba a obtener una respuesta de Olivia. Era como si su cara se hubiese congelado.

—¿Con quién hablas?

Porque miraba al vacío absoluto mientras las lágrimas le caían por las mejillas y le empapaban los labios con sabor a sal. Fabio dio un pasito más y sintió que el corazón le subía a la garganta cuando vio mirar de soslayo a Martell. Su desolación dio paso a una mirada furtiva que hizo que el agente diera dos pasos más hacia él y el profesor se situó al borde del desfiladero. Algo rodó hacia la profundidad del barranco; piedras, tierra, un par de ramas sueltas…

—Martell…

—Dile que la amo. Y que lo siento.

—Díselo tú. Vas a venir conmigo y esto quedará en un susto estúpido. Vamos, Martell, por todos los santos, ¿no te das cuenta de la tontería que quieres hacer? Por favor, apártate del barranco. No cometas una puta locura por nada. ¡Todo tiene una solución! ¡No puedes hacerle esto a Ada!

Miró hacia Olivia. La tenía tan cerca que pudo ver que le salía un gusano de la nariz. Ella no le prestaba atención, observaba el barranco con cierto deleite en los ojos enfermos. La figura puntiaguda había desaparecido; se había esfumado.

—Dile también a mi esposa que jamás quise hacerle daño, que perdí la cabeza, que no sabía lo que estaba haciendo.

—¿Dónde está la otra chica, Martell? Si cometes una locura, jamás…

—Del bosque no se sale. Tenías razón, Olivia… —murmuró sonriendo.

Y saltó.

7

—Buenos días, amado norte. Valle de Caín. Os habla Mauro

Torres desde el observatorio de La Trinidad. 80.7. Hoy amanecemos y aprovechamos los últimos coletazos de ese mes de junio que está a puntito de concluir con un día soleado, algo fresco, pero perfecto para disfrutar de buena música. ¿Listos para recordar nuestros clásicos de siempre? Neil Diamond y su fantástico temazo *Sweet Caroline*.

8

Abrió la puerta de casa y se topó de frente con su madre, que parecía tener lo que Álex solía llamar «un buen día». Estaba radiante con el pelo suelto y un vestido azul largo hasta los tobillos. Los rizos castaños serpenteaban y galopaban sobre la espalda menuda mientras trataba de colgar un cuadro que acababa de limpiar. Cuando lo vio allí de pie, observándola atentamente, sonrió de una manera muy especial que Álex adoraba. La misma sonrisa que él recordaba cuando era un niño y ella lo mecía entre los brazos y le cantaba alguna canción. La radio de fondo hizo que su madre bailoteara un poco mientras se acercaba a besarlo en la mejilla y luego en la frente; siempre lo hacía.

—Hola, cariño.

—Te veo muy contenta hoy, mamá. —Dejó la chaqueta sobre el sofá y el periódico encima de la mesa de centro.

—Me encuentro muy bien. —Ella siempre se encontraba muy bien; al menos era lo que pensaba—. Voy a ir a pasear con Alicia y Cata. Puede que incluso nos demos un paseo después por el pueblo, nos sentemos en alguna terraza a tomar el café y luego vayamos a la posada. ¿Te animas?

—Te agradezco la invitación, pero hoy tengo mucho trabajo. —No le agradaba la idea de dejarla sola mucho tiempo, pero tenía que pasar por la Posada de Caín, hablar con Ivette y, de paso, investigar sobre el tipo disfrazado de negro del bosque—. Lleva tu móvil por si necesitas llamarme. No salgas sin él.

Transcurrieron unos segundos hasta que asintió con esa sonrisa de conmiseración tan propia de ella y se apresuró a maquillarse en el pequeño baño que estaba al lado de la

cocina.

—Me he enterado de lo de la chica esa que se perdió en el bosque. Me lo ha contado Cata cuando hablé con ella —oyó decir a su madre desenfadadamente—. Y lo de las dos mujeres. Es terrible.

—¿Y que más te contó Cata?

—No te enfades, Álex. Que viva aislada muchas veces no significa que no pueda soportar saber ciertas cosas desagradables. Es una terrible tragedia.

Las viejas cotillas del pueblo eran como papagayos sin filtro. Una cosa era lo que sucedía de verdad y otra muy diferente lo que contaban ellas. Álex entornó los ojos y, cogiendo el mando de la cadena de música, disminuyó el volumen de Neil Diamond y se volvió hacia el aseo, donde ella estaba de espaldas pintándose la raya del ojo con precisión.

—Sí. Es una tragedia, pero tú olvídate de eso. No pienses en ello, por favor.

Ella canturreó que sí, que le haría caso. Al cabo de unos minutos, el olor de su perfume preferido invadió la casa entera. Salió con su bolsito de mano y una *pashmina* a juego sobre los hombros desnudos.

Álex se quedó sentado en el sofá durante un buen rato. Dándole vueltas en la cabeza a su conversación con la inspectora Antía, antes de que saliera hacia el valle para buscar a la chica y al profesor.

—Sí, fui yo. Lo hice porque estaba convencido de que había sido el chico y quería ponerlo nervioso. Ver cómo reaccionaba con las fotos que les hice un día que andaba por el valle con la cámara.

Ella le había mirado de un modo furtivo y estuvo a punto de pensar que le iba a dar un puñetazo en toda la boca, pero Antía se contuvo. Vaya si lo hizo.

—Te estaré vigilando, periodista —fue su última frase.

Quería hacerle sentir culpable de encerrar al chaval y después de todo lo que le pasó. Se lo notaba en la mirada de desprecio que le regaló cuando estaba hablando y en lo mucho que se contuvo para no meterlo en el mismo calabozo y tirar la llave a un pozo. Cosa que podía hacer si quería. Tenía razones

y él lo sabía.

Se levantó y fue directo a darse una ducha, mirar los correos y pasar la mínima información para tener contento a su jefe y no acabar en la cárcel.

La imagen de la noche en el molino lo golpeó de repente la cabeza, como si aquella cosa alta y enlutada tratara de meterse en sus recuerdos por la fuerza. Le ponía nervioso y tenía que investigar un poco más aquella estúpida leyenda.

Lo que fuera aquello le había dicho algo esa noche. Algo que no le había confesado a Antía y que Aurora no había escuchado porque estaba medio catatónica en mitad de la oscuridad.

Algo que se guardaba para él…, por el momento.

9

—¿Quiere saber una cosa, hijo?

Hamlet miraba por la ventanilla del Megane de Ismael Roig. Llevaba puesto un pantalón vaquero, una camisa negra de botones blancos abrochada hasta el cuello y una chaquetilla de punto gris. Ismael no estaba seguro de si compararlo con el párroco de su pueblo, el malo de *Poltergeist* o su vecino del cuarto. Daba igual. Hamlet ya era un anciano y, por mucho que pareciera un chiflado enloquecido, su edad le confería un aspecto más dado a la simpatía que al pánico que podría generar si conocieran su trayectoria. El viejo suspiró después de mirarlo fijamente y no obtener una respuesta y dijo:

—Llegamos a este mundo igual que lo abandonamos, con las expectativas demasiado altas. Nos sacan de nuestra madre, donde estamos muy cómodos, y nos sueltan un manotazo para hacernos respirar un aire que no deseamos, que no elegimos. Es como si te dijeran: «¡Eh! ¡Bienvenido! Te van a joder, vas a sufrir, puede que enfermes y tengas un cáncer, y aquí tienes una hermosa hipoteca para que pagues hasta que te mueras. Cuando entiendas profundamente la vida, ya serás demasiado viejo para vivirla. Esto es lo que hay». —Sonrió—. Por eso tenemos que entretenernos por el camino.

—Tu manera de entretenerte deja mucho que desear.

—Usted también ha matado, inspector. No lo olvide. No hay tanta diferencia entre nosotros.

Vale. Pararía el coche, lo dejaría en mitad de la autopista y esperaría a que pasara un camión por encima de él.

—Yo no violo ni mato niñas. —La mera mención de aquello le revolvió el estómago y sintió los ácidos subiéndole hasta la garganta, quemándole.

—Pero ha matado. Un asesino es también hijo de alguien. Al final ha matado. Aunque tuviera sus razones, ha segado vidas. Yo podría tener mis razones aunque no se entiendan, lo comprendo…

—Hamlet, abre la boca para decirnos dónde está la cría. Mientras tanto, me importa una mierda tu sentido de la vida y la muerte o lo que demonios tengas que decirme. Espero por tu propio bien que este viajecito de placer que me estás obligando a hacer sirva de algo, por la cuenta que te trae. Te aseguro que, como estés tramando algo, te meteré en un módulo donde no le tienen mucho cariño a personas como tú.

Hamlet asintió en silencio con un movimiento de cabeza y volvió la vista a la carretera.

—Desde que era muy pequeño veo cosas —dijo entonces, haciendo que Ismael tensase las manos y apretara el volante—. Nunca supe cómo explicarlo, pero me aterraban. Dormía en una habitación del ala norte de la casa. Era grande, demasiado para un niño y su madre. Así que, cuando ella trabajaba, yo me dedicaba a inspeccionar cada habitación. Era un piso antiguo del siglo XVIII que había pertenecido a mi abuela. Tenía los techos muy altos y lámparas de araña que a veces se balanceaban sin ninguna razón. Las luces se encendían y se apagaban, y le juro que escuchaba entre las paredes llorar a una mujer. Primero pensé que era una vecina. Vivían muchas ancianas en el edificio, así que no sería raro que aquello sucediera, que la vecina llorara o que hubiera alguna disputa que yo pudiera escuchar.

»Una noche, estaba en mi habitación sentado en la cama y mi madre aún no había llegado del trabajo. Ella servía en una casa de unas personas muy ricas y se tiraba muchas horas fuera

de casa; eso sí, ganaba un buen dinero, todo hay que decirlo. Pues bien, estaba, como le digo, sentado en la cama, leyendo un tebeo, y oí unos pasos. Creí que era ella y salí al pasillo. Imagínese el miedo de un chiquillo de ocho años. Estaba al final del pasillo. Una vieja vestida de negro con una trenza muy larga gris. Recuerdo la trenza porque la llevaba hacia adelante con un prendedor muy brillante. Y también recuerdo que, bajo el vestido, sus medias estaban agujereadas; una subida hasta la rodilla y la otra hecha un rollito casi en el tobillo. Lo peor de todo fue ver como sus zapatillas negras no tocaban el suelo… Al avanzar, parecía que estaba subida a esas escaleras automáticas del metro. Fue mi primera visión y la que más pavor me dio, hijo. No volví a dormir bien en esa casa hasta que mi madre la vendió y nos fuimos a un pisito más moderno. La vieja me atormentó siempre que pudo, ¿sabe? Una loca chiflada que a veces se quedaba en un rincón de mi cuarto con la cabeza inclinada, los dientes amarillos asomando en una sonrisa que me helaba la sangre y aquellos ojos… grandes, negros como los de un perro y tan… perversos…

—Los niños tienen mucha imaginación y…

—No sea estúpido. Mis cuadros vienen del mismo lugar que la vieja llorona. Ya se lo dije.

—Tus cuadros vienen de la información que te da tu imitador.

Hamlet se rio.

—Su pragmatismo y su falta de fe no le ayudarán en este caso, inspector. He sido sincero con usted.

Ismael giró la cabeza para mirar a Hamlet y chasqueó la lengua.

—Un niño con visiones del mundo paranormal que decide un día matar mujeres porque se siente solo y abandonado y, posiblemente, incomprendido. ¿Es eso? ¿Las niñas se metían contigo en el colegio? ¿Tu profesora te hacía de menos? ¿Por eso un día decidiste matar chicas inofensivas? Igual te recordaban a tu compañera de clase, la que se sentaba a tu lado, o a tu profesora de Lengua.

—Mis visiones no tienen nada que ver con lo que hice, inspector Roig.

—Sentías lo que ellas sentían cuando las estrangulabas —añadió Ismael—. Eso dijo tu octava víctima.

En aquel momento era Hamlet el que lo miraba con atención.

—Exacto. Por eso no la maté.

—¿Qué?

10

Desde allí se escuchaba el ladrido de los perros, el murmullo del río descendiendo por el amplio canal serpenteante, salvando las empinadas elevaciones y acariciando las laderas herbosas sobre los amplios abismos. Antía contempló el túnel excavado en la propia roca. Para llegar a él debía atravesar el canal o descolgarse de la cima. Era uno de los pocos lugares que les quedaban por explorar y aun así le resultaba muy difícil que encontraran nada. Demasiado a la vista, demasiado fácil para que Berta Farina estuviera allí.

Muy cerca de ella estaban los dos amigos de la joven, Roberto e Iván. Parecían dos almas en pena trotando torpemente detrás de los voluntarios. No comprendían nada porque nadie les había explicado nada. Solo que su amiga no estaba y ellos seguían confirmando la historia que le habían contado a Fabio sobre los fantasmas y los chicos del campamento que fueron asesinados. Nadie encontró nada en el bosque y no se había denunciado ninguna desaparición más. Pero Antía ya dudaba de todo lo que veía. Por momentos creía que se estaba volviendo loca, que ya no tenía la capacidad de seguir con aquel caso después de lo que había vivido en el viejo molino junto a Aurora, pero ¿qué iba a explicar? La única persona con la que realmente tenía confianza era con Ismael y no estaba muy convencida de que él no le pidiera que fuera al psiquiatra después de aquello.

—¡Fija la cuerda, subnormal! —se oyó a lo lejos.

Después de horas escalando, atravesando caminos imposibles, cuevas oscuras y zonas rocosas de difícil acceso, los ánimos de muchos estaban decayendo por el agotamiento. Un

tipo con arnés que descendía por una cuerda hacia la cueva parecía tener problemas con los anclajes. Antía se quedó hipnotizada observando el descenso paulatino hasta que quedó suspendido delante del boquete que se abría frente a él y desapareció en el interior del socavón abierto en la pared de la roca. Al cabo de unos minutos apareció haciendo señas y hubo susurros de desánimo generalizado entre los que se mantenían expectantes frente al canal.

—No puede haber desaparecido —dijo uno de los amigos de Berta acercándose a Antía—. No puede haberse esfumado. ¡Tiene que estar en algún lado!

Antía miró al chico. Tenía un rizo pegado a la frente y las mejillas rojas por la caminata que se había metido y que, por supuesto, no estaba habituado a hacer.

—¿Eres…?

—Iván. Y este es Roberto —respondió señalando al otro.

—Sí, conocía vuestros nombres, pero no os diferenciaba aún bien.

—¿Por qué los perros no huelen el rastro? ¿No son perros de la policía? ¿No deberían estar acostumbrados a esta puta mierda? No veo que huelan el suelo o…

—Disculpe a mi compañero —alegó Iván mirando de reojo a Roberto—. Está nervioso y es un poco retrasado.

—¡No estoy para bromas!

—Pues no seas maleducado, coño.

—Calmaos los dos. Los perros trabajan con el olor de referencia que les hemos proporcionado. Van rastreando no solo el suelo, sino el aire, las plantas; cualquier punto donde pueda haber partículas de ese olor que tenía la chaqueta de vuestra amiga.

Los chicos no respondieron. Se quedaron mirando al suelo como si hubiesen perdido algo y Antía recorrió con la mirada toda la elevación rocosa. Cuando vio a un hombre que estaba junto a un grupo de lugareños que se habían ofrecido a ayudar en la búsqueda, se alejó mientras les decía:

—La encontraremos. Volveréis a casa juntos.

Los dos chicos intentaron sonreír, pero solo les salió una mueca algo grotesca. El hombre, el pastor que había

encontrado el cuerpo de Olivia, permanecía inmóvil observando el canal con las manos apoyadas en un bastón de madera tallado a mano y una gorra negra calada y algo inclinada hacia adelante. Cuando vio llegar a Antía, la saludó con un movimiento de cabeza.

—¿Leo?

—Veo que tiene buena memoria.

El tipo le tendió un paquete de cigarrillos que sacó del bolsillo del pantalón.

—No, gracias. Necesitaba hacerle una consulta. Toda su familia es de aquí, ¿verdad?

—Cuatro generaciones, para ser exactos. Todos pastores de cabras. ¿Por qué lo pregunta?

—Me han dicho que aquí existieron edificaciones antiguas que ya no se mantienen en pie. Una de ellas, una iglesia.

—Una iglesia románica, para ser exactos. No queda nada de ella… O sí… Puede que algunos restos de piedras de la fachada frontal y están cubiertas de musgo.

—¿Dónde está?

—Pasando el puente de los Rebecos se llega al canal de Trea. Más o menos a siete kilómetros de aquí, no estoy muy seguro. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Me hablaron de ella.

—¿Cree que la cría puede andar por allí? Los voluntarios ya pasaron por esa zona.

—No. Solo intento descartar zonas del mapa. No conozco este sitio como ellos.

11

El miedo es un sentimiento farragoso. Se extiende por el cuerpo, desde la boca del estómago, sube por el tubo digestivo pasando por el paladar para alojarse en lo más profundo del cerebro. Exactamente en el lóbulo temporal. Allí se queda anclado, desencadenando una reacción primaria que puede llegar al terror más absoluto si uno no lo puede controlar.

Fue justo eso lo que sintió Antía cuando vio llegar a Fabio

Soler con el rostro desencajado y la camisa cubierta de barro desde el cinturón del pantalón hasta el cuello. Comenzó en el estómago, aunque sabía que todo venía de su linda cabeza, y trepó perezosamente hasta la garganta y las sienes. Primero lo sintió como un pinchazo atroz; después, como un zumbido en la cabeza.

—Se ha tirado por el puto desfiladero.

—No puede ser verdad…

—He intentado llegar a él, pero…

—¿Y la cría?

Él negó con la cabeza, encogiéndose de hombros y apretando los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Solo dijo antes de saltar: «Del bosque no se sale».

Antía se llevó la mano a la frente.

—¿Está vivo? ¡Está vivo! —Agarró su brazo y lo sacudió con tanta fuerza que Fabio se apartó un poco de ella—. Dime que sigue vivo, joder.

—Sigue vivo, pero dudo mucho que pueda decir una… —Fabio tomó aire y luego vació los pulmones. Era como si necesitara tomarse unos minutos para asimilar lo que estaba sucediendo—. Lo han llevado al hospital custodiado por dos agentes. Se golpeó la cabeza, y tiene rota una pierna y los dos brazos. Si sale de esta, no sé cuándo podrá hablar con nosotros.

—No podemos perder a Martell o no sabremos nunca dónde coño está la cría.

—Lo sé.

El teléfono vibró en el bolsillo del pantalón de Antía. Le temblaba la mano cuando lo encendió y lo acercó a la oreja.

—Ismael, ahora no puedo… ¿Qué? ¿Contigo?

Cuando colgó después de varios minutos, aún le dolía más la cabeza. Miró a Fabio, que la observaba con expectación y la apariencia de haberse arrastrado entre una piara de cerdos, y dijo:

—Mi compañero está viniendo hacia aquí. Está a una hora y media, más o menos. Viene con Hamlet. Dice que sabe dónde está la chica.

12

El miedo tiene un color oscuro, casi negro. Provoca en la persona un aumento en su presión arterial, la actividad mental se dispara y la adrenalina se extiende como un chorro de manguera por todo el cuerpo. Y pueden suceder dos cosas. Una de ellas, la más importante quizá: la parte primitiva de la mente manda señales intensas de alerta; te grita desde esa amígdala del tamaño de una almendra que debes huir, que estás en peligro y puedes morir. Y uno huye. Sin embargo, está la otra reacción: el miedo puede paralizarnos. El razonamiento se va de paseo durante ese estado de pánico, nos bloquea cada músculo del cuerpo y perdemos cualquier posibilidad de reacción. No hacemos nada.

Así estaba Unai Sabín cuando la enfermera salió de su habitación y su padre se quedó dormido en el sillón reclinable. Pero su parálisis no tuvo nada que ver con un posible miedo psicológico o una idea anclada a la mente. Fue la cabeza en la ventana. La silueta desgreñada que lo miraba con atención con los inconfundibles ojos de perro negros que ya conocía muy bien. Y por supuesto que trató de gritar para avisar a su padre, pero ese mismo cerebro que controlaba su ataque de pánico estaba demasiado ocupado en aquel momento para hacerlo hablar, por lo que Unai se limitó a abrir la boca como si fuera un pez y a mover los labios sin decir nada. Su respiración se aceleró tanto que notó que las costillas tamborileaban al mismo ritmo formando un dúo de percusión. El picor fantasma de su *no brazo* amputado se volvió casi insoportable, solo que en ese momento tampoco le importó. La cabeza se acercó un poco más hasta que la frente de aquella cosa chocó con el cristal sin hacer ruido. Y en esa parálisis, acostado sobre la almohada, con la mano aferrada a la sábana y agarrotada por la tensión, fue consciente de algo aterrador; era él, era su cara lo que estaba allí fuera. Él, con el aspecto de un cadáver macilento, con los labios amoratados y venosos, las mejillas hinchadas por la descomposición, el pelo poblado de ramas, hojas, barro y porquería. Era él sonriéndose a sí mismo mientras elevaba la mano para traquetear con unos dedos

largos y huesudos el cristal. Su réplica sonrió. Tenía los dientes negros, podridos, llenos de tierra. Movió la boca muy despacio y Unai pudo leer en sus labios: «Hola».

13

Aurora paseaba por el pueblo cuando el Megane negro de cinco puertas hizo acto de presencia en la calle principal. Lo vio pasar traqueteando muy despacio sobre las piedras decorativas. También escuchó la sirena de una ambulancia a lo lejos y pensó por un momento, esperanzada, que allá en el valle, donde el desfiladero se abría paso como el filo de un cuchillo entre las rocas, habían logrado dar con la chica desaparecida. Su miedo fue más irreflexivo, irracional. No la paralizó, ni tampoco le dieron ganas de huir despavorida calle abajo. Cuando vio al hombre en el interior del vehículo y este sonrió, se sintió frágil y vulnerable. Era un hombre mayor, de pómulos marcados, boca grande y ojos saltones, que la contemplaba como si fuera una vieja amiga de la infancia. El otro tipo, el que conducía, era mucho más joven y ni siquiera se percató de que Aurora estaba en la acera, muy cerca de ellos, y que se había quedado tiesa como el poste de la luz que tenía al lado. Buscaba algo. Quizá una dirección. Pero el miedo sí creció cuando miró el asiento de atrás del coche y vio a la chica macilenta encorvada hacia adelante con el pelo por la cara lleno de lo que parecían ramitas y hojas del bosque. Fue tan solo un instante. Aurora cerró los ojos con fuerza y cuando volvió a abrirlos no había nadie más que aquellos dos hombres en el vehículo. El pájaro parduzco apareció de nuevo revoloteando en círculos sobre el coche.

—Presagios de muerte —murmuró en un susurro.

14

Álex Benassar acababa de salir de casa después de pasarse tres cuartos de hora con el ordenador. Tenía algo importante que

terminar antes de ir a la Posada de Caín. Estaba parado en el semáforo que unía la calle Arzua con la plaza Mayor y pensaba en el tipo del alfiler en la cabeza cuando un vehículo se puso a su lado. No solía mirar a los coches que paraban a su lado, era algo que le desagradaba y tendía a avanzar un poco hacia adelante o quedarse más atrás. En esta ocasión sí lo hizo… La silueta que percibía de refilón en el coche de al lado le provocaba una sensación de congoja. Parecía como si se hubiese quedado mirando hacia él sin ningún tipo de disimulo, así que se volvió y vio al hombre.

15

—¿Ocurre algo, Hamlet?

Hamlet miraba hacia su derecha más tieso que una vara de bambú y las manos retorciéndose sobre el regazo.

—Nada importante, inspector.

El semáforo se abrió e Ismael pisó el acelerador, levantando una nube de polvo en forma de pequeño remolino que se fue expandiendo hasta quedar en nada. Tenía las coordenadas del valle, pero no estaba muy seguro de por dónde salir, ya que había una calle cortada, por donde se suponía que tenía que pasar. Dio un volantazo y giró por la siguiente calle, pasó por una plaza diminuta, por delante de una confitería pintada en azul, que parecía no pegar mucho con el aspecto señorial del resto de edificaciones, y siguió su camino.

16

El alcalde Elvera estaba en la acera hablando con el comisario cuando un Megane pasó zumbando y le salpicó de barro los bajos del pantalón. Dio un saltito de rana hacia atrás y se cagó en los muertos del vehículo mientras seguía escuchando al comisario hablar muy rápido.

—Necesito que mantengas la calma entre los habitantes del pueblo para que no entorpezcan nuestra labor, Elvera. Estamos

investigando a un vecino, y aunque aún no hay nada concluyente, no podemos dejar que corran falsos rumores.

—¿De quién se trata?

—De Luis Martell.

—¿Qué?

—Elvera, nadie puede saberlo, así que si te lo digo es para que me hagas el favor de controlar a tu gente. Apártalos de todo lo que pueda acercarlos a nuestro trabajo; eres el alcalde, confían en ti. Te harán caso y tú… —lo miró de soslayo— nos ayudarás mucho haciendo esto… desde tu posición.

17

Fue el mismo miedo irracional, y hasta cierto punto controlado, de Antía cuando se dio cuenta de que posiblemente no iban a encontrar a Berta Farina viva lo que hizo que su cerebro se activara.

—¿Qué está pensando que no deja de mirar ese plano? —le preguntó Fabio.

Se había intentado limpiar la camisa, acción que provocó que se rebozara más de porquería, y permanecía a su lado mientras los grupos de rastreo comenzaban a reunirse una vez más.

—¿Nunca has tenido una corazonada? —Señaló el plano con el dedo y golpeó con la yema dos veces el papel—. Aquí había una iglesia, muy anterior a la creación del desfiladero.

—¿Y qué? Ese sector ya se ha explorado.

—Recuerda la leyenda de los túneles subterráneos de las iglesias. Los usaban para escapar en las guerras. Mi abuela me contaba tonterías de esas, aunque esos túneles ya estaban hechos mucho antes. En el sur hay ciudades enteras excavadas bajo las actuales, cuando los romanos se ocupaban de canalizar la salida de aguas residuales. Muchas iglesias antiguas tenían túneles. En las grandes ciudades se usaban para que las monjas de clausura fueran de una iglesia a otra sin salir a la ciudad o para que las mujeres de la alta sociedad se deshicieran de sus bebés.

—No creo que una iglesia perdida de la mano de Dios…

—¿Y qué hacía una iglesia en mitad de un valle sin comunicación? Quizá se usó tiempo atrás para esconderse de algo.

—¿Quiere que mandemos un equipo de búsqueda allí de nuevo?

—Prepara a los perros. Volvemos cagando leches allí.

18

Ivette miró de reojo la puerta de entrada cuando un grupo de periodistas salió casi corriendo de allí. Supuso que había pasado algo porque había escuchado una ambulancia. Intentó preguntar al tipo de barba rebelde y cara de amargado, pero este la ignoró y se fue trotando detrás de sus compañeros.

«Ojalá sea la chica. Por Dios, que la hayan encontrado sana y salva», susurró en bajo.

Ada se había marchado con dos policías. Nadie le dijo la razón y eso la ponía de muy mala leche. Lo que sí tenía claro es que iba a venir alguien importante a la posada, y eso paliaba su mala uva. La inspectora había bajado a primera hora y había reservado una habitación grande con dos camas dobles. Luego supo que también se quedarían dos agentes, Amaya se lo había dicho cuando regresó de desayunar.

En aquel momento estaba delante del escritorio en su despacho con una pila de papeles que tenía que revisar encima de la mesa. Detectó su forma de andar como un perro de caza en mitad de una batida. Álex asomó la cabeza por el hueco de la puerta y sonrió.

—¿Ocupada?

—Nada importante que no pueda esperar. Pensé que te habías perdido.

Entró en el despacho y se sentó en una de las sillas confidentes frente a ella.

—Mi madre va a venir a comer hoy con las amigas. Creo que ha reservado una de ellas, ¿me equivoco?

—Así es. Hace tiempo que no la veo. Eso significa que está

mejor, ¿no?

Álex sonrió.

—Eso parece. Me gusta cuando la veo bien.

—¿Dormirás aquí? —Cuando se lo preguntó, lo miró con aquellos ojos de gata melosa que siempre ponía cuando quería algo.

—Por supuesto, cariño mío…

19

Otro rasgo característico del miedo es que puede provocar alucinaciones. Como ver una rata que habla, por ejemplo. Es como si la mente sana se tomara unos días libres, como si se alejara de uno, sin más. Una rata que habla y come de un bocadillo, sentada sobre el regazo de una chica demasiado dañada para importarle ese detalle. Quizá como mecanismo de defensa para su soledad.

—Tengo frío —se lamentó Berta. Le castañeteaban los dientes y notaba las manos heladas.

La rata miró a Berta con sus ojos de canica y correteó por la mesa hasta sus rodillas.

—¿Tienes más comida?

—Tenemos que ser cuidadosas con lo que queda. No sabemos cuándo nos van a liberar. Además, si yo muero, no creo que tengas problemas con la comida. Dejaré que me comas; no me importa.

La rata se limpió los bigotes y Berta soltó una carcajada tan terrorífica que acabó tosiendo como un fumador empedernido

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó la rata.

Berta suspiró. El sol empezaba a desvanecerse. La noche nunca traía nada bueno.

—Voy a morir aquí…

—¡Serás idiota! ¿Y eso te hace gracia?

—He perdido la esperanza —dijo acariciando el pelo graso de la rata.

Pero el miedo es necesario. Mantiene viva a una especie. Gracias a él, los mecanismos de defensa se activan. Los bebés

nacen con una memoria de miedos que evolucionan y, con el paso del tiempo, se controlan, o al menos se manejan en menor o mayor medida. Berta pensó en la gran cantidad de cosas que le daban miedo: asomarse a una ventana muy alta, las arañas gordas y peludas, los gatos callejeros, los ascensores demasiado ruidosos o montar en avión.

Alzó la vista hacia el ventanuco y percibió una luz ambarina que refulgía en el exterior. Todo lo demás era oscuridad; lóbrega y opaca oscuridad. Pensó en sus padres. En lo que llorarían cuando supieran que habían encontrado a su hija muerta flotando en un río decorada con flores. Se preguntó por qué había tenido que acabar allí, por qué tenía que ser ella. Luego volvió a su mente la noche en la que vieron aquellos entes espectrales que las máquinas detectaron y pensó en sus amigos.

Miró hacia abajo, hacia su regazo y sonrió.

La rata dormía profundamente sobre su vestido de flores.

TERCERA PARTE

No vas a morir. Eso sería demasiado sencillo para lo que tengo reservado para ti. Cuando uno pasa por lo que yo he pasado asume y entiende que la muerte es una especie de liberación que no todos se merecen; tú, por ejemplo. Amas algo por encima de todo el dolor que has regalado gratuitamente a lo largo de tu vida. Los pequeños errores que has cometido me han entregado algo muy valioso; tanto para ti como para mí. Puede que los dos perdamos mucho en esta batalla que está a punto de concluir, pero ¿sabes?, merece la pena. Lo he meditado mucho tiempo. He barajado un sinfín de posibilidades y me aterra reconocer que es la única solución. Sí, me aterra. A veces no sé lo que soy, no reconozco nada de lo que me rodea, pero sigo entera y mi consciencia regresa para recordarme qué es lo que debo hacer.

Te he mirado a los ojos durante unos segundos y lo he visto.

Tú también tienes miedo.

[11]

1

Lo poco que quedaba de la iglesia era más de lo que Antía había supuesto. El frontal de la fachada se mantenía sujeto por los restos de una puerta y sus arquivoltas y conservaba un trozo de rosetón cubierto de musgo coronado por un enorme nido de pájaros. No quedaba nada más de la edificación, salvo cuatro pedruscos indeterminados, erosionados y llenos de maleza, desperdigados a su lado. Antía se dio la vuelta y miró a Fabio, a los dos chicos y los tres agentes que los acompañaban junto a cuatro voluntarios.

—Revisad todo el perímetro con los perros.

—Aquí no hay nada, inspectora. Son solo ruinas y cuatro piedras —anunció uno de los guardas forestales que estaba detrás.

Los perros ladraron eufóricos y salieron correteando seguidos de sus adiestradores hacia ambos flancos, pasando por la *puerta* y olfateando el suelo. Antía no tardó en seguirlos a paso rápido. Trataba de distinguir alguna irregularidad en el terreno. Se puso de rodillas nada más atravesar los restos de la puerta, metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves. Raspó el suelo para apartar la tierra, pero no detectó nada fuera de lo normal. Los demás seguían merodeando las inmediaciones, apartaban arbustos bajos, limpiaban el suelo y metían los perros. Nada.

—¡Maldición!

Por alguna razón, aún tenía la corazonada de que Berta Farina no estaba lejos de allí. Era como un pálpito, una sensación de congoja y nerviosismo que se había apoderado de ella nada más ver los restos marcados en el plano del valle. Sintió un latigazo de dolor en la parte baja de la pierna, donde

la criatura o animal o lo que fuera le había mordido, y se llevó la mano al tobillo con un gesto de dolor. Levantó el pantalón y vio que había un pequeño rastro de sangre calando la gasa.

—Joder. Vaya mierda.

—Tenemos que seguir, inspectora. Se va a hacer de noche dentro de poco.

Todas las ideas que se le apelotonaban en la cabeza se fueron alejando a pasos agigantados hacia un rincón de su subconsciente, cuando levantó la vista al frente y vio la silueta enlutada con el sombrero de tres picos en la cabeza. Fue tan solo un segundo, porque esta se deshizo en virutas cuando dos hombres la atravesaron y avanzaron hacia ellos desde lo más profundo del bosque. Antía bizqueó. No era capaz de distinguirlos porque se habían metido hacia el único camino y los últimos coletazos de sol le daban en la cara. Luego reconoció a Ismael Roig; su pelo negro, su rostro anguloso y esa expresión de suficiencia eran inconfundibles, cómo no. Iba anclado al otro hombre por una esposa metálica que centelleaba a cada paso. Alguien exclamó algo desde algún lugar de las ruinas y sintió los pasos apresurados del resto de los agentes, que se apelotonaron en milésimas de segundos junto a ella. Y allí estaba Hamlet: alto, quizá demasiado para la curvatura de su espalda, con unos ojos grandes y saltones que se abrían paso sobre unas mejillas marcadas, una cara delgada y ajada rematada por una sonrisa taimada plagada de dientes. Era como contemplar a una marioneta gigante que se tambaleaba sobre hilos invisibles. Antía se puso en pie y echó a andar hacia ellos.

—¿Dónde está?

Ismael se adelantó. Conocía lo suficiente a Antía para darse cuenta de que estaba a punto de perder la paciencia.

—Eh… Calma. Tranquila. Yo también me alegro de verte.

—Déjate de chorradas —le espetó. Miró a Hamlet, que no había borrado aquella sonrisa maquiavélica, y repitió—: ¿Dónde está?

—Ha estado muy cerca, inspectora —comenzó a decir con un tono meloso de ancianito dulce—. Un par de horas más y quizá no hubiese necesitado mi ayuda.

—¿Este es Hamlet? —Fabio lo miraba con una mezcla de desprecio y veneración.

—El mismo, hijo. —Se volvió hacia Ismael y dijo—: Primero lo mío, inspector.

Ismael sacó un pliego de papel doblado en dos y lo abrió con una mano. Se lo acercó tanto a la cara a Hamlet que este tuvo que apartarse un poco con un gesto airado.

—Aquí está tu trato. Nos llevas a la chica y te vas de hotel hasta que te dejen libre.

—¿A un hotel? —La voz estridente de uno de los agentes hizo que todos se dieran la vuelta hacia él con cara de circunstancia.

—A un centro vigilado, soplapollas —susurró un compañero sin despegar los labios.

Hamlet leyó las hojas sin prisa, detalle que empezó a provocar en Antía una quemazón en las mejillas. Estuvo a punto de soltarle un manotazo a los papeles y arrastrar a aquel vejete asesino por el bosque hasta el barranco más cercano, pero la mirada fija de Ismael hizo que resoplara y se alejara un poco de aquel hombre.

—¿Ese es el tipo que mató a todas esas mujeres? —le preguntó Iván, el amigo de Berta.

—El mismo.

Contemplaba a Hamlet con la misma expresión que Fabio había puesto, una mezcla entre emoción y asco aderezada con espanto.

—¿Vas a estudiártelo de memoria o podemos avanzar ya? —preguntó Ismael.

Hamlet asintió, se guardó en el bolso del pantalón una de las hojas y, con toda la calma del mundo, dobló la otra y se la entregó a Ismael, que se la arrancó de un manotazo y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta de traje.

—Síganme, por favor.

Comenzó a andar, dejando la iglesia a su derecha, entre zarzas, troncos atravesados por el camino y árboles. La pátina humana había desaparecido hacia un buen rato y el sol empezaba a ocultarse allá a lo lejos. Antía no sabía cuánto tiempo llevaban caminando cuando llegaron a una enorme

roca que se alzaba como un tótem en mitad de una espesa conglomeración de árboles cuyas raíces se retorcían sobre la superficie buscando su lugar. Todos los demás seguían en procesión a Hamlet formando una línea recta. A veces alguien tropezaba, maldecía en alto y continuaba la caminata. Pero lo cierto es que nadie, ni siquiera los lugareños, por la expresión de sus caras, sabía a dónde iban. La roca tenía una hendidura y, para sorpresa de Antía, había una diminuta placa clavada con dos enormes tornillos ennegrecidos cubierta por una capa de verdín y herrumbre. Era prácticamente imposible saber qué ponía allí. Hamlet estaba a punto de entrar cuando Ismael lo frenó con un tirón del brazo que tensó la cadena y dijo:

—¿Tú dónde crees que vas?

—Es ahí. Dentro de la roca.

—¿Cómo coño van a esconder dentro de una roca…? —Fabio se calló al instante cuando Hamlet se volvió hacia él y lo miró de un modo despectivo y diabólico.

—Cámaras sepulcrales… ¿Sabe lo que es eso, hijo? Se construían para enterrar a los muertos, pero, con los años, la Iglesia las usó para enterrar lo que no deseaba que fuera sepultado en lugares sagrados. En época de guerras, las remodelaron un poco para esconder a las personas que…

—No tengo tiempo para clases de historia. —Antía entró por la hendidura, dejando atrás al resto, y llegó a una especie de cámara cuadrada excavada en la propia roca—. Pero… ¿qué coño…?

—¿Tú sabías de este sitio? —se oyó al fondo a uno de los lugareños.

—¡Qué coño voy a saber yo de que hay aquí una cámara *tortuoria*!

—Mortuoria, idiota.

La cámara se abría en un pasillo que se extendía bajo enormes raíces que salían del adoquinado hacia el norte. Toda la parte superior del túnel tenía agujeros redondos que dejaban pasar la luz y, al mismo tiempo, permitían ver la maleza del exterior y restos de raíces, que se pegaban a los agujeros y menguaban la claridad a medida que uno avanzaba hacia el interior. Pero también había en el techo una instalación

bastante antigua de cables y fluorescentes.

—Comunicaban con la iglesia —murmuró uno de los guardas forestales dos metros más atrás de Antía—. No es la primera vez que veo algo así. Estuve en algo parecido en la ciudad de Rosario. Se usaban para comunicar iglesias, para el contrabando o para esconder milicias. Es asombroso que aquí…

—No hace falta que te vayas tan lejos —le interrumpió un hombre de pelo blanco vestido con ropa de montaña y un casco en la cabeza—. En Madrid tienes un entramado de túneles y galerías que dan envidia. Los usaba la Inquisición y Alfonso XIII cuando le picaba el rabo.

—Me recuerda más a los búnkeres que se usaban en la Guerra Civil —añadió Ismael.

—Durante la Guerra Civil se excavaron muchos túneles bajo tierra por ambos bandos. —Roberto, el amigo de Berta, miraba el techo apuntando con la linterna—. Centenares de kilómetros como este, bóvedas y corredores altísimos. El parque del Capricho está lleno de galerías que conectaban trincheras. Nosotros estuvimos allí por los fenómenos paranormales con la universidad.

—No compliquemos la expedición —le dijo Iván.

—¿Fenómenos paranormales? —se oyó al final de la cola—. ¿Fantasmas?

Hamlet miró de reojo a Iván. Este apartó la mirada del anciano y siguió caminando.

—¡Hay una puerta!

—Antía, espera. No puedes…

No dejó que Ismael terminara la frase. Corría por el túnel como si se le fuera la vida en ello, incluso antes de ver al hombre enlutado avanzando hacia ella desde un lateral que apenas se dejaba ver hasta que uno no estaba al final de aquel pasillo.

2

El médico que se acercó a hablar con Ada Durán fue claro en

todo lo que le dijo. Su marido había recibido un fuerte golpe en la cabeza, tenía varias costillas rotas, los dos brazos iban a ser intervenidos y una de las piernas se había roto por tres sitios diferentes. En lo único que podía ser positivo es que no había aparecido ningún órgano vital dañado.

—Frente a un traumatismo craneoencefálico, todavía es pronto para saber hasta dónde puede haberle afectado el golpe en la cabeza. Ahora sigue sedado. Lo más importante es que no desarrolle una lesión secundaria, que no aumente la presión intracraneal y, por supuesto, vigilar un posible edema, hipoxias o infecciones.

Ni siquiera le respondió. Se desplomó en una de las bancadas del pasillo bajo la atenta mirada de piedad de los dos agentes de policía que la habían acompañado y rompió a llorar. Cuando vio al comisario Del Río avanzar por el pasillo, lo único que deseó fue desaparecer de allí. La vergüenza, la humillación y, por supuesto, las dudas le mordisqueaban el estómago hasta provocarle un dolor hiriente que ascendía hasta el corazón. Del Río ni siquiera la saludó. Se sentó junto a ella, le pasó el brazo por los hombros y la oprimió contra su costado, en un gesto de cariño que Ada agradeció y odió al mismo tiempo. Aquel hombre había sido amigo de su padre durante mucho tiempo hasta que este murió de cáncer hacía diez años.

—Todo se aclarará, Ada. Ahora tienes que ser fuerte.

—No fue él. Es imposible que fuera él. Esas cosas que… Lo que han visto en el ordenador de mi marido es imposible que sea de él.

Del Río se apartó un poco de ella y habló mirándose las manos.

—Te engañaba con Olivia, Ada, y uno de sus ordenadores portátiles, justo el que guardaba en el despacho del instituto, tenía una carpeta bajo clave donde almacenaba los correos electrónicos; no solo con Olivia, sino con Mía Rojas. Son demasiadas casualidades. Demasiados puntos en común con los crímenes.

—No… No puede ser. ¿Para qué iba mi marido a guardar los correos en una carpeta?

—Tu marido está enfermo, Ada. Pero no solo eso, también se ha recuperado su historial de consulta y Hamlet era su principal entretenimiento en los últimos meses. Leía todo lo que se escribía sobre él. ¡Todo!

—¡Mi marido no es un asesino! —gritó.

—Entonces, ¿qué hacía todo ese material en su ordenador? ¿No lo ves, Ada? ¿No te das cuenta de que si era capaz de engañarte con una amante menor de edad es capaz de ocultarte cualquier cosa?

—No. No. ¡No!

Se levantó de un brinco y comenzó a caminar en círculos con los brazos cruzados y los ojos cubiertos de lágrimas.

—No puedes seguir negando lo evidente, Ada. Pero tu esposo podrá explicarse. Dios quiera que despierte. Cuando lo haga, cuando pueda hablar conmigo, lo escucharé sin juzgarle. Lo haré por ti, por la confianza que aún tienes en él, aun después de saber que te estaba engañando con otra mujer, con una niña.

—Él no es un asesino. Conozco a ese hombre.

—No lo conoces, Ada. ¡No sabías que se estaba viendo con Olivia!

Ella se dio la vuelta con el gesto crispado y dijo:

—Todo será un error. Un terrible error.

3

Aurora abrió los ojos muy despacio. Lo que tenía sobre la cabeza no era el techo de su cocina. Ella recordaba con claridad que estaba a punto de ponerse a hacer la cena cuando le sobrevino un horrible mareo y todo desapareció. Pero allí no estaba su lámpara de vidrio blanco ni las pegatinas de flores que decoraban las paredes. Lo que tenía a su alrededor era una profunda oscuridad acompañada de un zumbido que se le metía en los oídos como si tuviera un panal de abejas en el cerebro que no dejaban de zumbar y zumbar. Alzó la cabeza muy despacio y miró a su alrededor. ¿Aquello era un túnel? Se quedó petrificada cuando vio a Antía Farre junto a ella, a muy

pocos metros de distancia, con la misma cara de espanto y desorientación. La inspectora ladeó la cabeza con la mano en la frente como si despertara de una borrachera y, al verla, abrió la boca para decir algo, pero no le dio tiempo. Sus ojos fueron directos hacia la figura enlutada que se alzaba frente a ella, un poco más adelante.

Aurora se medio incorporó, sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho, o peor aún, que iba a sufrir un infarto o estaba muerta. Aquello no tenía mucho sentido. Hacía unos segundos estaba preparando unas lentejas y ahora estaba en mitad de la nada, metida en un túnel con una inspectora de policía y el Cortador. ¿Qué demonios pasaba allí?

—Aurora, ¿qué hace aquí? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

Antía se apretó con los dedos las sienes, arrugó la nariz poniendo una mueca de dolor y luego se incorporó. Se levantó, fue trastabillando hasta la anciana y allí cayó de rodillas. Le cogió la mano y trató de ayudarla; sin embargo, las fuerzas la habían abandonado y tenía un horrible martilleo en la cabeza.

—Joder, mi cabeza.

—El Cortador, inspectora… Está ahí.

—Ya lo sé. Lleva un rato ahí parado como si fuera…

—¿Dónde estamos?

Antía cayó de culo. El mareo era casi insoportable.

—Estaba… Iba a abrir la puerta de metal… ¿Dónde están mis compañeros? Iba a rescatar a la niña secuestrada y ahora… estoy… —Casi se arrastró hacia la figura enlutada, pero las piernas no le respondían—. ¿Qué coño me pasa?

Aurora, que se había sentado contra la pared, miraba al ser con los brazos sobre el regazo, la cara ladeada hacia un lado como si sufriera una especie de parálisis y las piernas medio dormidas. Le faltaba una zapatilla de cuadros.

—¿Qué tienes que decirnos? ¿Para qué nos has traído aquí?

Fue horrible la sensación de pánico que sintieron cuando la criatura se desplazó hacia ellas flotando sobre el suelo. El tricornio con el cuerno central alzado como un alfiler casi rozaba la parte superior abovedada del túnel. Antía trató de percibir el rostro por debajo de los enormes cuellos del abrigo

largo, pero lo único que alcanzaba a divisar era una barbilla afilada y puntiaguda, llena de irregularidades y abultamientos. Aurora soltó un jadeo ahogado cuando una enorme mano de dedos huesudos, llenos de manchas y con unas uñas largas y negras como las de un animal, se elevó frente a ella. El Cortador se inclinó y apoyó las yemas de aquellas garras en su frente.

—Dé… ja… la —intentó chillar Antía, pero la lengua se le enredó y no fue capaz de levantar la voz.

El cansancio que sentía era devastador, insoportable. Era como si le hubiesen drenado toda la energía. Trató de alcanzar su arma, pero el brazo se levantó un poco y cayó muerto bajo la atenta mirada de Aurora, que, más que mirarla, estaba ida con los ojos muy abiertos, aquellos dedos en la frente y la criatura inclinada sobre ella.

Fue cuando Aurora comenzó a mover los labios muy rápido, tanto que era imposible seguir el hilo de lo que intentaba decir. Antía rodó hasta ponerse boca abajo, apoyó las manos en el suelo polvoriento y trató de levantar la cabeza para mirar a la anciana. La vista se le nublaba. No entendía nada de lo que decía.

Se desplomó, aplastó la mejilla contra el suelo. Se concentró en el elemento más importante de aquella escena tan pintoresca: el Cortador. Había algo detrás de aquella puerta que arañaba el metal tratando de salir de allí. Algo horrible que gruñía como un animal salvaje y se reía al mismo tiempo. Algo que helaba la sangre y provocaba en Antía la necesidad de salir huyendo de allí. El Cortador se volvió hacia ella sin soltar la frente de Aurora, que seguía hablando en silencio muy rápido. Una voz eléctrica le cortó la respiración. Era la voz de Aurora, distorsionada de algún modo sobrenatural; era su voz pasando a través de los dedos descarnados de la criatura. Una voz de anciana enloquecida que se filtraba por las cuerdas vocales del Cortador y sonaba artificial, tétrica, como si estuviera ahogándose y pretendiera decir sus últimas palabras.

—No dejará de matar hasta que pague el último responsable. El asesino de la niña y la mujer. Todas las criaturas de la noche reclaman su sacrificio. Sangre por sangre.

Del bosque no se sale.

—No… puedo… matar a…

—Debe morir para que esto termine —gorgoteó Aurora a través del Cortador—. Si su sangre no llega al bosque, seguirá matando.

—No… puede pedirme… eso.

El Cortador se volvió hacia Antía. Su rostro oculto y ensombrecido desplegó una especie de neblina que daba la sensación de que algo allí dentro de aquellos pliegues de tela se estuviera quemando. Olía a azufre, cerillas quemadas y humedad.

—No mancillarás lugar sagrado con la sangre de una víctima. Sangre por sangre. Del bosque no se sale.

—No puedo…

—¡Matará a todos!

—¡Basta! —chilló Antía y cerró los ojos—. Tengo sueño… Mucho sueño…

—¡Antía!

Giró el cuello hacia la derecha y se dio cuenta de que tenía la cara de Ismael a dos centímetros y que estaba de pie delante de la puerta con las palmas de las manos apoyadas en ella.

—¿Qué?

—¿Vas a abrir la jodida puerta?

4

Había oscurecido. Los farolillos que iluminaban el camino de la posada se encendían automáticamente formando una bonita y refulgente curva hacia el centro de la fachada. Luego, esa misma vereda se dividía en dos y rodeaba ambos lados del edificio hasta la parte de atrás. Ivette estaba apoyada en la barandilla de madera del corredor central que daba al bonito patio interior, desde donde podía observar gran parte de las habitaciones, las ventanas de postigos blancos y el movimiento de los clientes más despistados, que no cerraban las cortinillas. Álex estaba junto a ella y contemplaba con ojos nostálgicos las

rocallas decorativas y los bancos de madera.

—Estás muy pensativo.

—Bueno, supongo que me ha alegrado sentir a mi madre tan bien hoy. Apenas la he visto más que quince minutos esta mañana y ahora cuando ha ido al comedor con sus amigas, pero hacía tiempo que no la veía tan… despierta.

Ivette sonrió.

—Sí. Estaba radiante. ¿Por qué no le has dicho que estabas aquí? No hacía más que mirar el móvil.

—Tiene miedo de que la llame y no oiga el teléfono. Sabe que me preocupo si no me responde. Prefiero que hoy desconecte de todo y disfrute con sus amigas sin tener a su hijo pegado a ella como una sombra.

—Eres un buen hombre, Álex, y un hijo maravilloso, pero te conozco muy bien. No es tu madre lo que ahora te remueve esa mente privilegiada que tienes.

—Ah, ¿no? —Se rio.

Encendió un cigarrillo y dejó escapar una sonrisa. Ella se colocó de lado sobre la baranda y lo miró.

—Te cambió la cara cuando te dije que ese tal Hamlet va a quedarse aquí a dormir con el inspector que lo acompaña y nuestra amiga la inspectora.

—Fue toda una sorpresa.

—¿Y?

—Y voy a conseguir que ese hueso duro de Antía Farre me permita una entrevista con Hamlet. No sé cómo demonios me las voy a arreglar, pero necesito conseguirlo.

—Poco probable, conociendo a la inspectora.

Álex asintió, soltó el humo formando una nube y dio otra calada al cigarrillo.

—Sabe que fui yo quien filtró la información, Ivette.

Ella alzó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Cómo diablos sabe eso?

—Yo se lo dije. O, más bien, le tuve que decir que era periodista. Da igual, necesitaba estar cerca de lo que está pasando y era el único modo de que esa inspectora supiera que, si no me pone el primero de la lista, seguiré pasando información del caso.

—Te podía haber detenido por…

—Era un riesgo que tenía que correr, aunque aún no estoy seguro de que no me meta en una celda incomunicada. —Rio —. Tiene más genio que tú y eso es bastante difícil de superar, cariño mío.

La besó en la mejilla.

—Eres una caja de sorpresas.

—Tu maravilloso plan para aumentar la clientela en la posada me ha creado un montón de competencia alrededor. No podía permitir que ninguno se me adelantara.

Lanzó el cigarro, tras aplastarlo contra la balaustrada, y la abrazó metiendo la nariz entre sus largos rizos para poder oler aquel perfume que siempre llevaba y que tanto le gustaba.

—No sabe quién me pasó cierta información, Ivette — murmuró mordiendo el lóbulo de su oreja—. Así que estate atenta cuando lleguen. No entrarán por la puerta principal. No se expondrán a los periodistas que aún están alojados en la posada.

—Lo tenía previsto, querido.

Álex sonrió. Lo hizo mientras la estrechaba de nuevo entre los brazos. Fue solo un momento, pero habría jurado que aquella cosa del bosque lo observaba desde un rincón oscuro del pequeño patio.

5

—Ha llegado el momento, ¿verdad?

Berta miró a la rata que remoloneaba sobre sus piernas. Se había tumbado panza arriba y se limpiaba los bigotes con las patas delanteras mientras su larga cola en forma de lombriz se agitaba como una serpiente.

—La otra estuvo poco tiempo aquí —dijo la rata—. En esta misma camilla de metal. Lloraba mucho. Eso lo altera bastante. No le gusta que lloren.

Berta bajó la cabeza, miró al animal y se frotó la cabeza donde aún tenía un buen chichón por el golpe que le habían dado para dejarla inconsciente. Pensó en sus padres, en sus

amigos de la universidad, en todo lo que iba a dejar atrás. Un calambre de miedo le atravesó la boca del estómago. Se acurrucó apoyando la espalda en la fría pared, flexionando las piernas con el roedor encima y rodeándolas con los brazos. Tenía a la rata a tan solo unos centímetros de la cara, cosa que jamás se hubiera imaginado. Aquellos bichos le daban un asco y un terror fuera de lo común por todas esas enfermedades que decían que contagiaban. Pero en aquel momento hablaba con ella porque se había vuelto totalmente loca. Ella lo tenía claro: loca y asesinada.

—Vi esas cosas en el bosque la noche que me llevó.

—No me extraña. Estás como una puta cabra.

—No bromeo.

—Yo tampoco —respondió el animal—. Estás hablando con una rata.

Se oyó un golpe seco a lo lejos. Quizá una puerta. Algo lejano que retumbó de un modo violento, como si el mismo diablo llegara a casa y hubiese cerrado la puerta de un portazo. Berta se acurrucó temblando. Metió la cabeza entre las rodillas con la rata pegada a la cara y sollozó.

—Ya está aquí, Berta. —La boquita de la rata ni siquiera se movía ya.

6

La habitación que se alzaba ante ellos era desproporcionadamente grande y estaba vacía, a excepción de una silla de madera vieja con tres patas apoyada contra la pared. Antía se llevó la mano a la boca cuando detectó en una de las esquinas de aquel tétrico cubículo a una mujer de pie, delante de ellos, con un vestido de flores y las piernas separadas con las rodillas peladas hasta casi resultar desagradable. Miró a Ismael, que estaba muy cerca de ella, y se dio cuenta de que no veía a la muchacha, lo mismo que el resto de los que formaban la procesión, a excepción de Hamlet. Tenía los dos ojos saltones fijos en ella, la boca tensa en una línea recta y las mejillas contraídas en un rictus indeterminado

y expectante al mismo tiempo. Ismael empezó a dar órdenes al resto sobre la aparición de dos puertas que nadie se había percatado de que existían. Alzó la linterna con mano temblorosa. Era incapaz de apartar la mirada de aquella mujer de ojos grandes. La mujer que habían encontrado al borde del río el día que aquellos dos niños se habían llevado el susto de su vida, con el consiguiente trauma que les duraría años: Mía Rojas.

La mancha de sangre de su vestido estaba allí, decorando el cadáver macilento que se tambaleaba y los miraba, que vigilaba y observaba cada movimiento; primero siguiendo la voz de Ismael y sus gestos bruscos, después volviendo la cabeza muy despacio para observar como dos hombres se alejaban por uno de los pasillos que daban a otra puerta. Movió la cabeza con la misma lentitud hacia un agente que se había acercado a ella para asomarse a un diminuto ventanuco o boquete rectangular.

Y mientras tanto Antía seguía allí tiesa junto a Hamlet, sin ser capaz de apartar la vista de aquella presencia fantasmal, recordando que hacía dos minutos había tenido una especie de mal viaje durante el cual se había encontrado con Aurora y el Cortador en lo que ella habría considerado mucho más tiempo que los diez segundos que habían pasado de reloj cuando lo comprobó.

—¿Ves a la mujer? —le susurró ella sin apenas separar los labios.

Hamlet asintió.

—Siempre los he visto, inspectora.

Antía apartó la mirada de la mujer doliente y tragó saliva justo cuando notó la mano de Ismael sobre su hombro.

—Esto es un laberinto. Nosotros seguiremos por este.

Avanzaron por el túnel central hasta que llegaron a una bifurcación con dos pasillos que terminaban en dos puertas de metal. Ella estaba al final de uno de los pasadizos. Mía Rojas levantó el brazo desde su lúgubre posición y apuntó con el dedo de la mano hacia la puerta. Su boca se ensanchó en una sonrisa desagradable. Era como una marioneta, una muñeca articulada que había cambiado la expresión de su rostro y

volvía a quedar inmóvil con aquella sonrisa artificial y forzada y los ojos muy abiertos y brillantes.

—Esa puerta… —dijo Hamlet.

Pero Antía ya lo sabía.

Alguien gritó desde algún lugar indeterminado de aquel laberinto. Un chillido masculino afinado como el de una soprano que hizo saltar todas las alarmas.

—¡No pasa nada! —se oyó al final de uno de los pasadizos —. El amigo de la cría. No le gustan las ratas.

—¡Eso no era una rata, era un pastor belga!

—Santo Dios… Acabemos con esto.

Ismael echó a andar hasta la puerta y empujó con fuerza, pero esta no cedió. En su gesto colérico arrastró a Hamlet, con el que tropezó, y estuvo a punto de chocar contra el metal. Antía seguía el movimiento de Mía Rojas. Se había puesto a caminar —si eso podía llamarse caminar— con las piernas separadas, las rodillas dobladas y el cuerpo inclinado hacia adelante.

—¡Antía, joder! ¿Qué estás haciendo? Ayúdame con esto.

Ella estaba demasiado ocupada observando el movimiento en forma de parábola que trazaba el espectro hacia uno de los lados del túnel. Llegado un punto, se inclinó un poco más y señaló con dedos mortecinos algo que había en el suelo junto a un pedrusco del tamaño de un puño. Ismael mientras tanto no dejaba de embestir contra la puerta.

—Allí, donde la piedra —oyó decir a Hamlet.

Se acercó reticente. Mía Rojas la miraba. Apartó la piedra de un manotazo y se agachó. La tierra estaba algo removida. Escarbó un poco y encontró lo que estaba buscando: una llave. Sacó un guante de látex y la cogió con sumo cuidado para no tocarla.

—¿Cómo coño sabías que…? —Ismael había dejado de dar golpes a la puerta y la miraba con gesto de asombro.

—Aparta. Ya te lo explicaré.

Metió la llave mientras sacaba su pistola con la otra mano, giró con sumo cuidado y comenzó a abrir la puerta. El hedor le golpeó la cara como un puñetazo en toda la nariz: moho, orina, humedad. Había alguien acurrucado contra una pared sobre

una especie de camilla de hospital. Apuntó con la linterna hacia el bulto del fondo y este se ocultó aún más huyendo del rayo de luz.

—¿Berta? ¿Berta Farina?

Entonces la mujer levantó la cabeza. Tras apartarse el cabello de la cara, exhaló un profundo suspiro y rompió a llorar. Antía corrió hacia la joven mientras guardaba la pistola.

—No eres él… No eres él…

—Tranquila —dijo abrazándola—, estás a salvo. Ya está. Ya estás a salvo.

Algo se movió entre las piernas de la chica. Antía pegó un grito y se apartó por inercia.

—¡No! ¡No le hagas daño! ¡No la toques!

—Está bien… Tranquila.

Una puta rata del tamaño de un gato asomaba la cabeza por entre las rodillas de Berta y los miraba con curiosidad.

—Es mi amiga. ¡Viene conmigo!

—Vale. Es tu amiga, pero tendrá que pasar por un veterinario.

—¡Viene conmigo!

—Está bien. Tranquila, cariño. Irá contigo, si es lo que quieres.

—Tenemos que salir de aquí ya. —Ismael salió de la habitación y dio varios gritos. Hamlet seguía casi a rastras sus movimientos bruscos sin apartar la vista de Berta. La contemplaba embelesado con una tenue sonrisa de triunfo en la cara—. ¡Por aquí! ¡Avisad a la Científica y llamad a los servicios médicos!

—Eres perfecta… —susurró Hamlet casi en un suspiro.

Antía lo miró colérica.

—¡Cierra la boca, Hamlet!

—¿Eso es una rata? —preguntó Ismael con cara de asco.

—Pide un trasportín.

—¿Un qué?

Quizá hicieran las cosas bien dentro de lo que cabe. Sin embargo, eso no significaba que a lo largo de su carrera no hubiese cometido un montón de errores de los que se lamentaba después de mucho tiempo. Pero verla así, con los ojos anegados en lágrimas, la desesperación de una niña por salir huyendo de allí, alejándose del lugar que la había mantenido presa durante dos días con sus noches…

Ismael contempló la forma de abrazarla de sus dos amigos; dos niños en el fondo que no habían pasado de los veinte años con toda seguridad. Y ella aferrada a aquel animal tan desagradable que le había hecho compañía durante su cautiverio. Porque a veces las personas reaccionaban así. Amaban por encima de todo lo que les había dado apoyo en los momentos más terribles de su vida.

La sanitaria que la atendió nada más salir de aquel búnker subterráneo había gritado como una chiflada cuando vio a la rata sentada sobre las rodillas de Berta. Luego un tipo gordo con bigote ridículo había traído un pequeño trasportín. Berta había metido allí a su nueva amiga y se había pasado un buen rato sentada encima de la camilla de la ambulancia hablando con una paramédica y dando las instrucciones precisas entre sollozos y pucheros para que el roedor recibiera un buen trato y volviera a sus brazos lo antes posible mientras ella iba al hospital. Por supuesto, uno de sus amigos —que no parecía muy feliz con su nueva tarea— flanquearía a aquel animalillo hasta que regresara a su nueva dueña. Y esa era básicamente la única preocupación de la muchacha.

Ismael se pasó un buen rato dando vueltas por el búnker, hasta que los compañeros que se ocupaban de barrer aquel lugar y sacar la mayor cantidad de pruebas, huellas y muestras biológicas empezaron a quejarse de lo mucho que incordiaba y salió con Fabio a fumar un cigarrillo. Hamlet permanecía sentado en el asiento de atrás de un coche policial a la espera de volver al hotel. Nadie, a excepción de él mismo y Antía, había percibido el modo de mirar a Berta Farina cuando entraron en la habitación; con un fervor y una devoción propia de un devoto ante un milagro. Había abierto la boca como un imbécil, la había contemplado con fascinación y ni siquiera se

había percatado de los empujones de los amigos de la cría cuando pasaron a su lado.

—No es tan difícil morir, ¿verdad?

Fabio dio una calada al cigarrillo, se apoyó sobre la parte delantera de su coche, junto a Ismael Roig, y ambos observaron a un tipo vestido con un mono blanco llevar una bolsa de deporte negra metida en otra de plástico hasta la furgoneta apostada junto a la entrada del búnker.

—No. Pero estamos perdiendo la puta cabeza cada vez más.

—¿Cree que lo identificará, que le ha visto la cara o algo que nos pueda ayudar?

Ismael se encogió de hombros.

—No lo sé, pero espero que allí dentro tengamos lo necesario para pillar a ese hijo de puta enfermo. Tú eres el que ha acompañado a Antía todo este tiempo, ¿no?

—Sí. Fabio Soler. —Se dieron la mano—. Soy de aquí, así que se podrá imaginar con lo que tengo que lidiar casi todos los días después de la muerte de Olivia.

—Me hago una ligera idea.

—Se sorprenderá, pero hemos conseguido que no se extienda lo que vamos descubriendo. La gente aquí es muy sentimental, ¿sabe? La muerte de una cría tan joven puede desencadenar una auténtica batalla campal entre los padres de los demás chicos. Y luego están todos esos periodistas y adolescentes que han acampado en la Garganta Divina… Mañana a primera hora no quedará ninguno allí. Los mandaremos a casa.

—Es lo mejor que podemos hacer, pero tengo entendido que tenéis un cámping.

—La gente de ese cámping no es lo que me preocupa. Esa gente no se dedica a recorrer el bosque como cubas en busca de fantasmas.

Antía estaba hablando con Berta Farina mientras le tomaban la tensión. Se dio cuenta de que el joven agente no podía apartar la mirada de Hamlet y se volvió hacia el anciano, que permanecía muy recto en el asiento del vehículo mirando hacia la ambulancia y las dos mujeres.

—Valentín Rancel… —susurró Fabio—. Hamlet para los

amigos. Lo había visto en fotografías y algún reportaje de televisión, pero que me parta un rayo si aparenta ser el criminal que es en realidad. Es sorprendente y a la vez escalofriante. Te topas con un tipo normal con una vida normal, y cuando te quieres dar cuenta sale en todos los periódicos como el asesino en serie más letal.

—Ya sabes eso que dicen que el mejor truco del diablo es hacer pensar a todos que no existe.

Fabio lanzó el cigarro y se guardó la cajetilla de tabaco. Antía acababa de salir de la ambulancia y se aproximaba a ellos dando largas zancadas. Ismael sintió la vibración de su teléfono móvil y, cuando lo sacó, se dio cuenta de que en algún momento de su expedición bajo tierra se había quedado sin cobertura y tenía varios mensajes de su secretaria y dos llamadas perdidas.

Tenemos que hablar.

Tengo una información que le puede interesar.

No me llame a las doce de la noche que le conozco.

Hablamos mañana.

—Me voy al hospital con la cría. De paso, veré a Martell y a Unai Sabín —anunció Antía nada más llegar hasta ellos—. ¿Puedes arreglártelas sin mí?

Ismael detectó la ironía en su pregunta.

—Me resultará difícil, pero creo que encontraré el camino al coche y seré capaz de abrir la puerta del conductor.

—Tienes una habitación reservada en la Posada de Caín. La dueña del establecimiento es una mujer muy amable. Se llama Ivette. Tiene una puerta trasera que sube directamente a la planta de arriba para que no os topéis con ningún periodista. Aparca por detrás. Yo la llamaré para que os esté esperando.

—Estás en todo…

Antía entrecerró los ojos.

—También habrá dos agentes vigilando el pasillo.

—No esperaba menos de ti.

—Nos pondremos al día en cuanto vuelva. Así que haz un esfuerzo y no te duermas.

—Todo por el amor de mi vida.

—Vete a la mierda, Ismael.

8

La noche se había extendido a lo largo de todo el valle y una luna inmensa del tamaño de un gran balón níveo se alzaba imponente y brillante sobre todo el pueblo. Desde la ventana de la habitación, Jerome Sabín la contemplaba hipnotizado recordando aquel programa de televisión que había visto hacía unos cuantos días que hablaba de la relación de la locura humana con las fases lunares. Aquella noche —sentado en el sofá junto a su hijo Unai—, Jerome no tenía ni la más remota idea de lo que iba a suceder con su chico y que la próxima vez que viera luna llena iba a estar en la habitación de un hospital acompañando a su hijo agonizante y sin un brazo porque algo o alguien había decidido llevárselo de recuerdo. Ese último pensamiento le provocó una sonrisa apática y melancólica. Se volvió hacia la cama. Su esposa estaba sentada junto a su hijo, el cual tenía la vista fija en las luces del techo y no había abierto la boca desde hacía horas.

—Vete a casa, Ceci. Yo me quedaré a dormir con él; y mañana, cuando vengas, me ocuparé de los animales.

El rostro de su esposa, más cadavérico de lo normal, atesoraba unas profundas ojeras. Había adelgazado tanto en aquellos últimos días que los brazos se asemejaban a dos palos de escoba. Pero Cecilia no dijo nada; era una mujer parca en palabras. Se levantó tras adecentar las sábanas, besó en la frente a su hijo y, cuando estaba a punto de salir por la puerta, se volvió hacia su marido y murmuró:

—Intenta dormir algo. Lo superaremos.

Él asintió.

—Se pondrá bien.

—Lo sé.

Cuando Cecilia se fue, Jerome se sentó en la butaca

reclinable, giró la palanca bajo el asiento de doble acolchado y el reposapiés escamoteable saltó haciendo un ruidito seco. Se acomodó lo mejor que pudo —era un tipo demasiado grande para aquellas butacas de acompañantes raquíticas— y se recostó tapándose con una de las mantas que la enfermera le había entregado. Cuando oyó la puerta, lo sintió como un sonido lejano filtrado en un sueño ligero que empezaba a formarse y que lo iba devorando todo. Abrió los ojos y vio a la mujer policía allí de pie, delante de la puerta, con un traje gris ceniciento, el pelo rubio platino por detrás de las orejas y la vista fija en su hijo, que ya dormía.

—¿Qué hace aquí?

—Solo pasaba por aquí y quería saber cómo está Unai.

Jerome se inclinó un poco hacia adelante, gesto que hizo que el respaldo saltara como un resorte y se pusiera en su posición normal, recto. Miró a la inspectora y su gesto se contrajo en una mueva de odio que le deformó las toscas facciones.

—¿Que cómo está Unai? Pues como ustedes lo han dejado. Sin un puto brazo… —Se percató de que había alzado la voz más de lo normal. Su hijo se movió en sueños y Jerome bajó la voz—. Si no lo hubiesen metido en esa celda, mi hijo seguiría igual que siempre, inspectora. Pero consideraron que era culpable sin pruebas y lo encerraron allí abajo exponiéndolo a… lo que demonios lo atacó. ¿Y dónde estaban ustedes?

—Teníamos pruebas para retenerlo unas horas, señor Sabín.

—¡Ah, fantástico! ¿Y dónde están ahora esas pruebas? ¿Dónde está el que ha hecho esto a mi hijo? ¡Tiene dieciocho! Es un niño y le falta un brazo. Su vida… Maldita sea.

—Mire. Entiendo por lo que están pasando. Entiendo el dolor que siente como padre y entiendo la rabia que lleva dentro en estos momentos, pero su hijo estaba desenterrando unas fotografías muy cerca de donde se cometió el crimen de Olivia y tuvo una discusión con ella que acabó en pelea. Usted no es estúpido y sabe perfectamente que hicimos nuestro trabajo. De veras que lamento mucho lo que le ha sucedido; le prometo que daré con el responsable.

La miró con asombro e indignación mientras su prominente

mandíbula se tensaba cada vez más. Agarró con brusquedad la palanca de la butaca y empujó el respaldo para volver a recostarse.

—Salga de esta habitación y vuelva cuando lo tenga, inspectora. Mientras tanto, pueden irse todos a tomar por el culo.

9

Echó a andar por el pasillo en dirección al ascensor que daba a la planta donde se encontraba Berta Farina. Una de las cosas a las que uno se acostumbraba en su profesión era a soportar los arranques de ira que muchos familiares de víctimas solían volcar en la policía. No quiso dar mayor importancia al temperamento de Jerome Sabín, aunque en parte se sentía culpable por aquella situación, cosa que, en su fuero interno, sabía que no era así. Cuando llegó a la habitación donde estaba la chica tenía mucho mejor aspecto del que había esperado. El pelo sucio y grasiento se extendía sobre sus hombros y un facultativo le pasaba un peine muy fino de púas afiladas mientras iba metiendo los restos de porquería en una bolsa de plástico transparente. A Antía le sorprendió un detalle del que no se había percatado cuando la sacó de aquella habitación: el vestido de flores que llevaba puesto.

Una mujer morena uniformada de cara regordeta y mejillas arreboladas por el calor se mantenía de pie muy cerca de la ventana y observaba al médico. Antía fue directa hacia ella, cogió unos guantes de látex de encima de un carrito de medicación con ruedas y se los puso.

—Que le quiten ese vestido lo antes posible y lo analicen. Tiene que llevar una etiqueta con la marca y el fabricante. Necesitaremos una lista de todos los establecimientos donde pudo haberse comprado. Y tiendas en internet.

La mujer asintió, se apartó un poco de Berta Farina y el médico y dijo:

—No han encontrado nada bajo las uñas, así que no se defendió ni la sacaron del bosque por la fuerza. Eso sí, tiene un

buen golpe en la cabeza. Ese cabrón la dejó inconsciente y se la llevó, sabe Dios cómo, hasta allí.

—Pudo usar un vehículo. Esa noche el bosque estaba lleno de gente buscando fenómenos paranormales. No hubiese sido raro ver un vehículo por las cercanías.

—Están peinando todo el terreno, inspectora. Y por la mañana seguirán con ello.

Antía asintió, se dio la vuelta y fue directa hacia Berta. El médico acababa de terminar. Precintó la bolsa junto con el pequeño peine y salió de la habitación en silencio.

—¿Cómo estás, Berta?

—¿Dónde está mi rata?

—¿Qué?

Berta se revolvió incómoda. Cuando intentó apartarse un mechón de pelo de la cara, se rozó la herida de la cabeza y puso un gesto de dolor.

—Mi rata… Me dijeron que me la devolverían. Joder, esto duele más ahora que cuando estaba en ese cuchitril. La rata. Quiero que me devuelvan mi rata.

—Y eso vamos a hacer. La han llevado a un veterinario para que le haga una serie de pruebas. En cuanto esté en condiciones, te la devolverán.

—¿Cuándo?

—Berta…, lo antes…

—¡Cuándo!

—Está bien —dijo Antía. Se sentó en la camilla junto a ella y le pasó la mano por la mejilla—. Llamaré ahora mismo al veterinario y le diré que mañana yo misma pasaré por la… el ratón. Pero ahora necesito que me cuentes qué pasó y qué viste. Es muy importante.

—¿Me lo promete? —Berta estaba a punto de llorar. Se aferraba a aquel animal que la había acompañado en su cautiverio con tanta devoción que posiblemente aquella rata sería la única capaz de sacarla de una profunda depresión.

—Te doy mi palabra.

Ella asintió y se miró los pies descalzos.

—Salí a hacer pis de madrugada —comenzó a decir suavemente—. No recuerdo la hora, pero cuando terminé y me

estaba subiendo el pantalón del pijama alguien me golpeó en la cabeza y desperté en esa habitación. Solo lo vi un par de veces, de la primera no recuerdo nada. Tenía la cara tapada por una especie de pasamontañas. Era alto y delgado. No pude verle las manos porque llevaba guantes, pero tenía unos ojos bonitos… Quiero decir, que no daban miedo. O eso parecía…

—¿Te habló?

—Me pidió que me lavara y me dio otro vestido igual al que tenía puesto cuando desperté. Me… Me tenía atada y me oriné encima. Dijo que no mataba a vagabundas sucias, que sus Ofelias no formaban parte de la mugre o algo así. Luego me dio una bolsa con comida y agua y se marchó.

Antía recordó la bolsa negra y envió un mensaje de texto a Fabio.

—¿Recuerdas cómo era su voz?

—Suave. Parecía muy tranquilo.

—¿Abusó de ti?

Berta rompió a llorar en ese momento.

—¡No lo recuerdo! ¡No lo sé!

—Vale, tranquila. Te haremos todo tipo de pruebas médicas para descartar cualquier abuso. ¿Te parece bien?

Ella asintió muy rápido.

—Olía bien… —murmuró—. La primera vez que desperté en la camilla. Sabía que él estaba a mi lado y me decía algo. «Eres hermosa como las flores», eso me decía, y olía a perfume y a tabaco. Era muy sutil, pero sé que olía, al menos su ropa.

—¿Olía a tabaco porque fumaba o porque le olía la ropa?

—No lo sé. Pero he sido fumadora y ahora no soporto el olor del tabaco. Lo detecto a leguas, por eso digo que era muy sutil. Puede… Puede que fuera la ropa. ¡No estoy segura!

Antía le sonrió con amargura.

—Está bien. Lo estás haciendo muy bien, Berta. Te diré lo que vamos a hacer, ¿vale? Van a analizar ese vestido que llevas. Te harán un examen médico completo, tomarán muestras de todo lo que llevas adherido a la piel y luego podrás darte un baño caliente y cambiarte de ropa. Tus amigos están ahí fuera esperándote; y ellos y esta agente de policía…

—Susana —dijo la mujer.

—Exacto. Susana os llevará a los tres a la Posada de Caín para que durmáis allí esta noche. Y ella se quedará muy cerca de ti para que no tengas de qué preocuparte, ¿vale?

Berta se encogió de hombros.

—La dueña de la posada se ha ofrecido a ayudar en todo lo que necesitéis —dijo la agente Susana con una sonrisa franca —. Tendréis una habitación para los tres, así no tendréis que separaros. Yo estaré fuera por si necesitáis algo.

—Son muy amables —respondió Berta con un mohín.

—Lo único que te voy a pedir a cambio de ir a ver a tu ratón es que me tengas al tanto de todo lo que recuerdes — prosiguió Antía—. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. ¿Me la traerá?

—Te lo prometo.

10

—Bienvenido a la Posada de Caín, inspector.

La mujer morena que estaba delante de la puerta era la viva imagen de Monica Bellucci en sus mejores años. Ismael estaba seguro de que había puesto cara de gilipollas porque ella sonrió con cierto rubor salpicado de ironía y pasó un buen rato hasta que el asunto resultó ligeramente incómodo, abrió totalmente la puerta y los invitó a pasar. La habitación estaba en la última planta y era amplia, con dos camas individuales. Tenían comunicación con la otra habitación donde estarían los dos agentes de apoyo a través de una puerta corredera sobre raíles telescópicos que se deslizaba hacia la derecha.

—En esta planta solo están estas dos habitaciones. Son las más grandes que hay. Espero que estén cómodos, pero, por favor, no dude en pedirme lo que necesite.

—¿Cuántos periodistas hay ahora mismo?

—Solo quedan dos periodistas de una cadena de televisión, el resto se ha marchado hace horas y duermen en la primera planta. No se preocupe. —Miró de reojo a Hamlet, que permanecía de pie delante de una de las camas como si hubiese visto un milagro y luego se volvió hacia la puerta—.

Les mandaré algo de cenar.

—Se lo agradezco, Ivette. Mis dos compañeros llegarán en cualquier momento. Por supuesto, visten de paisano.

—Estaré al tanto —dijo con cierta zalamería—. Cualquier cosa que precise, marque el número once. Es mi línea directa.

Sonrió. Salió por la puerta y, tras cerrar, Ismael se volvió hacia Hamlet, que tenía la misma cara de bobo que él, solo que este por la mera idea de dormir en una cama como Dios manda. Puso los ojos en blanco y soltó la esposa que los unía.

—Puedes darte un baño antes de cenar. Yo estaré aquí fuera esperándote. Intenta no salir en pelotas. No superaría jamás esa imagen y quiero volver cuerdo a mi casa.

—Hace muchos años que no duermo en una cama como esta.

—¿Tienes intolerancia a algún alimento?

—No. —Hamlet se volvió hacia Ismael, se sentó en el borde de la cama y pasó las palmas de las manos por las sábanas blancas jugueteando con los dedos sobre los detalles decorativos del hilo bordado mientras lo miraba embelesado. —Nunca valoramos las pequeñas cosas de la vida hasta que nos faltan. Una simple cama puede ser el mayor regalo para un hombre.

—Pues me alegro por ti, campeón. Date una ducha y ponte cómodo, porque voy a esposarte al cabecero toda la noche. Así que date prisita. Tengo ganas de darme un baño yo también.

Hamlet asintió. Se levantó muy despacio y se aproximó a la ventana. El patio interior estaba iluminado por decenas de farolillos decorativos. En la planta de abajo, varias habitaciones refulgían tras los postigos levemente entrecerrados. Tomó las dos toallas que tenía sobre la cama, las olió cerrando los ojos y se dirigió al aseo, donde se encerró durante veinte minutos en absoluto silencio. Mientras tanto, Ismael jugueteaba con el teléfono móvil. Releía los mensajes de su secretaria preguntándose qué demonios tenía que contarle que era tan urgente. Le mandó un mensaje a Antía informándola de que ya estaban instalados y que la avisara cuando llegara. Ella le contestó a los pocos segundos:

Estaré allí en media hora. Subiré a buscarte cuando

lleguen los agentes de apoyo. Tenemos que hablar.

Hablar del caso. Hablar de ellos. Eran dos posibilidades igual de válidas. Cuando Hamlet salió del aseo con un pijama de rayas azul claro y el albornoz en la mano, Ismael lo miró fijamente y se reclinó en la silla en la que se había sentado frente a un diminuto escritorio lleno de folletos informativos de actividades al aire libre.

—Hoy en el coche dijiste una cosa que me tiene un poco desconcertado.

—Ya sé lo que me va a preguntar, hijo.

—Cuando las estrangulabas sentías lo que ellas sentían. Eso te dije, y tú respondiste que por eso no mataste a Linda Pascal. No fue un despiste. No querías matarla. ¿Por qué?

—¿Qué importancia tiene eso ahora? Pasó hace mucho tiempo.

Ismael sonrió.

—No me vas a decir nada, ¿verdad?

Hamlet se sentó en la cama, dejó el albornoz extendido en un lado y levantó el brazo mientras miraba fijamente a Ismael con sus ojos saltones.

—Ya puede esposarme, inspector.

11

La imagen que proyectaba Luis Martell era mucho más aterradora de lo que Antía se había imaginado. Tenía la cabeza vendada hasta casi los ojos, un enorme moretón le cruzaba la mejilla desde la sien a la barbilla. La tenía tan hinchada que se había deformado dándole un aspecto abotagado. Ambos brazos se mantenían elevados y escayolados, lo mismo que la pierna.

—Ada, ¿cómo está?

Antía no se esperaba que aquella mujer rota por dentro y por fuera estuviera allí sentada en un rincón de la habitación mientras acompañaba a un marido que la había engañado y del que todavía no sabían si era un asesino consumado. Pero la mujer parecía mucho más entera de lo que se esperaba

encontrar.

—Dicen que se recuperará y que puede tener problemas por culpa del golpe en la cabeza. Aún es pronto para saber más.

—¿Ha despertado?

Ada se enjugó las lágrimas con un pañuelo de papel y asintió.

—Hace un rato, pero no ha podido hablar. También le han cosido la mandíbula. Se rompió la… —Rompió a llorar.

—Está bien, tranquila, Ada. Tómese su tiempo. No quiero que sufra más, por favor.

Ada Duran bajó la mirada y se recompuso. Se apartó el pelo de la cara y, al atarlo en una cola alta, Antía pudo ver lo demacrada que estaba.

—Puede que le haga pagar durante mucho tiempo lo que me hizo —dijo. Antía la miró. No entendía a dónde quería llegar—. Traicionó mi amor y me ha roto el corazón, pero… mi marido no es un asesino.

—¿Se lo ha dicho él? —Intentaba ser lo más suave que le era posible. No quería dañar a Ada o hacerla sentir peor.

—No… No necesito que él me lo diga. Conozco a mi marido. Se…

—Ada…

—¡No! ¡Escuche! —chilló, pero al momento tomó aire y moduló el tono de su voz—. Yo les di lo que necesitaban para comparar su ADN. Al principio me asusté tanto y me sentí tan humillada que necesitaba saber con seguridad que mi marido me había engañado. ¡No podía creer que estuviera con una niña! Pero… mire lo que ha pasado, mi esposo ha intentado quitarse la vida y yo me siento responsable. No se merece esto. ¡No se merece esto!

—Pero creía que había sido él. Lo pensó en la posada, cuando me llevó ese lápiz de memoria.

—Sí… ¡No! No lo sé… Estaba destrozada. Estaba denigrada como mujer. Sentía rabia por lo que veía…, asco por todas aquellas imágenes que tenía en su ordenador; pero hace un rato ha abierto los ojos, inspectora. Mi marido me ha mirado y he comprendido que su culpa… No. No ha matado a nadie. No… es un asesino.

—Hemos encontrado material de Olivia Cruz y Mía Rojas en el ordenador portátil que su marido tenía en el trabajo, Ada. Material que lo deja en muy mal lugar y lo relaciona con ambas víctimas.

—Eso no es posible. Está mintiendo —dijo con rabia.

Antía guardó silencio y percibió desconcierto en los ojos llorosos de Ada. No dejaba de negar con la cabeza aferrada a los dos reposabrazos de la butaca, clavando las uñas en la madera lacada.

—Uno de los correos electrónicos que envió a Mía Rojas la citaba el doce de mayo para verse con ella en el desfiladero de la Garganta Divina.

Nada más decir eso, Ada se levantó de un salto, rebuscó algo en su bolso y sacó un teléfono móvil que comenzó a manipular. Al cabo de unos segundos le puso la pantalla en la cara a Antía, la cual se tuvo que apartar un poco para ver lo que Ada quería enseñarle.

—El doce de mayo mi marido estaba en un viaje con sus alumnos en Barcelona. Se pasó allí tres días con veinticinco estudiantes y dos profesores. Aquí lo tiene, su teléfono. Nunca lo ha tenido protegido con contraseña y anota todas sus citas en el calendario porque lo tiene sincronizado al de la web del profesorado.

Antía cogió el móvil y lo leyó.

—¿Puede darme los teléfonos y nombres de esos profesores para que confirmen su coartada?

—Por supuesto.

Sacó una libretita del bolso, anotó varios nombres y se los entregó a Antía tras romper la hoja.

—Entonces lo comprobaré, pero comprenda que hay mucho más en ese ordenador, Ada… No quiero que…

—Y estaré encantada de poder ayudarla con cualquier información que me pida. Yo fui quien metió a mi marido en esto, ¡pero no es un asesino!

—Está bien.

Se dirigió hacia la puerta, no sin antes echar un último vistazo al cuerpo destrozado de Luis Martell.

—Una cosa más, Ada: ¿su marido fuma?, ¿fuma usted?

Ada frunció el ceño y se quedó quieta delante de la silla.

—No, nunca hemos fumado. ¿Por qué?

—Por nada. No se preocupe. Muchas gracias, Ada.

12

Ivette cerró la puerta de su despacho, rodeó el escritorio y se sentó en la silla de cuero. Álex estaba recostado en una ancha butaca junto a la ventana. Se había servido una copa de vino y jugueteaba con el dedo pasando la yema por el cristal tallado mientras observaba a Ivette con suma atención. Tenía un mechón de pelo por la frente en forma de tirabuzón. Hizo un movimiento con la cabeza para apartarlo y bebió sin dejar de mirarla.

—Es asombroso. Ese hombre debe de tener más de setenta años y sus ojos son como dos piedras de hielo sin ningún tipo de expresión, Álex, pero te juro por Dios que si me lo encontrara por la calle lo ayudaría a llevar las bolsas de la compra.

—Estoy casi seguro de que no eres la única persona que piensa de la misma manera. ¿Qué me dices del inspector que lo acompaña?

Ivette parpadeó con humor.

—No es tan guapo como tú, pero tiene su encanto —bromeó —. Y parece que le he causado una buena impresión.

—Venga, Ivette…

—Está bien. No tiene pinta de ser fácil de convencer. Tiene unos cuarenta años y venía bastante cabreado. Te resultará más fácil convencer a Antía Farre que a ese tipo. —Dicho esto, se inclinó hacia adelante, pulsó un botón en el teléfono que tenía sobre la mesa y dijo: —Prepara dos menús para la habitación del tercer piso. Avísame cuando estén cenando.

Una voz eléctrica le respondió escuetamente:

—Ahora mismo.

Ivette no disimuló su satisfacción. Se levantó contoneándose y se arrodilló colocándose entre las piernas de Álex. Pasó las manos por sus rodillas y por el interior de los muslos

enfundados en unos vaqueros.

—¿Crees que conseguirás que te dejen hablar con ese tal Hamlet? —Dejó escapar una risita juguetona cuando notó el bulto de la entrepierna y Álex se inclinó para besarla.

—Algo conseguiré… Ivette, la fría… ¿Quieres entretenerte mientras llega nuestra inspectora?

La sentó en sus rodillas a horcajadas y le mordió la barbilla mientras tiraba de su falda. Ella le pasó la lengua por los labios.

—Es una opción… —le susurró.

La vida nos hace tomar decisiones, nos pone a prueba y nos empuja a escoger entre lo que verdaderamente amamos y lo que nos conviene. En mi caso me ha hecho sentir cierta compasión; es la forma que tiene de dotarme de un camino sin remordimiento, sin autoengaño ante lo inevitable. Lo comprenderás cuando llegue el momento y puedas volver a mirarme a los ojos como nuestra última vez. Pero lo haremos de un modo especial, como los dos amantes efímeros que una vez tú te empeñaste en que fuéramos. Solo que esta vez no seré yo la única que sufra todo ese dolor.

El bosque ha colgado sus crespones negros y reclama una compensación. Lo he sentido desde la última vez que estuve entre los árboles. Cuando me quité las pequeñas flores del pelo y me alcé sola... de sus aguas...

Ha llegado el momento.

Que Dios nos perdone a todos.

[12]

1

Fabio cogió el teléfono cuando estaba a punto de salir hacia la comisaría. Era Del Río y no parecía muy contento por su tono de voz.

—¿Seguís en ese zulo del bosque?

—Tienen para toda la noche, pero yo ya me iba.

—Bien. Tenemos una prenda de flores de la chica secuestrada de la marca Morgan Farisi. Es una firma que distribuyen unos grandes almacenes que están por toda España, pero hay una buena noticia: no se vende por internet.

Fabio cerró la puerta del coche y miró hacia la zona donde un nutrido grupo de personas salía con bolsas y cajas etiquetadas.

—Entiendo.

—La cuestión es que aquí en el norte hay cinco de esos centros comerciales.

—Cinco cámaras que revisar.

—Te quiero a las ocho de la mañana en el más cercano al valle. Llévate a cuatro agentes para que hagan lo mismo. Quiero la cara de ese hijo de puta. Tienes la lista encima de tu mesa. ¡A las ocho!

—Sí, señor comisario.

Colgó el teléfono y miró hacia el bosque. Por un momento sintió como si alguien, allá en lo más profundo de la noche, lo estuviera vigilando. Se adelantó un poco y oteó la vegetación. Creyó ver una silueta de mujer junto a uno de los árboles. El corazón se le disparó y se aferró a su arma.

—Joder… Me estoy volviendo loco…

La silueta en forma de mujer se desplazó un poco hacia la derecha. Fabio aguzó la vista, pero solo era un arbusto que se

zarandeaba por la brisa nocturna. Sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo.

—Cámaras de vigilancia…

2

Veinte minutos más tarde, Antía subía las escaleras de la posada con la espalda hecha un guiñapo y un agotamiento fuera de lo común. Le dolía la cabeza y no dudó en tomarse un ibuprofeno a pelo nada más bajarse del coche. Aún tenía el sabor ácido de la pastilla en la lengua. Siempre que se tragaba un medicamento sin agua, recordaba las palabras de su madre cuando era pequeña y le decía que un día iba a ahogarse con la pastilla de la tos. La recepción estaba totalmente vacía y no esperaba a Berta y a sus dos amigos hasta bien entrada la mañana. Les pasaría a recoger antes de las ocho para que prestaran declaración en comisaría; luego ya vería.

Tenía varios frentes abiertos en los que trabajar. Por un lado, estaba el papel de Luis Martell, que cada vez le rechinaba más. Confirmar que esos profesores habían estado con él en Barcelona en la fecha del correo electrónico era una prioridad, al igual que el resto de las fechas que salían en otros tantos correos. Tenía que averiguar dónde estaba Martell y si tenía coartada. Y luego estaban las pruebas encontradas en las galerías del bosque: la ropa de Berta, la bolsa de deporte que había dejado el asesino con los restos hechos una pelota del papel de plata que usó para envolver los bocadillos y las botellas de agua. Ella había dicho que le quitó otro vestido igual, pero, que ella supiera, no se encontraron más prendas. Ni siquiera las que Berta llevaba aquella noche.

Sacó el teléfono móvil y mandó un mensaje a Ismael:

> *Voy a cenar algo rápido aquí abajo. Quedamos en media hora.*

Volvió a meter el teléfono en el bolsillo del pantalón y echó a andar por la galería acristalada que daba al restaurante. Álex Benassar estaba allí de pie mirando por uno de los ventanales

del salón comedor. Cuando la oyó entrar, se dio la vuelta y le regaló una de sus sonrisas arrebatadoras.

—No me fastidies…

—Yo también me alegro de verte, inspectora.

Se acercó a la barra, pidió al camarero un bocadillo de jamón y una cerveza, y se repantingó en un sofá corrido que había en una esquina. Álex se sentó frente a ella y cruzó los brazos con aire cómico.

—¡Qué!

—Tenemos un trato, ¿lo recuerdas? Yo tengo mucha información que no filtro a mi periódico o las redes sociales y tú me pones al día el primero sobre los avances de la investigación.

—No hay avances en la investigación, periodista.

Él sonrió.

—Ya lo sé, por eso voy a pedirte otra cosa.

Antía lo miró fijamente antes de poder llevarse el vaso de cerveza a los labios.

—Mañana quiero una entrevista con Hamlet.

A ella se le escapó la risa, pero se le cortó al instante cuando vio la expresión de solemnidad que tenía en la cara.

—Estás de coña, ¿no?

—No.

—Una entrevista a Hamlet. Pero ¿tú te das cuenta de lo que me estás pidiendo? Además, eso no depende de mí.

—Una entrevista de media hora. A solas o como mucho contigo allí. No quiero que todo el mundo se entere de lo que pueda contar. Es mi noticia. No pido más. Para, cuando esto acabe, hacer un reportaje que tú podrás revisar antes de su publicación. Si me das ese tiempo con él, no volveré a pedirte nada. Esperaré los avances del caso como un buen chico. —Y puso un mohín.

Antía bebió muy despacio de su vaso y pareció meditar su petición durante unos segundos.

—No hay trato —dijo dejando la cerveza en la mesa.

—Ah, ¡venga ya, Antía! Es una entrevista de media hora. Tú misma podrás revisar lo que pretendo publicar. Además, tómatelo como un favor personal hacia el caso.

—¿Disculpa? Esto es de traca.

Álex se inclinó hacia adelante.

—Ese tipo va a salir de prisión y ¿qué tiene? ¿Setenta años? Nadie recuerda su cara, nadie lo identificaría por la calle cuando pueda pasearse libremente por la ciudad, Antía. Déjame hacer esa entrevista y publicaré su fotografía reciente en primera plana. Y cuando salga, la gente lo sabrá. No podrá engañar a nadie y, si intenta algo, será muy difícil que no lo identifiquen… Vamos, inspectora…

El camarero interrumpió la conversación. Dejó el plato con la cena de Antía y luego, cuando se fue de nuevo tras la barra. Álex prosiguió.

—Media hora… Y no volveré a pedirte nada.

—No es mal trato. —Una voz masculina retumbó en el salón comedor. Antía y Álex de volvieron al mismo tiempo—. Yo que tú aceptaría —dijo Ismael aproximándose a ellos.

Álex había alargado el brazo con la palma de la mano hacia arriba.

—¿Ves? —Se puso en pie y le ofreció la mano a Ismael—. Álex Benassar.

—Ismael Roig.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde está Hamlet?

—Durmiendo como un bebé en su nueva cama. Los dos agentes ya se han instalado en la habitación y lo están vigilando.

Se sentó en la silla libre y miró el bocadillo que había sobre la mesa. Álex se levantó.

—¿Media hora? —preguntó.

Antía resopló.

—Pero que conste que lo hago por esa puta foto que vas a poner. Y más te vale que no haya otra filtración, Álex. No te encerré la primera vez, pero lo haré si metes la pata otra vez.

—Te doy mi palabra.

—Mañana a las ocho y media de la mañana —le anunció Ismael.

—A las nueve. Tengo cosas que hacer a primera hora y quiero estar presente.

—Seré puntual.

Hizo una especie de reverencia algo cómica y echó a andar hacia la puerta que daba a la galería. Ismael se volvió hacia Antía y empujó el platito.

—Come, anda. Yo ya he cenado con Hamlet arriba. Cuéntame.

Le puso al día de toda la información que manejaba sobre Luis Martell y Berta Farina, al igual que sus dudas y los últimos datos sobre el viaje del profesor a Barcelona. Cuando terminó de hablar, cogió su bocadillo y comenzó a comer con un hambre voraz.

—En el expediente de Hamlet salía: ocho mujeres violadas y siete asesinadas. Llamé a la octava víctima de Hamlet. Una mujer peculiar, por cierto, con algo de bipolaridad en sus reacciones. Pero si te digo la verdad, no es eso lo que me está taladrando la cabeza; fue algo que me dijo Hamlet cuando llegamos al valle: reconoció que no había sido un error dejar viva a esa mujer. Dijo algo así como que había sentido lo que ella sentía y que por eso no la mató.

—Eso no tiene ningún sentido. Todas las víctimas de un ataque sienten miedo, terror… ¿Qué iba a sentir esa mujer?

—Ella lo mencionó. Mencionó que Hamlet mataba porque no era capaz de sentir. Te parecerá una pijada, pero imagínate que sea cierto por un momento que ese tipo no sea capaz de experimentar ningún tipo de reacción emocional en su vida hasta que mata y que cuando lo hace siente tantas cosas que es como un orgasmo para él. Una especie de alexitimia llevada al extremo.

—Pero la alexitimia no es solo la falta de reacción emocional, roza el autismo.

—Solo te planteo una idea, tampoco eso explica lo que dijo Linda Pascal sobre el hecho de que Hamlet mataba porque necesitaba sentir. No creo que tenga que ver con la psicología común de un asesino en serie que precisa matar por el placer que le genera. Ella no se refería a eso, Antía. Era otra cosa. Dijo que sentía todo lo que sus víctimas sentían, como si absorbiera el miedo, el terror y todo eso que nos pasa por la cabeza cuando estamos acorralados.

Antía se limpió la boca con la servilleta y miró el trozo de

bocadillo que le quedaba.

—Aquí pasan cosas muy raras, Ismael. En ese bosque hay algo que Hamlet ha pintado en sus cuadros. Retrató a la perfección a Berta Farina. Aunque el asesino le estuviera poniendo al día de todo lo que iba a hacer, o lo hiciera tiempo atrás, eso no explica lo que vi en el bosque la otra noche. Ese… tipo alto del tricornio en la cabeza y las cosas que hablaban rápido y corrían… No sé qué pensar.

Ismael se retrepó.

—Tú misma dijiste que el bosque estaba lleno de lunáticos buscadores de fantasmas. Podrían haber sido ellos.

—¿Y la historia de Aurora? —Le resumió otra vez el enfrentamiento con aquellas dos familias porque no estaba segura de si se lo había contado en sus llamadas. Esperó su reacción—. ¿No es mucha casualidad?

—Puede que alguien muy apegado al pueblo esté escenificando ese pasado otra vez por algo. ¿Te lo has planteado?

Antía se encogió de hombros.

—Me he planteado demasiadas cosas sin sentido.

—Lo importante es conseguir que ese Martell confiese el crimen. Si ha sido él, claro está —apostilló Ismael.

—Si Martell no las mató, no tenemos nada.

El móvil de Antía vibró. Miró el mensaje y luego a Ismael con los ojos muy abiertos.

—Era el comisario Del Río. Sabemos dónde se compró el vestido de flores de Berta Farina y ya ha dado órdenes para que revisen las cámaras.

Ismael alargó el brazo hacia ella tratando de cogerle la mano, pero Antía se apartó y él sonrió.

—Ahí lo tienes. No hay nada paranormal. Quien haya secuestrado a Berta saldrá en esa cámara.

Pero Antía no estaba tan segura, y conocía muy bien a Ismael como para darse cuenta de la duda rabiosa que se le reflejaba en los ojos cuando hablaba. Quien había comprado ese vestido era un hombre de carne y hueso, por supuesto que sí. Pero ¿quién se había llevado el brazo de Unai? ¿Quién estaba en el bosque con ellas la noche del molino?

«El Cortador».

Oyó la voz cascada de Aurora y se estremeció.

Porque ella había visto el espíritu de la chica. Ella la había guiado hasta la llave que abría la puerta de Berta Farina y Hamlet se había dado cuenta porque también la veía.

Miró a Ismael. Estaba despistado leyendo correos electrónicos en su teléfono móvil.

«No dejará de matar hasta que pague el último responsable. El asesino de la niña y la mujer. Todas las criaturas de la noche reclaman su sacrificio. Sangre por sangre. Del bosque no se sale».

Había demasiadas cosas que de momento no podía compartir con nadie.

3

A las seis y media de la mañana, Antía se levantó para ir a buscar una rata de alcantarilla al veterinario más cercano. El tipo había refunfuñado bastante cuando ella lo despertó tan temprano alegando que era un asunto policial, cosa que no era del todo cierta, pero daba igual. Se cruzó con el coche de Fabio, incluso lo saludó por la ventanilla cuando pasó. Él ni siquiera se percató de ella. Iba demasiado abstraído al volante.

Eran las siete en punto cuando Aurora se enfundó en sus zapatos abotinados de cordones y se puso la chaquetita de punto por los hombros. Ella también tenía algo importante que hacer esa mañana. Llamó a un taxi y esperó en las escaleras del porche. El coche apareció traqueteando por el camino de acceso levantando una nube de polvo y humo. Un hombre de unos treinta años con un bigote de morsa le abrió la puerta y la ayudó a subir.

—Al hospital, por favor.

A las ocho en punto, Ismael llamó a Melisa, su secretaria. Se pasó quince minutos largos escuchando lo que tenía que

decirle. Cuando colgó, su expresión absurda delante del espejo del baño de la habitación reflejaba fehacientemente el tremendo lío que tenía en la cabeza. Hamlet roncaba en la habitación anexa, durmiendo como un niño abrazado al albornoz. Salió envuelto en una toalla, se sentó en una bonita silla isabelina junto a la mesa llena de folletos y se quedó allí meditando mientras observaba al viejo dormir. Golpeó la puerta corredera dos veces con los nudillos y, cuando uno de los agentes de apoyo asomó su nariz ganchuda por el hueco, Ismael dijo:

—Tengo que salir un momento. Dentro de una hora vendrá un periodista a hacer una entrevista a Hamlet. Que no empiece hasta que la inspectora Antía esté presente y que permanezca esposado, ¿entendido?

—Entendido, señor.

Cuando volvió al baño con la percha cargada con su ropa y cerró la puerta, Hamlet abrió los ojos y sonrió.

4

Pasaban cinco minutos de las ocho y Fabio ya estaba sentado delante de las cuatro pantallas de la sala de vigilancia del centro comercial más cercano al valle de Caín. A unos cuarenta kilómetros para ser exactos. Cuatro compañeros barrían los otros centros desde hacía un rato y esperaba noticias. Tarea difícil, suponía.

—Ya hemos estado revisando desde el uno al quince de junio. No es complicado porque esos vestidos están colocados ahí —dijo un vigilante señalando una de las pantallas—. Así que la persona que busca tiene que entrar en ese ángulo donde están esos percheros con ruedas. ¿Lo ve?

—¿Se lo pidió el comisario?

El vigilante asintió.

—Según mi jefe tenía bastante prisa y ya llevamos aquí desde las cinco de la mañana, pero nadie ha cogido nada de esa percha por el momento.

—Comprendo.

5

Eran más o menos las ocho y media de la mañana cuando Antía entró en la posada con un trasportín enano azul y blanco. Se topó de frente con Berta Farina y sus dos incondicionales amigos, Roberto e Iván. Iban a instalarse en la habitación treinta y cuatro. Ivette estaba a su lado con la mano apoyada en el hombro de la chica. Cuando Berta vio a Antía corrió como una niña ilusionada hacia ella, cogió el trasportín y lo dejó en el suelo. Abrió la puertecita y tomó a aquella rata parda del tamaño de un gato entre los brazos como si fuera un precioso cachorrillo de Pomerania.

Ivette soltó un grito y sus dos amigos pusieron cara de asco.

Pero ella era feliz y, por lo que Antía pudo comprobar, la rata también.

6

A la misma hora que Berta se fundía en un abrazo de madre con su rata adoptiva, Aurora atravesaba el pasillo que daba a la habitación de Luis Martell. Ada Durán desayunaba en la cafetería dos plantas más abajo. El alcalde Elvera estaba saliendo de visitar a Unai Sabín, que por fin había dejado de gritar como un poseso hablando de cabezas y demonios en las ventanas. Le sorprendió ver a la anciana abandonando el ascensor y dirigirse hacia la derecha. Estaba seguro de que era Aurora, eran sus andares. Miró el reloj: eran las ocho y treinta y ocho minutos. Se dio la vuelta para observar su espalda encorvada y con un gesto de confusión echó a andar detrás de ella.

7

—Son las nueve en punto —dijo Álex Benassar al pie de la escalera de mármol de la posada.

Llevaba un traje de chaqueta, pantalón gris perla y una

camisa blanca que resaltaba su juventud y el color de sus ojos verdes.

Cuando se volvió hacia Antía, que tenía una expresión ceñuda y sonrió, se fijó en la chica rubia que llevaba una caja azul y blanca. La chica se volvió con una expresión alegre antes de entrar en el pequeño ascensor que había instalado para casos excepcionales o alguna discapacidad. Ivette le había suplicado que lo usara para que ningún cliente viera el roedor y se asustara. Y lo miró.

—Hola —le dijo Álex sin perder su eterna sonrisa.

Ella iba a responderle, pero las puertas se cerraron cuando abrió la boca.

8

A las nueve y diez minutos el vigilante de seguridad del centro comercial paró la grabación y pegó un salto en la silla giratoria de ruedas. Fabio miraba fijamente la pantalla cuando este retrasó la imagen unos segundos. Pudieron ver al hombre.

—Joder, por fin… —murmuró el tipo, inclinándose sobre su barriga cervecera que sobresalía por encima del cinturón—. Aquí está…

No terminó la frase. El agente Fabio Soler ya no estaba en la silla de al lado.

9

—¿Estás segura de lo que me estás diciendo?

Ismael estaba en una cafetería de lo más hortera, toda pintada de azul, con una mujer que llevaba un mandil con la frase: «Si realmente somos lo que comemos, yo soy terriblemente dulce», en letras rosas y fondo azul. Le ofreció un oso panda de chocolate, un Ronaldo de nata y fresa o un trozo de tarta en forma de Naranjito del ochenta y dos —ya había llovido—, con el café.

—Totalmente, jefe —dijo Melisa—. Lo he revisado dos veces

y su teléfono móvil indica claramente esa posición. Pero no se lo va a creer, porque ayer, cuando me llegaron los datos de triangulación, decidí investigar un poco más. ¿Está sentado?

No estaba sentado. Cogió la taza de café, la dejó en la encimera de la mesa más cercana, señaló al oso panda y se sentó.

—Sí. Cuéntame.

10

Antía cerró la puerta corredera y dejó entrar a Álex Benassar en la habitación. Hamlet estaba de pie, esposado, delante de la amplia ventana. Cuando se volvió, su sonrisa se ensanchó de tal manera que parecía que se le iba a desencajar la mandíbula en cualquier momento. Los agentes de apoyo habían dejado la otra butaca isabelina frente a la de la habitación, con la mesa de café en medio. Álex no podía dejar de mirar al hombre que tenía delante con cierta curiosidad. Se adelantó un par de pasos, se sentó en la butaca más próxima a la puerta y dejó una mochila que tenía en las manos sobre la encimera de madera. Hamlet desvió la vista hacia Antía y luego miró al chico.

—Un placer, hijo.

—Lo mismo digo.

—Por fin te conozco —murmuró Álex y carraspeó—. Tengo una serie de preguntas para ti. Seré muy breve, dado que la inspectora me ha dado una media hora, que espero que se alargue.

—No te pases, periodista.

Álex ladeó la cara y sonrió. Hamlet se sentó frente al chico sin dejar de mirarlo fijamente.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Hamlet.

—Veinticuatro.

—Unos ojos muy bonitos. ¿De tu madre, quizá?

Álex arqueó la boca en una media sonrisa.

—Al grano, periodista, o acabará haciéndote él la entrevista —gruñó Antía.

Sintió el móvil vibrando como un poseso bajo la tela del pantalón. Ya era la segunda vez que alguien llamaba. Cerró la puerta de la habitación con llave, se dirigió a la corredera y entró en la otra habitación.

—Álex, que sea rápido —dijo antes de cerrar—. ¿Sí? ¿Ismael? Te oigo como el culo.

Colgó el teléfono, las interferencias eran insoportables y le hacían daño en el oído. Sintió de nuevo el teléfono vibrar, pero alguien estaba llamando a la puerta. La abrió y se encontró de frente con Berta Farina.

—¿Qué haces aquí?

—Me lo ha dicho la rata —dijo en un susurro.

—¿Qué?

—La rata. En el ascensor.

Antía no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—La rata te ha dicho algo. Vale.

—Fuma. Yo lo vi fumar. Y creo que sé quién es.

11

Fabio lanzó la colilla del cigarrillo por la ventana y frenó en seco delante de la posada. Entró como una exhalación y subió las escaleras de dos en dos hasta la tercera planta.

—¡Eh! —exclamó Ivette corriendo detrás de él—. ¿Qué pasa? Están con esa entrevista y los oí decir que no podía entrar nadie, incluso esos policías se han ido…

Pero Fabio no prestó atención a la bonita propietaria de la posada. Pasó a su lado, agarró el pomo de la primera puerta y durante unos segundos se quedó mirándolo como si no supiera qué hacer. Luego respiró profundamente y abrió.

12

—Fabio, ¿qué haces?

Antía se había colocado delante de Berta Farina y miraba al agente Fabio Soler con la tensión a flor de piel. Había entrado

como una exhalación en la habitación y apuntaba a ambas con su pistola reglamentaria.

—Fabio…

Fabio apoyó el índice en los labios para que guardara silencio.

13

La vio entrar en la última habitación con paso vacilante y Elvera se aproximó a la puerta, convencido de que aquella vieja se había equivocado. Hasta que vio a Luis Martell postrado en la cama como una momia y a Aurora inclinada sobre él.

—¿Aurora?

La anciana se dio la vuelta y el alcalde se percató de que tenía una almohada en las manos.

—¿Qué demonios hace aquí?

—El bosque lo dice —rumió con rabia—: Sangre por sangre. Del bosque no se sale. Y él las mató. Tiene que pagar con su sangre.

—¿Qué?

14

Ismael conducía a toda velocidad por las calles del pueblo hacia la posada dándole vueltas a la conversación que había tenido con Melisa hacía unos minutos en la cafetería.

—Se quedó embarazada, inspector. Por eso se fue a Londres y no volvió a hablar con sus padres. No quería que ellos se enteraran y tampoco quería que le quitaran al niño cuando naciera. Me extrañó mucho cuando comprobé la ubicación de su teléfono móvil. La última señal venía de allí, del valle.

«Por eso no la maté».

¿Era posible que Hamlet hubiese podido saber eso con el tiempo? En aquel momento ya no estaba seguro de nada. ¿Acaso trató de acabar con ella cuando supo que sobrevivió y

por eso no la mató?

—Pero no tiene ningún sentido. ¿Su hijo decide matar mujeres como él para atraerlo hasta el valle de Caín? Y eso dando por hecho que Hamlet supiera…

—Linda Pascal está a poca distancia de usted. Se quedó embarazada de Hamlet cuando este la violó y trató de matarla. Huyó al extranjero y con el tiempo regresó y se instaló en Camarasa donde se casó. Su marido murió en una riada hace unos años, y fue cuando se trasladó a vivir a ese valle.

—¿Cómo se llama el chico, el hijo de Linda?

—Alexander Benassar.

—¡*Mecagüen* mi puta madre!

—Esa boca, inspector. ¿Cree que es el asesino?

—Lo que creo es que solo hay dos opciones. O es el asesino de las chicas o se las ha arreglado para que Hamlet venga al valle aprovechando lo que hizo Martell y posiblemente quiere matarlo por lo que le hizo a su madre. ¡Y yo lo tengo ahora mismo con él dando una puta entrevista! ¡Joder!

Golpeó el volante cuando tuvo que parar en un conato de atasco —al estilo pueblo pequeño— que se había formado de tres vehículos en una rotonda. Trató de llamar otra vez a Antía, pero esta no le respondió. Volvió a marcar el número de Melisa.

—Una foto, Melisa. Mándame una fotografía de Linda Pascal. Si está por aquí y me cruzó con ella, me gustaría identificarla e interrogarla. Estoy seguro de que esa mujer podría ayudarnos con algún detalle…

—No hay nada de ella. Llevo desde ayer tratando de dar con alguna imagen, pero solo tengo las fotografías que se utilizaron en aquel entonces y tenía diecisiete años. Le paso la más reciente por si le sirve de ayuda.

—¿Y cómo coño la voy a reconocer si me la cruzo?

Se hizo un silencio incómodo. Ambos lo dijeron a la vez:

—Llamando a su móvil.

Ivette caminó de puntillas por el pasillo sobre la alfombra roja. Apoyó la cara en la puerta de la izquierda, pero no escuchó nada. Giró muy despacio el pomo, pero para su sorpresa estaba cerrada por dentro.

—No oigo nada —susurró para sí.

Se sintió algo ridícula allí en mitad del pasillo, así que se volvió con la intención de ir escaleras abajo. Se quedó paralizada cuando sintió un golpe seco. Casi se le cayeron las llaves al sacarlas del bolsillo. Le sudaban las manos y le temblaba el pulso como a una alcohólica. Trató de abrir con la primera llave que eligió, pero se equivocó. Que Álex estuviera con un asesino en serie metido en una habitación la ponía de los nervios y asustaba.

—Álex…

Nada.

La segunda llave fue la que acertó. Giró el pomo de la puerta, abrió y alguien se le echó encima.

16

Cuando llegó a la posada aquello era caótico. Había decenas de periodistas apostados en la entrada y varios policías, entre ellos los dos agentes de apoyo, que deberían estar arriba con Hamlet, contenían a la gente para que no pasaran.

—¡Llegaron de repente! —chilló uno de los agentes cuando Ismael se acercó a él—. ¡Alguien ha filtrado a los medios de comunicación que Hamlet está aquí y que un vecino del pueblo ha sido el responsable de los asesinatos!

Un hombre vestido con una sudadera roja y pantalones vaqueros levantó los puños y chilló algo que salpicó de babas a una mujer de pelo rubio que sujetaba un micrófono e intentaba avanzar entre la muchedumbre. Había varios jóvenes con camisetas idénticas, con fondo azul y letras amarillas con la leyenda «CLUB DE LO OCULTO», colocados muy cerca de un cámara que se había enredado con el cable y trataba de saltar sin caerse de cabeza contra el suelo.

—Ha sido Benassar —murmuró para sí—. Pero ¿por qué

coño hace eso, si fuera él quien cometió los crímenes?

Entró en la posada entre empujones, codazos y algún golpe accidental de alguno de los policías que intentaban que todas aquellas personas no pasaran al interior del edificio. Justo cuando entró por la puerta principal detectó dos vehículos más de la policía y dio gracias a Dios de que llegaran más efectivos. Aquello podía complicarse mucho si algún padre furioso pasaba al interior. Cuando miró hacia la recepción detectó a una mujer delante del mostrador con las manos agarrotadas por delante del estómago y los ojos fijos en el alboroto de la entrada. Alguien gritó desde el exterior: «HIJO DE PUTA», y ella dio un paso atrás por puro instinto.

—¿Cómo te llamas? —Frente a la mujer, sentados en unos sillones de espera en un rincón de la entrada, estaban los dos amigos de Berta Farina, tres mujeres elegantemente vestidas y un hombre grueso sudando como si hubiese corrido los cien metros lisos.

—Amaya —contestó la mujer—. Ivette ha subido detrás de un agente que llegó hace un momento y todavía… Estos son clientes del hotel que…

—¿Qué agente?

—Un chico joven, de unos veintitantos años. Tenía mucha prisa y ella le estaba explicando que… que no podía interrumpir la entrevista.

—¡No se muevan de aquí! —gritó mirando al grupo de los sillones.

Una de las mujeres se agarró a su bolso asustada y otra bajó la mirada, claramente conmocionada por lo que estaba pasando. Comenzó a sollozar en silencio.

—¡Berta fue a ver a la inspectora! —exclamó uno de los chicos cuando Ismael empezaba a subir las escaleras, cosa que hizo que frenara en seco—. Se acordó de algo y dijo que tenía que hablar con ella—. Está allí arriba.

—Por el amor de Dios…

El primer disparo había atravesado la lámpara de araña del techo. Unos cinco centímetros de pintura blanca se habían desprendido y cinco bombillas diminutas pendían por hilos de cobre balanceándose sinuosamente sobre la cabeza de Ivette. La puerta corredera que comunicaba las dos habitaciones estaba abierta de par en par. A un lado de la habitación estaba Antía Farre rodeando con el brazo izquierdo la figura enjuta de Berta Farina, un poco más atrás, casi pegada a la cama matrimonial.

El segundo disparo que sonó le había dado de lleno a Fabio Soler en el pecho. Su pistola había volado hacia adelante y descansaba candente a los pies de Hamlet, que seguía sentado cómodamente, pero ya no en la butaca isabelina, sino en su bonita cama, junto al albornoz correctamente doblado. Alguien —seguramente la señora de la limpieza— lo había enrollado con el cinturón y luego había colocado una diminuta tarjeta color crema que ponía: «Disfrute de la estancia» con letras cursivas doradas. El detalle lo había escogido Ivette, que estaba de pie, temblando como una maraca, abrazada por la cintura por Álex Benassar, el cual la besó en la mejilla y luego sonrió. Apuntaba con una pistola a Hamlet.

—Álex, suelta esa puta pistola y hablaremos. Si lo matas no llegaremos a ningún lado y tú acabarás en la cárcel —le pidió Antía con una mano en alto y la otra a la altura de su pistola.

—Levanta las manos. —Álex le apuntaba a la cara y ella dio un paso hacia atrás—. Vamos, inspectora, no me haga perder más tiempo.

Fabio movió los labios boqueando como un pez y un hilo de sangre le cayó por un lado de la boca hasta la alfombra. Álex desvió la vista hacia Fabio y luego volvió a mirar a Antía.

—Saca muy despacio tu arma con dos dedos y lánzala hacia aquí. La primera vez que disparé lo hice al techo como aviso, pero ya sabes de lo que soy capaz si no salen las cosas a mi manera.

—Álex, por el amor de Dios, ¿qué coño está pasando? —preguntó Ivette.

Durante un segundo la mente de Antía rebobinó en el tiempo intentando cuadrar todo lo que había pasado en tan

solo unos instantes: Fabio entrando por la puerta como un loco apuntándolos con la pistola; la puerta corredera abriéndose cuando estaba a punto de decirle algo, el sonido del disparo y la imagen de Ivette delante de Álex; el arma hacia arriba; el disparo que hizo a Fabio retroceder y apuntar hacia la otra habitación, y dudar cuando vio a la mujer delante de él, momento en el cual Álex aprovechó y disparó contra el agente, que cayó patas arriba sobre la alfombra de la habitación.

—Calla, Ivette. —Desvió la vista hacia Antía—. Inspectora, no te lo voy a repetir. Saca muy despacio tu arma y tírala hacia aquí. Y lanza las llaves de las esposas.

—Vale, tranquilo.

Antía obedeció. Deslizó los dedos sobre el seguro, abrió la cartuchera muy despacio y, con el índice y el pulgar, sacó el arma y la lanzó hacia la puerta abierta.

—Ivette, coge ambas cosas y dámelas.

—Álex… —trató de decir ella.

—¡Obedece, Ivette!

—¡Ya voy!

—Ahora tú —dijo señalando con un movimiento de cabeza a Berta Farina—. Ven hacia aquí.

—Álex, ¡qué!… —Antía parpadeó confusa.

Movió el brazo y la pistola dejó de apuntar a Hamlet a la cabeza para apoyar el cañón en la sien de Ivette. El anciano sonrió sin levantar la vista del suelo.

—Joder… —jadeó Antía con apenas un resuello.

—Él salía en el vídeo —gimió Fabio desde el suelo—. No… quiere matar a Hamlet…

—Niña, acércate aquí.

—Obedece –indicó Álex secamente.

Berta sollozó, avanzó muy despacio entre las dos habitaciones y luego se colocó junto a Hamlet, el cual la miró con veneración y le sonrió.

—Ahora, inspectora, vas a coger el teléfono y vas a llamar a tu amigo el inspector Roig. Seguro que no tardará en tratar de tirar las puertas abajo. Vamos, llama y pon el altavoz.

Hizo lo que le pedía. Sacó muy despacio el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y marcó el contacto. Avanzó hacia la

habitación, dejó el teléfono sobre la mesita entre las dos butacas y retrocedió de nuevo a su posición.

—¿Qué coño está pasando, Antía? Estoy subiendo.

—Hola, inspector. Soy Álex Benassar. Verá, estábamos aquí reunidos con mi entrevista prometida y ha surgido un pequeño contratiempo con uno de sus agentes. Ha hecho que todo se acelere demasiado rápido y ahora el bullicio que seguramente tiene en la entrada por el ruido de los disparos más que un aliado para mí es un problemita que deberá solucionar.

—Sé que tu padre no fue quien te crio, Alexander. Pero no tienes que hacerlo. Hamlet ha pagado con creces lo que le hizo a tu madre.

Ivette abrió la boca tanto que pareció que iba a bostezar. Álex negó con la cabeza.

—No… No… —Se frotó la frente con el dorso de la mano—. No lo está entendiendo… La primera vez que maté a una persona tenía diez años, inspector. Era rubia, con los ojos muy azules. Parecía que albergaba un océano en ellos y me quedé prendado de aquella belleza. La ahogué en el río y luego le dije a mis padres que la había perdido de vista. A esa edad todos te creen, ¿sabe? Descubrí que era una ventaja para mí. Creo que no está entendiendo la situación. —Su sonrisa había desaparecido completamente y en aquel momento parecía otra persona—. Saque a toda esa gente de la entrada en veinte minutos o mataré a tres mujeres, una por cada cinco minutos que pase sin que este lugar quede vacío de periodistas, mirones y policías.

—Álex, ¿qué pretendes hacer?

Él sonrió.

—Darle a mi padre una alegría. A fin de cuentas, le debo lo que soy, ¿no?

La primera vez que lo vi, sentí un amor tan profundo que me olvidé de la razón por la que estaba en este mundo. Era algo hermoso dentro de todo aquel dolor y me olvidé de ti. Pero aquella tarde vi sus ojos. Él tenía solo diez años y sollozaba abrazado a mi marido cuando la pequeña Ana desapareció en el cámping donde solíamos veranear. Vi tu mirada en él y supe desde ese mismo instante que no había sido un accidente, que había sido él, mi pequeño.

Me pasé las semanas llorando, observando a mi hijo dormir plácidamente sin ningún tipo de remordimiento. El daño que me hiciste aquella noche no solo me había dejado dañada para el resto de mi vida; en aquel momento mi hijo, tu hijo, era como tú. ¿Por qué? Pero callé porque lo amaba. Confié en que, con el tiempo y todo nuestro amor, Álex dejara esa parte de él que corría por su sangre como una infección. Pero lo volvió a hacer, una, dos veces, y siempre eran como tú las habrías elegido, como cuando tú me escogiste a mí: «Hermosas... Hermosas como las flores».

[12]

1

Se llevó las manos a la cabeza y retrocedió hasta la escalera. Entonces tuvo el impulso de tirar la puerta abajo y arremeter a tiros contra todo lo que se le cruzara en su camino. Álex Benassar no quería matar a su padre por lo que le había hecho a su madre. Era como él. Se dio la vuelta, justo cuando un grupo de agentes subía al trote las escaleras y los hizo frenar en seco, indicándoles las órdenes de Benassar y la posibilidad de matar a tres rehenes si no se hacía de inmediato. La cara de espanto de los cuatro policías, que no debían haberse visto en una como esa en toda su vida, era un poema.

—¡Saquen a toda esa gente ahora mismo de aquí! ¡Ya!

Los cuatro bajaron las escaleras como si una ola de proporciones monstruosas los persiguiera. Ismael se frotó las sienes y volvió a llamar al teléfono de Antía.

—Es usted un poco pesado, inspector.

—Ya estamos haciendo lo que has pedido.

Álex se quedó un momento en silencio y luego suspiró.

—Todo un detalle. Para que vea lo buena persona que soy, le mandaré al inútil del policía que tenemos aquí tumbado con un tiro entre pecho y espalda. No es piedad. Me molesta su presencia. Por favor, cuando abra la puerta Ivette, entréguele las llaves de las esposas de mi padre. Es inhumano que un hombre de su edad esté así. Debería caérsele la cara de vergüenza.

—Puto chiflado de los cojones.

—¿Disculpe? No he oído eso último.

—Está bien. ¡Te entregaré las putas llaves!

Y la puerta se abrió, la derecha para ser exactos. Pudo ver la silueta de Antía de pie con los brazos alzados y a Fabio tirado

en el suelo con la boca abierta y un chorretón de sangre coloreando su mentón. Antía asintió detrás de la imagen doliente de Ivette, que parecía a punto de sufrir un infarto de lo mucho que temblaba cuando alargó la mano y cogió las llaves.

—Tranquila —le dijo muy bajo antes de que ella volviera a entrar.

—¡Sin trucos, inspector!

Antía miró de reojo, hacia la puerta, y levantó tres dedos, señal de que había tres armas en la habitación. Desvió la vista abajo y, antes de levantar el cuerpo moribundo de Fabio, hizo la señal de la victoria.

«Vale. Tres armas. Dos en el suelo. Una la tiene él».

Eso no iba a tardar en cambiar cuando soltara las esposas de Hamlet. Aunque el viejo no era muy dado a las armas de fuego, por lo que él había podido comprobar en el expediente.

—¡Vamos! ¡Rapidito! Déjalo en el suelo, fuera de la habitación. ¡No se acerque más, inspector!

Antía bajó la vista y se miró la pierna mientras Ivette la ayudaba a transportar a Fabio hasta sacarlo de la habitación.

«Tiene otra puta arma en el tobillo».

Antía retrocedió y volvió dentro de la habitación con Ivette.

Cerró la puerta.

2

Se llevaron a Fabio Soler a los diez minutos de sacarlo de la habitación. Inicialmente el disparo tenía orificio de entrada y de salida y, por lo que pudo añadir el médico que lo atendió, no parecía haber tocado ningún órgano vital. No obstante, era una apreciación inicial hecha en la ambulancia que lo trasladaría al hospital. Cuando se marchó de la posada, Ismael se quedó de pie delante de las escaleras, contemplando un paisaje vacío de público con más de veinte efectivos rodeando la casa. Los empleados de la posada y los pocos clientes que aún permanecían en la recepción apenas se habían movido o cambiado de posición. Parecían estatuas de sal. Se dio cuenta,

mientras regresaba dentro, de que no le hacía falta analizar los rostros de todos ellos; su lenguaje corporal, su postura encorvada, quejumbrosa y las miradas de temor le eran suficientes para comprender por lo que estaban pasando.

Estaba desesperado porque no podía hacer otra cosa que esperar mientras el grupo de asalto comprobaba todo tipo de posibles situaciones que no implicaran riesgo para los que estaban dentro; entradas, conductos de ventilación, fachadas por las que desplazarse para tener a la vista, de alguna manera, lo que sucedía en aquellas dos habitaciones.

Miró hacia el patio interior, hacia las ventanas que se alzaban ante él, y tomó aire. Luego bajó los peldaños de la primera planta en dirección a la recepción y se quedó observando al grupo de clientes mientras pensaba.

3

—Fuiste tú —susurró Antía—. Me dijiste que eras informático, por eso te ocupaste de envenenar el ordenador de Martell con correos falsos para que nadie dudara de su culpabilidad, ¿verdad? Tenía que haberme dado cuenta cuando me confesaste lo de Unai. Lo tenías todo preparado.

Álex seguía de pie en un extremo de la habitación de enfrente con Ivette a su derecha. La cría estaba sentada junto a Hamlet, el cual se había soltado las esposas y se frotaba las muñecas.

—Soy asiduo a dar largos paseos por el bosque. Uno se encuentra con muchas cosas cuando menos se lo espera y ese profesor lo pasaba bien con Olivia. —Miró hacia Ivette que tenía un ligero tembleque en el labio inferior—. Abre esa mochila y saca la cuerda que hay dentro. Ata las manos a nuestra Ofelia y a la inspectora.

Ivette lo miró con odio.

—Sollozabas cuando había tormenta. Decías que se iba con el agua y me hiciste creer que sufrías por tu padre… Y era esa niña… Asesino…

—Haz lo que te digo, Ivette.

—Olivia era una niña, pero… ¿por qué Mía Rojas? Ella era… —Antía movió los ojos de derecha a izquierda bajo la atenta mirada de Álex, que sonrió. Entonces, ella lo miró y se dio cuenta de la razón—. Joder, lo de Olivia era parte de ese puto ritual de Ofelia, pero Mía era mucho mayor. No lo controlaste porque te gustan las mujeres mayores que tú. Se te fue de las manos porque…

—¡Vamos a cerrar ya esa bocaza que tienes, inspectora! Lo de Mía fue un mero impulso que luego aproveché.

—¡No fue tu padrastro el que dejó a tu madre tan jodida! —chilló Antía—. Fue tu padre. ¡Hamlet! Te has pasado la vida cuidando de ella y ahora eres como él y le rindes pleitesía. ¡Tu madre fue violada por ese monstruo!

Álex se adelantó, atravesó la habitación dando largas zancadas y golpeó a Antía con la culata de la pistola en la cara. La inspectora cayó al suelo y se golpeó la cabeza con el borde de la mesa.

—Cierra la boca, porque no tienes ni idea de lo que siento. No tienes ni idea de lo mucho que he cuidado de mi madre y todo lo que he renunciado por ella. Esto no tiene nada que ver con ella. Nada.

—Alexander —la voz de Hamlet se impuso sobre el alboroto.

Álex se volvió. Ivette se había visto obligada a atar a Berta, que lloraba en silencio sin dejar de mirar a Hamlet. El anciano estaba demasiado entretenido acariciando la mejilla de Berta y Álex casi echaba espuma por la boca mientras pateaba la pistola de Fabio para alejarla de él.

—Yo dejé viva a tu madre por ti… —murmuró Hamlet apartando el pelo de Berta—. Lo supe como sé todo lo demás; mis visiones… Llevo toda mi vida con ellas… No debes olvidarte del Cortador. El Cortador siempre acecha…, lo puedo sentir…

—¡Pues que disfrute! —graznó indignado. Miró de nuevo a Antía—. ¿Sabes qué me dijo ese chiflado disfrazado de cucurucho gótico? La noche que te ayudé a salir de ese molino te hubiese matado allí mismo, inspectora, pero mi padre ya me había hablado en cartas de su visión. Al principio no le creí

hasta que vi a esa cosa y ¿qué me dice? Que soy el último. ¡El último! ¿El último de qué?

Antía desvió la vista hacia Hamlet y percibió la duda y la preocupación.

—En morir —respondió ella sonriendo con los dientes llenos de sangre.

4

El comisario entró como una apisonadora en la posada, miró en todas las direcciones y fue directo hacia Ismael.

—… descender por el tejado hasta la ventana —estaba diciendo Ismael cuando el hombre interrumpió su conversación con dos agentes.

—Hay tres rehenes allí dentro, inspector. Nos arriesgamos a que dispare a cualquiera de las tres mujeres si entramos como elefantes en esas habitaciones.

—Pues entonces tendremos que negociar —sentenció Ismael justo cuando sonaba el teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón. Lo cogió—. Te escucho.

Se quedó en silencio un rato bajo la atenta mirada de los agentes y el comisario Del Río. Cuando colgó se llevó la mano a la barbilla y meditó unos instantes antes de hablar.

—Quiere un coche en quince minutos y soltará a Antía y a la dueña de la posada. Solo quiere irse con su padre y la cría.

—¿Están ustedes locos? —gritó Roberto, uno de los amigos de Berta, mientras intentaba acercarse; pero un agente lo frenó y estuvo a punto de tirarle el trasportín que llevaba en la mano —. Si dejan que se la lleven, la matará.

—¡Vuelve a sentarte con los demás! —ordenó Ismael.

—Acepta. Si no lo haces, tendremos un problema.

—Antía tiene un arma escondida.

El comisario se crispó.

—¿Y qué? No voy a arriesgarme a que mate a más inocentes. Deja que salga con Hamlet y la cría y luego los seguiremos. Pero cuantos menos rehenes en esto, mejor. No vamos a lograr nada así; no vamos a crear una relación de

confianza con él, ni tiene intención de ceder o entregarse, inspector. Quiere irse con su padre y con la chica. ¡Mire todo lo que ha montado por ver a Hamlet! Le importa tres cojones acabar en la cárcel. Pues que se vaya o, por lo menos, que piense que va a poder irse. ¿Qué coño hace esta gente aquí todavía? —gruñó desviando su atención hacia los clientes y luego a Ismael—. Esto parece de aficionados.

Ismael sonrió al comisario. Al cabo de unos segundos hizo la llamada y habló:

—Tendrás un coche en la puerta de la posada y a la policía fuera de aquí si sueltas a las dos mujeres. Con el depósito lleno y sin seguimiento.

5

A veces uno ve detalles que no puede comprender. Intenta hacer bien las cosas, pero, por muy buenas intenciones que se pongan, no todo puede resolverse como se espera. Comprender la psique de un captor, reconocer sus necesidades, dejar pasar el tiempo y no perder vidas, eso es lo primero que a uno le enseñan en el Cuerpo, y Álex Benassar no tenía nada que perder. No era un hombre con un perfil conocido, no era toxicómano, ni alcohólico, ni violento. Se había metido en la boca del lobo para ver a Hamlet, para atraerlo hasta él e Ismael lo sabía. Pero en toda táctica que se precie, uno no puede olvidar que, como parte negociadora siempre posee *la trampa*, esa pequeña treta que, dadas las circunstancias, uno teje solo aunque tenga un grupo de apoyo detrás de él. Como el hablar demasiado alto, por ejemplo.

6

—Ahí bajan —murmuró el comisario.

Antía fue la primera que apareció por las escaleras. Tenía un buen golpe en la cara, el ojo medio cerrado, la boca ensangrentada y las muñecas atadas por delante de la cintura.

Muy cerca de ella descendía Ivette, con el rímel corrido por la cara y una expresión ausente en la mirada. Detrás del mostrador sonó un clic y la radio comenzó a sonar, lo que hizo que más de uno saltara del susto. Amaya, la recepcionista, detectó de inmediato la cara que puso el comisario y corrió agachada a apagar el transistor. Todos los efectivos se habían retirado. Ismael y el comisario estaban apostados en un rincón cuando una puerta crujió y se oyeron aquellos pasos. Y, por supuesto, la maldita música de Neil Diamond cantando *Holly, Holy*. Ismael la recordaría toda su vida, junto con los golpes desesperados de Amaya para apagar aquella canción de fondo con la cara contraída en una mueca de espanto y frustración. Antía también recordaría la expresión de júbilo de Olivia Cruz, situada detrás de una de las mujeres que esperaban poder salir de allí lo antes posible. Pero esta vez no tenía las profundas ojeras negras bajo los ojos, ni las rodillas peladas, ni el pelo lleno de hojas y porquería. No caminaba torcida, ni su ropa estaba manchada de tierra. Sonreía tan real, tan de carne y hueso como cualquiera de los que estaban allí. Parecía una chica normal, con una vida por delante llena de sueños, y se zarandeaba al compás de la suave canción, como si esperara algo maravilloso que estaba a punto de suceder.

Las puertas estaban abiertas y un coche con el motor encendido aguardaba a la comitiva, que no tardó en llegar.

—Que nadie se acerque —susurró Ismael a la solapa de su chaqueta. Se acercó a Antía y le soltó las muñecas.

Hamlet descendió aferrado a la cría detrás de Álex Benassar. De pronto el teléfono de Ismael vibró, lo sacó nervioso ojeándolo de soslayo y detectó un mensaje de Melisa titulado: «Di con ella» con una imagen adjunta. Abrió el archivo sin perder de vista a aquellos tres y sus ojos se posaron en la pantalla. Miró hacia el vestíbulo y soltó un jadeo ahogado.

—No me jodas… —susurró.

Volvió a centrar su atención en el teléfono y pulso una tecla. Allí, en el fondo de la amplia estancia de mármol, decorada elegantemente con alfombras persas y altos techos abovedados, sonó la melodía de un móvil. Álex desvió la vista hacia su derecha, le resultaba familiar, escudriñó entre los que allí se

encontraban y cuando vio a su madre empuñando una pistola, abrió la boca y susurró con apenas un hilo de voz: «Mamá…».

Olivia Cruz le lanzó un beso. Antía fue consciente de que él la había visto, justo antes de posar los ojos en la mujer morena que lo miraba fijamente y se aproximaba a él con paso lento.

—¡Tiene un arma! —gritó alguien desde un rincón oculto de un lateral, justo cuando Neil Diamond cantaba un *¡Yeah! ¡Yeah!*

Antía sacó su pistola del tobillo, apartó a Ivette hacia un lado de un empujón y tiró del brazo de Berta Farina, que voló varios peldaños hacia el suelo y fue arrastrada por la inspectora hasta que logró sacarla de la línea de fuego. Cuando estaba a punto de disparar, Ismael la sujetó con fuerza y dijo:

—No… Esto ya no depende de ti.

Pero la mujer ni siquiera miró a Hamlet, que tenía los ojos abiertos de par en par. Ella miraba a Álex arrastrando a cada paso la melodía del *Ding, dang, dong* de su teléfono móvil. Levantó el brazo sin apenas un titubeo y disparó dos veces contra su propio hijo, el cual cayó de rodillas y miró a su madre con asombro. Luego se desplomó hacia adelante y rodó por las escaleras, hasta que quedó tendido boca arriba y dejó de respirar.

—¡Arma! ¡Arma!

—¡Lleva un arma!

Fue la expresión de espanto de Hamlet, la sonrisa triunfal de la dama de cabellos negros y ese instante eterno que se creó en torno a ambos, del cual nadie se desprendería jamás. Y, por supuesto, sus palabras:

—Te dije que no morirías, cabrón, y que pagarías todo mi dolor con lo único que te importaba.

Hamlet se había sentado en la escalera con la cara demudada y las manos apoyadas en la cabeza, y no dejaba de mirar a su hijo en el suelo.

—¡Te dije que lo pagarías! ¿Te gusta esa sensación? ¿La sientes?

Eso fue lo último que logró decir antes de que le quitaran el arma y la sacaran en volandas. Se reía como una perturbada cuando la alejaron de él. Entre todo aquel bullicio que se

formó en la Posada de Caín, Ismael lo pudo ver casi con la misma claridad que Antía, que estaba a su lado mientras todo se movía a una velocidad inusual. Se recortaba al final del camino que podía verse a través de la puerta de doble hoja, más allá del coche preparado que nunca se iba a usar y la verja herrumbrosa que permanecía cerrada en un lado de la finca. Vio el tricornio con el pico central más largo que se extendía hacia arriba como un alfiler. El sombrero de ala ancha con el cuerno excesivamente puntiagudo y largo, los hombros amplios, los ojos rojos, ocultos por una especie de capa con los cuellos elevados.

Lo vio tan real como lo percibió Hamlet balanceándose, aún derrumbado en las escaleras con el cuerpo inmóvil de Álex Benassar delante, con los ojos abiertos mirando al infinito y un charco de sangre espesa perfilando su silueta; o como Berta, sentada junto a los dos chicos y su *amiga* la rata, mientras una mujer de unos ochenta años, a la que otra llamaba Cata a voces, no dejaba de balbucir y sollozar, hasta que chilló casi formando un coro con la rata cuando Berta la sacó de su trasportín y la abrazó.

Detalles estúpidos ante situaciones aún más absurdas que pocos recordarán.

¿O no?

7

—¿Alguien puede apagar esa puta canción?

Pero nadie era capaz de callar a Neil Diamond entonando *And a fly*.

Hamlet conocía la melodía. A fin de cuentas, era una de sus preferidas. Solía escucharla en el coche cuando regresaba a casa, después de dejar a su Ofelia entre las flores…

Leí en algún lugar que la maldad está escrita en nuestros genes. Dediqué mucho tiempo a buscar ese tipo de información tratando de comprender cómo mi propio hijo, a medida que iba creciendo, se transformaba en algo monstruoso. Disimulé con el silencio. Observaba dentro de mis limitadas posibilidades. Yo nunca volví a estar bien. Tú te ocupaste de dejarme dañada y el hombre con el que me casé comprendió desde un principio que jamás volvería a ser la misma. Pero Álex me cuidó con el amor más profundo y puro que un hijo podía demostrar a su madre y, a veces, solo a veces, dudé si no era todo producto de mi imaginación. ¡Qué equivocada estaba! Él me quería por encima de todas las cosas, pero, después del terrible momento que pasamos en aquel río, todo se volvió negro para mí. Todo cambió.

Al principio estaba llena de dudas. Observaba a Álex desde la distancia, jugando con sus amigos en el jardín, celebrando sus cumpleaños, asistiendo al colegio como un niño normal. Fue cambiando con los años a medida que iba entrando en la adolescencia. Miraba a las niñas de un modo perturbador, solo a las que tenían una belleza en particular. No es que tuviera tus mismas inclinaciones, pero sí esa forma de mirar. Me recordaba demasiado a ti.

Y sucedió lo del río. Mi marido lo consideró un desafortunado accidente, pero yo era su madre y su forma de mirarme no me engañó. Con el paso del tiempo hubo otros episodios que no quiero recordar. Accidentes que podrían explicarse. Álex era muy inteligente. Demasiado quizá. Creo que fue al cumplir los dieciséis años cuando encontró toda la información con respecto a ti. Y vio mi nombre. Y llegó solo a su propia conclusión.

Es asombroso, ¿verdad? Por mucho que tratemos de alejar a nuestros seres queridos de algo, el destino nos pone a determinadas personas en nuestro camino, y eso es algo que no vamos a poder cambiar. Puede que Álex comprendiera sus impulsos analizando tu trayectoria. La curiosidad por ti fue creciendo, soy consciente de ello.

Descubrí su plan. No... Estoy mintiendo... Él descubrió su

plan…

El Cortador…

Tenía diecisiete años esta vez. La misma edad que tenía yo cuando tú te cruzaste en mi camino. Solo que, en esta ocasión, ella no estaba sola cuando le arrebató la vida… El Cortador me lo susurró aquella misma noche… Me contó su secreto… Sangre por sangre… Del bosque no se sale…

[13]

1

—Su madre lo sabía, aunque no tomó la decisión hasta que volvió a matar. La edad de la chica fue exactamente la misma que ella tenía cuando Hamlet la atacó —contó Antía frente a la mesa de reuniones—. Parece que, desde que era muy pequeño, empezó a desarrollar una personalidad sociópata, cambios de humor repentinos y actitudes de un verdadero psicópata que ocultó con destreza haciendo pensar al mundo que habían sido accidentes. Menos a ella. Un ahogamiento en un río cuando era muy pequeño, una vecina que cayó por las escaleras y se partió el cuello… Hay varios más, clasificados todos como muerte accidental, en torno a Alexander Benassar desde muy temprana edad. Luego todo se calmó durante varios años hasta que llegó aquí, al valle de Caín.

—¿Cuándo decidió matarlo? —preguntó el comisario.

—Creemos que lo llevaba planeando mucho tiempo; pero era su hijo, supongo que una decisión de ese calibre lleva su tiempo y Linda Pascal no estaba bien. Arrastraba un montón de problemas de salud desde la noche en que Hamlet casi la mata. Ella sigue diciendo que él percibió su embarazo al instante y por eso no la mató. Detalles… inexplicables, como muchas otras cosas, claro, que solo ella sabe, señor. La cuestión es que Linda Pascal supo del plan de su hijo. No tenía otro modo de traer a su padre hasta aquí y consideró que, imitando a Hamlet, lograría tenerlo delante, hablar con él y conocerlo por fin.

—Así que Linda Pascal —añadió el comisario— decide matar a su hijo para exterminar el mal que había heredado de él y, de paso, vengarse de Hamlet, que conocía la existencia de ese chico, pero ¿por qué matarlo así?

—Supongo que… quería ver su cara cuando pasara. Álex era como Hamlet, sería un padre orgulloso… Matarlo delante de él mirándolo a la cara como hizo él cuando la violó y trató de asesinarla es una buena forma de vengarse, ¿no crees?

Antía miró de reojo a Ismael, sentado dos sillas más a su derecha, y asintió.

—Así es. Álex Benassar era informático. No le resultó difícil entrar en el ordenador personal de Luis Martell y llenarlo de pruebas falsas con conversaciones ficticias con las dos víctimas. El hecho de que Martell tuviera una aventura con Olivia Cruz fue una baza que jugó y aprovechó bien. Y era un hombre muy inteligente, sabía que, si involucraba a Unai Sabín en medio, generaría la duda y nos haría perder mucho tiempo con él.

—La muerte de Mía Rojas fue algo impulsivo dado su gusto por las mujeres de más edad que él. Pero también lo aprovechó. Solo tenía que decorarla con flores y dejarla en el río. Su edad, su estado civil y el corte en el vientre no encajaban con el *modus operandi* de Hamlet, pero sí el modo en el que apareció.

—No mató a Berta Farina porque necesitaba traer a su padre al valle, que él nos dijera dónde estaba a través de un acuerdo con la policía. La… La reservaba para él.

—Se recomendará que Linda Pascal ingrese en un centro psiquiátrico. El sistema procesal la ampara.

—Pero todavía no sabemos qué tipo de animal le arrancó el brazo a ese pobre chico —dijo el comisario.

Ismael soltó un resoplido.

—Y supongo que nunca lo sabremos, señor. Por el momento, Unai Sabín ha dejado de tener esas alucinaciones y está mucho más tranquilo. Le darán el alta muy pronto y seguirá con su vida… Es muy joven. Todo se olvidará.

«Como muchas otras cosas que quedarán en ese bosque», pensó Antía.

—Está bien. Han hecho un buen trabajo. Supongo que el caso está cerrado.

2

Ismael salió al exterior y se volvió para echar un último vistazo al viejo edificio. Luego fijó la vista en la carretera y en el coche que esperaba. Antía se colocó a su lado.

—¿Crees que esta gente lo superará, que podrá pasar página y seguir con su vida?

Ella miraba hacia el bosque.

—Todo pasa, Ismael, hasta la mayor de las tragedias. Forma parte de nuestro ADN superar las adversidades. ¿Te vas ya?

—Me voy, sí. Todavía tengo que devolver a Hamlet a prisión. Creo que después de su conato de fuga va a ser muy complicado que le concedan de inmediato ese traslado. Al menos por el momento.

—Sabes que dirá que fue obligado. Eso quedará en nada, Ismael.

Él se rio y sacudió la cabeza. Tenía la vista fija en el horizonte.

—Dale recuerdos al agente Fabio de mi parte cuando pases a verlo por el hospital y sé piadosa con ese profesor, Antía. Bastante tiene ya con lo que lo espera en su casa. Ha sufrido mucho más de lo que se merece.

—Lo sé.

Ismael se volvió hacia ella y la miró.

—¿Me perdonarás?

—No tengo nada que perdonarte.

—Entonces, ¿hay alguna posibilidad de…?

—Vete a casa —dijo y se dio la vuelta en dirección a su coche—. ¡A casa!

—¡Oh, venga, eso es que la hay! ¿La hay?

Antía sonrió. Abrió la puerta del coche y se volvió hacia Ismael, que permanecía con los brazos extendidos como un predicador delante de su coche.

—Te costará mucho, Ismael. ¡Vete ya de una vez!

—¡Sí! ¡La hay!

Ella levantó el brazo, lo zarandeó a modo de despedida, subió a su vehículo y encendió la radio.

3

—Buenos días, amado norte. Valle de Caín. Os habla Mauro Torres desde el observatorio de La Trinidad. 80.7. Hoy amanecemos con un día lleno de nuevas esperanzas e ilusiones. Este mes se presenta con fuerza y nos promete una temperatura que rondará los veinticinco grados de máxima. ¿Listos para el mejor mes del año? Os dejo con Radical Face y su… *Welcome home.*

4

Las personas están hechas de recuerdos, de experiencias y de vivencias que acumulan a lo largo de sus vidas y las condicionan de un modo u otro para ser lo que son. Un chico de dieciocho años puede superar un trauma gracias al paso del tiempo y a su propia voluntad. Los recuerdos buenos también pueden ayudar. Y sus padres…, sobre todo cuando se dan cuenta del poco cariño que el chico quizá ha recibido, y lo mucho que todavía, por muy hombre que a veces parezca ser, los necesita.

—¿Listo para volver a casa, hijo? —Jerome miraba a Unai mientras sujetaba su bolsa de deporte.

—Sí, papá. ¿Podemos pasar por el cementerio antes de volver a casa a dejar unas flores?

—Claro, hijo. Las cogeremos en la tienda de abajo, junto a la entrada.

—Eso sería estupendo, papá —murmuró mirando por la ventana.

5

Y son lo que son por los pequeños actos que realizan por los demás. Algo que el alcalde Elvera tuvo muy claro cuando logró parar el intento de asfixia que la anciana Aurora quería llevar a cabo con el profesor Luis Martell. Aunque tampoco necesitó

hacer grandes esfuerzos, porque en ese preciso momento el mismo profesor se había despertado. Mientras la anciana miraba desencajada al alcalde, este la había cogido de la mano, y ese simple gesto había sido suficiente para comprender…

—Sí, perdona. Estaba pensando en una amiga —murmuró Elvera a su interlocutor al otro lado de la línea—. Nos han dejado unos cuadros de ese Hamlet y el inspector que llevó el tema me va a enviar los demás. Parece que, si los subastamos, hay un montón de excéntricos y anacoretas que están dispuestos a dar mucho dinero por esos lienzos. Así que había pensado hacer una recaudación para la prótesis de brazo del chico de Jerome Sabín y una beca de estudios. El resto se entregará a las dos familias, la de Olivia Cruz y la de Mía Rojas.

6

… Suficiente para comprender que Luis Martell no había hecho daño a Olivia Cruz y que su mayor equivocación había sido amar erróneamente. Y el hecho de amar no debería castigarse jamás, sí corregido o contenido cuando ese amor no va dirigido a la persona correcta. Pero es solo amor…

—¿Cómo estás hoy? —Ada se acomodó en la butaca reclinable. Llevaba una bandejita con un par de cafés y dos dónuts con chocolate por encima y azúcar.

—Igual. Esto va a ser muy largo, Ada.

Ella entornó los ojos, apoyó la bandeja sobre la mesa auxiliar con ruedas y le acercó el vaso de plástico a los labios.

—Todo será largo, Luis, pero se superará.

7

Y cuando se equivocan, cuando aman por error a la persona incorrecta, durante un tiempo, el corazón queda envuelto por una especie de velo de dolor y tristeza, pero también se supera.

Las cicatrices se curan y todo vuelve a fluir porque el ser humano es asombroso. El ser humano es capaz de resurgir de sus propias cenizas y empezar.

—¿Estás bien?

Ivette se volvió hacia Amaya y sonrió de un modo apagado y triste.

—Sí. Gracias, Amaya.

No importa lo fuertes que seamos. Ni los años de experiencia. Nuestro corazón se dobla por las esquinas, se arruga, se deteriora. Pero jamás se rompe.

—Vamos. Tenemos mucho trabajo que hacer en la posada —dijo Ivette—. Ahora somos famosos y tenemos un lleno total.

Y uno sonríe ante la adversidad. Sonríe frente a todo y se reinventa.

8

—¿Por qué demonios no ponen música española en esas radios? Siempre igual.

Fabio se movió con un gesto de dolor en la cama y besó en la mejilla a Antía.

—Es Radical Face. *Welcome home*.

—Ni idea. Ya sabe que soy de pueblo, inspectora.

—¿Cómo estás? Te veo muy bien.

—Saldré de aquí dentro de un par de semanas a lo sumo.

Se sentó en una silla junto a su cama y le cogió la mano.

—¿Sabes que pensé durante un instante que tenías algo que ver con todo este lío?

Fabio se rio, acto que le provocó un dolor horrible en el pecho, y se retorció.

—Soy prudente y tenía mis dudas. Así que cuando abrí esa puerta no sabía si me iba a topar con los malos o los buenos. Estaba muerto de miedo, inspectora.

—Llámame Antía, por favor. Ya va siendo hora.

—Está bien. ¿Volverás?

Ella asintió.

—Por supuesto que volveré. Ya he hablado con Aurora, esa

mujer necesita mucha compañía. Sé que el alcalde quiere ayudarla. Le recuerda mucho a su madre y hará lo posible para que no esté sola. Es una buena mujer.

—Haremos lo posible para que esté acompañada.

—Tengo que irme. Te llamaré, Fabio. —Se levantó, le besó en la mano y dijo—: Ha sido un honor trabajar contigo.

9

El ser humano siente, sufre. Lo crearon para soportarlo todo y hasta el peor de los hombres ha llorado alguna vez. Puede ser el mayor asesino de la historia, el peor criminal que ha pisado la faz de la tierra, sí, pero siempre tendrá algo por lo que sentir, algo por lo que llorar, algo por lo que torturarse el resto de los días. De sus días.

—¿Listo para volver a casa, Hamlet?

Ismael se incorporó a la autopista y miró de refilón el rostro marmóreo de Hamlet, que observaba la carretera apoyado contra el cristal de la ventanilla del copiloto. No había dicho una sola palabra desde que lo habían levantado de las escaleras de la posada y lo habían sacado a rastras sin apartar la vista del cadáver de su hijo. En aquel momento asintió. Sin más.

Ismael todavía no lo sabía, pero Hamlet no iba a volver a hablar.

Jamás.

10

—No te esperaba aquí. —Antía se acercó a Berta Farina. Su furgoneta estaba aparcada en la entrada del camino del cementerio y sus amigos y, sin duda, su mascota esperaban dentro. Ella estaba delante de la tumba de Olivia Ortiz; había dejado un bonito ramo de flores silvestres sobre la lápida. Había otro ramo de rosas junto a su fotografía.

—Me apetecía despedirme de ella. La otra mujer está más

lejos y no tengo ni idea de dónde la han enterrado. Pero ella es especial, ¿verdad?

—Sí, muy especial.

—Ha venido el muchacho que perdió el brazo con sus padres. Ha sido muy bonito.

Antía se aproximó a la lápida, apoyó la mano en la fría piedra y cerró los ojos. Durante un instante se quedó en silencio. Cuando los abrió, miró a Berta, que sonreía mirando al frente.

—Yo también lo vi. En el camino de la posada.

Antía se giró. Entre los árboles, a unos metros del cementerio, podía percibir una silueta delgada y alta con un vestido de flores que parecía sonreír. Afinó la vista y se dio cuenta de que había una enorme sombra detrás de ella. La silueta se balanceó un poco —o su vestido ondeó, no estaba segura— y ambos se fueron difuminando hasta que no quedó nada de ellos.

—El Cortador.

—¿Se llama así? A mí no me dio miedo.

—No deberíamos tener miedo.

La joven la besó en la mejilla, inclinó la cabeza y echó a andar por el camino de regreso a su camioneta.

—¡Nunca me olvidaré de usted!

«Ni yo de ti», murmuró para sí Antía.

Miró al frente, hacia el valle que se extendía en el horizonte. Tomó aire y cerró los ojos elevando la cara hacia los rayos de sol.

—Volvamos a casa.

Y sí. Hay muchas cosas a lo largo de la vida que jamás se podrán entender. Actos, acontecimientos que, como seres humanos que son, nunca lograrán explicar, a menos que un día abandonen este mundo y todos esos secretos les sean revelados. ¿Y mientras tanto?

Seguirán adelante…

Edición en formato digital: 2023

© Malenka Ramos, 2022
Representada por la agencia literaria Sandra Bruna, S. L.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-54-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.